

ULRIKE SCHWEIKERT

LA CASA DE LA CARIDAD



Grijalbo

ULRIKE SCHWEIKERT

La casa de la caridad

Traducción de
Mateo Pierre Avit Ferrero e Itziar Hernández Rodilla

Grijalbo

*Para Alexandra Strauss
y, con cariño, para mi marido
Peter Speemann*

Prólogo

El ardiente sol de agosto de 1831 abrasaba Berlín sin piedad. Se reflejaba en el caudal marrón de lento vaivén del canal del Spree, cuyo hedor se extendía como una nube envolviendo las barcazas amarradas y se abría paso entre las casas de la orilla. Johannes Christian Mater estaba en la borda de su gabarra y entornaba los párpados. Un poco más adelante, una mujer se acercó al canal y, de golpe, vació en el agua el apestoso contenido de una bacinilla. Levantó la mano para saludar, antes de volver a desaparecer por la pequeña puerta de la casa, en la que malvivía con a saber cuántos hijos, familiares y forasteros.

Hans se quejaba y se limpiaba el sudor de la frente con la manga sucia. Había llegado de Nienburg an der Saale con el flete hacía ya una semana y había descargado quinientos quintales de sal en el dique para barcos en construcción, aunque el siguiente flete todavía no estaba listo. Ahora la gabarra M92 por fin estaba cargada con madera de pino, pero seguía sin poder zarpar. Por la mañana, un marinero borracho había sacado de los goznes una de las compuertas de esclusa con su gabarra. ¡Eso podía llevar horas! A Hans no le quedó más remedio que buscarse un sitio en la orilla cerca del puente Jungfern y esperar.

El día acabó. Su madre salió del camarote y vertió el agua sucia de la palangana en el canal.

—Tengo sed —dijo Hans—. Me voy a la Zum Nussbaum esa.

Es cierto que su madre torció el gesto al oír el nombre de la taberna, pero

asintió y se abstuvo de aconsejarle que no bebiese demasiado. De todas formas, ese día ya no iban a desatracar.

Hans se metió un monedero pequeño en el bolsillo y se puso en camino. En la calle estuvo a punto de chocar con una mujer, que visiblemente tenía prisa. Hans saltó a un lado.

—Perdón —masculló.

A la mujer se le resbaló el pesado bolso de la mano, que cayó en la calzada, cubierta de suciedad. Hans se agachó y recogió el bolso de cuero, alargado y raído. Solo entonces reconoció a la mujer.

—Buenas noches, Martha. —Le tendió el bolso—. Déjame adivinar: pronto tendremos otra boca hambrienta que cebar.

La partera asintió.

—Y que lo digas. ¿Pero tú no querías poner rumbo a Nienburg desde hace tiempo?

Hans sonrió sin ganas.

—La esclusa está rota. No puedo salir.

Martha lo compadeció con unas palabras, aunque estaba claro que ya tenía la cabeza en otro lado. Levantó la mano para despedirse y se encaminó hacia una de las casas, que se apoyaba en su vecina como un borracho.

No había ningún lugar en Berlín en el que las casas estuviesen tan juntas y tantas personas malviviesen amontonadas en habitaciones diminutas como allí, en el canal del Spree. Toda la basura se tiraba al canal, pues los pozos negros estaban a rebosar desde hacía tiempo. Enjambres de moscas revoloteaban en círculo en el aire vibrante.

Hans continuó caminando. En una taberna cercana se tomó una cerveza, que debió de saciar un poco su ardiente sed hasta que llegó a su verdadero destino. Le sonaron las tripas.

—Gottfried, ponme un aguardiente de hierbas —le gritó al tabernero, y se

dejó caer en un taburete.

De un vaso pasó a cinco, pero las tripas no daban tregua. En un rincón estaba sentado uno de los clientes habituales de la destilería, con una botella de matarratas barato.

—Tralarí, tralará, aguardiente para el cólera —cantaba alto.

—¡Ya está bien! —se quejó el tabernero—. Para ya de una vez, me estás espantando a los clientes.

—Ya no tendrás clientes cuando el cólera se los haya llevado a todos — balbució el borracho.

Hans y Gottfried intercambiaron miradas.

—No soporto oír otra vez eso —murmuró el tabernero—. Solo saben hablar del cólera, y los periódicos también están todo el día con lo mismo. ¡Dios mío, la cagalera no despacha tan rápido a un hombre hecho y derecho!

Hans negó con la cabeza.

—Se ve que el cólera que viene del este es otra historia. He leído que en la India novecientos hombres de una guarnición la han *palmao* en cuestión de días.

El tabernero también había oído algo, pero se negó a mostrarse pesimista.

—Berlín es seguro —afirmó—. Tenemos al director Rust, que contiene el cólera en la frontera con Prusia.

Hans se rio. Los aguardientes borboteaban calientes en su barriga.

—¿Quieres decir que el cólera pide educadamente un visado en la frontera? Gottfried se echó a reír.

—No, hombre, no, pero la frontera con el este está cerrada desde hace semanas. El ejército no deja que pase ni un alma y hay que estar veinte días en cuarentena antes de entrar en Prusia. Todas las cartas se rocían con cloro, no nos llegan ni cereales ni fruta, y mucho menos pieles de Rusia.

—Y a pesar de todo, he oído que se ha *declarao* el cólera en Danzig —se

atrevió a contradecirlo Hans.

Gottfried se limitó a refunfuñar y regresó a su sitio tras la barra para servir a dos tipos que acababan de llegar.

Hans se levantó. La cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyarse unos instantes. Luego fue tambaleándose hasta la puerta.

—Hasta la vista, Gottfried. ¡No bajas la guardia! —le gritó al tabernero para despedirse antes de salir a la calle.

El aire, maloliente y bochornoso, amenazaba con revolverle el estómago. Hans respiró hondo, se estiró y continuó, aunque sus tripas se retorcían con tanta furia que parecía que tuviese cien serpientes bailando dentro. Hans se apretó el abdomen con las manos. Casi había alcanzado el puente Jungfern cuando desfalleció. Cayó de rodillas. En varias sacudidas brotaron de él aguardiente, cerveza, patatas y cuanto había tomado ese día. Parecía que salía todo a la vez por todas las cavidades corporales. Temblando, de cuclillas ante el puente, sus sentidos amenazaban con desvanecerse. Entonces, como a través de la niebla, una voz penetró en su consciencia.

—Hans, por el amor de Dios, ¿qué te pasa?

Levantó la vista nublada. Todavía convulsionando, miró a la partera.

—El aguardiente no ha *ayudao*.

—Has bebido demasiado. Eso es lo que te pasa —afirmó Martha, aunque el propio Hans notaba escepticismo en su voz.

La resuelta mujer cogió al marinero por el brazo y lo condujo hasta el amarre de su gabarra. La madre de Hans salió a su encuentro y ayudó a llevar a su hijo hasta el camarote.

—¿Qué hacemos? —preguntó la señora Mater, preocupada—. Nunca había visto algo así.

Martha sacudió la cabeza, desconcertada.

—Yo tampoco. Creo que es mejor ir a buscar a un médico. ¡Vuelvo

volando! —prometió, y subió a cubierta por los estrechos escalones.

LIBRO PRIMERO

El cólera

Martha recorrió la ciudad a toda prisa. Llamó a dos puertas en vano: los médicos no estaban en casa. ¿Adónde se podía dirigir? Tal vez el joven doctor Calow querría encargarse del pobre marinero. No estaba segura, pero lo intentaría. A paso ligero dobló hacia Charlottenstrasse y pasó rápidamente por la plaza Gendarmenmarkt, con sus dos espléndidas iglesias. Ante la casa con el número 12 había dos hombres. Uno era muy joven, delgado y alto, aunque su fino pelo rubio parecía ralo y su levita estaba gastada.

El otro era un poco más bajo. Un hombre sumamente apuesto, tal vez al final de la treintena, con mucho pelo y oscuras cejas. Su mirada era atenta y vigorosa. El frac verde con botones dorados le sentaba de maravilla y era de buena calidad. Martha era una entendida. No solo ayudaba a las parturientas de los barrios cercanos al canal del Spree. Como partera municipal, también se había ganado la fama de saber aconsejar en situaciones difíciles y por eso no era raro que la reclamaran en las espléndidas casas del barrio Friedrichstadt.

La diferencia no podía ser mayor. Pensaba en las altas y luminosas habitaciones, que un ejército de criados mantenía limpias. A las burguesas encinta les daban una dieta excelente para su estado, y a buen seguro no se les adelantaban las contracciones por haber cargado cubos de agua demasiado pesados o haber cortado leña. Lavaban a su hijo con agua limpia y lo envolvían en una toalla recién perfumada, mientras que las mujeres del canal

daban a luz sobre juncos sucios y podían estar contentas si tenían comida suficiente para ellas, para poder luego alimentar a su hijo. A Martha no le sorprendía que allí muchos recién nacidos apenas sobreviviesen unos días. Nacer en un lugar así no era un buen comienzo en la vida.

Perpleja, Martha se hallaba una y otra vez frente a la miseria. ¿Por qué era el mundo tan injusto? ¿No había ninguna posibilidad de cambiar aquello? ¿La gente pobre no tenía también derecho a vivir?

Sus pensamientos volvieron al marinero enfermo. Miró fijamente a ambos hombres. El más joven era el doctor Hans Calow. Al otro lo reconoció por el impetuoso tiro de su carruaje, que un sirviente embridaba. De esos dos zainos hablaba todo Berlín, y también de su señor, el subdirector de cirugía de la Charité, el doctor Johann Friedrich Dieffenbach.

—Doctor Calow —dijo Martha, irrumpiendo en la conversación de los hombres—. Por favor, disculpe, se trata de una emergencia.

Ambos médicos se volvieron hacia ella. No parecían enfadados por la ruda interrupción de su charla. Al contrario, Dieffenbach la miró con atención.

Calow presentó a Martha.

—Esta es madame Vogelsang, nuestra excelente partera municipal. ¿Qué sucede, pues? Un parto complicado, supongo.

Martha negó con la cabeza y empezó a informar acerca de Hans Mater.

—Creo que con carbón en polvo y unas gotas de opio debería curarse rápidamente —propuso Calow—. Es extraordinario los muchos casos de gastroenteritis que tenemos este verano.

Martha sacudió la cabeza.

—Me temo que este caso es distinto.

Al otro lado de la calle, dos muchachos con pantalones cortos y la camisa manchada pasaron saltando y cantando:

—Tralarí, tralará, aguardiente para el cólera.

Aquellos días la cancioncilla satírica iba de boca en boca.

Martha sintió que se estremecía. El doctor Dieffenbach arqueó sus espesas cejas.

—¿Cree usted que es el cólera? Estos últimos días he ido a casa de muchos pacientes que creían sufrir esta enfermedad, aunque era siempre benigno.

Martha se encogió de hombros.

—No lo sé, pero le puedo asegurar que durante mi vida he atendido a muchas personas con diarrea y vómito, y nunca había visto algo así. Por favor, doctor Calow, venga conmigo. Se lo he prometido a la madre.

—Si es tan urgente, será mejor que cojamos el coche —propuso Dieffenbach.

Martha lo miró sorprendida.

—Gracias —dijo antes de subir al carruaje detrás del doctor Calow.

Dieffenbach se sentó en el pescante y agitó el látigo. Los zainos estuvieron listos al primer golpe. El sirviente, que saltaba a la vista que estaba acostumbrado a los bravíos caballos, se hizo a un lado a tiempo y luego, de un brinco, se subió al coche.

Hacía un calor achicharrante el mediodía que Elisabeth llegó a casa de su hermana. Era un edificio alto y estrecho, que estaba sin embargo en mejor estado que las casas de enfrente, que por la parte trasera colindaban con el canal. Si bien Maria y su marido disfrutaban del lujo de tener una pequeña vivienda propia, la zona era totalmente distinta de lo que se consideraría adecuado para el sano progreso de una joven familia. Los padres de Elisabeth y Maria, como tanta otra gente del campo, se habían mudado a Berlín después de que Napoleón venciese y los prusianos fuesen por fin libres de vivir donde quisieran, tras las reformas de los ministros Von Stein y Von Hardenberg.

Tenían esperanzas de encontrar trabajo y una vida mejor, aunque enseguida se dieron cuenta de que, pese a que había trabajo en las nuevas fábricas, el salario no bastaba para llevar una vida mejor que en el campo.

Berlín no le trajo suerte a la familia. La madre se desnucó en las escaleras de un sótano, el hermano menor murió de tifus y el año anterior el padre, de la epidemia de tisis, que corroía los pulmones de los trabajadores de la fábrica hasta que tosían sangre y agonizaban hasta morir.

Elisabeth abrió la puerta de la casa, subió la angosta escalera hasta el primer piso y permaneció de pie ante la puerta cerrada de la vivienda. Estaba oscuro y hacía calor en la escalera, y olía a cebollas y orinales sin vaciar.

Vaciló. ¿Por qué había ido? La última vez que vio a su hermana, cuatro años mayor, se habían peleado. Desde el principio, a Elisabeth no le gustó su cuñado, pero Maria no quiso hacerle caso y se había liado con ese tipo descuidado que la hundió en la miseria; de eso estaba convencida la benjamina. Hubert primero probó suerte con Elisabeth, y como no tuvo éxito, volcó sus atenciones en la hermana, que cedió a sus toscas insinuaciones de demasiada buena gana. ¡El resultado era obvio: desde hacía meses crecía con claridad bajo su pecho!

Elisabeth resopló asqueada ante la idea de ver aparecer la figura de Hubert. No tenía mala pinta, debía reconocerlo, pero lo consideraba ladino, débil de carácter y, por desgracia, irascible, sobre todo cuando claudicaba ante la llamada del aguardiente. Se había peleado enconadamente con él más de una vez, pero desoía sus exigencias de que tratase a Maria con más respeto y tacto. ¡Era el hombre de la casa y su mujer tenía que obedecerlo!

—¡Bah!

Elisabeth jamás mordería ese anzuelo y no dejaría que un hombre la controlase, se lo había jurado a sí misma. Tenía diecinueve años y su padre,

hasta que murió, había intentado casarla con un vecino, pero ella se había negado con firmeza.

Sin embargo, ahora estaba aquí para velar por Maria y hacer las paces con ella. Tan solo se tenían la una a la otra. Por lo menos debían estar unidas. Y tenía algo que decirle a su hermana. Algo muy importante para Elisabeth.

Respiró hondo, llamó y entró. La vivienda era pequeña y estaba formada por una diminuta cocina, que daba a la habitación principal, con una mesa, tres sillas y un canapé de color gris verdoso apagado, colocado debajo de la única ventana. Una cortina echada ocultaba la cama. La mujer encinta estaba sentada en el sofá, con los brazos rodeando el hinchado vientre.

—Llegas tarde —saludó Maria, malhumorada, a su hermana.

Elisabeth estaba de pie con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Notaba que su ira crecía por momentos. No, no se iba a disculpar. Había prometido ir ese día y ahí estaba.

—¿Ya ha venido Martha? —preguntó en su lugar.

—Sí —respondió Maria.

—¿Y bien? ¿Todo en orden?

—Sí —volvió a decir Maria—, dentro de unos días salgo de cuentas.

Pero entonces los ojos se le llenaron de lágrimas, que resbalaron por sus mejillas. No se las secó, sino que dejó que gotearan en el envejecido cuello de su vestido. La ira de Elisabeth se esfumó. Fue corriendo hacia el sofá, se dejó caer en el gastado cojín junto a Maria y la abrazó.

—¿Por qué lloras?

Maria sollozó, después agarró el dobladillo del vestido y se limpió enérgicamente la cara.

—No se merece que lllore por él.

—¿Quién? ¿Hubert? —preguntó Elisabeth, cautelosa.

—¡Sí, Hubert! —espetó Maria con rabia—. ¿Cuántos maridos tengo?

Tenía... —concluyó abatida.

—¿Tenías? No te habrá dejado plantada antes de que nazca vuestro hijo...
—Sintió que su ira aumentaba de nuevo. ¡Se veía venir a semejante inútil!

—En cierto modo, sí —respondió Maria, de nuevo con lágrimas en los ojos—.
—Antes los soldados morían abatidos por los hombres de Napoleón, pero mi marido no necesita enemigos. Él solito consigue volarse por los aires.

Sacó una arrugada carta de la faltriquera y se la tendió a Elisabeth. Era un escrito del Ministerio de Guerra, en el que se lamentaba el accidente que había causado la muerte del valiente soldado.

—¿Qué será ahora de nosotros? —se lamentó Maria—. Con el chiquillo no puedo encontrar trabajo, y si no pago el alquiler, nos vamos a la calle.

—No creo que te paguen una renta —supuso Elisabeth—. No se tendría que haber casado como simple recluta.

Maria asintió, y de repente miró a su hermana con insistencia.

—Podrías mudarte a nuestra casa —propuso—. La cama es lo bastante ancha. ¡Sí! Nos buscamos un trabajo y nos dividimos el tiempo con el pequeño, así nos llega para todos.

Elisabeth se levantó del sofá y se alisó el sencillo vestido gris.

—Por desgracia, no puede ser —dijo—. He tomado una decisión.

—¿Qué decisión? —preguntó Maria, aunque Elisabeth notó por su voz que tenía la cabeza en otro lado.

Elisabeth se irguió y alargó el mentón, desafiante.

—He aceptado un trabajo —dijo—. No tendré mucho tiempo para ocuparme de ti ni del niño. Lo siento, aunque te prometo que guardaré cada tálero que me sobre para vosotros.

Maria la miró atónita.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ahora soy enfermera en la Charité —respondió Elisabeth.

—¿Enfermera? —repitió Maria—. ¿Y cuánto ganas ahí?

—Doce táleros —dijo Elisabeth en voz baja, e inclinó avergonzada la cabeza.

—¿Doce táleros? —Maria rio a carcajadas—. Supongo que no será al mes, ¿no?

Elisabeth movió la cabeza en silencio.

—Doce táleros al año —se burló Maria—. Para vivir es poco y para morir, demasiado.

—Vivo allí gratis y me dan de comer —se apresuró a contestar Elisabeth, aunque ocultó que no estaba incluida la cena.

—¿Enfermera! —repitió Maria, consternada—. Si lo supieran nuestros padres... Habrían querido algo mejor para ti.

—¿El qué? ¿Un marido bebedor y camorrista, que me deje sola y encinta?

Maria volvió a sollozar.

—Eres mala. No se ha muerto a propósito.

—Eso no, pero, incluso si siguiese vivo, yo no querría estar en tu lugar. ¡Prefiero dedicarme a la gente enferma, que necesita mi ayuda, antes que a un hombre así!

Maria se sonrojó.

—No era un santo. —Fue lo único que se le ocurrió decir sobre su difunto marido.

—No, sabe Dios que no —añadió Elisabeth.

—Entonces ¿estás segura de tu decisión? —insistió Maria—. ¿No quieres pensártelo bien y quedarte mejor en mi casa, nuestra casa?

—¡No, he firmado un contrato y lo cumpliré! —dijo segura, aunque por dentro vacilaba. Había adoptado el firme propósito de encarrilar su vida y consagrarse a los enfermos a partir de ese momento, pero de pronto se puso testaruda y fría—: ¿En qué estás pensando? Y, además, ¿qué clase de trabajo

íbamos a encontrar nosotras? —Elisabeth resistió la fulminante mirada de su hermana.

Maria fue la primera en bajar la mirada. Se levantó con ímpetu del sofá y, renqueando con sus pies hinchados, se dirigió al estante que estaba sobre la vieja estufa de hierro.

—Aún queda aguardiente de hierbas. ¿Nos tomamos uno?

Elisabeth fue hacia ella y cogió dos vasos.

—Sí, con mucho gusto. No creo que en la Charité me ofrezcan uno por lo pronto —dijo conciliadora, y se sentó en uno de los taburetes.

Maria se unió a ella y llenó los vasos hasta arriba.

—Por la vida y lo que nos quiera deparar —dijo, y se bebió el vaso de un trago.

—Vendré a visitarte siempre que tenga unas horas libres —prometió Elisabeth.

—Eso no será muy a menudo —supuso Maria.

—No —admitió Elisabeth, y sirvió otro vaso—. Pero Martha estará aquí cuando llegue el momento, para ocuparse de ti y del niño.

Vació su monedero y dejó caer unos táleros sobre la mesa.

—Esto es lo que queda de los ahorros de padre. Te traeré más en cuanto cobre mi primer salario.

Maria refunfuñó y puso la mano sobre la de su hermana.

—Te deseo que seas feliz con tu decisión. Tal vez conozcas a un hombre amable y se case contigo.

Elisabeth rio con desdén.

—De eso nada. No tengo intención de casarme. Solo yo mandaré sobre mi vida y me mantendré del trabajo que realice con mis propias manos, te lo juro.

Maria se limitó a sacudir la cabeza en silencio.

Ya amanecía cuando el carruaje con los dos zainos se detuvo a la orilla del canal. Martha saltó la primera del coche. Ambos médicos la siguieron por el pantalán que llevaba hasta el barco. La señora Mater salió a su encuentro. Estaba pálida. Martha la cogió por el brazo, pero no dijo nada. No se le ocurrió ninguna palabra de consuelo.

—No está nada bien —dijo la madre de Hans con un sollozo, y condujo a los médicos y a Martha bajo cubierta.

Los oscuros tablones estaban húmedos y resplandecían, pero aunque la señora Mater había fregado a fondo, apestaba a vómito y diarrea.

—¿Padece todavía esos fuertes espasmos? —preguntó el doctor Dieffenbach.

La madre de Hans negó y señaló al paciente, que yacía totalmente quieto en su litera.

El doctor Calow se agachó para poder avanzar sin darse con el bajo techo del camarote. Retiró la manta.

—¿Podemos encender más luces? —pidió.

Martha cogió la lámpara de la mesa y la sostuvo de tal manera que el resplandor se deslizó rápidamente por la cara del enfermo. Le parecía estar mirando la cara de un muerto. ¡No podía ser una gastroenteritis normal! Fuera lo que fuese lo que causaba aquellos estragos en el cuerpo del marinero, ya había avanzado mucho en su devastador camino.

—¿Ha visto cosa semejante? —preguntó Calow en voz baja.

El doctor Dieffenbach negó con la cabeza. La seriedad de su rostro confirmó la sospecha de Martha: no había exagerado.

El médico sacó un cuaderno y empezó a escribir:

Color facial del paciente: verde ceniza, lívido. Manos pálidas. Globos oculares muy hundidos en las cuencas. Córnea turbia, la mirada está fija. La cara parece consumida.

Calow le cogió la mano, que estaba laxa.

—Apenas se aprecia pulso. Está un poco acelerado. —Abrió la cochambrosa camisa del marinero y observó el pecho, que subía y bajaba de un modo casi imperceptible.

Dieffenbach siguió anotando.

—¿Es un cuadro clínico que le resulte familiar? —quiso saber Calow.

El subdirector de cirugía de la Charité sacudió la cabeza.

—Me temo que debemos suponer lo peor.

Fue Martha la que pronunció la horrible palabra:

—Cólera.

Ninguno de los médicos la contradijo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Calow.

—Seguro que conocen el plan que ha decretado por precaución el consejero privado Rust, con dieciséis puntos para casos de cólera —dijo el doctor Dieffenbach entornando los párpados.

—Tendríamos que hacerle una sangría. Deberíamos extraer por lo menos una libra de sangre —explicó Calow—. ¿Lo estima sensato en su estado?

—¿Y usted? —respondió Dieffenbach—. Parece que este hombre ya no tenga sangre en las venas. Y tampoco necesita nada más para calmar el estómago o el intestino.

—Me parece que antes se tendría que reanimar todo el cuerpo —convino Calow.

El doctor Dieffenbach asintió.

—Usted manda. ¡Señora Mater, una escobilla!

La madre del marinero se apresuró, mientras el médico abría una botella de alcohol alcanforado. Martha se arremangó. Por fin podía hacer algo. Por fin comenzarían la batalla contra el invisible enemigo que estaba en el cuerpo de

ese hombre. Siempre era mejor hacer algo, en vez de permanecer ahí sentada y mirar cómo se desvanecía una vida.

Ayudó a desnudar al marinero, que seguía apático, con la mirada perdida, y no se movía. Después, el doctor Calow untó su cuerpo con alcohol y frotó la marmórea piel con la escobilla. Hans no reaccionó.

—¡Tome!

La señora Mater tendió a la partera una segunda escobilla y Martha hizo lo mismo que el médico. No sabría decir si el tratamiento le sentaba bien o lo torturaba. La piel seguía pálida pese a las cerdas, pero parecía respirar con un poco más de fuerza.

—¡Señora Mater, necesitamos agua caliente y fría! —exclamó Dieffenbach, y le quitó la escobilla a Martha.

Martha acompañó a la marinera y trajo cubos y cubos de agua, mientras los hombres frotaban al enfermo por turnos con trapos fríos y calientes.

—No tengo ninguna duda —dijo Dieffenbach en voz baja—. Debemos comunicar el caso. Usted continúe. Madame Vogelsang, ¿podría ayudar al doctor Calow, por favor?

Martha asintió.

—¡Como si es toda la noche! —contestó ella.

—Bien, pues voy a casa del catedrático Rust. Pese a todas las medidas preventivas, el cólera ha llegado a Berlín. Se tiene que comunicar el caso al general Von Thile. Él proclamará el estado de excepción.

Martha cerró los ojos. Tuvo miedo de comprender lo que eso significaría para ella y para el resto de los berlineses.

Cuarentena, estado de excepción, una creciente horda de enfermos a los que no podría ayudar y que, una vez muertos, se enterrarían de prisa en cualquier lugar. ¿Volvería a afectar sobre todo a los pobres que vivían a orillas del canal

y en los estrechos bloques de viviendas de los arrabales? ¿A los niños, los mayores y los débiles? ¡Por supuesto! Como siempre. Sin la menor duda.

Una ola de miseria, dolor y muerte estaba a punto de extenderse sobre Berlín, y ella no podría hacer nada, salvo lamentar su suerte.

Dieffenbach hostigó a sus caballos por las ya oscuras calles hasta que llegó a la casa de la Wilhelmstrasse en la que vivía el consejero superior de medicina, el catedrático Johann Nepomuk Rust, cuyo título no solo indicaba que era el director médico de la Charité, sino también, en consecuencia, el superior de Dieffenbach. Era además director de la atención sanitaria y, por lo tanto, responsable de las medidas preventivas que se habían tomado en las fronteras orientales con Prusia y en torno a la ciudad.

La casa estaba bien iluminada y Dieffenbach oyó música. El director tenía invitados, pero el caso era demasiado importante como para andarse con miramientos.

El contraste con la vieja gabarra y sus inquilinos, de donde acababa de llegar, sin duda no podría haber sido mayor. Sobre todo el aire, que era mucho mejor allí, en el barrio Friedrichstadt, y permitía borrar el recuerdo del horrible hedor del estrecho y bajo camarote. No obstante, le vinieron a la mente los pormenores de la enfermedad. ¿Había llegado a la conclusión correcta? ¿De verdad era el peligroso cólera asiático el que había postrado al marinero?

No era la primera epidemia que presenciaba. Dieffenbach pensaba con horror en lo que se cernía sobre todos ellos. Y sin embargo el sufrimiento también suponía un desafío para sus capacidades como médico. Hurgaba en su ambición y en su afán de investigación. Esta vez no descansaría. Seguiría

avanzando en sus trabajos y encontraría una manera de ayudar a la gente.
¡Expulsarían la plaga de Berlín!

¿Cuándo?

¿Tras cuántas víctimas?

No tenía respuesta. Las dudas lo torturaban. ¿No lo habían intentado todos los mentes más inteligentes y habían fracasado? ¿Se habían acercado los médicos en las décadas anteriores a las causas de las diferentes epidemias y sus curas, aunque solo fuera un poco?

—Sígame, por favor, doctor Dieffenbach —le pidió educadamente un criado, después de que el médico tocara la aldaba.

Dieffenbach dejó que lo guiaran por la casa. Los imponentes acordes de un concierto de piano lo envolvieron. Dejó vagar la mirada por los oyentes hasta que encontró al señor de la casa. Rust estaba sentado en un sillón en el que su pequeña y obesa figura casi se hundía, y marcaba el compás con la cabeza. Su mirada se dirigía hacia algún lugar del techo. Al consejero superior de medicina le encantaba la música. Tanto era así que se había sentado a ese piano algún que otro compositor emergente, y el mismísimo Paganini había llenado ese salón con su música para violín. Allí se encontraban científicos y músicos, y por supuesto cualquiera que tuviera algo que decir en cuestiones de política y del ejército.

A Dieffenbach le vino a la mente que por una velada así su mujer, Johanna, renunciaría a la salvación de su alma, pero enseguida la desterró de sus pensamientos, tanto a ella como a la maravillosa música. ¡No estaba allí por diversión!

Tras vacilar un instante, se acercó al sillón, se inclinó sobre el consejero y le susurró al oído el horrible mensaje.

Rust se sobresaltó, cogió las gafas de gruesos cristales y se las puso sobre

la nariz. Con los ojos nublados por las cataratas, miró sin pestañear al inoportuno visitante.

—¿Está completamente seguro? —preguntó en voz baja.

Dieffenbach asintió.

Rust se levantó y abandonó el salón tras Dieffenbach, cojeando ligeramente. Cerró la puerta para aislar los vibrantes sonidos del piano.

—¿Sigue vivo el hombre?

—Cuando lo dejé, sí, pero parece más muerto que vivo.

Rust frunció el ceño cavilando. Se quedó callado unos momentos. Dieffenbach imaginaba que estaba sopesando las posibles consecuencias. Los nublados ojos apuntaron al subdirector médico.

—¡Vuelva y compruebe que el hombre sigue vivo!

—¿Y usted qué hará? —se atrevió a preguntar el joven.

—Esperaré. Esta noche no podemos hacer nada más.

Dieffenbach no trató de disimular su descontento.

—Perdone, profesor Rust, pero ¿no deberíamos preocuparnos de que no se infecten más personas?

Rust entornó los párpados.

—Ah, también cree usted que la epidemia se transmite de una persona a otra y no como consecuencia de un miasma que sube del canal con sus virulentos vapores, como muchos dicen.

Dieffenbach le dio la razón.

—Por eso mismo tenemos que preocuparnos de que las personas que hayan tenido contacto con el marinero en las últimas horas se mantengan alejadas del resto —insistió.

—Primero deberíamos estar seguros de que se trata realmente del cólera asiático, antes de causar una conmoción en todo Berlín. ¿Y si es una falsa alarma? ¿Qué le diría yo entonces al rey?

—¿Prefiere explicarle que la epidemia se extendió porque no tomó medidas a tiempo? —replicó Dieffenbach, y sintió que había ido demasiado lejos.

La voz del viejo consejero sonó heladora.

—Vuelva y lleve al marinero, vivo o muerto, al pabellón de viruela de la Charité. Quien se encuentre en el barco se quedará allí o irá también al pabellón de viruela. Mandaré a un guardia para que vigile la gabarra. Y ahora tengo que volver a ocuparme de mis invitados. ¡Buenas noches!

Dieffenbach hizo una fría reverencia ante su superior y no disimuló su indignación. ¡Había que actuar de inmediato! El menor retraso podía tener repercusiones fatales para toda la ciudad, si bien no le tocaba a él decidirlo. Iracundo, siguió a Rust con la mirada. Después dio media vuelta y se dispuso a regresar al canal.

La gabarra M92 estaba oscura y tranquila sobre el agua mansa. Nadie podía sospechar el drama que tenía lugar bajo cubierta.

Martha y el doctor Calow estaban bañados en sudor, pero no conseguían devolverle la conciencia al marinero enfermo. Su piel tenía el color y la temperatura del mármol, su aliento era helado y el pulso cada vez más débil.

Calow le dio a la señora Mater el cuenco con agua, que se estaba enfriando.

—Este es el último estadio —dijo a Martha cuando la madre del enfermo no estaba cerca, para que no lo oyera—. He leído al respecto. Cuando el pulso disminuye, ya no hay salvación.

Martha observó al joven marinero llena de compasión. No era médico, pero incluso sin haber estudiado medicina veía que la muerte se cernía sobre el enfermo.

Entonces, de repente, Hans Mater se incorporó en su litera. Martha se sobresaltó.

—Sed —susurró con voz apagada.

Antes de que la joven pudiese tenderle el vaso con manzanilla, el marinero sacó las piernas por el borde de la cama y se levantó tambaleándose.

—¡Un milagro! —susurró Martha. Sintió cómo su corazón saltaba de alegría. ¿De verdad era cierto? ¿Aún había esperanza?

Pero entonces el marinero cayó en los brazos del médico, que volvió a ponerlo en la cama. Oyeron fuera unos pasos rápidos. La puerta se abrió y, con su ondeante frac verde, el doctor Dieffenbach cruzó el umbral.

—¿Qué aspecto tiene?

Observó al enfermo, que yacía ahora de lado. Las piernas se contraían una y otra vez, los dedos se movían. Calow le puso la mano sobre el abdomen.

—Parece que ya no está tan frío.

—Entonces ¿está a salvo? —quiso saber Martha.

Durante unos minutos observó el convulso cuerpo. Dieffenbach frunció el ceño, se arrodilló junto a la litera y puso los dedos en el cuello de Hans Mater.

—¡Nada! —dijo. Acercó su oreja a la boca y a la nariz. Sacudió la cabeza—. Ni respiración ni pulso. ¡Está muerto!

—¿Cómo puede ser? —exclamó Martha—. ¿No ve sus manos? ¡Se están moviendo!

Los médicos asintieron, pero se atuvieron a su valoración.

—El cólera es una enfermedad engañosa. Los vivos tienen aspecto de muertos y parece que los muertos vivan.

—¡No! —gritó la señora Mater, que acababa de entrar con un cuenco lleno de agua caliente. El cuenco cayó al suelo y el agua salpicó las tablas. La madre quiso ir hacia su difunto hijo, pero Dieffenbach se interpuso en su camino.

—Despídase desde aquí —dijo—. No sabemos si su cuerpo entraña riesgo

de contagio.

Calow saltó en su defensa.

—¡Deje despedirse a una madre doliente! Esto es absurdo. La ponzoña del cólera se propaga por miasmas que se acumulan aquí, en algún lugar del canal.

«Suena convincente y sería una explicación de por qué la epidemia siempre causa más estragos precisamente aquí, en el canal, en las casas de los pobres», pensó Martha.

Dieffenbach se mantuvo firme.

—¿Eso cree? ¿Y esos miasmas se han extendido porque sí desde India hasta Rusia y luego hasta Berlín?

Ambos médicos se miraron fijamente.

Dieffenbach apartó la mirada el primero.

—Tenemos que llevarnos a su hijo —dijo con delicadeza—. Le harán la autopsia en la Charité.

—Déjenme quedarme con mi hijo —suplicó la señora Mater—. Debo permanecer junto a él y prepararlo para la sepultura. Tenemos que llevarlo a casa.

El sufrimiento de la madre les partía el alma. Martha se acercó a la marinera y la abrazó.

—Señora Mater, no es posible. Pero le prometo que me quedaré junto a Hans hasta que pueda descansar bajo tierra. —Dicho esto, miró con obstinación a Dieffenbach, absolutamente decidida a mantener su promesa y no dar su brazo a torcer.

—Bueno —cedió al final el médico—. La señora Vogelsang se viene y presenciara la autopsia.

Entre lágrimas, la señora Mater le dio las gracias a la partera y vio cómo los hombres envolvían a su difunto hijo en la manta y lo desembarcaban.

Abrazó a su vez a Martha contra sí, y luego permaneció junto a la borda mientras el carruaje avanzaba con el muerto, los médicos y la partera.

La enfermera Elisabeth

Era cerca de medianoche cuando Dieffenbach entró en la Jägerstrasse de Friedrichstadt, donde compartía con su esposa Johanna un amplio piso en la primera planta. Aún no había terminado de subir las escaleras cuando ella ya había abierto la puerta. No necesitó verla para saber que estaba de un humor de perros. El aire pareció vibrar como cuando está a punto de estallar una tormenta.

Dieffenbach sospechó lo que se le venía encima y habría evitado con gusto la discusión. Se sentía cansado, exhausto, y a lo único a lo que aspiraba era a retirarse a su tranquilo estudio durante una hora para reflexionar sobre el caso. Además, quería contestar a su amigo, el doctor Georg Friedrich Stromeyer de Hannover, que le había informado sobre su fascinante cirugía de sección de un tendón de Aquiles. Y su estómago se quejaba de hambre. Si pudiese pasar por la cocina a buscar un trozo de pan y queso, y luego encerrarse...

Pero Johanna lo interceptó y lo miró enojada.

—¿Sabes lo tarde que es? Y no me vengas otra vez con la excusa de un paciente importante. Solo tienes tiempo para tus pacientes. ¿Y qué pasa conmigo? ¿No ser más que tu esposa me resta importancia?

—Johanna, lo siento. Era de verdad un caso relevante: no solo para mí, para todo Berlín.

Johanna desestimó el argumento con un gesto de la mano.

—Te he dicho que esta noche era trascendental para nosotros.

—Para ti —se atrevió él a contradecirla.

—Para nosotros —insistió ella—. Tenemos invitados de alcurnia.

—Ha venido Devrient —supuso Dieffenbach, y reprimió un suspiro.

Conocía la predilección de su esposa por el actor, aunque su animadversión no tenía nada que ver con los celos. Desde luego, no es que el concepto de fidelidad que tenía Johanna fuese como para tranquilizar a un hombre: había engañado a su primer esposo, y no solo con Dieffenbach. Curioso. Hubo una época en la que había sentido lo que podrían llamarse celos respecto de Johanna, pero en un momento dado se habían volatilizado.

—Sí, Ludwig está aquí y ha dado a nuestros invitados una charla muy interesante —le respondió ella con tono agresivo—. Solo han tenido que prescindir de mi esposo una vez más. Dicho sea de paso, nuestro honorable ministro Von Humboldt te espera impaciente.

—Exministro —la corrigió Dieffenbach.

Johanna hizo un ademán desdeñoso. ¡Esa no era la cuestión esencial!

Aunque también Wilhelm von Humboldt se encontraba entre los antiguos amantes de su esposa, Dieffenbach lo apreciaba y era con gusto el médico de su familia. A él tenía que agradecerle, entre otras cosas, el poder permitirse aquella vivienda cara y sus caballos. Wilhelm von Humboldt no se cansaba de cantar las alabanzas del médico que había escogido y de procurarle pacientes acaudalados para su consulta privada.

Por un momento cruzaron por la mente de Dieffenbach los recuerdos de su humilde primera casa. De los interminables días con pacientes que apenas podían pagar un gros. De estudiantes de esgrima a los que había tenido que coserles las narices o costurones sangrantes. Ya por entonces Johanna soñaba con ser la anfitriona de un salón famoso en Berlín, como Henriette Herz, por ejemplo, o Rahel Varnhagen, pero era más feliz y estaba llena de esperanza y planes de futuro. Y todavía se amaban.

Ahora disponía de un piso amplio y ya no tenía que ahorrar. Sin embargo, a pesar de que podía invitar a quien quisiera, su dilema era que la gente venía de visita para conocer al destacado médico, quien, por su parte, no ansiaba más que algún que otro mimo de su esposa y disfrutar de un poco de calma en su estudio para trabajar en sus artículos o sus libros.

¿Era demasiado pedir?

Dieffenbach miró a Johanna. La luz que caía de soslayo sobre su rostro cincelaba sin piedad cada arruga de su marchita piel. Nadie la habría calificado nunca de atractiva, ni tan siquiera de bonita. Eran su carácter ingenioso y su estimulante conversación lo que atraía a los hombres, cuando no estaba del humor que la dominaba esa noche. Nunca le había molestado que su esposa fuese nueve años mayor que él y, aunque ya se le notaban sus casi cincuenta años, no eran estas banalidades las que los enemistaban. En aquel momento Dieffenbach no veía ese amor por el que ella había roto todas las convenciones, se había separado y había viajado con él por el mundo hasta que, por fin, él pudo ejercer en Berlín. Ese amor por el que él se había casado a pesar de todos los pesares.

Solo veía a una mujer amargada.

—Entraré a saludar a Humboldt —dijo, y se abrió paso por delante de ella.

Si bien aún era temprano, aquella mañana un aire sofocante inundaba las habitaciones del pabellón de viruela, un pequeño edificio fuera del muro de tarafana de Berlín, que rodeaba el terreno de la Charité real por el norte y el este. Habían dejado el cadáver allí en vez de en el depósito que la Charité tenía intramuros, y ahora el fallecido Hans Mater yacía sobre la mesa en medio de la sala.

Martha se retiró a un rincón donde no estorbaba a nadie, aunque podía

seguir lo que sucedía. Estaba firmemente decidida a no romper el juramento que había hecho a la señora Mater y a quedarse hasta el final al lado de su hijo. Hasta entonces ninguno de los médicos presentes había intentado echarla.

No le extrañaba que el doctor Dieffenbach y el doctor Calow estuvieran allí. Había, además, otro médico de unos cincuenta años, con uniforme, al que no conocía. Junto a él se hallaba un hombre bajo y rollizo con chaqueta negra y unas gruesas gafas sobre la nariz, que debía de ser el profesor Rust. Aunque el calor era insoportable pese a lo temprano de la hora, Rust llevaba una levita cruzada, muy gruesa y gastada, y un corbatín bien ceñido que parecía pertenecer a otra época.

La puerta se abrió de un empujón. Sin aliento, irrumpió en la sala un joven de uniforme. Tenía las mejillas encendidas, el cabello revuelto.

«Qué muchacho tan apuesto», pensó Martha. Alto, rubio y con ojos de un maravilloso azul. Le calculó unos veintitrés o veinticuatro años. «Cuánta vida joven e impulsiva para una sala de muerte...» Sonrió por primera vez ese día.

El joven hizo una reverencia y miró alrededor en busca de ayuda, hasta que sus ojos se detuvieron en los dos hombres del fondo.

—Profesor Rust, director Kluge, soy el *pépin* Alexander Heydecker, estudiante de tercer año en la Academia Medicoquirúrgica del Ejército y, desde esta semana, destacado como subcirujano en la Charité. Hace un momento, durante el desayuno, he sabido por un camarada que estaban ustedes aquí haciendo la autopsia a alguien que ha muerto de cólera esta mañana, y me he dicho que sería importante saber a qué nos enfrentamos exactamente. Quiero decir que debería confirmarse la sospecha en cuanto a lo que espera a todos los médicos de Berlín. —Los miró uno por uno en busca de aprobación—. Les suplico que me dejen participar en la autopsia. ¿Es el fallecido realmente víctima del cólera asiático?

—Un joven deseoso de aprender —dijo el director Kluge, y sonrió—. Justo

lo que deseamos en los estudiantes de la Pépinière. Bien, acérquese y díganos lo que ve.

Martha pensó en lo que sabía de la Pépinière, «el vivero», la academia médica del ejército. Habían pasado antes por los edificios de la Academia Federico Guillermo, como se llamaba desde hacía dos décadas, un complejo que se extendía sobre un terreno triangular en la orilla sur del Spree, justo delante del puente Weidendammer, a lo largo de la Friedrichstrasse. Los alumnos recibían en ella formación gratuita como médicos o cirujanos si estaban dispuestos a servir ocho años en el ejército. Por supuesto, existía también la posibilidad de pagar la formación, aunque Martha había oído que les costaba a las familias la considerable suma de más de cien táleros por semestre. Junto a los *pépins*, los alumnos, se veía allí a menudo a cirujanos de regimiento y a auxiliares médicos veteranos, que se formaban para ejercer servicios médicos superiores. Trabajaban durante ese tiempo como médicos internos en la Charité, lo que significaba que seguían recibiendo un sueldo.

Martha dirigió su atención de nuevo al cadáver y a los médicos que rodeaban la mesa de autopsias. El director Kluge hizo una señal a Dieffenbach y Calow.

—Señores, comiencen.

Dieffenbach tomó un escalpelo e hizo dos cortes diagonales desde las clavículas hasta el esternón. Desde allí deslizó la cuchilla en línea recta hasta el pubis. Decidido, abrió el pecho y la cavidad abdominal.

—Bien, joven Heydecker, ¿qué ve? —retó el anciano Rust al *pépin*—. ¿Qué le llama la atención?

—Es extraño. Los vasos sanguíneos. Están como resecos. No hay ni una gota de sangre.

Calow hizo incisiones en las arterias mayores y negó con la cabeza.

—No había visto nunca algo así —confirmó Dieffenbach—. Miren, las

paredes están tan claras como si nunca hubiese fluido sangre por ellas.

—Las paredes de las venas, por el contrario, se han conglutinado — comentó Calow—. Una masa pastosa de color negro rojizo.

Martha avanzó un poco para ver mejor. También el estómago del marinero fallecido estaba decolorado; la cara interior de las paredes intestinales, en cambio, estaba inflamada.

Era evidente que los médicos habían leído los protocolos de autopsia de muchas víctimas, pues estaban todos de acuerdo:

—La causa de la muerte de Hans Mater ha sido el cólera asiático.

Del corazón seccionado el doctor Calow sacó aún un resto de sangre coagulada y le alargó el recipiente al profesor Rust, que frunció el ceño y giró el vaso a un lado y otro.

—Ojalá se pudiese extraer de esta sangre el germen colerígeno —dijo Dieffenbach—. Ojalá supiésemos cómo se transmite.

—Y de quién se ha contagiado él —añadió el profesor Rust—. Pero me temo que eso lo vamos a averiguar más rápido de lo que nos gustaría. Esta no va a ser la única víctima.

—No hay ninguna prueba de que el cólera se transmita de una persona a otra —intervino Calow—. No encontrarían en su sangre ningún germen colerígeno. ¡Vayan al canal del Spree! Allí flota el miasma sobre el agua y puede contagiar a cualquiera que se acerque demasiado.

Dieffenbach tomó partido a favor del consejero privado y subrayó que, pese a las medidas tomadas en las fronteras, alguien había traído la enfermedad hasta Berlín y también existía el riesgo de que el contagio rebasara la ciudad.

Martha tuvo la sensación de que aquella discusión dividía desde hacía tiempo las mentes de los médicos. Lo que la hacía tan enconada era posiblemente el hecho de que ninguna de las dos partes podía demostrar su hipótesis.

El doctor Calow le quitó al profesor Rust el vasito con la sangre coagulada.

—El marinero se habría acordado seguro si hubiese tenido contacto con un enfermo de cólera —insistió—. ¡Y no lo mencionó!

—No sabemos cuánto tiempo antes de los síntomas y cuánto después de la muerte está el germen activo en el cuerpo —observó Rust.

Calow señaló con el dedo el cadáver del marinero, que Dieffenbach había empezado a coser con toscas puntadas.

—En este cuerpo no hay gérmenes colerígenos. ¡Se lo demostraré!

Antes de que nadie entendiese lo que pretendía, se llevó el vasito a los labios y se tragó la sangre del difunto.

Martha dejó escapar un grito, mientras Dieffenbach dejaba caer la aguja y arrancaba el recipiente al joven colega, pero ya era demasiado tarde.

—¡Está usted loco! —gritó Rust meneando la cabeza—. Ande, muérase y piense mientras tanto a cuántos hombres habrá contagiado hasta entonces y se llevará con usted a la tumba.

—Debemos ponerlo en cuarentena —balbució Dieffenbach—. Usted no puede responsabilizarse de algo así.

—Solo me ocuparé de enfermos de cólera —prometió Calow—. Verán como esta sangre no me afecta en nada.

Hizo una reverencia y abandonó la sala. Los otros se lo quedaron mirando.

—Era un médico tan prometedor... —dijo Dieffenbach, como si su colega estuviese ya muerto.

Elisabeth sentía ya un poco de aprensión cuando cruzó el portón y se dirigió a la gran construcción de tres alas que a partir de entonces sería su hogar y su lugar de trabajo.

Eran tres los que comenzaban aquel día su servicio como enfermeros:

Elisabeth, Linda y Joseph. Elisabeth era, a sus diecinueve años, la más joven de los tres. Linda tenía un par de años más, y Joseph, viudo, rondaba los cuarenta. Después de haber perdido su trabajo en la imprenta y también a su único hijo —de crup, o difteria, como decían los médicos refinados—, no le quedaba otra opción que aceptar aquel trabajo para no acabar mendigando en la calle.

Un grupito se les acercó y dejó a Joseph sin palabras. Todos llevaban la misma indumentaria gris y azul. Los hombres, pantalones y una bata del mismo tejido; las mujeres, vestidos hasta los tobillos, aunque sin forma y con el mismo aspecto deslavado.

—Venid, os están esperando —dijo una de las enfermeras.

En la puerta de entrada los aguardaba el general médico Von Wiebel, que se presentó a los nuevos enfermeros y los saludó con gesto adusto. Un poco aparte había tres hombres jóvenes con uniformes condecorados, que examinaron a los recién llegados con descaro.

Una mujer con la misma indumentaria gris y azul que las demás enfermeras, aunque llevaba un delantal blanco recién lavado, alcanzó al oficial médico una tablilla con una hoja de papel sujeta. Más atrás había un hombre vestido igual que los enfermeros, con otro médico.

—Joseph Müller, Elisabeth Bergmann y Linda Schmiederer —leyó el oficial médico.

Se adelantaron uno tras otro y le tendieron la mano.

Cuando lo hizo Linda, Elisabeth oyó al joven que tenía detrás reprimir una risita.

—¡Qué mujer! ¡Vaya adefesio! Va a matar a los enfermos de un susto en cuanto entre.

La ira se apoderó de Elisabeth. Ciertamente, desde luego Linda no hacía honor a su nombre, no se la podía considerar siquiera resultona. Era bajita y gorda, y

su cara de mofletes colorados tenía marcas de viruela, pero eso no les daba derecho a aquellos jóvenes impertinentes a hablar así de ella.

—La otra, en cambio, es un auténtico primor —respondió otro—. A esa no la echaría de mi cama.

Entonces Elisabeth se dio la vuelta y miró a los tres jóvenes de hito en hito. No sabía cuál había hablado. El del medio tuvo por lo menos la decencia de ruborizarse.

Era alto y rubio, y tenía los ojos del azul más oscuro que jamás hubiese visto. Le devolvió la mirada y luego bajó los ojos. Elisabeth miró severa a los otros dos, que volvieron a reírse por lo bajo, antes de desviar la vista de nuevo hacia el hermoso rostro de ojos azules.

También el oficial médico dirigió su atención a los jóvenes de uniforme azul y rojo. Hizo señas al del medio para que se acercase.

—Heydecker, sé que se ha ocupado ya de algún enfermo de la Charité durante los ejercicios clínicos, pero en cierto modo hoy es también su primer día. Así que se unirá a los nuevos enfermeros durante la ronda. El profesor Wolff de medicina interna les mostrará las diferentes áreas. Luego les asignarán sus cuartos.

Después presentó al matrimonio Rother que, como conserjes, vivían en la Charité y tenían potestad sobre todos los enfermeros y enfermeras.

—Dejen sus bolsos aquí en el vestíbulo —dijo la gobernanta Rother—. Más tarde podrán llevar sus cosas a la habitación.

Elisabeth intentó no dejarse intimidar y se dirigió al médico que se colocó junto a Von Wiebel. También él llevaba uniforme.

—Soy el profesor Eduard Wolff. Dirijo la Clínica Alemana, como todos llaman aquí al área de medicina interna de la Charité, dado que imparto mis clases en alemán. —Dirigió la mirada a los jóvenes—. Es que la mayoría de mis *pépins* no han aprendido latín. —Luego invitó al grupo a seguirlo por los

largos y sombríos pasillos—. Ahí detrás, al final del ala sureste, se encuentran las dos crujías de medicina interna de la universidad, con las que ustedes no tendrán nada que ver. Mi colega Bartels imparte sus clases, por cierto, siempre en latín, así que las llamamos la Clínica Latina.

El profesor Wolff llevó a las dos nuevas enfermeras, el enfermero y el joven subcirujano Heydecker a sus crujías, en las que estaban los pacientes con enfermedades febriles, trastornos respiratorios y úlceras de todo tipo. El matrimonio de conserjes los siguió a cierta distancia.

A continuación fueron a cirugía, de la que se ocupaban Rust y Dieffenbach, junto a la que se encontraban los pacientes con enfermedades oculares del profesor Jüngken.

Elisabeth se fijó en que, pese a que las camas estaban muy pegadas unas a otras, cada paciente parecía tener la suya propia. Estaban todos cubiertos con las mismas sábanas y sobrecamas gris claro, y también los pacientes llevaban batas grises que les daba la Charité.

—Los enfermos deben entregar todas sus prendas y posesiones. El inspector Hansmann las custodia hasta el alta —explicó la gobernanta—. Tengan cuidado. Los pacientes no reparan en engaños para meter a escondidas los objetos más pintorescos.

Elisabeth dejó vagar la mirada. Por más que parecían esforzarse por mantener el orden y la limpieza en las salas, el hedor era espantoso. Hasta entonces no había visto baños en ningún sitio. En aquellos últimos cálidos días de agosto apestaba a sudor y heces en todas las crujías. Del área de cirugía llegaba un insoportable vapor de pus y carne podrida que quitaba el aliento.

Elisabeth observó que uno de los auxiliares médicos quitaba una venda de la pierna de un paciente. El hedor se elevó como una nube de la herida amarillenta, cuyos bordes habían adquirido un color negruzco. Un enfermero alcanzó al médico agua, con la que este lavó la herida antes de volver a

vendarla. Un enjambre de moscas se elevó de uno de los cubos en los que los pacientes hacían sus necesidades y se instaló en la venda embebida de pus.

En aquel momento entró una mujer en la sala agitando un tarro del que salía un olor aromático.

—El humo limpia el aire de los microbios que salen del cuerpo como una especie de miasma —aclaró el profesor Wolff—. Queremos evitar que pasen de un paciente a otro y provoquen otras enfermedades o la muy temida gangrena. La sahumadora recorre a diario todas las crujías.

Visitaron también la sala de operaciones, en cuyo centro había una gran mesa con respaldo y patas que se podían fijar en diversas posiciones. Junto a ella había un carrito con instrumentos capaces de aterrorizar a cualquier ser sensible con un poco de fantasía. En semicírculo se alzaban algunas filas de asientos desde los que los estudiantes médicos o los colegas podían asistir a las operaciones.

Elisabeth se estremeció. La idea de encontrarse en aquella mesa ante tanta gente, mientras el cirujano cortaba la carne con un escalpelo afilado o amputaba una pierna con un serrucho, le provocaba náuseas. No estaba segura de si sería parte de sus deberes estar presente en las operaciones... Por otro lado, sintió un cosquilleo de emoción y quizá también de curiosidad impertinente.

—En la sala de vigilancia, aquí al lado, se cuida y observa a quienes han pasado por una operación hasta que se los traslada de nuevo a la crujía —explicó el profesor Wolff—. Aquí traemos también a los moribundos por los que ya no podemos hacer nada, salvo esperar que su sufrimiento termine definitivamente. —Entró y se dirigió a un hombre vestido de enfermero—. ¿A quién tiene aquí, Camille? —preguntó el profesor Wolff frunciendo el ceño y señalando una cama en la que se adivinaba una forma bajo las sábanas.

El enfermero se encogió de hombros.

—Posiblemente un vagabundo. Ha entrado esta madrugada, pero no sabíamos en qué sala debíamos colocarlo. El portero de noche no quería decidir y el inspector Hansmann no había llegado aún.

—¿Aún no lo ha valorado ninguno de los médicos?

Camille negó con la cabeza.

—La mayoría de los señores doctores están aún por la ciudad, ocupados con sus propios pacientes. Quizá vengan por la tarde. Creo que podría corresponder a su área, profesor Wolff. —El enfermero se acercó a la cama y retiró la sábana—. ¡Ah!

Camille dio un paso atrás con un grito.

El profesor Wolff se inclinó sobre el hombre y le palpó el cuello.

—Está muerto, Camille —exclamó.

Algo que Elisabeth podía ver desde la distancia a la que estaba. La piel estaba tan pálida que no debía de haber ni una sola gota de sangre en el cadáver.

Wolff observó el cuerpo sin vida.

—Corra, Camille. Traiga al profesor Rust y al doctor Dieffenbach, si alguno de los señores está ya en el hospital.

Elisabeth notó el roce de una manga. Alzó la vista y vio la casaca azul y al joven cirujano militar que se adelantaba con curiosidad.

—Otro muerto de cólera —murmuró.

Elisabeth lo miró adusta.

—En Berlín no hay cólera.

Alexander Heydecker la contradujo:

—Sí, desde anoche sí. El profesor Rust y el doctor Dieffenbach lo confirmarán. Y también que este hombre ha muerto de cólera.

Aquello despertó la curiosidad de Elisabeth. ¿Cómo podía precisamente aquel joven subcirujano saber aquello cuando ni siquiera el director del área

de medicina interna se había enterado? Se lo habría preguntado con gusto, pero no se atrevió. En cualquier caso, no dejaba de sorprenderla que aquel profesor se tomase siquiera la molestia de guiar a los nuevos por el hospital. Solo eran enfermeros, o sea, que su rango estaba muy por debajo del de los médicos.

El profesor Wolff apremió a los recién llegados a salir de la sala.

—Vengan. Vayamos arriba.

En la escalera se cruzaron con dos médicos que parecían importantes, pensó Elisabeth. Puede que fuese por su postura erguida o por su expresión seria. Uno llevaba una de aquellas casacas azules de botones dorados y el otro iba de civil. Cuando el profesor Wolff se acercó con su grupo, interrumpieron su conversación y miraron interrogativos al cirujano.

—Estoy enseñando el hospital a nuestro subcirujano Heydecker y a los nuevos enfermeros —aclaró solícito, y presentó a los nuevos al director de la Charité—. En su día, el director Karl Alexander Kluge fue *pépin* como usted, Heydecker. Y hoy no solo es director del área de enfermos de sífilis y sarna, y de nuestra maternidad, sino también el médico jefe de la Charité.

Elisabeth lo observó curiosa. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, con la cara ovalada y el cabello castaño claro. Llevaba las mejillas y el mentón cuidadosamente afeitados y tenía una expresión abierta y amable. Al contrario de lo que habían hecho algunas personas aquel día, les dedicó a todos una sonrisa. El hombre que lo acompañaba era más bajo y delgado, con la frente ancha y el pelo ralo, pese a que debía de tener unos treinta y cinco años. También iba bien afeitado. Tenía los ojos gris claro, aunque su mirada reflejaba cierta acritud que parecía penetrar en lo profundo del alma.

—Con su permiso, doctor Karl Wilhelm Ideler, profesor y director del área de psiquiatría, o del manicomio, como lo llama la mayoría —se presentó adelantándose al profesor Wolff.

—A su área íbamos precisamente ahora —dijo Wolff—. Creo que la enfermera Elisabeth y la enfermera Linda comenzarán en ella o en la del director Kluge.

Entonces, Ideler también sonrió.

—Lo mejor es que me lleve yo a su grupo al piso de arriba. Así puede usted volver con sus pacientes.

El profesor Wolff se despidió. El resto subió las escaleras hasta las salas del segundo piso. El doctor Ideler les mostró la crujía de los melancólicos, que yacían mudos y rígidos en sus camas, la de los delirantes, vigilada por dos enfermeros de aspecto fiero, y algunos cuartos pequeños en los que podían recibir curas los pacientes de pago. Luego confió el grupo al director Kluge, que los llevó a la tercera planta, donde visitaron una sala con mujeres sarnosas y una habitación en la que atendían otras enfermedades cutáneas o venéreas. Allí había algunas mujeres sentadas en las camas, en el suelo o en escabeles, que arrancaban los hilos de tiras de algodón y ropa blanca. En el suelo había un montón enorme de telas viejas y unos cestos donde depositaban las fibras cardadas.

—Las mujeres cardan hilas para los apósitos que los cirujanos utilizan tras las operaciones —aclaró Kluge—. Tenemos que ocuparlas para que no riñan y se griten. A las mujeres de la sala grande de arriba les permitimos también salir al jardín para que ayuden a desherbar, pero a estas no.

Las mujeres se reían y se pellizcaban unas a otras en el costado. Volaban los comentarios obscenos de unas a otras. Una mujer bonita, de larga melena negra, echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa atronadora.

Solo entonces se fijó Elisabeth en que algunas llevaban cadenas en los tobillos, a las que habían fijado pesados tajos. Miró al médico sin entender.

—Algunas pacientes son presidiarias, otras han infringido aquí, en la

Charité, el orden y la disciplina. Todas vienen de la calle, donde se ganaban el pan robando o prostituyéndose.

—Eh, doctor —llamó una con el pelo pajizo—, vendíamos honradamente nuestros muslos. Y si la comida no fuese tan mala y nos diesen de vez en cuando un vasito de licor, no tendríamos que poner el cuerpo al servicio de los enfermeros. —Se levantó la bata hasta descubrir el pubis. Y no solo eso. Tenía los muslos cubiertos de llagas purulentas—. Pero ni eso nos permiten —añadió con una risita.

Elisabeth vio los cráteres supurantes y se debatió entre la compasión y el asco. Linda se apartó horrorizada, mientras que Joseph, con los ojos abiertos como platos, miraba los muslos desnudos.

El joven Heydecker dio un par de pasos rápidos hacia la mujer y tiró del borde de la bata hasta cubrirle las rodillas. Ella le sonrió con ironía mostrando una dentadura llena de huecos.

—Vaya, menudo bocadito exquisito es usted. ¿Con quién tengo el honor?

—Subcirujano Heydecker —dijo él, formal.

Ella rio a carcajadas.

—Ah, es usted uno de los deliciosos *pépins*. Me alegro de conocerlo.

Elisabeth vio que la alegría no era mutua. Aun así, el aspirante médico no mostró repugnancia alguna. Tan solo interés.

Por fin, el director Kluge dio por terminada la visita y los exhortó a todos a irse.

—Ahora echaremos un vistazo a la sala de sifilíticos. La cura de azogue es desagradable para todos, pero piensen que hasta hoy no hay ninguna otra terapia para librarse de esta plaga.

Los llevó un piso más arriba, a las buhardillas, y abrió una puerta que solo tenía picaporte por fuera.

Si la sala de operaciones había desatado la fantasía de Elisabeth, allí no

hacía falta tener imaginación para asustarse. El director Kluge examinó a los nuevos enfermeros y al joven graduado de la academia. Elisabeth intentó mantener una expresión neutra y no retroceder ante el espantoso hedor y las desdichadas formas.

—Bien, yo diría que, cuando se hayan instalado en sus dormitorios, se presenten ante mí. La enfermera Elisabeth y el subcirujano Heydecker pueden comenzar enseguida en mi área. Enfermera Linda, usted ayudará con las mujeres sarnosas y en la estancia de las presas. Enfermero Joseph, preséntese ante el doctor Ideler.

Kluge dejó vagar la mirada por sus rostros y dio una palmada.

—Bien, la gobernanta Rother los llevará ahora a sus dormitorios. Por desgracia, en la Charité vuelve a escasear el espacio, aunque las alas se reconstruyeron hace solo treinta años y se añadió un piso. También se trasladaron los viejos menesterosos de la planta baja al nuevo hospital del puente Inselbrücke, así que ganamos nuevas crujías. Con todo, necesitamos más sitio. Por suerte, nuestro honorable rey Federico Guillermo y sus ministros han comprendido con cuánta urgencia precisa Berlín de un hospital más grande. Las obras ya están en marcha en la parte norte, ante el muro de tarafana, y creo que dentro de pocos años nuestras áreas tendrán allí mejores condiciones. Hasta entonces, tenemos que arreglárnoslas con las circunstancias que se nos ofrecen.

Mientras que Joseph y el joven Heydecker buscaban al conserje, la señora Rother llevó a las dos enfermeras a un cuartito minúsculo en el sotabanco, en el que había cuatro camas. El pequeño tragaluz estaba cerrado y parecía que no se abría desde hacía tiempo. Solo había un arconcito para los efectos personales, pero lo cierto es que Elisabeth no había llevado muchas cosas. Por lo menos, el cuarto estaba limpio y dos de las camas recién hechas. Puede que

fuese bueno hablar por la noche sobre las impresiones del día, en vez de acostarse solas con sus pensamientos en un dormitorio, se dijo.

Una enfermera alta y de constitución robusta, que se presentó como Christina y que dormía también en el cuarto, trajo una pila de delantales blancos y dos de los uniformes de rayas grises y azules de la Charité para cada una. Los delantales no iban a durar mucho immaculados cuando comenzasen con el trabajo, supuso Elisabeth.

El estado de excepción

Dieffenbach encontró al profesor Rust en la sala de vigilancia, inclinado sobre el fallecido. Cuando se irguió, pestañeó tras los cristales de las gafas que desfiguraban caprichosamente sus ojos lechosos. Llevaba la misma levita gruesa que el día anterior, pero el corbatín era blanco y parecía limpio.

—No hay duda —dijo.

—Tenemos el cólera en la Charité —murmuró Dieffenbach, horrorizado.

El profesor Rust meneó la cabeza.

—Este hombre era un vagabundo que han encontrado unos obreros del turno de noche en el canal. Pensaron que estaba borracho y lo han traído de madrugada. Probablemente se hallaba en el último estadio cuando llegó, porque Camille no ha informado de nada sobre vómitos o diarrea. Es una suerte que el portero no supiese a qué área debía asignarlo...

Dieffenbach asintió.

—Tenemos que disponer el pabellón de viruela extramuros para los enfermos de cólera y trasladar allí a algunos de los enfermeros —propuso—. Si hay dos casos, pronto habrá más. ¡Muchos más! Fue una buena decisión hacer la autopsia del marinero al otro lado del muro en vez de en nuestro depósito de cadáveres, tan cerca del edificio de las crujías.

Rust asintió y cubrió el cadáver con la sábana.

—Tiene usted razón, haré que lleven también este cadáver al pabellón de viruela.

Se volvió hacia Camille. El enfermero hizo un saludo militar burlón y se retiró para ir a buscar unas andas y un par de porteadores.

—¿Ha conseguido averiguar dónde pudo contagiarse nuestro marinero?

—Si no fue, de hecho, el miasma... —contestó sarcástico el profesor Rust. Dieffenbach hizo un ademán de desagrado con la mano.

—No creo en eso.

—No, yo tampoco —reconoció el consejero—. Nuestra batea M92 estuvo unos días en el puente Mühlendamm junto a un barco que había venido de Zerpenschleuse por el canal de Finow.

El más joven frunció el ceño.

—¿No hubo allí algún caso?

Rust asintió.

—La policía registró hace ocho días el primer caso de cólera.

En aquel momento la puerta se abrió de par en par. Sin aliento, entró a la carrera Herrmann Reich, uno de los apreciados ayudantes que solían echar una mano a Dieffenbach en las operaciones.

—¡Tenemos un muerto en la casa de la esclusa 5! —exclamó—. Un maestro zapatero llamado Radack. Sospechoso de cólera.

Rust se dejó caer en un taburete con un suspiro.

—Ordene que lo traigan. Me temo que no podemos seguir demorando lo inevitable. Que me preparen el coche. Iré a ver al general Von Thile.

—¿Qué hará? —preguntó receloso el ayudante.

—El comandante transformará Berlín en una gigantesca zona de cuarentena —profetizó el viejo catedrático—. Y muy pronto nuestro pabellón de viruela estará atestado. Antes de que suceda, ¿deberíamos buscar otras casas adecuadas para utilizarlas como hospital de coléricos.

La lúgubre profecía del consejero privado iba a confirmarse demasiado pronto. Cuando Martha se encaminó por la tarde a casa de la hermana de Elisabeth, Maria, tropezó con resistencias inesperadas. Coincidió con un grupo de gente que cuchicheaba agitado. Vecinos que lamentaban la muerte de uno de los suyos.

—El maestro zapatero Radack la ha palmado —dijo una joven estremeciéndose.

Ante la casa de la esclusa se había congregado la Comisión de Protección Civil. Los guardas llevaban sobretodos de hule verde. Algunos fijaban carteles en las paredes de la casa y en los árboles; otros hacían rodar turíbulos llenos de cloro por la calle. Dos hombres con sobretodos negros entraban en la casa con un ataúd también revestido de hule para llevarse al zapatero.

Martha se acercó y examinó uno de los carteles. Comunicaba que las escuelas, los teatros, las tabernas y otros lugares de reunión permanecerían cerrados. Los obreros de las fábricas debían presentar certificados de buena salud para ser contratados. Los hombres de la guardia del cólera se alejaban en diversas direcciones tocando campanillas de latón para avisar a la población.

Los escolares daban gritos de alegría. Unos chiquillos corrían cantando tras el coche fúnebre. Sin escuela, ¡qué ilusión! En vano intentaban los hombres ahuyentarlos.

Y no solo los muchachos de la calle cedían a la curiosidad. Como sabía Martha por experiencia, los berlineses eran propensos a disfrutar de todo lo que interrumpía la monotonía de lo cotidiano y proporcionaba un poco de emoción, incluso si se trataba, como entonces, del cólera, y no de un abigarrado desfile. A pie o en el ómnibus, acudió un montón de gente al canal del Spree y todos estiraban el cuello empujando hasta que intervino el ejército para contenerlos.

Martha no podía sino menear la cabeza. Los médicos sabían demasiado poco sobre aquella insidiosa enfermedad. ¡Todo el mundo haría mejor quedándose en casa!

Mientras los del hule verde desinfectaban el taller con vapor de cloro, Martha subió las escaleras de la casa de enfrente para ver a Maria y comprobar lo bajo que estaba el niño. Se sintió aliviada al encontrar bien de salud a la futura madre. Preocupada, Maria echó un vistazo por la ventana que daba a la fachada.

—¿Qué están haciendo? Están tirando una soga por medio de la calle. Y ahora arrastran dos turíbulos dentro de la casa. Ah, ahí veo a Anna, la mujer del zapatero, y a sus dos hijos. ¡Los guardas del cólera los están metiendo en casa y condenando la puerta!

Martha se acercó a su lado y siguió su mirada.

—Toda la familia tiene que ponerse en cuarentena —explicó.

—¿Y quién se ocupará de ellos? ¿Quién les llevará comida? —quiso saber Maria.

—Les preguntaré a los guardas —prometió Martha mientras se preparaba para examinar a la embarazada—. Aún faltan un par de días. No dudes en llamarme cuando empiecen los dolores, aunque con el primer hijo, por lo general, duran un poco más. De todos modos, no sé si en estas circunstancias tus vecinas querrán asistirte.

Maria se estremeció.

—No será el último al que envuelvan en hule.

Martha asintió.

—He oído que ante la puerta de Frankfurt han comenzado ya a levantar una empalizada para poner allí el cementerio de los coléricos. Además, van a improvisar varios hospitales para enfermos de cólera en la ciudad. El

pabellón de viruela ante las puertas de la Charité enseguida se quedará pequeño.

—Eso me temo yo también —convino Maria.

Luego se despidió de Martha y le agradeció su ayuda.

La partera bajó las escaleras y, como había prometido, detuvo a uno de los guardas para preguntar sobre el bienestar de la familia del zapatero.

—Esa gente estará encerrada en la vivienda veinte días —la informó gustoso—. Condenaremos las puertas y las ventanas. Dos veces al día vendrá el encargado de la protección civil. Ahí, en ese banco ante la ventanita que aún está abierta, depositarán un cubo con su pedido y el dinero necesario. El encargado lo recogerá, echará las monedas en un recipiente con vinagre y rociará el papel con cloro. Luego comprará los víveres y los dejará en el cubo. Solo cuando se haya retirado, podrán recogerlo los de dentro.

Martha le dio las gracias y se despidió. Alrededor del canal se percibía un penetrante olor a gas cloro, que no se podía decir que fuese mejor que el hedor de los propios vecinos y, sobre todo, de los curtidores que se habían establecido allí. Pero eso no era algo que la preocupase por el momento. Pensaba en la pobre gente que tendría que estar encerrada casi tres semanas en su minúscula vivienda esperando a ver si también se habían contagiado y morían de cólera. ¿Qué pasaría si se les acababa el dinero para pagar al encargado de la protección? El mero pensamiento era demasiado aterrador. Martha bajó un poco la cabeza y se apresuró a volver a casa.

Cuando Johann Friedrich Dieffenbach acompañaba al último de sus pacientes privados de aquel día a la puerta de casa, se dirigió a él un criado de librea roja que no conocía. El hombre hizo una profunda reverencia. Dieffenbach reconoció el blasón en los faldones del criado, y no le sorprendió, por tanto,

cuando el hombre le pidió que lo acompañase lo más rápidamente posible al palacete del conde de Bredow.

El médico se abstuvo de preguntar qué podía hacer por el conde. Lo más probable era que eso diese pie a una larga enumeración de síntomas que, a ojos del hipotético enfermo, podían ser todos mortales. Sin embargo, para sorpresa de Dieffenbach, el criado aclaró:

—La condesa Ludovica desea su consejo.

Hasta entonces, Dieffenbach solo había visto a la condesa unas pocas veces de lejos. Al contrario que su esposo Gottfried, era una persona más bien reservada, que prefería no importunar.

—¿Se trata de una emergencia? ¿Ha tenido la condesa un accidente? — preguntó Dieffenbach.

Si debía operar, sería mejor que llevase a su ayudante, el facultativo civil Hildebrand.

El criado meneó la cabeza.

—Carezco de información detallada, pero creo que la señora desea un consejo relativo al heredero que está por llegar. Si me lo permite, lo acompañaré al coche de la condesa.

Dieffenbach agarró su maletín y siguió al criado, que lo llevó en un suntuoso carruaje por el corto camino hasta el palacete, no lejos de la universidad, donde enriquecía el conjunto de villas de la soberbia avenida Unter den Linden.

Condujeron al médico al vestíbulo de altos techos, desde el que una escalinata de amplia curva llevaba a ambos lados del piso superior. El mármol resplandecía a la luz de las arañas de cristal, que se vertía sobre la fina piel blanca de las estatuas griegas desnudas.

Con el maletín en la mano, Dieffenbach subió la escalera y se dejó llevar al gran salón, donde la condesa ya lo esperaba. La luz de las velas favorecía su

pálida piel. No se le escapaba al médico que la condesa había sido celebrada como beldad, antes de su boda, en los salones de baile berlineses, aunque hasta aquel momento no se había percatado de la fineza y la simetría de su rostro. Tenía los ojos de un verde oscuro centelleante y lo miraba de frente. Una mirada inteligente, desafiante, que lo cautivó.

—Condesa Ludovica —se apresuró a decir, y calló de inmediato.

Entrecerró los párpados y observó su elegante vestido de seda, adornado con volantes, que se abombaba bajo el pecho. Como atraído por un imán, se adelantó y tocó la mano que ella le tendía. Pero antes de que pudiese inclinarse e insinuar un beso, una voz exclamó:

—¡Doctor Dieffenbach! Querido doctor, ¡por fin está usted aquí! No creerá lo mal que me encuentro hoy. Mire, estoy palidísimo, tengo la lengua sucia y mi orina tampoco es normal. Tengo punzadas aquí en el costado y unas flatulencias terribles. Todo este revuelo sobre el heredero me afecta al estómago. Apenas he podido probar bocado hoy.

Dieffenbach se irguió. Por un momento su mirada se encontró de nuevo con los maravillosos ojos verdes de la condesa. «Como aterciopelado musgo de primavera», pensó de forma muy poco profesional. Tenía el cutis tan delicado y perfecto... y un ligero rubor en las mejillas. Llevaba los rubicundos tirabuzones recogidos en un peinado de aspecto un poco descuidado, posiblemente a propósito, del que se escapaban algunos mechones. Era sin duda una belleza extraordinaria, prodigiosa como una estatua griega, como un cuadro. ¡Una diosa!

Vio cómo se estremecían las comisuras de sus labios.

—Me temo que tendrá que atender primero las dolencias del conde. Mi estado de buena esperanza aumenta sus males físicos.

Dieffenbach esbozó una media sonrisa.

—Por supuesto, no queremos que el señor conde sufra. Le pido un momento

de paciencia, condesa Ludovica, estaré enseguida con usted.

Le parecía que no podría dejar nunca de mirar aquel rostro, pero el carraspeo impaciente a su espalda rompió el hechizo. Se volvió y miró al conde a la cara, como siempre enrojecida.

—¿No sería mejor que fuésemos a su alcoba? Allí podré examinarlo con calma —propuso Dieffenbach de mala gana.

Aún no había cerrado tras de sí la puerta de la alcoba, decorada con excesiva ostentación, cuando el conde ya se había desabrochado el frac y se levantaba la camisa por encima del prominente abdomen.

—¡Sebastian! —llamó con un suspiro a su ayuda de cámara.

Este se presentó de inmediato y ayudó a su señor a tumbarse en el diván tapizado de brocado, situado junto a un tocador. Le quitó los zapatos y los pantalones, y deslizó un almohadón bajo la cabeza.

—Trae los frascos que he llenado —ordenó al criado.

Este se apresuró y volvió con una bandeja de frascos tapados con corcho y llenos de un líquido amarillento, cada uno hasta distinta altura.

—Esa es toda la orina que he podido expulsar hoy —se quejó el paciente—. No es normal. Y mire el color de la última muestra...

Dieffenbach se esforzó por poner una expresión amable e intentó pensar en los generosos honorarios que siempre se embolsaba gracias al hipocondríaco conde. Fingió interés y descorchó el último frasco. Lo olió, metió un dedo y con él se tocó ligeramente la lengua.

—Como ya le dije la última vez, su orina está un poco turbia y tiene un sabor dulzón. Debería esforzarse en mantener la dieta que le he recomendado.

A pesar del juramento del conde, Dieffenbach no creyó ni por un instante que apenas hubiese probado bocado aquel día.

—Menos vino tinto —exigió el médico—. Está al borde de un acceso de gota si no se modera.

A decir verdad, había exagerado un poco, aunque la amenaza le reportó cierto desagravio, y resultaría más saludable para el noble con sobrepeso, eso seguro. Le alegró que las mejillas del conde palidieran.

—¿Un acceso de gota, dice? Lo sabía, y de todo esto la única culpable es Ludovica.

—¿Cómo es eso?

—Desde que está encinta... —se lamentó el conde—. Hace cinco años espero en vano un heredero, y ahora ha cambiado tanto... Ya apenas se ríe, se retira cada vez más a menudo a su alcoba y está de mal humor, ¡se lo aseguro! Y ni siquiera tengo la certeza de que vaya a ser un varón.

—Todo eso es muy normal durante un embarazo.

—Pero ya no se ocupa de mí como antes. Tengo la sensación de que ni siquiera me escucha cuando le expongo mis dolencias.

—Quizá la condesa también sufre dolores en su estado —se atrevió a observar Dieffenbach.

—¿De verdad? —preguntó el conde, sorprendido—. Si esperar un niño es la cosa más natural del mundo...

—Cierto y, sin embargo, es fatigoso para las mujeres —insistió el médico, aunque el conde había dado por zanjado el tema y volvía a centrarse en sus propios trastornos.

Así que Dieffenbach sacó de su maletín una gruesa lavativa y comenzó a preparar un enema. Un par de ventosas, una leve sangría y unos cuantos polvos caros aliviarían sin duda al conde.

Y así fue, en efecto: el paciente gruñó satisfecho e indicó al ayuda de cámara que remunerara generosamente al médico. Entonces, por fin, le dejó ir a ver a la embarazada, la señora condesa.

Ludovica había seguido con la vista a los dos hombres y luego se había sentado en una de las butacas, poniéndose tan cómoda como le permitía su actual estado. Algo la oprimía siempre. Ese maldito corsé que ya no había forma de apretar del todo la estaba matando. Apenas podía comer nada sin sentir náuseas, y no soportaba la presencia de su esposo más que unos minutos al día, pues enseguida sentía el deseo irreprimible de salir corriendo de la estancia a gritos, lo que en sus condiciones, evidentemente, resultaba imposible. Quizá su impaciencia no estuviese relacionada solo con su avanzado estado de gestación, como se confesaba en secreto a veces.

Esperó paciente hasta que, por fin, oyó pasos en la escalera. No era ni el paso rápido de los criados ni el caminar pesado de su esposo. Ludovica se levantó y el doctor Dieffenbach entró en el salón.

—El conde dormirá un rato —dijo serio, aunque ella tuvo la sensación de que había reprimido una sonrisa—. Su seguro servidor, condesa Ludovica. ¿Qué la atormenta?

—¿Además de mi esposo? —se le escapó, y sintió que se ruborizaba—. No debería haber dicho algo así.

—En mi presencia puede usted decir lo que desee —replicó Dieffenbach animándola—. Soy su médico y estoy obligado a guardar silencio como un sacerdote.

La miraba con tanta intensidad que ella comenzó a sentir un cosquilleo en la espalda. ¡Qué ojos marrones tan dulces tenía! El anguloso contorno de su rostro, sin embargo, era absolutamente masculino y su nariz, de lo más aristocrática. Llevaba un cuidado corte de pelo, aunque sus rizos caprichosos caían hacia un lado a su aire. Irradiaba una calma y una seguridad tranquilizadoras, pero a pesar de ello su petición no le resultaba sencilla. Aun cuando fuese médico, seguía siendo un hombre, lo que debilitaba su convicción más de lo que habría deseado.

—Me gustaría que me reconociese para comprobar que el niño está bien.

—¿Hay motivo para preocuparse? Sin duda tendrá usted una partera.

—No lo sé. La última vez se comportó de una forma extraña y me mintió diciendo que no tendría tiempo para asistirme en el parto.

Dieffenbach no entró en detalles. Esperó hasta que la condesa hubo llamado con la campanilla a su doncella y la acompañó hasta su saloncito un piso más arriba, que daba acceso a su alcoba y luego a su tocador.

La decoración de aquellas habitaciones la había encargado la misma Ludovica. Había dispuesto cada pequeño detalle con sus propias manos, por lo que estaba muy satisfecha del resultado. Dieffenbach dejó vagar la mirada. Ludovica no estaba segura de si también él reconocía la armonía y la exquisitez de aquella estancia en comparación con el gran salón.

El médico colocó su maletín en el suelo junto al canapé y lo abrió.

—Ahora me gustaría reconocerla —dijo carraspeando.

Desvió la mirada, inquieto. Ludovica se colocó ante él.

—Bien —dijo, y se levantó un poco el vestido y las dos enaguas por encima del guardainfante.

Dieffenbach se arrodilló. Ella notó sus manos en el interior de los muslos, cómo reptaban despacio hacia arriba hasta llegar al pubis. El médico palpó primero la tripa, aunque no era fácil de alcanzar bajo el corsé, e introdujo después los dedos entre los labios de la vulva. Ludovica apretó los de la boca. La partera la había reconocido alguna vez, pero su tacto había sido tosco y doloroso. Las manos del cirujano no le hacían daño. No podía recordar que la hubiesen tocado nunca con tanta dulzura y consideración. Cerró los ojos. La doncella, Cornelia, se acercó a ella y le rodeó la cintura con el brazo, mientras observaba al médico con hostilidad.

—Condesa, lamento causarle estas molestias —se disculpó Dieffenbach.

Ludovica no contestó. Intentó pensar en otra cosa que no fuesen aquellas

manos que la reconocían en lo más íntimo. Por fin se retiraron y el médico se levantó. Respetuoso, retrocedió unos pasos.

—¿Y bien? —lo apremió Ludovica—. Está todo en orden, ¿verdad?

Dieffenbach no contestó enseguida. Su expresión permanecía inmutable. No era capaz de interpretarla. ¿Había algo así como compasión en sus ojos? El temor la sacudió de arriba abajo.

—Algo lo inquieta, ¿verdad? —Ella se dio cuenta de que le temblaba la voz.

El médico titubeó antes de contestar, aunque no le proporcionó el consuelo esperado.

—Sí, su ilustrísima. No quiero que se preocupe, pero no es fácil fiarse solo del tacto para un reconocimiento. Verá, las mujeres en estado que acogemos en la Charité no proceden de la buena sociedad; en realidad, a menudo son mujeres licenciosas o sencillas esposas de soldados, pero podemos reconocerlas con todos los sentidos, lo que permite un mejor diagnóstico, para el bien de la madre y el niño.

Ludovica lo observó y esta vez él no desvió la mirada. Los ojos verdes se hundieron en los dulces y marrones de su interlocutor.

—Comprendo lo que quiere decir. Y no acepto que la esposa de un soldado reciba mejor trato que una condesa. ¡Sígame!

Entró antes que él en la alcoba y dio instrucciones a Cornelia para que la librase del vestido y las enaguas. Luego dejó que le desatara el guardainfante y el corsé, que llevaba ajustado solo bajo el pecho, porque la barriga hinchada impedía atarlo. Se tendió en la cama y cerró los ojos. No lo oyó, pero notó que el médico se acercaba. Con tiento, sus manos se deslizaron por la redondez del vientre y se detuvieron luego sobre las pueriles caderas.

—Su constitución es muy estrecha, condesa, y el niño está muy protegido —

dijo al cabo de un momento, y sonó como si hubiese tenido que reprimir un suspiro.

Ludovica abrió los ojos.

—¿Demasiado estrecha? —quiso saber.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—No estoy seguro, pero podría ser un parto difícil —repuso serio.

La condesa le agradeció que, al contrario que su partera, fuese sincero con ella.

—¿Difícil o peligroso? —insistió.

—Puede que ambas cosas —admitió él.

Fuera se oyó un ruido. Cornelia emitió un gruñido y corrió a la puerta del salón.

—Ah, señor conde, ya está su ilustrísima de nuevo en pie —la oyó exclamar Ludovica—. La condesa no se siente bien y está descansando. El doctor ha terminado el reconocimiento y está listo para irse.

No hizo falta que Ludovica le dijese a Dieffenbach que era mejor que se marchase enseguida. Él la saludó con la cabeza, alcanzó su maletín y había cerrado ya la puerta del saloncito cuando el conde consiguió adelantar a la doncella. Ludovica se deslizó bajo la cubierta de plumas y se tapó hasta la barbilla. El médico tendría que volver para hablar con ella sobre el parto. Sobre lo difícil que sería y para cuál de los dos sería peligroso.

Era domingo. Fuera tocaban las campanas mientras oscurecía lentamente. Elisabeth y las enfermeras que compartían el dormitorio con ella habían terminado su jornada de trabajo. Se quitaron los delantales salpicados de manchas y los dejaron en el cesto de la ropa sucia, que una criada llevaría más tarde a la lavandería. Mientras Linda y Christina se tumbaban agotadas en sus

camas, Elisabeth volvió a salir del dormitorio. Recogió en una cestita algunas cosas que habían quedado en la mesa del almuerzo y bajó en silencio los escalones. Pasó por delante del portero, que estaba en la entrada del edificio, sin mirarlo. El hombre cabeceaba tras el mostrador de recepción y no la detuvo. Elisabeth se apresuró a cruzar la puerta que daba a la Luisenstrasse. No era la única que a aquella hora quería entrar o salir, así que la dejaron pasar sin preguntas.

Elisabeth tomó la Luisenstrasse hacia el sur, cruzó el Spree y giró luego a la derecha por la ancha avenida que iba a la catedral y al palacio. Le encantaba pasear por Unter den Linden y contemplar los cómodos carruajes y los tiros de los ciudadanos nobles y ricos. Muchos de los palacetes estaban totalmente iluminados. Varias personas de atuendo elegante bajaron de sus coches y se dirigieron al interior de las casas acompañadas por los criados.

Elisabeth se quedó parada unos instantes ante el antiguo palacete del príncipe Enrique. El lujoso edificio alojaba desde hacía veinte años la Universidad Federico Guillermo, llamada así en honor del rey. Elisabeth era enfermera en la Charité desde hacía solo unos días, pero su interés por la medicina crecía con cada hora de trabajo. Allí habían estudiado algunos de los médicos civiles, y varios médicos veteranos de la Charité enseñaban como profesores. Intentó imaginarse cómo sería ir a la universidad con otros jóvenes. Escuchar las conferencias de los profesores en las clases, aprenderlo todo sobre el cuerpo humano en los ejercicios prácticos o incluso diseccionando cadáveres. Rodeó con las manos los barrotes de hierro de la alta verja. Ese anhelo de saber más sobre el mundo lo había sentido toda la vida. Ese deseo que no podía revelar a nadie la invadió con dolorosa violencia. El mundo era tan grande y albergaba tantos misterios... Qué poco había podido aprender en sus escasos años de escuela elemental. Si el párroco Lober no le hubiese permitido leer sus libros, sería tan ignorante como el resto

de las mujeres de hogares pobres. Cuánto le habría gustado estudiar latín y griego para aprender también de los libros que no había sabido leer, pero su padre no tenía ningún interés en enviarla a la escuela más de lo necesario. Y al párroco le había faltado tiempo para seguir con la enseñanza.

Recordaba los dibujos del cuerpo humano y sus órganos internos en libros grandes llenos de imágenes de plantas y animales extraños. Y las historias de viajes a tierras lejanas. Uno de los libros era entonces aún muy nuevo. El autor era Alexander von Humboldt, el hermano del exministro. Durante años había viajado por Sudamérica... ¡Lo que habría dado ella por poseer siquiera aquel libro y poder leerlo cada noche!

Elisabeth reprimió un suspiro y soltó los barrotes de hierro.

De nada servía pensar en eso. Las mujeres no podían ir a la universidad. El camino que había elegido era el único posible para hacer algo de provecho. Podía ayudar a gente que se enfrentaba a la enfermedad y el sufrimiento que le deparaba el destino. Por eso se había propuesto escuchar las conversaciones de los médicos siempre que tuviese ocasión, para comprender mejor el cuerpo y sus enfermedades. Al mismo tiempo intentaba no pensar en lo diferente que estaba resultando su trabajo hasta entonces. Solo era una enfermera que debía mantener a los pacientes tranquilos en sus camas. Limpiaba y vaciaba las bacinillas, fregaba los suelos, llenaba colchones con paja fresca y transportaba cubos de agua y comida por los pasillos.

Elisabeth se recomendó paciencia. Pronto podría encargarse de otras tareas. Al menos eso esperaba. Quería ser una ruedecita pequeña, si bien importante, en la gran máquina de la Charité, y no solo una mujer que traía niños al mundo y debía obedecer a su marido. No, no acabaría como su hermana. No renunciaría nunca a su libertad.

Apartó la vista del imponente edificio de la universidad y se puso en marcha. En el puente giró a la derecha y caminó a lo largo del canal. En la

orilla contraria se alzaba el palacio del rey. Solo se veían algunas luces. Probablemente, ahora que el cólera se había declarado en Berlín, el monarca se había trasladado con su familia a Charlottenburg para ponerse a salvo, porque allí se podía controlar a los visitantes, y los enfermos y el dañino miasma del appestoso canal quedaban muy lejos.

Sí, el rey y su familia podían permitirse el lujo de escapar del peligro de aquella terrorífica plaga, y corrían rumores de que también unas cuantas familias nobles se habían retirado aquellos días a alguna quinta fuera de la ciudad. Los ciudadanos de a pie y los obreros no tenían, en cambio, otra opción; por no hablar de los pobres que vivían junto al canal o en las casas de renta en la periferia de la ciudad. Todos ellos tenían que quedarse entre los vapores venenosos que ascendían de las aguas. No les quedaba otra que esperar y rezar, aunque a Elisabeth le parecía que Dios no prestaba oídos a las voces de los pobres. Y el rey y sus ministros, desde luego, no lo hacían. ¡No era justo!

Con amargura en el corazón, cruzó el puente y se detuvo estupefacta. Las callejuelas en torno a la esclusa estaban desiertas.

De pronto fue consciente de lo cerca que estaba su pensamiento de la realidad. Varias casas estaban cerradas, las ventanas y las puertas condenadas con tablones clavados. Desde el otro extremo de la calleja se acercaban dos hombres envueltos en sobretodos de hule verde, con máscaras en la cara. El tintineo de la campanilla atravesó a Elisabeth hasta el tuétano. Esperó hasta tener cerca a los guardas.

—Señorita —dijo uno con una voz que sonaba sorda—, no debería estar aquí. Tome usted otra calle. Hoy hemos tenido diecisiete casos nuevos de cólera. Dos en aquella casa de ahí aún viven, a todos los demás ya los han recogido.

Elisabeth levantó temblando la mano y señaló la casa de enfrente del taller

condenado del zapatero.

—Mi hermana vive ahí. Tengo que ir a verla. Le he traído algo de comer.

El guarda negó con la cabeza.

—No puede ser. Una anciana que vivía en el sotabanco ha muerto hoy. La casa está en cuarentena. No puede entrar ni salir nadie. Si quiere dejar su cesto ahí, podemos desinfectarlo y dárselo mañana a su hermana —propuso.

—No lo entienden —insistió Elisabeth—. Mi hermana está en estado. El niño puede nacer en cualquier momento.

Los hombres se mantuvieron inflexibles.

—No podemos hacer excepciones. La situación es grave. Váyase y rece por todas estas personas. Es lo único que puede hacer usted.

La cuarentena

U nos golpes atronadores en la puerta reclamaron a Martha.

—Maldita sea, ¿quién quiere algo a estas horas? —increpó una voz de hombre desde el dormitorio—. Seguro que es otra vez una de tus mujeres.

Martha se detuvo.

—Sí, es muy posible. Puedes considerarte afortunado de que me den trabajo y traiga dinero a casa para que nuestro hijo no se muera de hambre.

Una figura salió del cuarto. El hombre era alto, rechoncho, y tenía la cara hinchada y roja, lo que revelaba el lugar en el que pasaba la mayor parte del día.

—No es culpa mía que me hayan despedido —afirmó.

—¿Ah, no? —replicó Martha, mordaz—. ¿No ha tenido nada que ver que pegases al capataz?

—Me vino con memeces —se defendió Ottfried.

Bostezó y se volvió a la cama. El armazón crujió cuando el hombre se dejó caer sobre el colchón. Martha abrió entretanto la puerta.

—Elisabeth, ¿qué ocurre? Estás descompuesta. Siéntate un momento. — Señaló el banco de madera bajo la ventana, sobre el que había unos almohadones confeccionados con retales de colores.

Elisabeth cruzó la estancia, que estaba recién fregada, y se sentó. La puerta que daba al dormitorio se abrió con un crujido. Una figurita se asomó por el resquicio.

—August, ¿por qué no estás dormido? —preguntó Martha con un suspiro.

El pequeño, que no debía de tener más de dos años, caminó casi a tientas hasta su madre y le echó los brazos a la cintura. Ella se agachó, lo aupó y se sentó con el niño en el banco junto a Elisabeth.

—Este es mi pequeño August —dijo orgullosa.

—Un niño precioso —confirmó Elisabeth.

Sí que lo era, con la piel rosada, y rizos claros y nutridos rodeándole la cabecita. Sin embargo, la mirada de sus ojos grises parecía eludir a Elisabeth: aunque con el derecho el niño podía ver de frente, el izquierdo estaba pegado al lagrimal.

—¿Qué le sucede en el ojo? —quiso saber Elisabeth.

—Mi pobre pequeñín —dijo Martha, y acarició a su hijo—. Me temo que lo ha heredado de mí.

—¡Ah! —se sorprendió Elisabeth.

Por primera vez se dio cuenta de que uno de los ojos de Martha tampoco la miraba del todo, aunque no era tan evidente como en el niño.

Martha era consciente de que era más bien una persona de belleza interior. Nadie habría dicho siquiera que fuese vistosa. Aunque aún no había cumplido los cuarenta, su fino cabello castaño oscuro estaba cubierto de mechones grises. Tenía la piel ya marchita y una corona de arrugas profundas en torno a los ojos. Era bajita y tirando a delgada, pero fuerte, y solía consolarse con que nunca desistía, lo que era quizá más importante que la belleza exterior.

Elisabeth hizo de tripas corazón y confió sus penas a la partera. ¿Qué iba a pasar con su hermana si seguía encerrada en aquella casa? ¿Cómo iba a traer al niño al mundo?

—Tenemos que llevarla a la Charité, quiera o no quiera —insistió.

Martha observó a la bonita enfermera con su vestido deslavado y el pelo castaño recogido de cualquier manera.

—Puedo intentar hacer algo, pero no sé si dejarán salir a alguien de la cuarentena y, si lo hacen, desde luego, solo será para trasladar a Maria al hospital de coléricos. Así se llama ahora el pabellón de viruela que está al otro lado del muro de tarafana. Pero me temo que eso sería aún más peligroso para ella y el niño.

Elisabeth se retorció las manos con desesperación.

—¿Qué puedo hacer?

Martha dejó a August en el suelo y rodeó los hombros de Elisabeth con un brazo.

—Ahora vas a volver a donde tienes que estar. ¿O acaso te dejan salir de la Charité de noche? —La mirada de Elisabeth fue respuesta suficiente—. Yo iré a casa de Maria y te juro que, pase lo que pase, me ocuparé de que no tenga al niño sola.

—¿Os vais a callar ya? ¿Es que no puede uno dormir en su propia casa? —Ottfried entró armando barullo en el cuarto de estar, con la camisa interior llena de manchas y los calzones sucios.

El niño se tapó la cara con las manos para no ver a su padre y comenzó a lloriquear.

—Y ahora encima el maldito crío se pone a berrear.

Levantó la mano para darle un bofetón al chiquillo, pero Martha se interpuso y se lo llevó ella. El golpe fue tan violento que se tambaleó, pero enseguida se irguió de nuevo y miró a Ottfried con rabia.

—¡Jamás vuelvas a pegar a mi hijo!

—Tu hijo —se mofó Ottfried—. Siempre lo he sabido. El chiquillo es de otro.

—No —se defendió Martha—, pero, al contrario que tú, yo lo quiero y pretendo que crezca siendo una buena persona, sin miedo constante a que le peguen.

Ottfried señaló con su gigantesca mano al frágil niño.

—No se parece a mí y a ti tampoco, vieja bruja —insultó a Martha—. Tus aspavientos me sacan de quicio. Me pregunto por qué aguanto siquiera a un espantajo como tú.

Martha, en cambio, se preguntaba cómo había podido acabar con aquel zoquete seboso. También ella había sido una joven llena de sueños. También ella había ansiado el amor, aunque casi seguro que no había sido lo bastante atractiva para que alguno de los jóvenes con los que fantaseaba le dedicase una mirada. Así que la juventud se le pasó como al viento, y entonces apareció Ottfried. Un campesino de Pomerania que había encontrado cobijo en una buhardilla de la casa vecina mientras buscaba trabajo en alguna de las manufacturas y las fábricas que surgían como setas alrededor de Berlín. Fue el primer hombre que le dedicó a Martha un par de palabras amables.

En realidad, hacía ya mucho que no tenía la edad en la que las muchachas se entregan ingenuas al primero que gasta cumplidos, y por su trabajo sabía exactamente lo rápido que una moza podía echarse a perder. Pero el poder de la carne fue excesivo y Martha cedió en contra de su buen juicio.

Había abortado cuando esperaba su primer hijo, pero la segunda vez que se quedó en estado no tuvo corazón para acabar con aún otra vida que crecía en su interior. Y así nació August y se convirtió en su mayor tesoro.

Aunque a Ottfried no le entusiasmó nunca la idea, buscaron una vivienda juntos y formaban algo así como una familia. Si no fuera por el alcohol, que consumía cada vez más desde el nacimiento del niño... Sacaba lo peor de él. Lo bueno, por el contrario, parecía estar enterrado en un lugar muy profundo.

Ottfried se puso una camisa y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Martha—. Tengo que irme y alguien ha de vigilar a August.

Sonrió malicioso.

—Mala suerte. Yo nunca lo he querido. Así que cuida tú de él.

—¿Dónde vas? —volvió a preguntar Martha—. No deberías seguir bebiendo.

—¿Quién dice que vaya a beber? A lo mejor tengo otras ambiciones. Tú no eres la única mujer de Berlín, que lo sepas. Lulu, la hermana de Rübénbäck de la Stallstrasse, con gusto se abre de piernas para mí. Por cierto, ya desde la primavera —añadió tendencioso, y abrió de golpe la puerta.

—¿Ah, sí? Entonces pregúntale si puedes mudarte a su casa ahora mismo —le espetó Martha.

—Eso es lo que tendría que hacer —le lanzó él amenazante antes de cerrar.

August dejó de gemir y se escondió entre las faldas de su madre.

—¿Crees que lo ha dicho en serio? —preguntó Elisabeth, visiblemente perpleja.

Martha se encogió de hombros.

—No lo sé, pero puede que estemos mejor sin él.

Elisabeth señaló a la partera que August era aún muy pequeño.

—Tendrás dificultades con tu trabajo. No puedes llevarlo siempre contigo y tampoco dejarlo aquí solo.

Martha suspiró.

—Ottfried volverá en sí —repuso para darse valor—. August es hijo suyo y él lo sabe. Y ahora regresa a la Charité. ¡Andando! —le ordenó con firmeza.

Elisabeth acarició los rubios rizados del pequeño, se despidió y emprendió el camino de vuelta.

El parto había empezado. Era mediodía cuando la enfermera detuvo sin aliento a Alexander para avisarlo del alumbramiento inminente.

—¡Ha comenzado! —exclamó jadeando.

—¿Cómo se llama la paciente? —quiso saber Alexander.

—Anna, dieciséis años. Es la hija del tonelero Ruchert. La trajeron a la Charité hace seis semanas. Puede que su familia no quisiera tener nada que ver con su deshonra.

—Es soltera —dedujo Alexander.

—Sí, y no solo eso. Tiene úlceras abiertas en el pubis.

—¿Sífilis? —preguntó Alexander.

La enfermera se encogió de hombros.

—¿Acaso soy médico? Pero creo que sí. Eso es lo que pasa por pecar.

Alexander gruñó sin más. No quería emitir ningún juicio sobre la joven que se encontraba de parto.

—Ahora, venga conmigo —lo apremió la enfermera—. No tengo permitido intervenir sola en el parto. Solo puedo ocuparme de las embarazadas y luego de los recién nacidos. Si dependiese de mí, *pa'l* parto necesitaríamos solo a una matrona.

El resoplido despectivo de la enfermera dejó claro a Alexander lo que pensaba del oficio de los médicos en semejante circunstancia.

—¿Qué se le habrá perdido a un hombre en un parto? —murmuró la enfermera para sí.

Alexander decidió hacer oídos sordos. Allí, en la Charité, la última palabra la tenían los médicos, al contrario que en los alumbramientos domésticos, y su formación incluía la obstetricia, como todas las demás áreas. Así que siguió a la enfermera hasta la sala de partos. La joven jadeaba y gritaba, maldecía al padre que la había dejado en la estacada y al mundo entero que le había impuesto aquel destino. La partera aseguró a Alexander que aquello era totalmente normal.

El doctor Dieffenbach apareció dos veces y le dio un par de consejos y unas palmaditas de ánimo en la espalda. Luego se unió a ellos también uno de los

oficiales médicos, pero se quedó en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

La partera tenía experiencia y daba instrucciones claras, aunque se suponía que esa era tarea de Alexander. La futura madre empujó, gritó y jadeó alternativamente hasta que el médico sostuvo en las manos, por primera vez en su vida, a un recién nacido. Se sentía sobrecogido. El pequeño estaba aún embadurnado de sangre, pero berreaba a todo pulmón, fuerte y sano.

—Démelo —le ordenó la partera, y le quitó al niño para pasárselo a la enfermera.

La madre también se encontraba bien, dadas las circunstancias. Agotada, como era normal, aunque a buen seguro preocupada por lo que pasaría con ella y con el niño tras los días de gracia en la Charité. Alexander le puso una mano en el brazo. Sus miradas se cruzaron. Al parecer, su rostro lo decía todo.

—No hay *na* que pueda hacer, doctor —dijo la muchacha, y suspiró profundamente.

Alexander se despidió y prometió que iría a verlos a ella y al niño en el curso del día siguiente. Luego se dirigió al cuarto que ocuparía durante un año. Cuando pasó por la entrada principal, una figura esbelta se deslizó por el resquicio de la puerta entornada. El portero estaba tumbado sobre el mostrador y roncaba.

¿Un paciente en medio de la noche? Alexander se sorprendió. Iba a despertar al portero cuando reconoció a la mujer con su vestido gris y azul de la Charité.

—Enfermera Elisabeth, ¿de dónde viene a estas horas? —La detuvo.

El portero gruñó, pero siguió durmiendo.

Ella se sobresaltó. Seguro que esperaba llegar a su cuarto sin ser descubierta. Cuando se vio pillada, se irguió y se volvió hacia el joven *pépin*.

Él le leyó el pensamiento: estaba intentando inventar una excusa inofensiva; no contaba con que le dijese la verdad.

—No podía dormir. Han sido demasiadas impresiones nuevas —se excusó ella—. Así que he ido a pasear un poco por el jardín. Las hortalizas que hay junto al muro están exuberantes.

Alexander correspondió a su mirada. Los fríos ojos grises lo observaban altivos de hito en hito. Le gustaba que no se dejase amedrentar fácilmente. Por otro lado, lo enojaba su falta de respeto. Después de todo, él era aspirante médico, así que se encontraba muy por encima de ella en cuanto a rango. ¡No era más que una enfermera!

Como si ella hubiese oído este último pensamiento, frunció el ceño, disconforme.

—¿Puedo retirarme ya o el señor subcirujano tiene instrucciones que darme?

—No, por supuesto que no —repuso él tartamudeando, enfadado porque lo había desconcertado.

Elisabeth echó los hombros hacia atrás y pasó por su lado sin dignarse a mirarlo.

—Es una pena —voceó él—, esperaba que fuese sincera conmigo. —Ella se detuvo—. ¿Tenía usted una cita secreta con un pretendiente?

Elisabeth se volvió hacia él. Su mirada era tan glacial que Alexander se estremeció.

—Eso no es asunto suyo.

No importaba dónde hubiese estado, Elisabeth había incumplido las reglas de la Charité. Pero ¿tenía él derecho a reprenderla? Como enfermera era responsabilidad de la gobernanta. ¿Debía denunciarla? Por otra parte, no había perjudicado a ningún paciente ni cometido ninguna falta grave. Alexander decidió batirse en retirada.

—Discúlpeme, enfermera Elisabeth, no quería ofenderla. Le deseo buenas noches y que descanse.

La saludó con una inclinación de cabeza y dio media vuelta dispuesto a irse. Esta vez fue ella quien lo retuvo.

—Estaba en casa de mi hermana —explicó—. O, mejor dicho, he intentado llegar hasta allí. Está a punto de dar a luz, pero los guardas no dejan que nadie entre en la casa.

Alexander se volvió.

—¿Cólera? —balbució.

Elisabeth asintió.

—Ella no está enferma, pero puede que llegue a estarlo si la siguen teniendo encerrada en esa casa.

—Lo siento —dijo Alexander con sinceridad—, pero me temo que no se puede hacer nada.

—Lo sé, a la Charité solo la podemos traer cuando sea demasiado tarde para ella y el niño.

Elisabeth se dio la vuelta abruptamente y se alejó. Alexander se quedó mirándola. Pese a los zapatones, la enfermera parecía deslizarse. El médico no pudo apartar la mirada hasta que el vestido gris se fundió con las sombras de la entrada en penumbra.

Dieffenbach había contado con volver a ver a la condesa en los siguientes días, pero jamás se le habría ocurrido que vería su lujoso carruaje ante el portón de la Charité. Se apresuró hacia ella y rozó sus delgados dedos enguantados en suave encaje.

—Doctor Dieffenbach. Quería hablar con usted sin ser estorbada —dijo Ludovica.

La explicación respondía a por qué no le había pedido que fuese a verla al palacio condal, pero no a por qué había ido a la Charité en vez de a su consulta privada. Aquel no era lugar para una persona delicada como ella. La condesa Ludovica sonrió cuando la hizo partícipe de sus reparos.

—Me considera melindrosa, ¿verdad? No, no me contradiga. Le aseguro que no soy tan frágil como cree. Me gustaría que me enseñase el lugar donde trabaja. Me dijo usted que aquí, en la Charité, reconoce a mujeres encintas y se ocupa de ellas. Por favor, muéstreme el hospital. Me gustaría ver lo que puede hacer la medicina hoy. Y luego me dirá qué posibilidades se me ofrecen si sucede lo peor.

Hablaron sobre ello un poco más tarde en el atiborrado, aunque no del todo inadecuado, despacho del director Kluge, quien dirigía a las eminencias de la Charité.

—Puede hablarme abiertamente —exigió la condesa Ludovica a Dieffenbach. Dio un educado sorbito a su café—. Tenía usted dudas —recordó.

Dieffenbach carraspeó. Le costaba apartar la mirada del hermoso rostro cuyos ojos lo observaban con tanto ingenio. Las preguntas que había hecho la condesa durante la visita no solo indicaban interés, sino también inteligencia. Le había asombrado oír las publicaciones médicas que había leído.

—Como ya le dije, su pelvis es muy estrecha, y la cabeza del niño me pareció incluso un poco más grande que la de la mayoría de los niños a cuyo alumbramiento he asistido.

La condesa tragó saliva, pero siguió mirándolo con atención.

—¿Teme que la cabeza de mi hijo sea demasiado grande para mis caderas?

—En cualquier caso, podría ser muy difícil y doloroso, y durar mucho tiempo. El niño podría obstruirse, las contracciones acabarían cesando. Y el

cordón umbilical podría quedar comprimido, lo que dejaría al niño sin sustento.

Ludovica tomó aire.

—¿Qué pasaría entonces?

Dieffenbach acercó su mano a la de ella.

—Entonces no sobreviviría y tendríamos que... eh... sacarlo con nuestros instrumentos.

—Tendrían que sacarlo en trocitos —dijo en un tono apenas audible.

Las puntas de sus dedos se rozaron. Rápidamente la condesa retiró la mano y la cruzó con la otra sobre su prominente barriga.

A él le habría gustado decir unas palabras de consuelo o hacer algo para darle ánimo, pero no se le ocurrió nada. La situación era grave. Y ella lo sabía.

—¿Y si para el conde no hay nada más importante que su heredero? —preguntó con la voz ya recuperada.

—Entonces existiría la posibilidad de una cesárea —dijo Dieffenbach.

Los dos callaron un momento.

—He leído sobre ello —dijo ella tomando de nuevo la palabra—. Las posibilidades de que el niño sobreviva son altas, ¿verdad?

Él asintió y reflexionó sobre cómo decírselo, pero la condesa se adelantó.

—¿Alguna vez ha sobrevivido la madre?

—¡Sí, claro! —exclamó Dieffenbach—. El primer éxito en la Charité lo tuvo el doctor Henckel ya hace setenta años. Demostró que el corte central en vez de lateral es una ventaja... eh... Disculpe, no querría aburrir a su ilustrísima condesa con detalles.

Ludovica sonrió débilmente.

—¿No se trata acaso de mi vida? ¿Cree que eso me aburriría?

Él negó con la cabeza.

—Pero puede que la asuste.

La condesa reflexionó.

—Sí, el hecho de que tal vez no pueda tener un parto natural me asusta, pero quiero saber cómo piensa usted salvarme la vida.

¡Qué valiente era! Qué maravillosamente audaz y dueña de sí. Su aprecio hacia aquella fabulosa mujer no dejaba de aumentar. Sonrió a duras penas y comenzó a dar algunos detalles.

—Henckel prescindió de sutura, el útero se contrajo solo. Se limitó a cubrir la pared abdominal con un emplasto grande para cerrar la herida y la limpió de forma regular con una solución de hierbas medicinales y miel de rosas.

—¿Y sobrevivió la madre a la cesárea? —insistió para asegurarse la condesa.

Dieffenbach notó que se sonrojaba.

—Bueno, sí, eso también, o al menos habría sobrevivido. Quiero decir que no murió por la cesárea. La herida se curaba a las mil maravillas, pero entonces tuvo convulsiones y vómitos y..., en fin, el intestino se hinchó y salió. Vaya, lo siento.

La condesa se había puesto muy pálida. Él se levantó enseguida y la agarró de la mano. Los dedos de ella rodearon los de él.

—Fue una vieja dolencia lo que forzó la herida de la baronesa. Los vómitos no tuvieron nada que ver con la cesárea en sí. De no ser por eso, habría sobrevivido.

Ludovica se recuperó y lo soltó.

—Entonces está bien que pueda asegurarle que yo no padezco de vómitos inexplicables —repuso débilmente.

Llamaron a la puerta. El subcirujano Heydecker entró, hizo una reverencia y se disculpó por molestar.

—Doctor Dieffenbach, el doctor Calow le pide que vaya enseguida. Acaba

de recibir tres nuevos casos de cólera que parecen estar aún en ciernes. Cree que los pacientes serían adecuados para probar la transfusión que usted había sugerido.

Dieffenbach miró a la condesa con expresión interrogativa. Ella se levantó y le tendió la mano.

—Vaya con sus pacientes y sálveles la vida —dijo con calidez en la voz.

—Iré a visitarla en cuanto haya cumplido mi deber aquí —le prometió, y se apresuró a salir con el joven Heydecker.

Mientras Dieffenbach y Calow luchaban en vano por la vida de los enfermos de cólera, Elisabeth se dirigía a la temida sala de las sifilíticas. El director Kluge, que era también el director de Maternidad, y el subcirujano Heydecker iban evidentemente en la misma dirección. Elisabeth les abrió la puerta de la sala situada bajo el tejado, reservada a la salivación. Un hedor indescriptible los impactó a los tres. La enfermera intentó disimular, aunque ya se le había revuelto el estómago. Las camas estaban muy juntas. Apenas había luz en la larga crujía. Las ventanitas cuadradas estaban clausuradas, de manera que ni el más mínimo soplo de aire disipaba las desagradables emanaciones de las pacientes. Los techos bajos y oblicuos aumentaban la sensación de opresión.

Las mujeres parecían todas miserables. Las caras extenuadas, algunas con úlceras. Elisabeth no quería ni imaginar qué excrecencias de la ponzoña venérea ocultaban bajo las batas. Un par de mujeres sufrían convulsiones musculares. Al fondo, una vomitó entre gemidos en una palangana. Otra se levantó la bata y se sentó rápidamente sobre el cubo que tenía junto a la cama.

Heydecker hacía preguntas que el director contestaba solícito. Curiosa, Elisabeth se quedó junto a los hombres y aguzó el oído.

—La diarrea es a menudo un efecto secundario del tratamiento —dijo Kluge

por encima de los ruidos que acompañaban sus palabras.

El hedor empeoró, si eso era posible.

—La ponzoña venérea produce erupciones cutáneas, sobre todo en las partes pudendas de las mujeres —continuó el doctor Kluge, sonriendo como si no pudiese ni ver ni oler la miseria—. Los ganglios linfáticos se inflaman, hay llagas purulentas que, sin embargo, cicatrizan por completo con tratamiento de azogue. Por supuesto, es importante eliminar también del interior del cuerpo toda ponzoña, de ahí las curas de purga y sudoración. Comenzamos con *Resina jalapae* para limpiar los intestinos, luego seguimos durante varias semanas con la administración diaria de *Mercurius dulcis*. El mercurio estimula la salivación. Cuando no funciona lo bastante rápido, tenemos además la posibilidad de aplicar, por ejemplo, en los empeines, mercurio metálico mezclado con grasa.

Elisabeth respiró despacio y miró a las pobres mujeres. La mayoría tenían palanganas ante ellas, en las que escupían el humor viscoso que tan mal olía.

Dos mujeres entraron por la puerta, aún abierta, a través de la que, al menos por el momento, pasaba un poco de aire fresco. Una llevaba el uniforme gris de las enfermeras, la otra la bata de las pacientes. Sujetaba en brazos a un recién nacido, profundamente dormido.

—¿Enfermera Friedgard? ¿A quién tenemos aquí? —preguntó el director.

—Anna, ingresa hoy, recién alumbrada —contestó la enfermera, y añadió en tono áspero—: Vamos, tumbate en esa cama libre de ahí.

La joven, que no debía de tener más de diecisiete años, miró aterrada la miseria.

—¡Tira! —le dijo en tono imperioso la enfermera dándole un empujón—. Tendrías que haber pensado antes lo que hacías.

Anna avanzó vacilante con su niño hasta la cama sucia y se hundió en el enralecido jergón de paja. Algunas de las mujeres se rieron mostrando sus

bocas desdentadas, pese a que posiblemente ninguna había cumplido los treinta.

—Mirad qué candor —dijo una, y soltó una risita—. Déjame adivinarlo: el tarugo ni siquiera te pagó por hacerlo.

—También yo era así de tonta al principio —intervino otra.

Elisabeth tuvo claro que la mayoría de las mujeres que había allí eran ramerías que vendían su cuerpo y por eso se habían contagiado del miasma venéreo.

—Comenzaremos enseguida con el tratamiento —informó Kluge dirigiéndose a Alexander Heydecker—. Le daré el polvo que la enferma tendrá que tomar tras la cena. —Luego le dijo a Elisabeth—: La paciente recibirá una dieta de purga a base de avena mondada, sopa de cebada y abundante cerveza tibia. Ocúpese de que lo tome todo y tráigale un cubo. El purgante actuará enseguida.

Elisabeth asintió.

—¿Debo cambiar las sábanas y rellenar el colchón?

El médico asintió apenas, pues ya estaba examinando las llagas de otra paciente.

—¡Va de maravilla! —exclamó satisfecho.

—Sí, hazlo —contestó Friedgard a la pregunta de Elisabeth—. Además, puedes vaciar todos los cubos. ¿Cómo? ¿Veo una nariz arrugada? ¿Es la joven señorita demasiado fina?

—Haré cualquier tarea que beneficie a los pacientes —replicó Elisabeth—. Quiero ofrecerles alivio en su sufrido destino.

—Bien, pues pásalo en grande. La chusma se te subirá a la nariz —profetizó Friedgard—. Hay que tratarla con mano dura.

—Puede que también con compasión y delicadeza —respondió con aspereza Elisabeth.

—Pueden ustedes traer luego la cena de todas —intervino el director Kluge interrumpiendo la discusión.

Elisabeth y Friedgard se miraron de hito en hito hasta que la mayor desvió la mirada.

—No vas a durar ni una semana —dijo—. Van a lanzarse sobre ti como perros salvajes. Estas mujeres tienen aquí solo lo que se merecen.

Dicho esto, se apresuró a salir mientras Kluge hacía como si no hubiese oído nada.

Elisabeth se dirigió a la señora Rother para pedirle ropa de cama limpia y un poco de paja para los colchones. Luego vació todos los cubos en el sumidero que desaguaba en el pozo. En la planta baja llenó un gran cubo de agua para limpiar alrededor de las camas todo lo que no había ido a parar al cubo o la palangana. Abrir las ventanas estaba absolutamente prohibido. Se precisaba calor como parte de la terapia, pero a Elisabeth eso no le impidió ir por más agua y algunos trapos para, por lo menos, lavar las caras húmedas de sudor. Por fin subió cerveza tibia, avena y sopa, y ayudó a las más débiles a tomar como mínimo un par de cucharadas. Luego ayudó al subcirujano Heydecker a administrar la medicación prescrita por Kluge.

Algunas de las mujeres intentaron negarse y a Elisabeth le costó un poco convencerlas para que se tomaran sus dosis. Una y otra vez las peleas amenazaban con estallar. No era sencillo calmar los ánimos, aunque la joven enfermera se esforzaba cuanto podía. Las palabras soeces de las mujeres la molestaban, pero sabía también que habían tenido una vida difícil en la calle... y seguro que no por voluntad propia. No quería ser como Friedgard y las otras enfermeras que había conocido hasta entonces. A menudo se comportaban como sargentos en un cuartel, o así se imaginaba Elisabeth que sería allí el tono. Hacían como si todos los enfermos tuviesen la culpa de su

destino y tuviesen que agradecer de rodillas a la Charité que los médicos se interesasen por su sufrimiento.

Elisabeth, en cambio, sentía compasión por aquellas mujeres, que sin duda tenían algo de culpa de hallarse en ese estado, aunque quizá no habían tenido, en realidad, otra opción. O la oportunidad de una vida mejor. ¿Había para aquella gente una salida para librarse de la miseria? No lo sabía. Solo estaba contenta de haber encontrado otro camino para sí misma.

A mediodía se reunieron todos los enfermeros con el matrimonio Rother para una comida rápida en el gran comedor. Luego la gobernanta envió a sus protegidos de vuelta a las crujías. Al final del día, Elisabeth tenía la sensación de que le quemaban los pies y se le iba a romper la espalda, pero, cuando el director Kluge se encontró de nuevo con ella, la llamó.

—Enfermera Elisabeth, unas palabras. Las pacientes de la crujía de salvación están hoy inusualmente tranquilas. No suele haber tanta calma. Ni gruñidos, ni peleas. Tengo la impresión de que es usted una buena influencia para nuestros enfermos.

Elisabeth se ruborizó de orgullo. Dio las gracias al director y se arrastró hasta su cama. Se quitó el delantal manchado, se tumbó, cerró los ojos y se durmió de inmediato.

Las contracciones

Martha recorrió despacio las oscuras callejuelas. Se ocultaba en las sombras de las casas para que no la viesan. En cuanto aparecían los guardas, se quedaba quieta y no se movía del sitio hasta que pasaban del largo. Así llegó por fin sin ser descubierta al patio interior. Ya había soltado el día anterior la tabla de la ventana que llevaba al taller del carretero.

Martha escuchó atentamente. Estaba todo en calma. Entonces oyó las quejas amortiguadas de una mujer en una buhardilla. Rápida, Martha arrastró el tonel bajo la ventana. Dejó caer el bolso a través de la abertura, se encaramó y se metió en el taller. Aguzó el oído, pero al parecer nadie se había percatado de su entrada.

Se sobresaltó al oír voces en el primer piso, pero enseguida tuvo claro que no podía ser ninguno de los guardas. Conocía esa clase de gritos. Había llegado justo a tiempo. «¡Ahora, deprisa!»

Sollozando, Maria se le lanzó a los brazos cuando Martha entró en la estancia.

—Qué bien que estés aquí. Tenía tanto miedo de pasar por esto sola. La de arriba está vomitando hasta las tripas. No quiero acercarme demasiado a ella. Si la palmo yo también de cólera, ¿qué será de mi pobre bichito?

Una nueva contracción se adueñó de su cuerpo. Martha la ayudó a respirar para aliviar el dolor y cuando remitió la llevó hasta el sofá. Fue por agua y le

quitó a Maria el sudor de la frente. Luego la ayudó a desvestirse y la envolvió en una vieja bata que no se estropearía con la sangre.

—Primero voy a calentarte la sopa que te he traído —propuso.

Pero las contracciones llegaban ya a intervalos tan cortos que tuvo que ir y venir varias veces entre el fogón y la parturienta. La matrona calentó agua, hizo acopio de paños y acolchó un cesto que serviría como camita para el niño.

Entretanto examinó el desarrollo del parto inminente.

—El cuello uterino está ya así de dilatado —dijo indicando la medida con los dedos—. Como es tu primer hijo, podría acabar en unas pocas horas.

—Horas —suspiró Maria con el dolor de una contracción.

Martha asintió.

—Es difícil, lo he sufrido en mi propio cuerpo, pero no tenemos más remedio que pasarlo. Vamos, sigue, respira, ¡respira! Si colaboras, será más sencillo para ti.

Y luego fue más rápido de lo que Martha había pensado. El niño empujaba para salir. Maria se puso en cuclillas con las piernas abiertas y los brazos apoyados en la mesa y en el respaldo de una silla. Martha la sujetó por detrás y contó las respiraciones.

—¡Empuja! ¡Empuja! —La sangre y las heces se mezclaron con la paja que había extendido, luego se arrodilló delante de Maria—. Ya lo tienes. Ya le toco la cabeza. ¡Empuja!

Pero de pronto el niño se quedó atascado. Maria gritó de dolor, la partera apretó y tiró, en vano. Algo parecía retener el pequeño cuerpo. Martha temía que Maria pudiera desvanecerse, y entonces el cuerpecito se deslizó de pronto en sus manos y comenzó a chillar de inmediato, mientras Maria caía al suelo extenuada.

—Enseguida estoy contigo —prometió Martha.

Se apresuró a lavar a la criatura y a ponerla en su cestito. Cuando se volvió hacia Maria, se notó palidecer. El miedo la aferró con su mano de hielo.

La joven madre yacía ovillada en la paja rojo brillante y la sangre no dejaba de brotar a borbotones de entre las piernas. Tenía un trozo de la placenta pegado al muslo. Eso había sido: por eso no avanzaba. En su camino hacia el exterior, la niña había arrancado un trozo de placenta y ahora la sangre fluía sin cesar. Martha metió la mano en el pubis abierto y soltó el resto de la placenta, pero no había forma de detener la hemorragia. Intentó que Maria tomase una infusión para agilizar la contracción del útero, pero Maria apenas podía tragar.

—Maria, tu hija te necesita —soltó Martha mientras abrazaba a la moribunda.

No podía hacer nada. Aquello no ocurría a menudo, pero no era la primera vez que una madre se le desangraba en los brazos. Por supuesto, nunca lo había pasado sola. Un jadeo y luego otro, y todo quedó en silencio. También el latido del corazón enmudeció bajo sus manos.

Martha lloró por la vida de la joven, cuya mirada había quedado fija. Aún no había cumplido los veinticinco años. Suavemente le cerró los ojos y la tendió de nuevo en la paja ensangrentada.

¿Qué diablos iba a hacer ahora? No podía avisar a los guardas de fuera, porque pondrían de inmediato a la recién nacida en cuarentena, lo que equivalía sin duda a una sentencia de muerte. Y era probable que también encerrasen a la partera con todos los vecinos enfermos de la casa. No, la única posibilidad que Martha veía era dejar el edificio por el mismo camino secreto por el que había venido.

Lavó a la fallecida, la puso sobre la cama y la tapó con una mortaja. Se hizo un atillo con la niña pegada a su cuerpo esperando que no se pusiera a llorar

en un momento inoportuno. Luego salió con tanto cuidado y sigilo como había entrado.

Una vez más, era tarde cuando Dieffenbach llegó a casa. Iba a entrar en el portal de la Jägerstrasse cuando le salió al paso un hombre. Un hombre atractivo, con pelo castaño claro, el rostro delgado y las mejillas y el mentón bien afeitados. Se quedaron mirándose.

—¿Heinrich? ¿Eres tú? Amigo mío, no sabía que estabas en Berlín — exclamó Dieffenbach.

Heinrich Heine hizo una reverencia y le dio la mano.

—Pero si es el célebre doctor Dieffenbach, terror de todos los gatos y los perros callejeros.

Se miraron riendo.

—Qué tiempos los de Bonn. Así que has convertido tu pasión prohibida por la tortura animal en un oficio... No, de hecho, te has dedicado a las personas. Y los berlineses se deshacen en halagos al gran médico que tan hábilmente maneja el escalpelo. Por lo que oigo, la consulta va bien y has llegado a director de cirugía en la Charité.

Dieffenbach sonrió y negó con la cabeza.

—Solo a subdirector —corrigió con modestia.

—Pero tienes una vivienda preciosa y unos caballos magníficos. —Heine señaló el tiro que retiraba en aquel momento un mozo de cuadra.

—Son mi debilidad —reconoció Dieffenbach—. Los caballos son el lujo y el placer que me concedo.

—Para otros placeres te falta, obviamente, tiempo —constató Heine—. Te hemos esperado durante horas. También estaban nuestro estimado exministro Von Humboldt y un par de personas más. Johanna no dejaba de asegurarnos

que no desatenderías su salón. En fin, pese a todo ha sido entretenido, y además he conseguido verte. ¡Es fantástico!

—¿Te quedas en Berlín? También se habla mucho sobre ti en los últimos tiempos.

Heine negó con la cabeza.

—No, Prusia no es lugar para mí, la censura no me deja respirar. Desde los Decretos de Karlsbad hay que tener demasiado cuidado con lo que se dice y escribe. Plantaré la tienda en París. Ven a visitarme cuando tus pacientes te dejen. Pero ni tocar a los perros y los gatos. —Levantó el índice desafiante—. ¡Ese griterío! Me ha seguido día y noche. Pobres bichos. ¡Cortarles así el rabo para cosérselo a otros animales!

—Ya te lo expliqué entonces —se defendió Dieffenbach—. Es importante aprender con los animales antes de usar el bisturí con una persona. Y nunca los hice sufrir más de lo necesario. Lo mucho que aprendí entonces redundaba hoy en beneficio de mis pacientes.

Heine le tendió la mano.

—Bueno, pues te creeré. Todo por el bien de la criatura, sea persona o animal.

—¿No quieres entrar de nuevo?

Pero el autor lo rechazó con un ademán.

—Es tarde. Quizá algún día en París.

Los dos hombres se abrazaron y cada uno siguió su camino. Dieffenbach subió las escaleras y fue directamente al salón, donde Johanna estaba sentada junto a la ventana en una butaca, mirando con insistencia la noche. No se movió. En aquel momento el médico habría preferido que le gritase. En cambio, callaba, aunque a él no se le escapó que tenía las mejillas húmedas de lágrimas. La criada retiró los últimos vasos, los llevó a la cocina y luego cerró discretamente la puerta.

Dieffenbach avanzó y carraspeó, pero Johanna no dio muestras de haberlo oído.

—Lo siento —dijo él en voz baja—. He visto a Heinrich abajo. Me habría gustado hablar más tiempo con él.

—Creía que querías verlo ahora que ha vuelto a Berlín —respondió Johanna—. También estaba Von Humboldt. Irá a verte pronto a la consulta. Al menos ahí te encontrará —añadió con cierta amargura.

—Lo siento —repitió el médico, y lo decía de veras.

—¿De verdad es tan difícil volver un martes más temprano a casa? ¿Cómo voy a organizar mi salón si no estás nunca? La gente quiere verte y hablar contigo. ¡Una vez a la semana! ¿Es demasiado pedir?

Se sentó frente a ella.

—Hay una epidemia de cólera en Berlín. Ya hemos tenido que abrir cuatro hospitales adicionales. Hasta ahora solo unos pocos enfermos han sobrevivido. Cada día trae consigo nuevas muertes y ya no es solo gente del canal. Hay casos por toda la ciudad, sobre todo en las casas de renta, donde la gente se hacina en condiciones penosas. ¡Ni te imaginas la miseria!

Johanna lo miró, cansada.

—Siempre ha sido así, ¿no? Cualquier mendigo enfermo es para ti más importante que tu propia familia. Posiblemente ni te das cuenta de cuando, con tu crítica abierta, ofendes a más de un ministro.

—Eso me da igual. ¿Cómo puede permitirse que haya gente viviendo en semejantes circunstancias? La mayor parte no tiene siquiera una cama. Así que encuentro a hijos y hermanos en el lecho de un moribundo. Ni cama, ni comida. En la olla, a menudo solo un poco de polenta clara para todo el día. No es de extrañar que esas personas mueran como moscas.

—Siempre ha habido gente pobre y enferma. Llega el cólera y volverá a irse. —Johanna hizo un ademán agotado—. Aquí, en Friedrichstadt y en Unter

den Linden, no hay ni un solo caso. Vivimos con mesura, seguimos una buena dieta, comemos jengibre y rociamos las habitaciones con vinagre.

Dieffenbach miró espantado a su esposa. ¿Estaba de verdad tan poco conmovida?

—Pero, Johanna, vivimos así porque nos lo podemos permitir. ¿No sabes que el comandante ha decretado la cuarentena en la ciudad? ¿Que todas las reuniones están prohibidas? Y, aun así, tú has celebrado tu salón.

Ella suspiró.

—Sí, pero ¿para qué? Los invitados no volverán a creer mis promesas. No volverán a aceptar mis invitaciones.

—¿Por qué es eso tan importante para ti? —replicó Dieffenbach a modo de queja.

Ella se sonrojó.

—Si de ti dependiese, yo sería una simple ama de casa que por las noches te traería las pantuflas y la cena. ¡Estamos en Berlín! Hay tanta gente interesante que podríamos visitar, teatros, bailes y mucho más.

—No tengo tiempo para esas cosas. Tengo que trabajar en mi libro. Ya voy retrasado con la siguiente parte de mis *Técnicas quirúrgicas*. Y, además, le he prometido a mi amigo y colega de Hannover, el doctor Stromeyer, que le enviaría un artículo sobre las últimas herniotomías.

Se miraron. Fue Johanna la que dijo en voz alta lo que los dos pensaban.

—¡Cómo has cambiado! Ya no hacemos buena pareja. No eres el hombre por el que dejé a mi esposo y a mis hijos.

Dieffenbach le agarró la mano.

—Siento no poder satisfacer tus expectativas.

Quizá sería mejor que se separasen. Dieffenbach no se atrevía a poner en palabras el pensamiento. ¿Qué significaría para Johanna un segundo divorcio? Vio en ella una profunda preocupación y percibió también su dolor. Se le

encogió el corazón. Sentía que aquella noche suponía el comienzo del fin de su matrimonio.

La condesa Ludovica soltó un grito y se levantó precipitadamente del diván en el que se había dejado caer agotada unos minutos antes. La doncella acudió de inmediato a su lado. Cornelia era más bien poco llamativa con su rostro redondo y, sin embargo, lo bastante lista para evitar, con habilidad y una sonrisa un poco ingenua, los intentos de aproximación del conde. Ludovica había comprendido pronto que tras aquella fachada vivía un entendimiento rápido. Además, Cornelia estaba lealmente consagrada a su señora y dispuesta a luchar a brazo partido contra el señor, por desagradables que fueran las batallas.

—Señora, ¿qué le pasa? ¿No está bien? ¿Puedo hacer algo?

Ludovica se abrazó el vientre.

—¿Podrían ser las primeras contracciones? —preguntó insegura.

La doncella la observó con compasión.

—Sea lo que sea, Heiner debería ir a buscar al doctor Dieffenbach y a una matrona.

—Pero usted sabe que mi partera se ha desentendido —recordó la condesa.

—No es la única de Berlín —protestó Cornelia—. La partera municipal Vogelsang tiene muy buena fama. Ha asistido incluso algunos partos difíciles en Friedrichstadt con buenos resultados.

Ludovica notó que su cuerpo volvía a encogerse de dolor.

—Son contracciones —confirmó Cornelia, quien con sus cuarenta años había visto suficiente mundo y también había presenciado algún que otro parto, aun cuando era soltera y no tenía hijos.

Aunque Dieffenbach llegó apenas veinte minutos más tarde, a Ludovica le

pareció una eternidad. Localizar a la partera, en cambio, resultó ser una empresa más difícil. Cornelia envió a un segundo criado en busca de Martha Vogelsang.

El conde subió la escalera en mangas de camisa y sin zapatos, e irrumpió en el salón de su esposa.

—¿Qué sucede? Ah, Dieffenbach, qué bien que esté aquí. Hay algunas cosas que puede hacer por mí. Mis deposiciones hoy no han sido en absoluto satisfactorias y tengo un dolor punzante en la cabeza. Ya desde esta mañana. No he dormido bien. He salido a Charlottenburg. No me ha quedado otra que beber con el príncipe. Ludovica se ha vuelto a quedar en casa con una excusa —añadió con un gesto de decepción.

Su esposa gimió y lanzó al médico una mirada en busca de ayuda. Él no solo la entendió, sino que actuó en consecuencia obligando al señor de la casa a salir de la estancia.

—Conde de Bredow, el nacimiento del niño es inminente. Y no es una visión adecuada para sus sensibles nervios. Es mejor que se retire y tome este tónico.

Puso un frasco en la mano del conde y cerró la puerta con energía. Luego volvió a la cama de Ludovica y le tomó la mano. Cornelia había liberado ya a su señora de todas las prendas ajustadas. Ahora la cubría con un camisón y una sencilla bata de casa. El médico la reconoció, pero su gesto no prometía nada bueno. Las contracciones llegaban cada vez más a menudo y Ludovica tenía la sensación de que le iban a estallar el cuerpo, el corazón y la cabeza. Aunque intentaba permanecer tranquila, no dejaba de dar gritos y le resbalaban lágrimas por las mejillas, que Cornelia enjugaba rápidamente con un pañuelo.

—Lo siento mucho —susurró—. Me gustaría ser fuerte y no causarle disgustos.

La presión en la mano del médico aumentó.

—Eche fuera su dolor, condesa. Y respire con él, eso lo hace más llevadero. No debe, en ningún caso, tensarse más ni contener el aire. —Se volvió a la doncella—: ¿Han avisado a la matrona?

—Lo he intentado, pero nadie sabe dónde está. Espero que los criados la encuentren pronto.

Los minutos se convirtieron en horas, las horas parecieron fundirse con la eternidad. Los dolores eran cada vez más fuertes, los intervalos más cortos, y Ludovica notaba que se le agotaban las fuerzas. Ahora gritaba quisiera o no. Solo distinguía el rostro de Dieffenbach como a través de un velo. Y le soltó la mano a disgusto cuando él examinó una vez más el avance del parto. Entró en el saloncito un segundo hombre, que a la condesa le resultó familiar. Oyó que el médico lo saludaba en voz baja.

—Hildebrand, me alegro de que esté aquí —dijo al facultativo—. Tal vez tengamos que operar.

Ludovica se irguió a duras penas y miró los rostros preocupados.

—¿Una cesárea? —gimió.

Vio la gravedad de la situación en el gesto del médico.

—El niño está obstruido. Se ahogará si no puede salir.

Dieffenbach se inclinó hacia ella y le tendió de nuevo la mano, pero la condesa, en su desesperación, lo rodeó con el brazo y se apretó contra su cuerpo.

—¿No hay ninguna posibilidad de salvarnos la vida a los dos?

Él la abrazó con suavidad. Resultaba reconfortante notar el calor de él. Sus manos acariciando despacio la espalda, su aliento cálido en la mejilla acompañando sus palabras susurradas.

—Es su decisión, condesa. Podemos sacar al niño, pero sin vida. O practicamos la cesárea y vivirá. Aunque es peligroso para usted, si todo va

como espero, tanto usted como el niño sobrevivirán a la operación. —Para su pesar, él la soltó y dio un paso atrás—. Es decisión suya. ¿Practicamos la cesárea?

En ese mismo momento se abrió la puerta y el conde de Bredow irrumpió en la estancia. Tras él entró la partera Martha Vogelsang. Portaba dos grandes bolsos. Uno lo llevó al cuarto de al lado, y cerró la puerta antes de volver.

—¿Cesárea? —gritó el conde, y miró horrorizado al resto—. ¡Ludovica podría morir!

Había elegido, como de costumbre, el peor momento para aparecer.

—¿Qué va a hacer, doctor? Solo tenía que traer a mi heredero al mundo, no abrir a mi esposa y matarla. —No dejó que Dieffenbach contestara—. No voy a tolerarlo. Los niños deben traerlos al mundo las matronas.

Ludovica se apoyó para incorporarse y dijo en voz alta:

—He dado permiso al doctor Dieffenbach para llevar a cabo la cesárea.

—No puedes hacerlo —repuso el conde a voz en cuello—. Eres mi mujer y ese es mi heredero. Yo decido cómo ha de venir al mundo.

—No sabemos aún si es un varón —objetó Dieffenbach, aunque el conde no se dejó despistar.

—Nadie va a abrir a mi esposa. ¡Salga inmediatamente de mi casa! Váyase. ¿O tendré que llamar a mis criados para que lo echen?

Dieffenbach intentó explicarle la situación, en vano. El conde tuvo uno de sus ataques de rabia, que su esposa conocía demasiado bien. La siguiente contracción la hizo chillar aún más alto. Su dolor se mezclaba con la ira, pero no pudo hablar durante unos minutos. Impotente, vio como el doctor Dieffenbach agarraba su maletín y salía del saloncito con Hildebrand.

Entonces todo se oscureció a su alrededor. Como en la lejanía, le llegó la voz de la partera, antes de caer en la negrura sin fondo donde ya no había sufrimiento ni un marido alborotador.

Dieffenbach no conseguía tranquilizarse. Era de madrugada y no había pegado ojo en toda la noche, pero no podía meterse en la cama y dormir. No dejaba de pensar en la condesa Ludovica. ¿Qué haría la partera? ¿Sería capaz de liberar al feto obstruido y traerlo al mundo sano y salvo? ¿Conseguiría ella lo que él no había podido hacer?

Por un lado, le deseaba a la condesa esa suerte; por otro, no la concebía. Martha Vogelsang no podía hacer milagros, y esa habría sido, además de la operación, la única solución para salvar a la madre y al niño.

Dio vueltas en su estudio, se sentó frente al escritorio, anotó algunas frases para Stromeier y volvió a deambular. Otra razón por la que no se iba a la cama era Johanna. Temía despertarla y no quería tener en ese momento una conversación sobre su matrimonio. Había sido ella la primera en pronunciar la palabra «divorcio». El concepto disparó en él una sensación de alivio, de la que se avergonzaba profundamente.

Dieffenbach miró el reloj. A las nueve ordenaría que preparasen el coche y saldría a atender a sus pacientes. Como todos los días. Hildebrand lo acompañaría, prepararía las operaciones pendientes y lo asistiría en ellas. Formaban un equipo experimentado. Podrían haber realizado la cesárea con éxito. Dieffenbach llevó a cabo la operación mentalmente. Vio el escalpelo aplicado justo debajo del ombligo y abriendo luego la pared abdominal mediante una incisión recta en el centro. Estaba de acuerdo con la valoración de Henckel. Una incisión a un lado era más peligrosa, en esencia porque seccionaba demasiados vasos sanguíneos. Con unas tijeras dividía los tendones entre los abdominales rectos. Luego, con decisión, realizaba un corte en el peritoneo. Introducía la mano con el bisturí en la herida, hasta que notaba el útero como una fruta madura bajo los dedos. Con cuidado retiraba a un lado el intestino delgado, antes de dividir la musculosa pared del útero y la

membrana caduca. Palpaba al niño. Se movía. Con una sonrisa feliz, tiraba del feto hacia la luz.

«¡Ludovica, lo ha conseguido!», le anunciaba en su imaginación, y le ponía el niño en los brazos. Ella lo besaba llena de alegría, y él se mareaba de pura felicidad.

Pero entonces el sueño se disipaba y la realidad salía a su encuentro: Ludovica estaba sola con la partera Vogelsang y una doncella que tenía poca idea de partos. ¿Qué pasaría si el niño y la madre morían? Si Martha esperaba demasiado, a la condesa le sobrevendría una muerte dolorosa y miserable.

Dieffenbach se puso la chaqueta. Era poco antes de las ocho. Tenía que volver al palacio Bredow y, aunque fuese por la fuerza, lograr entrar en el salón de la condesa. No reflexionó sobre cómo iba a hacerlo. Únicamente envió al criado a buscar el coche y metió en su maletín un par de herramientas más que podrían serle útiles.

Martha no era amiga de cortes sangrientos en el parto, pero en este caso la cesárea habría sido quizá la salvación, sobre todo si la hubiese llevado a cabo un cirujano tan prudente como el doctor Dieffenbach.

Pero el conde había decidido y puesto a Martha en una situación desafortunada. Vacilante, el esposo había abandonado el saloncito después de haber echado con cajas destempladas al médico. Luego no habían vuelto a verlo ni oírlo, cosa que complació a Martha.

—Cornelia, venga, por favor. ¿Puede ayudarme?

La doncella de la condesa era una persona sensata que no parecía que fuera a ponerse histérica. Así podía trabajar. No obstante, Martha estaba desesperada. Las energías de la condesa se agotaban por minutos, pero el niño seguía obstruido. Martha reanimó a Ludovica con una buena porción de sales y

la instó a seguir empujando. Desde fuera, la partera intentó que el niño se deslizará, pero la cabeza no avanzaba.

El dolor era excesivo. La condesa volvió a perder el conocimiento. Martha lo intentó de otra forma, tratando de empujar al niño hacia atrás. A lo mejor podía darle la vuelta. Si conseguía agarrarlo por las piernas y se las ataba, quizá podría sacarlo tirando.

Se afanó hasta que le cayeron gotas de sudor por la frente, luego abandonó. Estaba claro que no podría salvar al niño.

—Cornelia, por favor, abandone el saloncito. En este momento no puede ayudarme a mí ni a la condesa. Échese una hora. Está completamente agotada.

La doncella observó a Martha con una expresión singular.

—No va a hacer nada que perjudique a mi señora, ¿verdad?

Martha le prometió que no.

—Y me llamará enseguida si puedo ayudarla.

—Se lo prometo.

Martha respiró aliviada cuando Cornelia hubo salido y cerrado la puerta. Entonces, al cesar los gemidos de la condesa, pudo oír el débil lloriqueo en el cuarto de al lado, donde había dejado el cesto cubierto con un lienzo, que había metido en el segundo bolso. Martha corrió hasta la otra habitación y alimentó a la niñita con leche de cabra desleída. Era lo que había aprendido a hacer con las criaturas para las que no se encontraba un ama de cría enseguida. La pequeña bebió ansiosa y volvió a dormirse. Ni siquiera le había puesto aún un nombre. Martha temía que, si lo hacía, se entusiasmaría y se quedaría con la niña. Su madre estaba muerta, su tía era ahora enfermera en la Charité y no podía ocuparse de ella. Y su propia situación tampoco era muy halagüeña. Otfried se había mudado a casa de su amante y no tenía prisa por volver con ella y su hijo. ¿Cuánto más iba a aguantar la vecina que le dejase a August

cuando salía? No podía quedársela. Tendría que llevar a la pequeña a la inclusa. Se le partía el alma. Pobre cosita. Ninguna criatura merecía aquello.

Al otro lado, en el saloncito, todo estaba espantosamente tranquilo. Martha acudió junto a la condesa, que se había desmayado. Las contracciones habían cesado. El niño seguía en su vientre, muerto.

Si no hacía nada de inmediato, también la condesa moriría. Aunque Martha odiaba lo que tenía que hacer, no le quedaba otra opción. Del bolso sacó dos ganchos de hierro, un cuchillo y unas tijeras fuertes para cortar pollos. Luego comenzó la sangrienta tarea.

Por suerte, el conde seguía durmiendo la mona. No quería ni imaginarse lo que pasaría si entraba en aquel momento.

Martha terminó por fin su destructor trabajo. Envolvió los restos del feto en un hule y los escondió en su bolso. Entonces, se le ocurrió una idea.

La condesa comenzó a moverse. Gimió y abrió los ojos.

—Martha, ¡mi niño! Quiero a mi hijo —balbució.

¡Tenía que decidirse! Martha agarró las manos que se tendían hacia ella.

—Ya ha pasado todo —dijo en tono apagado.

—¿Mi hijo? —imploró la condesa—. Por favor, deme a mi niño.

¿Era una señal del destino? ¿Conocía la todopoderosa justicia divina la compasión?

Martha tomó una decisión.

—Enseguida le traigo a su hija —contestó, y salió corriendo hacia el cuarto de al lado—. Es un milagro: tiene usted una niñita sana.

—Al conde no va a gustarle —dijo Ludovica con la pequeña en el pecho.

Lágrimas de felicidad le corrían por las mejillas, fuese un hijo o una hija... ¡Era suya! Acarició a la criatura mientras Martha la lavaba. Entonces llamó a la doncella para que ayudase a la condesa a ponerse ropa limpia.

Junto con Cornelia, entró Dieffenbach en la alcoba. Vio a Ludovica, luego a

la niña.

—No es posible. ¡Un milagro! No puedo creerlo.

Felicitó a la madre y examinó rápidamente al retoño, antes de que el conde se despertase y quisiera echarlo.

—Me alegra tanto haberme equivocado —aseguró a la condesa, que resplandecía de felicidad pese a la fatiga.

Cuando por fin se le cerraron los ojos, Dieffenbach tomó a la niña y se la entregó a Martha.

—¿Qué ha hecho? —preguntó en voz baja cuando la doncella fue al dormitorio con la chiquilla para acostarla en la lujosa cuna que desde hacía semanas esperaba al heredero condal.

—Mi trabajo —contestó Martha intentando resistirse a su inquisitoria mirada.

—No es posible —insistió él—. No sé lo que sucede aquí, pero esto no es un milagro divino.

Señaló los sangrientos ganchos delatores, que aún estaban sobre las sábanas empapadas de rojo.

Obstinada, Martha se cruzó de brazos.

—Le he dado a una madre un hijo y a un hijo una madre. No sabía que eso estuviese mal.

—Deme su bolso —exigió Dieffenbach—. ¿Qué tiene en ese trapo?

Martha se rindió.

—Ya lo sabe —dijo de mala gana—. La pelvis era demasiado estrecha. Llevaba obstruido demasiado tiempo.

Dieffenbach pestañeó confuso.

—Pero ¿quién es esa niña, entonces?

La partera le resumió lo que había ocurrido aquella noche.

—¿Y ha puesto a la niña en el pecho de la condesa así sin más?

La miraba desconcertado.

—Necesita una madre —se defendió Martha—. ¿Cree que es mejor llevarla a la inclusa? Muy bien, pues entonces despierte a la condesa y dígale que no es su hija y que el cadáver de su hijo está en mi bolso.

—No puedo hacerlo: le partiría el corazón.

—Tampoco yo se lo diré —juró Martha—. Y tampoco me parece aconsejable explicárselo al conde.

Dieffenbach suspiró.

—Pero no podemos hacerlo. Va contra el juramento que hicimos.

Martha se encogió de hombros.

—Yo solo he jurado que haría lo mejor para las madres y sus hijos. Y eso es lo que hago. Así que déjeme hacer mi trabajo, doctor.

Dieffenbach desistió.

—Haga usted lo que le parezca. El mal ya está hecho.

Martha no cedió a su reproche.

—Voy a darle un consejo —continuó no obstante la partera—: creo que sería mejor para todos que el conde no lo encuentre aquí cuando se despierte.

Dieffenbach meneó la cabeza.

—Espero que esto no se vuelva contra nosotros en algún momento —dijo sombrío antes de batirse en retirada.

El doctor Hans Calow

Pensando aún en la joven madre con su niño en la crujía de salivación, Elisabeth se dirigió con un cesto de batas de enfermo y delantales sucios a la lavandería, después de que Friedgard se negara a bajar de nuevo las escaleras para ir al lavadero.

—Los pacientes reciben batas limpias cuando ha terminado su cura —refunfuñó—. ¡Siempre ha sido así!

—Pero a veces tardan semanas —protestó Elisabeth—. No puedes dejar que se pudran en su propio vómito.

—Entonces tendrán que prestar más atención y usar las palanganas —contraatacó Friedgard plantando a Elisabeth.

Así que Elisabeth había decidido por sí misma, cambió la cama de Anna, que había sufrido el percance, y le dio una bata limpia. Y, ya que estaba, se cambió también el delantal sucio y proporcionó batas limpias a algunas otras pacientes. En la puerta casi se chocó con el director Kluge, a quien seguían el subcirujano Heydecker y algunos *pépins*, camino de la crujía. El profesor comenzó su ronda, controló el progreso de la curación y señaló a sus estudiantes varias alteraciones en las úlceras.

—Esto de aquí tendremos que cortarlo —dijo por encima de la cabeza de una muchacha de no más de veinte años, dirigiéndose a los jóvenes que se inclinaban curiosos sobre ella para observar la gigantesca pústula llena de

supuración amarilla del pubis, que había producido un borde vesicular rojo alrededor.

La mujer volvió la cabeza a un lado. Elisabeth notaba la angustia en su mirada cuando unos tironcitos en la manga le llamaron la atención.

—La enfermera Friedgard se ha quejado de usted —le dijo Alexander Heydecker en un susurro.

—¿Ah, sí? —contestó Elisabeth, belicosa—. ¿Y qué la ha disgustado?

—Dice que usted se salta las reglas, que es arrogante y se niega a hacer lo que le mandan —enumeró Alexander.

—No sabía que Friedgard fuese mi superior —replicó Elisabeth. Le puso el cesto de la apestosa ropa sucia bajo la nariz—. ¿Le pregunto al director Kluge si prefiere hurgar entre vómitos cuando haga su visita?

Parecía haber desconcertado al joven subcirujano, porque se quedó con la boca abierta.

—Pues si no hay más quejas, me gustaría llevar mi cesto a la lavandería.

Alexander hizo un ademán invitándola a salir y la dejó marchar sin decir nada.

Elisabeth bajó las escaleras. Cavilaba sobre cómo ayudaba a las mujeres el tratamiento de azogue contra la sífilis. Había que sacar la ponzoña que producía aquellas atroces llagas del cuerpo. De ahí las curas de evacuación y el mercurio, que hacía fluir sin interrupción la saliva corrompida. Pero ese remedio ¿no era también un veneno que podía matar el organismo en mayores cantidades? ¿No llevaba a nuevas dolencias? Los calambres, las convulsiones musculares, la pérdida de los dientes... ¿No aparecía todo eso cuando se administraba demasiado mercurio? Al menos eso le había contado una de las pacientes que llevaba en la sala ya tres meses.

Por otra parte, reflexionaba Elisabeth, quizá había que aguantar todo

aquello para derrotar al mayor enemigo. Las úlceras se curaban por lo general tras unas semanas y podían dar el alta a las pacientes, de nuevo sanas.

Esperó en el lavadero hasta que llenaron su cesto de ropa limpia, luego emprendió el camino de vuelta. Cuando se acercaba al portón, una sombra cayó sobre ella. Elisabeth se detuvo de golpe. Levantó la mirada y vio a un joven alto y rubio, con el pelo sudado y pegado a la cabeza. Tenía también sudor en la frente y respiraba a trompicones. Debía de ser un paciente nuevo, pensó Elisabeth, aunque el hombre le resultaba familiar. ¿No lo había visto una vez con el doctor Dieffenbach?

—Si quiere que lo admitan en la Charité, tiene que entrar por ahí y anunciarse al portero. Uno de los médicos lo examinará y lo asignará al área correspondiente. ¿O se dirige al consultorio? La entrada está al otro lado.

El hombre vaciló. Elisabeth dejó su cesto y lo agarró cuando amenazó con caerse.

—Busco al doctor Dieffenbach —dijo respirando con dificultad—. Tengo buenas noticias. He salvado a un oficial carpintero. He pasado toda la noche lavándolo y haciéndole fricciones alternativamente, y al parecer ha sobrevivido al cólera.

Elisabeth frunció el ceño, inquisitiva.

—Calow —balbució el hombre—. Soy el doctor Calow. Dieffenbach no está en el pabellón de viruela. Ahí ya lo he buscado.

—Entonces estará operando —supuso Elisabeth—. Quizá ya han llevado a la paciente de la crujía de salvación a la sala de operaciones.

El médico se tambaleó de nuevo. Elisabeth lo sujetó por debajo del brazo.

—¿No se encuentra bien? —preguntó cauta, aunque era evidente.

Él sonrió inquieto.

—Los últimos días no he dormido mucho. Demasiados casos de cólera. Cada día hay más. Estoy continuamente en ruta, aunque por lo general llego

demasiado tarde. Mueren como moscas. El cementerio que está delante de la puerta de Frankfurt dentro de poco se quedará pequeño.

Espantosas imágenes se deslizaron por la mente de Elisabeth. Sacaban muertos de muchas áreas de la Charité. No quería ni imaginarse lo terrible que sería en el pabellón de viruela. ¡Tantas vidas!

—Lo ayudaré —se ofreció.

Dejó allí el cesto y acompañó al doctor. Lo examinó furtivamente de reojo. Parecía que le faltaba algo más que dormir. Solo esperaba equivocarse. Despacio, guio al vacilante médico hasta la sala de operaciones, al final del área de cirugía.

Dieffenbach acababa de terminar una operación de vejiga, tras extirpar con éxito una piedra enorme. Camille y otro enfermero llevaron al paciente a la sala de vigilancia, donde permanecería unas horas antes de devolverlo a la sala de la Clínica Alemana del doctor Wolff. La enfermera Friedgard y el subcirujano Heydecker subieron entonces a la paciente de la crujía de salivación a la mesa de operaciones que acababa de quedar libre. Los espectadores se repartieron en las gradas y buscaron, en la medida de lo posible, un lugar con buena visión de lo que pasaba abajo. Junto a los uniformes de los *pépins*, Elisabeth descubrió las oscuras chaquetas de los universitarios, así como a algunos médicos mayores de civil que, seguramente, venían de otras ciudades u otros estados para visitar la Charité con fines de estudio. Todos observaron con interés a la paciente, que correspondía a las innumerables miradas con pánico en los ojos. El director Kluge informó de que el subcirujano Heydecker cortaría la úlcera bajo su supervisión. Elisabeth notó que el aspirante médico tenía el mismo aspecto medroso que su paciente en la mesa de operaciones. Se habría quedado de buena gana para ver cómo se desenvolvía bajo la mirada de tantos espectadores. Pero Dieffenbach se dirigió a ella y volvió a Calow hacia la luz.

—Es usted un loco —dijo Dieffenbach—. Ahora, posiblemente pagará su obstinación con la vida.

—Solo estoy cansado —afirmó Calow—. No tengo cólera.

Elisabeth vio en el rostro de Dieffenbach que creía lo contrario.

—Venga —dijo con suavidad—. Lo llevaré a casa y veremos qué podemos hacer por usted. Está aún al principio de la enfermedad. Tenemos una posibilidad de que la supere.

Elisabeth dio un paso atrás, pero Dieffenbach le pidió que lo ayudase. Mandó traer su coche y juntos subieron al doctor Calow, que ya no se tenía en pie, y lo depositaron en el asiento de atrás.

—Le deseo lo mejor —dijo Elisabeth en voz baja—. Rezaré por usted.

Al mirar al doctor Dieffenbach, adivinó sus pensamientos. Era evidente que confiaba más en la medicina y en el oficio médico que en la misericordia divina.

Martha abandonó el palacio Bredow. La condesa estaba asombrosamente bien. Relucía de felicidad, aunque por supuesto seguía aún débil y sufría dolores. La niña, en cambio, se mostraba fuerte y sana. Y ya habían traído al palacio desde el campo a un ama de cría de mejillas rojas.

También el conde se alegraba; la madre y su retoño estaban bien de salud y una jarra de vino tinto lo consolaba ante la idea de que no hubiese sido un varón.

Aunque todo parecía perfecto, Martha estaba descontenta consigo misma. No importaba las veces que intentase convencerse de que no había faltado a su juramento, se culpaba de todas formas. Para la niña era una bendición que la criasen como hija del conde de Bredow en vez de en casa de una viuda en el canal, o en una casa de expósitos. A pesar de ello, a Martha la atormentaba la

idea de que, en algún momento, alguien pudiese ver en la niña que no era de nacimiento noble. El conde se enfurecería seguro si descubriese el engaño, y ella pasaría el resto de sus días en prisión.

¿Qué sería entonces de August? La vida ya era para él bastante difícil. Ella estaba todo el tiempo fuera y dejaba al pequeño con alguna vecina, que lo cuidaba un par de horas con más o menos amabilidad. Así no podía seguir.

Se dio cuenta de que sus pasos la encaminaban inconscientemente a la Charité. ¿Iba a contarle a Elisabeth lo de la niña? ¡No! Pero tenía que informar a la joven enfermera de la muerte de su hermana. No era un camino fácil. De nuevo tendría que dar la noticia de la muerte de un ser querido y acompañar en el sentimiento a los deudos.

A Martha le parecía que cada vez moría también un trocito de ella, se sintiese o no culpable de la muerte de una mujer o de su hijo. Era como si se marchitase el alma pedacito a pedacito. ¿Qué pasaría si un día ya no le quedaba? ¿Moriría entonces o seguiría viviendo como una criatura sin alma? ¿Cómo sería no sentir ya nada? Ni dolor. Ni duelo. Ni alegría. ¿Merecería la pena vivir una vida así?

Anhelaba una vida sin sufrimiento. Una vida con su hijo. Quería estar a su lado, protegerlo. Lejos de la calle y su miseria, que tan a menudo sacaban a relucir lo peor de la gente.

Cuando cruzó el portón y elevó la vista hacia el edificio de tres alas de la Charité, temió su encuentro con Elisabeth. No quería hacerle daño. Y tampoco quería hacérselo a sí misma.

—¿Martha?

Elisabeth se acercó con pasos presurosos a la pequeña figura de la partera, que estaba en el sendero como perdida.

—Martha, estoy tan contenta de verte. En estos momentos no puedo salir de aquí. ¿Has estado con Maria? ¿Cómo está? ¿Cuándo llegará el momento?

Se quedó callada al ver la tristeza en los ojos de Martha.

—¿Qué ha sucedido?

En cuanto la partera le tendió las manos, supo que debía esperar la peor de las noticias.

—Llegué a tiempo sin que me descubriesen los guardas, pero todo fue mal. Tu hermana Maria ha muerto, Elisabeth. Lo siento en el alma.

—¿El cólera?

Por un momento, Martha dudó la respuesta, luego negó con la cabeza.

—No, se desangró en mis brazos. La placenta se rompió durante el parto. No pude detener la hemorragia. No había nadie para ayudarme.

Elisabeth vio las lágrimas en el rostro hundido, lleno de arrugas. No podía reprocharle nada a la matrona. Seguro que había hecho todo lo que estaba en sus manos.

—¿Y el niño?

Martha miró al suelo.

—Una niña. ¡Lo siento tanto!

A Elisabeth también se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Así que soy la única que queda de la familia —dijo con desaliento—. ¡Pobre Maria! ¡Pobre niña mía, aún sin bautizar! No entiendo las decisiones divinas. ¿Cómo pueden ser siempre tan crueles?

—Quién sabe si Dios se toma siquiera la molestia de encargarse del destino de la gente pobre.

Ambas callaron unos momentos y pensaron en las difuntas. Elisabeth se enjugó los ojos húmedos.

—Cómo me alegro de haber encontrado trabajo aquí. No, no solo eso. Tengo un lugar donde vivir y la tarea de ayudar a otros.

Martha abrazó a la joven.

—Sí, eso está bien. La Charité es ahora tu hogar y las personas que hay aquí son tu familia. Desearía poder decir eso también de mí —añadió llena de tristeza.

—¿Y por qué no? —exclamó Elisabeth—. Podrías vivir con August en la Charité. Aquí estaría mejor cuidado que ahí afuera, en las lúgubres calles de la ciudad.

Martha la miró. Algo parecido a la sorpresa se extendió en su semblante.

—Puede que tengas razón. Puede que sea el momento de atreverse con algo nuevo.

Elisabeth sonrió.

—En la maternidad seguro que te aceptan encantados.

Pero Martha negó con la cabeza.

—No. No quiero ver morir en mis manos a más mujeres.

Elisabeth estaba desconcertada.

—Entonces, ve con el doctor Barez al área infantil. Eso es. He oído que los pobrecitos mueren como moscas. Necesitan tus manos expertas.

Martha dio un paso atrás mirándola horrorizada.

—¡No, niños moribundos tampoco! No lo soportaría.

Elisabeth sentía cada vez más compasión hacia ella. ¿Qué le había sucedido a la valerosa y resuelta partera? ¿Era porque el padre de August la había abandonado definitivamente? ¿Tanto le había afectado la muerte de Maria? ¿O había muerto Maria porque Martha había cometido un error?

Miró a Martha a la cara. Su desesperación la conmovió. Incluso si se trataba de un fallo, seguro que había hecho cuanto estaba en sus manos y ahora ya no era posible cambiarlo. No podía reprocharle nada. Más bien tenía que preguntarse a sí misma si no había sido aquel nuevo trabajo más importante que la necesidad de su hermana. ¿No debería haber ayudado ella en el parto?

Elisabeth abrazó a Martha.

—No tienes que reprocharte nada. Nuestras vidas están en manos de Dios y nadie puede decir cuánto van a durar. Precisamente en estos días da la sensación de que Berlín es más bien una casa mortuoria.

Se miraron en silencio hasta que Elisabeth se soltó de Martha.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres trabajar también como enfermera? Debo advertirte de que aquí la mayoría de las mujeres son groseras a más no poder. Las oigo en los pasillos y durante el almuerzo. Muchas salen del arroyo, de la cárcel, de la calle. Quién iba a aceptar por tan poco dinero un trabajo que lo exige todo de una y no concede descansos hasta que te desplomas agotada.

Martha la observó extrañada.

—¿Ya has perdido tu entusiasmo por el servicio a los pacientes? ¿Te arrepientes de tu decisión?

—No, no es eso —se defendió Elisabeth—. El trabajo no me asusta y tampoco las otras enfermeras. Si a veces estoy profundamente decepcionada, es por otra razón. Me gustaría tanto aprender, pero a los enfermeros no nos explican nunca nada. Si no escuchase cuando los profesores hablan con los auxiliares médicos, no sabría nada de nada sobre las enfermedades y su tratamiento. Solo tenemos que vigilar a los pacientes, llevarles comida, limpiar. Lo demás no es de nuestra incumbencia. —Miró a Martha, sorprendida por los pensamientos que brotaban de ella de un tirón—. Tengo siempre la sensación de que no sé nada... y con frecuencia tampoco los médicos pueden hacer mucho por los pacientes. No solo mueren los de cólera. También en el área de cirugía hay muertes a menudo, apenas unos días después de las operaciones.

Martha asintió con certidumbre.

—Gangrena —dijo—. Contra ella los médicos no pueden hacer nada.

—Es terrible —añadió Elisabeth—. Pronto serán necesarios más ayudantes

en el depósito de cadáveres que en las crujías.

—¿Lo dices en serio? —Martha la miró con interés—. Quizá debería ocuparme de los que han pasado ya el infierno. Puede que el depósito sea mi lugar.

Elisabeth no podía entenderlo.

—¿Qué? No lo dirás en serio. Eres una partera excelente, con tanta experiencia que incluso los burgueses y los nobles de Unter den Linden te llaman.

Vio que Martha se estremecía.

—Eso se acabó.

Martha se dio la vuelta y se marchó. Elisabeth se la quedó mirando sorprendida. Bullían en ella los más diversos sentimientos. Aflicción por su hermana y la niña que había perdido, pero estaba también molesta. ¿Había entendido bien que Martha solo quería ocuparse de los muertos? Eso le extrañaba. Quizá la partera hubiese cometido, de hecho, un error imperdonable. ¿Le diría Martha alguna vez la verdad?

Elisabeth volvió a ver al doctor Dieffenbach dos días después al mediodía. Esperó hasta que terminó de hablar con el profesor Rust y el director de cirugía se hubo alejado despacio antes de atreverse a dirigirse a él.

—Disculpe, doctor Dieffenbach. ¿Cómo está el doctor Calow?

La miró con los ojos rojos. Parecía no haber dormido mucho en los últimos días.

—Como nos temíamos. A pesar de todos los esfuerzos, no lo ha conseguido. Ni la medicina ni sus oraciones han podido salvarlo. Ha sido víctima del cólera y de experimentar irreflexivamente en su propio cuerpo.

Por supuesto, el dramático apogeo de la pelea sobre el miasma en la

autopsia de la primera defunción del cólera en la Charité ya había circulado. Así que Elisabeth sabía a qué se refería el médico.

—Lo siento muchísimo. ¿Demuestra eso, entonces, que el cólera se contagia entre personas? —quiso saber.

—Siempre lo tuve claro, pero algunos escépticos no quieren ver las pruebas.

Aunque Elisabeth supuso que el doctor Dieffenbach tenía prisa, se atrevió a objetar:

—Pero los casos se presentan muy a menudo en el canal. Cerca del agua sucia.

—Sí, eso es cierto. Allí la gente vive apiñada y rodeada de suciedad, y a menudo ni siquiera cuenta con cama propia —aclaró el médico, aceptando con sorprendente paciencia el comentario de Elisabeth—. Así que la enfermedad se contagia de uno a otro. En las casas de renta de las afueras, en la Alexanderstrasse y en la Gartenstrasse, mueren como moscas.

Pensativa, Elisabeth se mordió el labio inferior.

—Pero en Friedrichstadt y en Unter den Linden no hay casos de cólera, ¿verdad?

—Hasta el del doctor Calow ayer.

—¿Qué protege entonces a esa gente?

—Si lo supiéramos —dijo el doctor Dieffenbach con un suspiro—, habríamos avanzado un paso en la búsqueda del germen colerígeno. No pudimos extraer ningún germen de la sangre del cadáver. Yo mismo he hecho experimentos en animales, les he inyectado sangre de animales enfermos, pero no se contagiaron del cólera.

—Y si no es la sangre de una persona lo que transmite el germen, ¿qué es? Dieffenbach se encogió de hombros.

—Aún no lo sabemos, pero lo averiguaremos. El intestino de los cadáveres

está siempre muy inflamado. Quizá eso nos haga avanzar.

De pronto pareció ser consciente de que no estaba hablando con un médico joven y curioso o un estudiante, sino con una mujer que estaba muy por debajo de su posición en la jerarquía de la Charité. Se irguió y dio un paso atrás.

—Perdone si la he interrumpido en su trabajo —dijo ceremonioso, y luego se dio la vuelta y se fue.

Elisabeth bajó los ojos. Sí, solo era una enfermera y, a pesar de ello, le agradecía el tiempo que le había dedicado. Así que se tragó su ira y se puso en marcha escalera arriba para atender a sus pacientes, como ella los llamaba para sí. Anna y Hannes, su hijito. El niño había dejado de mamar bien y lloraba mucho. Al parecer le dolía la tripa y a veces sufría convulsiones. Además, tenía diarrea. Elisabeth se preguntó si la ponzoña sifilítica, además de con el esputo apestoso, se eliminaría también con la leche materna. ¿Y qué pasaba con el mercurio que tomaba la madre a diario? Quizá debería dar al niño un poco de leche de cabra.

Entró en la crujía de salivación y comenzó a recoger mecánicamente los cubos y a vaciarlos en el sumidero. «Intestinos inflamados», pensó mientras el hedor de las heces casi le cortaba el aliento. Le recordaba el tufo que siempre flotaba sobre el canal.

Si el germen colerígeno no se encontraba en la sangre, entonces ¿dónde? Quizá en las heces. ¿Era esa la diferencia entre los que vivían en el canal y los que lo hacían en Friedrichstadt? ¿Era cuestión de los pozos negros rebosantes y el infecto canal?

El cólera se extendía sobre todo entre los pobres. Como epidemia, eso no podía pasarse por alto. Aunque también padecían hambre, y sus cuerpos eran más débiles que los de los burgueses y los nobles. Le habría encantado compartir sus pensamientos con un médico como el doctor Dieffenbach. O, al menos, con un aspirante médico. Sin embargo, no conocía lo bastante bien a

ninguno de los *pépins* para dirigirse a él y suponía que los hombres, como siempre, no darían ningún valor a sus opiniones.

En el depósito de cadáveres, un pequeño pabellón anejo intramuros y un poco al noroeste del edificio de tres alas de la Charité, aún había luz. El doctor Dieffenbach abrió la puerta de la austera sala de autopsias y dejó entrar a su acompañante. Los dos hombres que estaban junto a la mesa de disección miraron con asombro a los visitantes. Sobre todo a la mujer, que en su opinión no pintaba nada allí.

—No dejen que les molestemos en su trabajo —pidió Dieffenbach.

Con algo de desgana, el recién nombrado médico de medicina interna, cuyo nombre no recordaba en aquel momento, agarró el escalpelo y abrió el cadáver que tenía ante sí en la mesa. Como al azar, sacó un órgano cualquiera que le pareció inusual.

—¿Ve esos nudos? Y en el hígado también hay una úlcera.

El subcirujano con el uniforme de la Escuela Medicoquirúrgica del Ejército que estaba al otro lado de la mesa ayudaba al médico y tomaba notas de vez en cuando en un trozo de papel, que luego desaparecería en una caja con muchas otras anotaciones que nadie volvería a consultar nunca, recelaba Dieffenbach.

Más que cualesquiera otros, los médicos de primera línea que trabajaban con el profesor Bartels evitaban realizar ellos mismos las autopsias y delegaban con gusto la engorrosa tarea en sus ayudantes, que llevaban a cabo el trabajo descuidadamente. Preferían filosofar sobre dónde se localizaba el misterio de la vitalidad y sobre el equilibrio entre los humores. El profesor Bartels dirigía el área de medicina interna de la Clínica Universitaria que se alojaba en las salas de la Charité. Era además un fanático del magnetismo animal, una idea que desde el descubrimiento de los campos magnéticos

orgánicos e inorgánicos provocaba polémicas discusiones. Se creía que el médico o un médium poseían fuerza magnética. Mediante imposiciones de manos o transfiriendo esas fuerzas a un objeto, se podía tratar a un paciente o incluso a más de uno a la vez. Salvo la sífilis y la sarna, por lo visto no había ninguna otra dolencia que no se pudiese tratar con este arte de birlibirloque. Dieffenbach resopló en su interior. Había tantos crédulos... Incluso el exsecretario de Estado Wilhelm von Humboldt se contaba entre sus seguidores.

De pronto, se acordó de la verdadera razón de su visita al depósito de cadáveres. Miró un instante a Martha Vogelsang, que lo acompañaba. Al parecer la partera observaba con atención el final de la autopsia: los dos hombres metían de nuevo los órganos en la cavidad corporal y cerraban el cadáver con unos puntos.

—Listo —dijo el médico, visiblemente aliviado—. Del siguiente cadáver se puede ocupar otro. La mujer murió tras el parto de un niño. No es un caso nuestro.

En ese momento se abrió la puerta y entró el profesor Rust. Molesto, se colocó bien las gruesas gafas, saludó y se acercó a Dieffenbach.

—¿Qué desea enseñarme?

—¡Esto tiene que cambiar! —Dieffenbach miró a su superior y señaló acusatorio el maltratado cadáver—. Los conocimientos exactos de anatomía son una base indispensable para todo médico, incluso para los de medicina interna —añadió elevando la voz, aunque los interpelados hicieron como si no lo oyesen.

El profesor Rust asintió.

—Tiene usted razón, Dieffenbach. Necesitamos más preparaciones para nuestros *pépins*. Pero ¿debemos dejar la responsabilidad en manos de una partera? Tengo serias dudas, estimado colega.

Miró un instante a Martha que, discreta, se había quedado en un segundo plano. Era evidente que al profesor Rust no le convencía el plan de su subdirector de cirugía.

—Por lo menos conoce la anatomía femenina mejor que algunos médicos —respondió Dieffenbach, contrariado. Ya había presentado a Rust dos veces el asunto Vogelsang—. Por supuesto, habrá que formarla primero, pero aun así creo que puede sernos de gran ayuda. Las autopsias se deben llevar a cabo de manera sistemática y los resultados han de anotarse con claridad para poder estudiarlos. ¿Por qué razón no podría hacerlo una exmatrona de excelente reputación?

—Quizá habría que pensar más bien en una sala de disecciones —propuso el profesor Rust.

—Esa sería, desde luego, una buena solución —reconoció Dieffenbach—. Pero conociendo al protectorado y a los ministros, algo así llevará tiempo. Hasta entonces, la señora Vogelsang puede ser útil. —Se volvió hacia la partera, que seguía la conversación de los médicos con visible interés, y añadió—: Yo la formaré con mucho gusto, pero me necesitan en otros lugares. El número de enfermos de cólera aumenta a diario, se han registrado ya cientos de casos, la mayor parte de los cuales acaba en muerte. Debemos seguir investigando las causas y las posibilidades de curación: no podemos abandonar. —Entonces se dirigió de nuevo a Rust—: Siempre y cuando esté usted de acuerdo, venerado profesor, se lo encargaré a uno de los cirujanos que haya demostrado habilidad en las disecciones. Mostraré a la señora Vogelsang cómo llevar a cabo preparaciones.

—Ha sido idea suya. Hágalo usted como crea conveniente. Hablaré con el director Kluge sobre la sala de disecciones.

Rust inclinó la cabeza y se despidió, mientras Martha, ligeramente desconcertada, daba las gracias al doctor Dieffenbach. Luego hizo de tripas

corazón, fue hasta la segunda mesa y, tirando un poco hacia abajo, retiró el paño que cubría el cadáver. Lo que vio fue la cara cerosa de una joven. Tenía los ojos cerrados, aunque parecía que todavía se podía leer en su rostro el suplicio de una muerte temprana.

Desde que se había declarado el cólera en Berlín, los miembros de la Sociedad Medicoquirúrgica se reunían cada noche, en vez de una vez a la semana, para discutir el estado de la propagación y las diversas manifestaciones de la enfermedad. La sociedad la había fundado el anterior director de la Charité y decano de la Universidad Christoph Wilhelm Hufeland. También Dieffenbach participaba en las reuniones, incluso en días como aquel, en que no había parado yendo de una unidad de cólera a otra. Hostigó a sus zaínos. Tenía que cambiarse rápido antes de la noche...

Pero lo único que hicieron aquel día fue, de nuevo, hablar y beber mucho, mientras seguían tan lejos de una solución como al comienzo de la epidemia. No parecían estar cerca de descubrir un remedio y, a pesar de las rígidas medidas de cuarentena, en diferentes barrios de la ciudad surgían nuevos focos que se propagaban con rapidez. Los días eran demasiado cortos, los rompecabezas parecían no tener solución. Dieffenbach pensó en los cinco hospitales de coléricos, que estaban completamente llenos, por lo que la mayoría de los enfermos permanecían hacinados en su propia casa. Apenas podían darles una cama. El contagio de la enfermedad de persona a persona parecía imparable.

Y, sin embargo, aunque duró aún unas semanas, acabó por reducirse el número de nuevos enfermos y de muertos, y la epidemia se erradicó por completo a finales de otoño. Tan misteriosamente como había aparecido, remitió de forma inexplicable para los médicos.

Uno de los últimos enfermos a los que Dieffenbach atendió fue Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Vivía en una amplia vivienda en el canal Kupfergraben. Dieffenbach conocía algunas de sus obras y admiraba la filosofía de la naturaleza de Hegel. El gran filósofo murió el 14 de noviembre de 1831, aunque Dieffenbach no estuvo nunca seguro de si, en realidad, fue de cólera. En cualquier caso, no pudo ayudar al célebre paciente. La muerte había ganado una vez más.

La escuela de enfermería

¿Por qué pienso todo el tiempo en él? Johann Friedrich Dieffenbach. Es un hombre guapo, eso es incuestionable, pero ¿es esa la razón? No. Hay otras caras bonitas.

Es el médico de G., así que lo vemos a menudo. Sin embargo, para mí es algo más. Es mi médico de confianza, aun cuando, al fin y al cabo, no ayudó a traer al mundo a mi querida Amalie Friedericke. Si bien me ahorré la cesárea, siento, con una seguridad inquebrantable, que lo habría conseguido.

Una y otra vez me sorprendo con la esperanza de que G. lo llame y pueda volver a verlo y tener ocasión de conversar con él con tranquilidad. ¿O debería ir una vez más a la Charité? ¿No sería eso demasiado impertinente? Podría ir a verlo a su consulta. Con un ataque de gota inventado que él adivinaría enseguida... ¡Ay, no! Querría que se me tragara la tierra de tanta vergüenza. No, no debe creer que soy como G.

Así que no me queda otra opción que cultivar la paciencia y esperar hasta que el destino vuelva a reunirnos.

Fue un día de primavera de 1832 cuando Ludovica fue con su esposo a Charlottenburg. El conde era, en realidad, un par de años mayor que el príncipe heredero, pero este parecía haberse encaprichado con Gottfried y lo invitaba a menudo. Ludovica no podía ni con él ni con su padre, Federico Guillermo III, pero era amiga de la princesa Isabel Luisa desde la niñez. Ambas procedían de Baviera. Y, aunque desde la boda de Isabel debían renunciar a tutearse, el sentimiento de conexión seguía existiendo. Ludovica se alegraba siempre de ver a la princesa, una mujer con la que podía tener conversaciones inteligentes y que se preocupaba por la política del rey y sus

ministros más de lo que correspondía a su título. Precisamente por eso le gustaban a la condesa aquellos encuentros en la residencia veraniega del príncipe heredero, el palacio de Charlottenburg. Las amigas no vacilaban en criticar algunas decisiones políticas, aunque solo expresaban sus opiniones, por supuesto, cuando estaban solas. Además, les hacía bien poder confiarse sus secretos... y a veces soñar con Baviera.

Aquella tarde, Ludovica volvió sola a casa. Gottfried y el príncipe tenían otros planes, e Isabel debía cambiarse para un acto benéfico. Cuando el carruaje cruzó la puerta de Brandeburgo, se le ocurrió una idea.

—¡Heiner! —llamó al cochero—. Lléveme a la Charité.

El cochero midió a su señora con una mirada inquisitiva, pero asintió e hizo girar a los caballos hacia la Luisenstrasse.

Tuvo suerte y la recibió el doctor Dieffenbach, que acababa de terminar una visita a las grandes crujías. Dos enfermeras los adelantaron. Renegaban de las pacientes con palabras groseras.

Dieffenbach miró a la condesa pidiéndole disculpas.

—Siento que deba oír comentarios tan procaces.

Ludovica miró a las mujeres que se alejaban.

—Espero que esas enfermeras sean la excepción.

El médico negó pesaroso con la cabeza.

—Por desgracia, no. Los enfermeros pertenecen a las clases más bajas de Berlín. Gente necesitada, prostitutas, antiguos presos. En su mayoría no saben ni leer ni escribir y tampoco han recibido formación de ninguna clase como cuidadores. Su tarea consiste en controlar a los enfermos, ocuparse de su comida y su higiene corporal, y mantener limpio el hospital. Y la mayor parte de los médicos opina que eso es suficiente.

La condesa lo miró atenta.

—Pero usted no, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—No, porque muchos de los enfermeros perjudican a los enfermos, más que ayudarlos. A menudo son toscos y holgazanes, y algunos incluso roban o chantajea a los pacientes. Cada año nos vemos obligados a despedir a docenas y, por lo tanto, siempre estamos buscando candidatos más adecuados, aunque el sueldo es bajo y el trabajo pesado. Me gustaría contar con enfermeros que trabajaran mejor y que obedeciesen un poco más las instrucciones de los médicos. Que supiesen lo que supone el cuidado de los pacientes y los trataran con celo y amabilidad.

La condesa Ludovica asintió.

—Sería lo deseable para alguien que sufre —dijo—. Me parece que hace falta un cambio radical.

Unos días más tarde llamaron a Dieffenbach al palacio Bredow. Le alegró comprobar que no era el conde quien necesitaba su ayuda. La pequeña Amalie Friedericke tenía fiebre y la condesa Ludovica estaba muy preocupada. La niña tenía las mejillas ardiendo y lloraba, aunque la niñera la paseaba sin descanso por el cuarto.

El médico recetó a la niña un polvo que reduciría el dolor y la fiebre, y tranquilizó a la madre.

—Le están saliendo los primeros dientes. Es doloroso, pero nada grave. No tiene de qué preocuparse.

Ludovica le sonrió. El alivio resultó obvio. Apretó contra ella una vez más a la pequeña antes de devolvérsela a la niñera y abandonó el cuarto con Dieffenbach. Lo llevó al salón y tocó la campanilla para pedir café y *macarons*.

—He estado pensando sobre nuestra conversación en la Charité —dijo la

condesa mientras él probaba el café.

Dieffenbach la miró inquisitivo.

—Los enfermeros con los que no está usted satisfecho. Creo que uno de los problemas es que carecen de instrucción. No saben lo que se espera de ellos, y seguramente no tienen ni idea de cómo se cuida bien a un enfermo.

—En eso tiene usted razón —admitió Dieffenbach, que aún no sabía adónde quería ir a parar la condesa.

—Además, contratan ustedes a las personas equivocadas. La gente de las clases bajas tiene una vida difícil y, desde luego, no concibe un trato afectuoso con los pacientes.

Él volvió a asentir.

—Todo eso es cierto, pero ¿cómo se puede poner remedio a la situación? De vez en cuando encontramos a alguien que está dotado para la tarea. Ahora mismo tenemos a una enfermera que comenzó el verano pasado y que es exactamente como nos gustaría que fuesen todos. La enfermera Elisabeth es trabajadora y amable, y tiene una mente despierta que no duda en utilizar... A veces incluso rebate a los médicos, cosa que a ellos no les agrada —reconoció—. En cualquier caso, el director Kluge, en cuya área trabaja, está muy contento con ella. Elisabeth también procede de la clase pobre, pero ha ido a la escuela y todo le interesa. Así es como me imagino a los cuidadores con los que puede colaborar un médico.

—Entonces, debe seleccionar a sus enfermeros con más cuidado y luego formarlos convenientemente —reflexionó Ludovica.

Dieffenbach la miró con atención.

—Debe enseñarles lo que espera de ellos. Envíelos a una escuela en la que aprendan cómo se cuida a los enfermos y cómo pueden hacer más fácil el trabajo de los médicos.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Dieffenbach—. Eso sería, de hecho, algo

extraordinario. Necesitamos una escuela para educar a los cuidadores, para que sepan cómo tratar a los pacientes. No deberían ocuparse solo de la limpieza. Tendrían que aprender también a aplicar vendajes y a reconocer cuándo deben llamar a un médico. —Sonrió a la condesa lleno de entusiasmo—. Deberíamos ofrecer cursos en los que enseñemos a los candidatos todo lo necesario. Alguien tendría que darles clase. Mucho mejor siguiendo un manual. Sí, un libro. Yo podría escribirlo...

Siguió hablando con entusiasmo, pero entonces su sonrisa se desvaneció.

—Necesitaríamos un presupuesto, pero, como quizá sabrá usted, el dinero ha escaseado siempre en la Charité.

—Hable con el director Kluge —propuso Ludovica.

—Sí, llamaré a la puerta del director, aunque lloverá sobre mojado. Hace tiempo que se queja de la ineptitud de los enfermeros. Pero supongo que el ministro Von Stein y también el Ministerio de Guerra querrán meter la nariz. Y entonces es siempre lo mismo: cuestión de dinero.

—Sí, todo gira en torno al dinero —repitió la condesa tomando su taza.

Bebieron unos minutos en silencio y comieron *macarons*, mientras la mente de la condesa trabajaba sin cesar tras la pálida frente.

—Hable con el director Kluge —dijo por fin—, y luego vuelva y dígame qué opina de estos planes. —Le dedicó una mirada de ánimo y se levantó—. No quiero entretenerlo más —añadió a su pesar. Las horas habían volado y ella había disfrutado de cada minuto en su compañía—. Ya he abusado demasiado de su precioso tiempo.

Aunque Dieffenbach protestó, se puso también en pie y alargó la mano para despedirse. Ludovica escuchó por si el conde había vuelto. No, todo estaba tranquilo. Quería ahorrar a Dieffenbach otro encuentro con su esposo.

—Espero verla pronto, condesa —dijo el médico con una voz cálida que aceleró el corazón de Ludovica.

Dieffenbach cumplió con agrado el deseo de la condesa. Dos días más tarde se hizo anunciar de nuevo en el palacio Bredow. Ludovica lo saludó encantada, pero antes de que pudiesen continuar su conversación, él fue a ver a Amalie. La fiebre había remitido y había asomado el primer diente. Volvía a dormir bien y ya no lloraba. Ludovica le dio a la niña un tierno beso en la mejilla y luego invitó al médico a pasar al salón.

—¿Entonces? ¿Qué dice el director Kluge sobre nuestros planes? —preguntó.

La curiosidad chispeaba en sus ojos verdes.

—Parece que la escuela le interesa mucho —afirmó Dieffenbach.

Ella asintió.

—Ustedes creen que una escuela así es importante y yo estoy convencida de que tienen razón al exigir mejores cuidadores.

El médico se inclinó un poco hacia delante.

—El director Kluge está entusiasmado con la idea, y yo estoy dispuesto a escribir un manual para la instrucción de enfermeros. Ya he hablado también con un colega comprometido, el doctor Carl Emil Gedike. Él se encargaría de las clases prácticas cuando mi escaso tiempo no me permitiese hacerlo. Sin embargo, el director comparte mis dudas en cuanto a la financiación.

—Este proyecto necesita apoyo financiero, eso lo tengo claro —dijo la condesa. Él se limitó a asentir y la miró atentamente—. ¿Sabe? Yo aporté dinero a mi matrimonio con el conde Gottfried. ¡Mucho dinero! Y estoy bastante segura de que dicha circunstancia fue la razón más acuciante para pedir mi mano. —Interceptó la protesta de él—. No me importa en absoluto, puede creerme. Pero no voy a aceptar que toda mi dote se malbarate en caballos de caza que no monta, o en carruajes mundanos en los que de todas formas se marea.

—Y en honorarios médicos que no serían necesarios —añadió contrito

Dieffenbach.

Ludovica se rio.

—Se gana usted cada florín. Pero me gustaría también hacer algo significativo con el dinero. Me gustaría subvencionar su escuela de enfermería.

Se levantó y abandonó el salón. Poco después volvió con un formulario apaisado en la mano.

—Le libraré una letra de cambio con la que podrá fundar esa escuela. No seré mezquina, se lo prometo.

Dieffenbach le tomó la mano.

—¿Puede usted permitirse regalar tanto dinero? ¿No se enfadará el conde?

—Tengo plenos poderes. Créame, ni siquiera lo notará. Aunque no tengo intención de ocultarle este compromiso, porque quisiera hacer más. Me apetecería buscar otros proyectos con los que apoyar a personas que ayudan a los demás. Y me gustaría que usted me aconsejase al respecto. ¿Qué es oportuno? ¿Dónde se necesita mi ayuda? Por favor, hable con el director Kluge. —Estrechó su mano y le sonrió—. Y además conozco al ministro Von Stein en persona. Le explicaré con mucho gusto que usted vive en cuerpo y alma para la Charité y sus pacientes. Desearía formar parte del proyecto. Quizá en algún momento podría presenciar con los *pépins* y los estudiantes una de sus operaciones.

—Quizá —respondió vagamente Dieffenbach.

—Es que no quiero seguir más tiempo sentada ociosa en nuestro palacio, aburrida haciendo labores —repuso acaloradamente—. Si mi estatus y mi sexo me lo permitiesen, estudiaría. Ay, cómo envidio a los hijos de los burgueses. Adoro leer, entretenerme con cuestiones médicas, y no dejo de darme cuenta de lo poco que sé, de hecho. ¡Y querría saberlo todo! —concluyó con un gran ademán.

—«Conocer lo que el mundo tiene en su interior» —murmuró Dieffenbach.
Ella volvió a sonreír.

—¡Sí! Como Fausto, solo que, en vez de con Mefistófeles, quiero hacer un pacto con la Charité.

Esos días el carruaje con el blasón de los Bredow se veía muy a menudo en la Charité. Ludovica continuaba obstinada con su idea. La letra se había librado y ella tenía la agradable sensación de que el dinero serviría por primera vez para algo realmente bueno. El ministro y el director de la Charité aceptaron de buen grado la generosa donación de la condesa y encomendaron al doctor Dieffenbach la construcción de una escuela para enfermeros. El doctor Carl Emil Gedike se hizo cargo de las clases, mientras que Dieffenbach dedicaba largas noches a la redacción de una *Introducción a la enfermería*.

Aquella tarde se encontraron tras la ronda del médico y las operaciones en una estancia fría y desnuda, junto a una de las crujías, a la que el viento oeste arrastraba el hedor del pozo negro. Ludovica intentó que no se le notase nada. Los médicos y los pacientes debían soportar aquellas condiciones a diario, mientras que ella, en casa, se sentaba en un cómodo salón ante un acogedor fuego. Si quería hacer el mundo un poco mejor, también tenía que conocer la parte mala. Intentó no oír los gritos de dolor que llegaban de una de las salas vecinas.

Dieffenbach había notado su incomodidad y propuso encontrarse al día siguiente, bien en el despacho del director Kluge o bien en un café en Unter den Linden. Ludovica ya había pasado por alto muchas normas sociales, ¿por qué no disfrutar de una taza de café en público? Evitaban el palacio condal: los dos tenían claro que, siempre que el conde estuviera presente, no podrían conversar.

Al día siguiente, Ludovica entró resuelta en el elegante café donde se había citado con Dieffenbach y el joven doctor Gedike. Los dos médicos se pusieron en pie de inmediato y la acompañaron a una mesa junto a la ventana, un poco apartada del ajetreo habitual del café.

Le sorprendió lo cómodas que eran las sillas y el olor del café, incluso más aromático que en el palacio condal. Ludovica se sirvió un poco de crema de leche para suavizar el sabroso brebaje. Luego sacó una libretita en blanco del bolso, abrió un tinterito y tomó una pluma. Inquisitiva, dirigió la mirada a los dos médicos.

—¿Cuál creen que es hoy el mayor problema en el cuidado de los enfermos?

Los hombres la miraron. Si habían pensado que la condesa se consideraría una mera donante y se retiraría para dejarles a ellos la configuración de la escuela, estaban equivocados.

Ludovica esperó hasta que el doctor Dieffenbach tomó la palabra. Este miró un instante a Gedike y dijo:

—Me consta que el predecesor del profesor Ideler, Horn, ya se había quejado de que, de cien enfermeros, tal vez cinco eran útiles. La situación no ha cambiado mucho. La mayoría no hacen nada; de hecho, a menudo solo hacen daño. Despedimos cada año a más de la mitad porque ya no hay quien los aguante. Son groseros, holgazanes, no se atienen a las instrucciones, roban o desaparecen en cualquier momento sin más.

Ludovica tomaba notas mientras él hablaba.

—Así pues, no están a la altura de sus tareas o no están dispuestos a realizarlas —resumió—. Entonces se lo preguntaré de otra forma: ¿cómo proponen distribuir las tareas de los cuidadores?

De nuevo respondió el doctor Dieffenbach, mientras el joven Gedike escuchaba con atención.

—Comenzarán a las cuatro y media de la madrugada y trabajarán hasta las nueve de la noche. Cada semana tendrán dos horas de permiso si pueden encontrar quien los cubra. Tendrán libre la tarde del domingo cada quince días. El sueldo con comidas y sin cenas será de unos doce táleros al año.

Ludovica frunció el ceño. Aunque era consciente de lo poco o nada que sabía de los gastos diarios de la casa y la comida, dijo:

—Eso es posiblemente menos de lo que los menesterosos reciben del fondo de socorro. No me extraña que ningún ciudadano decente quiera hacer un trabajo así. Puede que para conseguir mejores enfermeros no solo tengan que formarlos bien, sino también pagarles mejor. —Tomó otro sorbo de café y dirigió su atención de nuevo a los dos médicos—. ¿Qué opinan? ¿Cuánto debe proporcionar una actividad así para resultar interesante a los ciudadanos decentes?

Esta vez fue Gedike quien contestó:

—Quizá treinta táleros. Con comida, alojamiento y vestuario, ascenderá seguro a cien táleros al año.

—Bien, pues ya saben lo que hay que hacer —dijo la condesa—. En principio, la escuela está financiada, de eso me encargo yo. Pero el sueldo de los enfermeros deberá proporcionarlo el ministro. No puede ser tarea mía. Y, a la larga, al rey tiene que costarle algo el cuidado en su hospital.

Su franqueza y su clarividencia asombraron a sus interlocutores, si bien ambos se esforzaron para que no se les notara. No podían negar que la condesa era una mujer de inteligencia y principios.

Dieffenbach fue el primero en recuperar el habla.

—Dispondrán de mi libro de texto de forma gratuita. Y tampoco quiero retribución por mi puesto en la escuela —dijo, y se ganó con ello una cálida sonrisa de la condesa.

Para el doctor Gedike establecieron un salario fijo de ciento cincuenta

táleros al año. Además, seguiría llevando su consulta.

—Ahora solo tienen que encontrar a los candidatos adecuados, que tengan un serio interés en el cuidado de los enfermos. Y determinar cuánto tendrá que durar la formación —concluyó Ludovica.

El 1 de julio de 1832 se inauguró la Escuela de Cuidados de Enfermería, con Dieffenbach al frente como director. Se cumplía así un sueño largamente anhelado.

El profesor Rust había convocado a Dieffenbach aquella mañana en el Instituto de Anatomía del profesor Müller. El médico atendió al requerimiento un poco sorprendido y se dirigió al lúgubre edificio, situado tras la vieja iglesia de la guarnición. El semestre de invierno había comenzado y los estudiantes se agolpaban en las filas de asientos que se elevaban en semicírculo. Desconcertado, advirtió que en la última fila, sentada junto a la embalsamadora Martha Vogelsang, quien asistía con asiduidad a operaciones y demostraciones de anatomía, había otra mujer. ¡La condesa Ludovica! ¿Cómo era posible?

Ludovica le sonrió desde arriba. ¿Sabía algo que a él se le había escapado?

Con el ceño fruncido, Dieffenbach observó al viejo profesor, que retiró la mortaja de un cadáver. Con un gesto de invitación presentó el cuerpo, luego tomó el largo escalpelo y se lo tendió a su colega.

—En el futuro, esto será parte de sus tareas.

Esperó hasta que Dieffenbach tomó el escalpelo para anunciar la noticia:

—Señores míos, este es su nuevo profesor, el doctor Dieffenbach. A partir del próximo semestre impartirá la asignatura de Aquirurgia. La junta directiva ha decidido nombrar al doctor Dieffenbach profesor extraordinario. Por

supuesto, eso no altera los programas habituales de las lecciones que tienen conmigo —añadió.

Rust no pensaba dejar de trabajar, ni siquiera con la mirada enturbiada y el paso cada vez más lento.

Los presentes aplaudieron y celebraron la noticia con entusiasmo. La reputación de Dieffenbach como cirujano se había extendido desde hacía tiempo entre los *pépins* y los estudiantes de la universidad.

Rust puso cara de haber mordido una manzana amarga.

—Lo dejo solo, pues. Tengo otras cosas que hacer.

Un poco abruptamente, se dio la vuelta y salió arrastrando los pies.

Dieffenbach miró las gradas. Una breve sonrisa apareció en sus marcados rasgos. No dedicó más tiempo a un nombramiento que llevaba tiempo esperando. Por el contrario, se concentró en el cadáver. No sabía de qué había muerto el hombre, que tampoco había sido paciente suyo. Sin embargo, no haberse preparado para aquella lección no le suponía un problema. Procedería como en cada disección. Incluso cuando uno ya sospechaba cuál podía ser la causa de la muerte, siempre era importante comenzar el estudio sin prejuicios y con la mente abierta. Era fácil pasar algo por alto. Así pues, comenzó con el gran corte en forma de Y, abriendo primero el pecho y luego la cavidad abdominal. Estudiaría cada órgano que divergía de su aspecto natural y después comentaría sus conclusiones al auditorio, con su circunspección y su pasión habituales.

—¿Aquirurgia? —repitió Martha, y miró inquisitiva a la condesa, sentada a su lado.

No había oído nunca aquella palabra.

—Significa «cirugía práctica».

Martha miró atónita a la condesa.

—¿Cómo sabe eso?

Ludovica sonrió.

—Bueno, leo todas las revistas de medicina que se pueden encontrar en Berlín, y le aseguro que son un montón.

Martha meneó la cabeza.

—¿Para qué? Lo tiene todo. No necesita aprender para ganar dinero.

La mirada triste no se correspondía con sus palabras.

—Lleva razón, Martha. Mi hija y yo tenemos la vida resuelta. Lo único que he de hacer es ser agradable y emperejilarme. Ni siquiera debo ocuparme de mi niña. También eso lo hacen otros por mí.

Martha entrecerró los ojos.

—Se aburre —constató.

—A usted no le pasa nunca, ¿verdad?

La embalsamadora reflexionó y luego negó con la cabeza.

—No, lo que suele pasarme es que no sé por dónde empezar. Podría, por ejemplo, no estar aquí. En el depósito de la Charité me esperan dos cadáveres de los que tengo que sacar preparaciones, pero creo que aquí puedo aprender algo. Por eso intento venir a menudo. Además, las parteras siempre han podido presenciar las demostraciones en el anfiteatro anatómico.

—¿Cómo la envidio! —exclamó la condesa.

Martha rio incrédula. La condesa no sabía de lo que hablaba y, sin embargo, parecía decirlo en serio.

Dieffenbach tomó la palabra. Las dos mujeres callaron y se concentraron en la lección.

—Les saludo a todos cordialmente y me alegro de poder impartir hoy un adelanto de mis clases. —Deslizó la mirada por los oyentes y luego prosiguió —: Imagino que, junto a la teoría, ofreceré un curso de ejercicios prácticos en

los que ustedes mismos puedan tomar el escalpelo y ser guiados paso a paso por las técnicas de cirugía.

Uno de los estudiantes apuntó:

—¿Tenemos que seguir asistiendo a las lecciones del profesor Rust?

Dieffenbach carraspeó.

—Sí, creo que su curso sigue siendo condición necesaria para el examen. Mis ejercicios quizá no serán obligatorios. De todas formas, les aconsejaría que vengan a las clases prácticas. Ahora mismo, en la universidad, la formación de los jóvenes médicos es demasiado teórica... Deben ustedes aprender a tratar con los pacientes. Y también conocer la anatomía humana de primera mano, no solo por los libros.

Dicho esto, comenzó a diseccionar el cuerpo. Tras examinar el corazón y los pulmones, descompuso la red de la cavidad abdominal y separó uno tras otro el bazo y los riñones, junto con las cápsulas suprarrenales y los conductos urinarios. Después de extraer estos órganos, se dedicó a los intestinos.

Elisabeth se encontró con Alexander Heydecker de camino a la crujía de salvación. Él le sonrió tan abiertamente que a ella le temblaron las rodillas.

—Buenos días, enfermera Elisabeth.

Elisabeth se quedó parada y lo miró un poco confusa.

—Le deseo también buenos días, subcirujano Heydecker —le contestó.

Su sonrisa pareció ensancharse.

—Se equivoca, enfermera Elisabeth. Ya no soy subcirujano. He aprobado mi examen. El profesor Rust no me lo ha puesto fácil con sus rebuscadas preguntas, pero ¡lo he conseguido! Ahora ya soy un médico de verdad de la Charité.

Resplandecía de alegría, de esa alegría despreocupada propia de los niños.

Elisabeth sintió que le ardía el corazón cuando contestó a su sonrisa y lo felicitó sinceramente.

—Doctor Heydecker, me alegro por usted.

—En realidad, eso de doctor no es del todo cierto —confesó—. Pero casi he terminado la tesis y, cuando lo haga, entonces sí podrá llamarme doctor Heydecker.

—Pero lo hará —dijo Elisabeth llena de confianza.

—Sí, pronto, y entonces mi padre estará orgulloso de mí. Él también es médico, no sé si lo sabe.

Elisabeth notó lo importante que era eso para él.

—Lo estará —dijo animándolo.

—Por desgracia, mi madre no podrá verlo —comentó Alexander—. Pero mi hermana, Emilie, se alegrará por mí. Es dos años más joven que yo y una persona maravillosa. A veces usted me la recuerda un poco. También ella es muy curiosa y crítica, y no disimula sus opiniones. La gente le importa y es la primera en ponerse a disposición de los débiles y las causas perdidas.

Heydecker nunca había hablado con ella de cosas tan personales. Una tierna sensación de alegría le recorrió el cuerpo.

—Quiere mucho a su hermana, ¿verdad?

Alexander asintió.

—Se gustarían la una a la otra.

En lo alto de la escalera apareció el director Kluge y puso fin a su charla. Rápidamente, Elisabeth y Alexander fueron a atender a sus pacientes en la crujía de salvación.

La escrófula

Tras una larga jornada de numerosas operaciones, Dieffenbach se dirigió a la Jägerstrasse. Era un día húmedo y frío de febrero de 1833. En su amplio piso no había nadie, la criada se había retirado ya y Johanna no estaba. Nunca volvería a recibirlo. Ni con una sonrisa ni con los habituales reproches. Hacía un par de días que se había marchado.

En los dos últimos años casi no habían hecho otra cosa más que discutir, hasta que ella se había pronunciado a favor de una separación.

¡Divorcio!

Dieffenbach cruzó las estancias abandonadas. A pesar de que Johanna no se había llevado mucho, le llamaba la atención cada pequeñez que faltaba y le maravillaba lo mucho que le dolía. Sí, la había querido y deseado. Había sido su compañera de armas y su amiga. ¿Cómo habían podido llegar al punto de no hacer otra cosa que martirizarse?

No quería pensar en lo que el divorcio significaba para él y su reputación ante los pacientes. Johanna tenía previsto volver a su tierra, a ocuparse de sus hijos adolescentes, que habían estado en un internado desde su segundo matrimonio.

Notó que el nudo de la garganta era cada vez mayor. Aun cuando su amor por ella se había extinguido, lamentaba que no hubiesen encontrado un camino conjunto.

Llamaron a la puerta. Dieffenbach miró por la ventana. Se sorprendió al

reconocer el carruaje del conde ante la casa. Reprimió una maldición. Sin duda, había en Berlín cosas más importantes que hacer que atender los caprichos de un conde hipocondríaco. Con este pensamiento en mente, abrió la puerta al criado de los condes.

—La condesa Ludovica requiere su presencia.

Con eso no había contado.

—¿Le falta algo? ¿Le pasa algo a la niña?

El cochero reflexionó.

—Por lo que me consta, tanto la condesa como su hija se encuentran bien de salud.

—¿Y el conde?

Dieffenbach creyó descubrir una sonrisa de satisfacción en el rostro del cochero.

—El señor conde está en Charlottenburg.

Dieffenbach se miró el frac verde manchado. También llevaba la camisa sucia. Los numerosos pacientes del día no habían pasado por él sin dejar huella.

—Espere aquí —pidió—. Me cambiaré enseguida y podremos irnos.

Un extraño entusiasmo lo conmovió. Desapareció casi bailando hacia su dormitorio. Se puso a toda prisa un traje limpio y se anudó con dedos temblorosos el corbatín en torno al cuello. Notó que el corazón le latía más rápido cuando bajaba las escaleras.

La condesa Ludovica paseaba inquieta por el comedor familiar. La sala era claramente más pequeña y en su opinión estaba amueblada con más gusto que el gran comedor, pensado para las grandes veladas. En la mesa había sitio para doce servicios y, sin embargo, Ludovica observaba con fastidio los dos

salvamanteles de plata, rodeados de diversos cubiertos, en los dos extremos. El conde y ella comían siempre así, con toda la longitud de la mesa entre ellos. Pero aquel día no le gustaba la disposición.

—Theo, por favor, coloque el segundo cubierto también aquí en la cabecera —pidió al mayordomo.

Este no dejó traslucir su asombro.

—¿Vuelve el señor hoy de Charlottenburg?

—No, cenará con el príncipe —aclaró Ludovica—. Espero al doctor Dieffenbach.

Ante esta perspectiva, el viejo mayordomo no consiguió mantener una expresión neutra. Enarcó por un momento las cejas antes de controlarlas de nuevo.

—¿Cenará con la señora?

—Sí, tengo ciertos asuntos que tratar con el profesor Dieffenbach.

El mayordomo colocó el cubierto como le había pedido y salió del comedor. Ludovica se enfadó un poco consigo misma por haberse visto en la tesitura de tener que justificarse. No tenía que darle ningún tipo de explicación al mayordomo. Theo llevaba años sirviendo a la familia del conde. Suponía a quién era leal. Pero tampoco pasaba nada por querer cenar con el médico de la familia, se dijo para tranquilizarse.

Por fin oyó el sonido de la puerta y pasos en las escaleras. El lacayo entró y anunció al doctor Dieffenbach.

Ludovica se apresuró a salir a su encuentro. Él dejó el maletín y tomó la mano que le tendía ella.

—¿Ha sucedido algo?

Ludovica notó que se sonrojaba. Retiró la mano.

—Lo cierto es que no, estoy bien, y Amalie Friedericke crece estupendamente. ¿Le gustaría verla?

Él pareció dudar, luego asintió. Ludovica mandó avisar a la niñera para que trajese a la niña, que miró al extraño con grandes ojos azules.

Dieffenbach le sonrió. Y la pequeña, que tenía ya dos años, le contestó con una sonrisa confiada.

—Está sana y su desarrollo es correcto —confirmó el médico.

—Sí, desde luego. Y es como un rayo de sol —añadió Ludovica, entusiasmada—. Es la alegría de mi vida.

La niñera saludó a la visita con un gesto y volvió a tomar a la niña en brazos para llevarla a su cuarto. Ludovica esperó hasta que las dos se hubieron retirado antes de invitar al visitante a sentarse junto a ella, en la esquina de la mesa. Uno de los criados se presentó enseguida y le acercó la silla acolchada.

—Le ruego que me conceda el placer de cenar conmigo —dijo la condesa, y notó de nuevo calor en las mejillas.

—¿De veras está usted bien? —insistió Dieffenbach con tanta ternura que a ella casi se le saltaron las lágrimas.

—Sí. Es que lo veo a usted correr todo el día de un paciente a otro y descuidar su propia salud y las necesidades de su cuerpo. Por eso le pido que se sirva, coma y repose tanto como quiera antes de ir a visitar al siguiente enfermo que requiera de su ayuda.

Dieffenbach parecía un poco desconcertado ante la inusual invitación. Dio la impresión de rumiar la verdadera razón y dijo de repente:

—Ha sabido usted que mi esposa Johanna se ha marchado, ¿no es eso?

—No, no lo sabía —afirmó Ludovica—. ¿Cuándo se espera que vuelva?

—Me temo que nunca. Ha dejado Berlín para siempre y ha vuelto a su tierra. —Se calló un momento y, como Ludovica no supo qué decir, continuó—: Vamos a divorciarnos.

Bajó la mirada como si se avergonzase.

—Vaya.

Ludovica no pudo añadir nada. En sus círculos, algo así era completamente impensable. Las dos familias que intervenían en un matrimonio lo planificaban con mucho cuidado para, con inteligencia, unir bienes, dinero o influencia a un nombre aristocrático de abolengo. Un arreglo de ese tipo era indisoluble. El afecto o siquiera el amor eran irrelevantes, y con eso había que vivir día tras día.

Se quedaron callados un rato mientras se tomaban la sopa.

—¿Su esposo no está esta noche en casa? —preguntó con cuidado el médico.

Ella asintió con ganas y le sonrió.

—No es un paciente fácil, ¿verdad?

Dieffenbach le dio la razón.

—A pesar de ello, un hombre de trato difícil pero que no tiene ninguna dolencia seria me quita menos el sueño que un hombre tratable al que no puedo ayudar con mis conocimientos médicos.

—¿Como los muchos que el cólera se llevó?

—Sí —reconoció el médico—. Es una empresa difícil y a menudo inútil. Pero mereció la pena luchar por cada vida. Unos pocos sobrevivieron, pero aún estamos muy lejos de haber encontrado las causas concretas o siquiera una terapia eficaz.

Apareció el criado, retiró el servicio vacío y sirvió el siguiente plato. Un paté de caza, cuyos ingredientes había cazado un poco antes del buen tiempo, en el bosque del Spree, el conde... después de que el montero le hubiese oxeado la pieza hasta delante de la escopeta, reveló Ludovica con un guiño apenas perceptible.

—Esta noche no quería hablar con usted ni sobre mi esposo ni sobre el cólera que, por suerte, ya pasó —concluyó.

—Lo entiendo.

Hablaron sobre la escuela de enfermería, que a los dos les había robado el corazón. A regañadientes, Dieffenbach reconoció que había conseguido escribir el libro de texto, pero que no encontraba tiempo para enseñar a los futuros enfermeros. Esa carga recaía desde hacía meses en el doctor Gedike. Dieffenbach prometió mejorar, pero Ludovica sospechaba que eso no cambiaría en el futuro: simplemente tenía demasiado que hacer en la Charité y con sus pacientes privados.

—Además, justo de eso quería hablar con usted —anunció, y dejó un libro sobre la mesa.

El médico enarcó las cejas cuando vio su nombre en la cubierta. *Aplicaciones de la cirugía*, de Johann Friedrich Dieffenbach.

—¿Ha leído usted mi libro?

Ludovica asintió.

—Sí, y algunas otras publicaciones. También he leído *Rinoplastia* del profesor Von Graefe.

Él asintió a modo de reconocimiento.

—No es exactamente lo que se dice una lectura fácil.

—Todos piensan que una condesa solo se entretiene con muestras de bordado y catálogos de muebles y, por supuesto, con la moda más novedosa. Un sombrero puede cambiarte la vida si está bien adornado... —dijo un poco burlona—. Pero yo no soy ni quiero ser así.

—La he tenido siempre por una mujer inteligente y conozco también su inusual interés por las cuestiones médicas. ¡Con qué entusiasmo impulsó la fundación de la Escuela de Cuidados de Enfermería! Sin embargo, para una leiga en medicina, estos ensayos resultan difíciles de entender y, desde luego, una lectura abiertamente árida y aburrida.

—Puede ser. Reconozco que no lo he entendido todo, pero despiertan mi

curiosidad por descifrar los secretos del cuerpo humano. Me gustaría mucho ser miembro de la Sociedad Medicoquirúrgica, aun cuando sé que las mujeres no son bienvenidas.

—Bueno, es una asociación de médicos y científicos que intercambian sus experiencias —repuso Dieffenbach en defensa de la exclusividad de la Sociedad Medicoquirúrgica.

Ludovica inclinó la cabeza y sonrió irónica.

—O una excusa semanal para los esposos a los que les gusta beber más de la cuenta y frecuentar entre semana locales que no mencionarían nunca en presencia de sus esposas.

—No siempre ha sido así —espetó el invitado ante la franqueza de la condesa—. Y no dejo de abogar por que dichos encuentros vuelvan a dedicarse a la ciencia. De nuevo, ha de ser una norma que los miembros den conferencias por turnos. Debe haber un intercambio de experiencias, como lo hubo en otoño, hace año y medio, sobre el cólera.

—Un tema sobre el que habíamos quedado en no hablar durante la comida —le recordó Ludovica—. ¿Le he felicitado ya por su nuevo puesto como profesor?

Dieffenbach desechó el comentario con un gesto.

—No es más que un nombramiento extraordinario sin dotación. Solo doy la asignatura de Aquirurgia este semestre.

—Aun así, hay que dar la enhorabuena a los estudiantes por tener un profesor como usted —aseguró Ludovica. Alzó su vaso—. ¡Brindemos! Por el puesto y por su nuevo libro.

El doctor Dieffenbach sonrió de tal manera que ella se acaloró.

—Entonces ¿considera que *Aplicaciones de la cirugía* es el tema adecuado para una cena?

—Sí, sin duda. ¡Cirugía plástica! Confieso que no sabía lo interesante que

podía ser. Pero, desde que he leído su libro, soy muy aficionada. Por favor, explíqueme por qué el profesor Von Graefe prefiere el método de rinoplastia italiano, mientras que usted se inclina por el indio.

Se deleitó en el desconcierto que había provocado en el médico, pero este no se hizo de rogar. Durante el postre y el café dio cuenta de sus éxitos y fracasos en torno a su intento de construir una nueva nariz para un paciente. Ludovica escuchó atenta y no dejó de hacer preguntas, que él contestaba con una sonrisa y un asentimiento.

—Es usted la mujer más lista que he conocido —dijo por fin—. Si las mujeres pudiesen estudiar Medicina, sería usted una doctora buena y comprensiva.

Ludovica notó que su admiración era auténtica. Qué noche más maravillosa. El médico era un interlocutor inteligente e interesante. Casi no podía creer la de operaciones que había llevado a cabo con éxito. Y resultaba entretenidísimo contándolas. No era una conversación hueca, como las aburridas charlas que solía mantener cuando cenaba con el conde. Y tampoco había lamentos o soliloquios sobre el propio estado de ánimo.

El doctor Dieffenbach se levantó y se colocó tras la silla de la condesa para ayudarla a levantarse.

—Gracias —le dijo ella, de pronto muy cerca de él.

Dieffenbach estaba tan pegado a ella que percibía su aliento. Olía un poco a café y caramelo. Le sostenía la mirada. ¿Por qué no retrocedía? Aquello iba contra todo decoro y, al mismo tiempo, esperaba que él se acercase aún más.

No sabía cuál de los dos había tomado las manos del otro, pero tenían los dedos entrelazados.

—Le agradezco la extraordinaria cena y la impresionante velada —dijo él en voz baja.

La condesa debería haberlo puesto a raya o, al menos, haber retrocedido,

pero, en cambio, respondió apretándole las manos.

Fue el médico el primero en recobrar el tino, soltarla y dar un paso atrás. En su mirada había algo tierno como un beso. Confusa, Ludovica entornó los párpados.

—Le estoy muy agradecido —dijo otra vez, y se dirigió a la puerta, que se abrió antes de que hubiese puesto la mano en el picaporte.

Y Ludovica se preguntó, una vez más, de cuánto se habría enterado el servicio y hasta qué punto sería fiel a su señora.

—Ha llegado el carruaje del conde —informó el criado.

Ludovica necesitó un segundo para reaccionar.

—Pero si esta noche se queda en Charlottenburg...

El criado negó con la cabeza.

—El señor no se sentía bien. Ha pedido un médico.

Ludovica miró a su invitado.

—Si sale por la puerta de atrás, nadie le verá.

Pero ya era demasiado tarde. El conde entró en la sala y descubrió al visitante en las escaleras.

—¡Dieffenbach! —exclamó—. ¿Lee usted el pensamiento? ¡Lo envía el cielo! Los dolores me están matando. Suba enseguida a mi alcoba. Solo usted puede aliviarme.

No pareció preguntarse qué se le había perdido al médico a esa hora en el palacio condal.

Aún no.

Ludovica se retiró rápidamente antes de que su esposo pudiese hacer preguntas incómodas.

¿Qué es un apretón de manos?

Nada, se podría decir. Un ritual entre personas que no significa nada. O que lo dice

todo cuando se tiene una relación íntima. Una promesa entre amantes, una esperanza hacia lo desconocido, un presentimiento lleno de éxtasis.

¿Por qué me late el corazón tan deliciosamente, algo que solo sé por las novelas que, en realidad, no debería leer? Nunca imaginé que sentiría esta turbación. Este aleteo del corazón, este calor en el cuerpo que es mucho más maravilloso que el amor que me recorre cuando tomo a mi dulce niña en brazos.

¿Cómo ha podido suceder algo así? Solo un delicado contacto con las manos y, sin embargo, parece haber comenzado una nueva vida en ese momento. No puedo pensar en otra cosa que no sea ese hombre refinado. Sus hermosos rasgos nobles, su mirada tan intensa y, no obstante, llena de comprensión. Sus manos, capaces de manejar un escalpelo con precisión y habilidad para salvar una vida humana. Sus dedos, que aún creo notar en torno a los míos. Veo su semblante ante mí cuando cierro los ojos por la noche, y me saluda al despertar. ¿Cuándo podré volver a verlo? ¿Cuándo podré escuchar su adorable voz? Me gustaría llamarlo para que venga y estar cerca de él, pero no me lo permitiré. ¡No! No puedo avivar este fuego prohibido. Es demasiado peligroso. Nos destruiría a los dos.

—¿Ludovica?

La condesa oyó su estrepitoso andar fuera. Cerró aprisa el diario y lo escondió bajo sus abanicos en el cajón inferior. Se irguió y se apresuró a su encuentro.

—¿Qué pasa, Gottfried?

¿Le notaría algo? ¿Tenía las mejillas ruborizadas? ¿Llevaba escrita en la cara su traición?

—No me siento bien—dijo el conde quejicoso, y se apretó el estómago con las palmas de las manos—. El paté estaba en mal estado. ¡Voy a echar a ese cocinero!

Ludovica le sonrió casi aliviada. No, un hombre como Gottfried ni siquiera lo notaría aunque lo llevase escrito en la frente con grandes letras.

Necesitó echar mano de todo su arte de persuasión para salvar al pobre

cocinero y convencer a Gottfried de que su malestar era solo culpa de su estómago sensible y no de la ineptitud del jefe de cocina.

—Tómate el elixir estomacal que te recetó el doctor Dieffenbach — aconsejó Ludovica a su esposo—, y échate un rato para recuperar las fuerzas.

—Sí, eso es lo que voy a hacer —contestó él dándole la razón.

Elisabeth se escapó durante unos minutos del calor y el hedor de la crujía de salvación. Llevaba casi diez horas de pie y ansiaba un descanso. Además, tenía hambre. En la cocina escamoteó un currusco de pan y un trozo de tocino, y se dirigió al jardín. El sol ya había bajado, pero era un bonito día de primavera. Las hojas de los árboles comenzaban ya a desplegarse. Observó a unas mujeres que marchaban en fila de a dos, con mochilas a la espalda, por las franjas de césped junto a los parterres de hortalizas, bajo la estricta vigilancia de una enfermera.

—¡Presenten armas! —resonó su voz a través del jardín.

Las mujeres bajaron las pértigas que llevaban apoyadas en un hombro y adoptaron una postura como si los palos fuesen en realidad armas.

Una risita hizo que Elisabeth se diese la vuelta. Sobre un tarugo de madera, un hombre mayor, de pelo ralo, observaba la escena sentado.

—Marchen, marchen, todos los días —dijo con un soniquete curioso en la voz.

Tenía sobre el regazo a un niño rubio de unos cuatro años, que Elisabeth conocía bien.

—Buenos días, August.

El pequeño le sonrió. En sí era un niño guapo de rizos rubios, y seguro que cualquier desconocido le habría dirigido una sonrisa amable si su mirada no hubiese irritado a aquel que lo observaba. La pupila inmóvil, desviada hacia

el lagrimal del ojo izquierdo, daba al rostro infantil un aspecto inquietante que hacía retroceder a la gente sin querer. Elisabeth no creía en el mal de ojo, que podía dañar al feto en el vientre de la madre o causar otras terribles enfermedades, pero no todos sus semejantes compartían, de hecho, esa idea.

En cualquier caso, parecía que al hombre mayor no le molestaba el estrabismo del niño. Sonreía al pequeño, que, confiado, ponía su manita en la del viejo.

Hasta entonces Elisabeth solo había visto al anciano de lejos. Pero era paciente de la Charité desde mucho antes de que ella trabajase allí.

Se le encogió el corazón cuando su mirada recayó en la mano deforme, que parecía consistir solo en cicatrices. Los costurones vetados de rojo y blanco culebreaban hasta el codo y desaparecían luego bajo la bata.

—¿Le gustaría sentarse? —preguntó el viejo amablemente, retirándose un poco a un lado.

Elisabeth tomó asiento junto a él. En las mejillas y en el cuello del hombre también había marcas de graves quemaduras.

—Soy uno de los locos del doctor Ideler —dijo cortésmente—. Valentin Wiesinger —se presentó, y le tendió la mano deformada.

Elisabeth la estrechó con cuidado para no causarle ningún daño. Él siguió su mirada hacia las cicatrices.

—Un infierno —dijo con voz ronca—. El juicio final en la tierra.

Elisabeth no sabía si debía preguntarle más, pero entonces él continuó:

—El doctor no tenía que haberle llevado velas al párroco, pero estaba convencido de que el padre Bethmann era, en realidad, inofensivo. Sin embargo, aquella noche estaba encerrado en las jaulas de los frenéticos. Si no se portaban bien, los enjaulábamos. Esas eran las normas de la institución y yo las seguía todas. Yo era instructor en la Krausenstrasse hasta que el médico le dio las velas al párroco. No tenía que haberlo hecho.

El anciano miró sus feas manos y negó con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Puede que me durmiese, y de repente había fuego por todas partes. Las llamas hablan, ¿lo sabía usted? Susurran y rugen y arremeten contra todo. Las oí aquella noche. Eran tan ruidosas que apenas se podía entender a los recluidos. Había más de ciento cincuenta hombres y mujeres encerrados en sus celdas y, entonces, los pobres alargaban las manos a través de las rejas gritando, mientras las llamas resoplaban cada vez más alto y cada vez más cerca.

—¡Madre mía! —suspiró Elisabeth, que no podía ni imaginarse el horror—. ¿Qué hizo usted?

—Hice un agujero en la pared con el pico y grité a las llamas. «¡Atrás!», les dije. Y me dejaron pasar. Hacía tanto calor, tantísimo calor allí dentro, pero abrí todas las puertas. Y llegué a las jaulas de los frenéticos. Las rejas me sonreían con sus rojas bocas, pero abrí los pasadores. El hierro quería detenerme. Se me pegaba a las manos y había llamas por todas partes, que se reían burlonas, aunque me liberé y corrí tras los otros. Sus batas estaban negras y echaban humo. Algunos no tenían ya pelo en la cabeza, pero todos escaparon.

Elisabeth le apretó con cuidado las manos.

—Es usted un héroe, instructor Wiesinger.

—Sí que lo es —confirmó una voz a su espalda—. Pero desde esa noche es también un hombre con la mente enferma y el alma herida.

Elisabeth se volvió. Vio el rostro inteligente del profesor Ideler. Como siempre, llevaba un frac negro y un corbatín sobre su camisa inmaculadamente blanca.

El profesor, que le había resultado simpático desde la ronda de presentación en la Charité, continuó:

—Fue una noche dramática. El jefe de policía no sabía cómo ayudar si no era enviando a los internos supervivientes a la Charité... ¡temporalmente! — Rio sin ganas—. Eso fue hace más de treinta años y aquí siguen. La falta de espacio es desde entonces aún peor. Por eso esperamos con ansia cada avance de nuestro nuevo pabellón. Pronto podremos trasladarnos con la clínica psiquiátrica al nuevo edificio, donde podremos llevar a cabo más tratamientos.

Elisabeth siguió con la mirada a las mujeres, que aún se ejercitaban. Luego miró al profesor Ideler.

—¿Por qué hacen eso todos los días?

—Aún no comprendemos del todo la mente y el alma. No podemos abrir el cuerpo para extraerlas y, sin embargo, también pueden sufrir daños y enfermar. Antes a los locos solo los encerrábamos. Hoy creemos que también podemos curar sus enfermedades si devolvemos a su ser las mentes «alienadas».

Elisabeth parpadeó confusa.

—¿Y la gimnasia ayuda?

El profesor Ideler asintió.

—No solo la gimnasia. Esta es una pequeña parte de la estructura y la rutina diarias que ofrecemos a los pacientes.

La enfermera lo interrogó con la mirada.

—Mire, enfermera Elisabeth, al ser humano lo guían la razón y la pasión. En muchas de estas personas, la pasión ha suprimido a la razón. Sus impulsos se han desordenado. Esta pérdida de sensatez los conduce a la alienación. Nuestra tarea es recuperar su moral con medidas educativas. Mi predecesor, el profesor Horn, se limitó al restablecimiento del sentido común. Estaba convencido de que la recuperación mediante una rutina diaria estricta y otras medidas de diversa índole era posible, y no dudaba en llegar a la mente confusa a través de la irritación corporal y el dolor. En su opinión, el médico

es como un padre amable pero severo, que también debe recurrir a castigos dolorosos para hacer de los niños buenas personas. También hoy sometemos a nuestros pacientes a un estricto horario y les asignamos tareas fijas, como la gimnasia o los trabajos de jardinería al aire libre para las mujeres. Todo debe tener un marco fijo para devolver el orden a la mente alienada.

Ideler hizo una pausa como si quisiera asegurarse de no estar abrumando a la joven enfermera. Cuando vio lo atentamente que lo escuchaba, continuó:

—Por otro lado, yo soy de la opinión de que este solo puede ser el primer paso. A la acción externa y a la administración de medicamentos se debe añadir la comprensión por parte del paciente. Debe entender y emprender modificaciones para recuperarse y recuperar su antigua moral. Por eso recorro también a exposiciones verbales y otras ocupaciones intelectuales. En eso difiero del profesor Horn.

Entretanto había refrescado, pero, sobre todo, el trabajo la reclamaba. Así que Elisabeth se puso en pie y se alisó el vestido, agradecida de que el profesor no la tratase como a una enfermera boba. Casi se le saltaban las lágrimas de emoción.

—Profesor Ideler, muchas gracias —dijo llena de entusiasmo—. Me gustaría saber y entender mucho más, y podría escuchar sus opiniones durante horas, pero lo cierto es que debo volver con mis pacientes.

—Pues tiene usted más aguante e interés que muchos de mis alumnos —repuso el médico con su voz suave—. A menudo tengo la sensación de que sus pensamientos divagan demasiado rápido cuando les explico algo. —Le sonrió—. Nos volveremos a ver pronto, enfermera Elisabeth. A partir de ahora, trabajará en mi área. Preséntese ante mí mañana después del desayuno y le enseñaré nuestros interesantes casos.

Elisabeth lo miró estupefacta.

—¿Me trasladan? ¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

Ideler negó con la cabeza.

—Claro que no, creo que más bien es al contrario. Tiene buena mano con las pacientes, según me han informado. Y me han comentado que es usted una persona belicosa, a la que le gusta poner en práctica sus ideas.

Elisabeth levantó combativa la barbilla.

—Solo en beneficio de los pacientes —se defendió.

El médico se rio.

—Ya veo que va a ser interesante tenerla a usted en nuestra área.

Fue en abril cuando llamaron a Dieffenbach a una consulta en casa de la familia Tondeau, que vivía en una lujosa villa urbana a pocos pasos de la avenida Unter den Linden. Madame Tondeau se había hecho una herida en el dedo con un fragmento de porcelana. Era una pequeñez por la que no merecía la pena llamar a un cirujano de la experiencia de Dieffenbach, pero este cosió el corte con dos puntos, lavó el dedo con vinagre y lo cubrió con unas hilas empapadas en una mezcla de trementina, corazoncillo y mirra. Después lo vendó.

Madame Tondeau sonrió al cirujano.

—Le agradezco que haya venido.

Dieffenbach le aseguró que podían contar con sus servicios a cualquier hora tanto ella como su familia.

Madame Tondeau asintió, pero parecía tener la cabeza en otro sitio. Entonces miró al techo como escuchando con atención.

—¿Lo oye?

El médico pensó por un momento a qué se refería, y a continuación lo oyó también él: de uno de los cuartos contiguos llegaba música de piano. Eran los acordes arrulladores de una danza.

—La institutriz de nuestra hija Elvira toca muy bien.

Dieffenbach asintió un poco irritado. Su mente estaba ya en la Charité y en los casos que debía operar ese día.

—Elvira es una bailarina primorosa —aclaró madame Tondeau mientras entreabría la puerta que daba al cuarto de al lado.

Dieffenbach la siguió de mala gana para echar un vistazo a la muchacha que, por supuesto, era el orgullo de la madre. ¿Acaso ya sabían todos que Johanna se había ido? Habían solicitado el divorcio en secreto, aunque sin duda algo así no se podía mantener oculto en Berlín. ¿Intentaba la madre guiar su interés hacia la hija?

Durante las solitarias noches que Dieffenbach pasaba ahora en casa, crecía en él el deseo de tener a su lado un ser femenino que lo cuidase y entendiese y, sí, también que satisficiera sus necesidades de calor humano y de sentir un cuerpo de mujer en su cama. Y cada vez que lo pensaba, surgía siempre en su mente la imagen de la condesa, que él alejaba enérgicamente. Seguro que en Berlín había muchas mujeres que podía hacer suyas. La condesa Ludovica no estaba entre ellas, aun cuando ella pudiese corresponder a sus sentimientos.

Conmovido antes estos pensamientos, posó su mirada en una figura delicada y esbelta que se movía con gracilidad al son de los acordes del piano, dando vueltas con los brazos levantados como si bailase con una pareja.

La muchacha era aún muy joven, de unos diecisiete o dieciocho años, calculó. El doctor se disponía a retirarse cuando se quedó helado. Elvira terminó una de las figuras de la danza y se volvió hacia ellos. Al descubrir a su madre y a un extraño, se asustó. En un acto reflejo, se llevó las manos a la cara para cubrirla, pero el médico ya había visto el terrible estrago.

Sintió horror, pesar, pero también interés. Nunca había visto la devastadora enfermedad cutánea en una fase tan avanzada. Y tuvo la sospecha de que el

dedo de la madre podría no haber sido la verdadera razón de la visita a la casa Tondeau. Tuvo una corazonada.

—¿Conoce usted, por casualidad, a la condesa Ludovica von Bredow? — preguntó mientras entraba despacio en el salón.

La música se interrumpió, la muchacha retrocedió hasta un rincón, llena de pánico.

Madame Tondeau asintió con una elegante sonrisa.

Dieffenbach se acercó a la muchacha y, tranquilizador, le tomó las manos.

—Por favor, mademoiselle, no tiene nada de que avergonzarse. Soy médico y quizá pueda ayudarla.

—Nadie puede ayudarme.

—Ya he reconstruido por completo una nariz más de una vez. He operado fisuras palatinas y labios leporinos. Por favor, déjeme observar el daño para poder evaluarlo. Le prometo que seré siempre sincero con usted y que no le daré falsas esperanzas.

Por un momento, la chiquilla dejó caer las manos y Dieffenbach pudo vislumbrar su rostro. Había visto muchas cosas en su vida, adherencias y las peores heridas, pero ante semejante visión incluso él tuvo que hacer un esfuerzo para no sobresaltarse. ¡Qué suplicio! En vez de nariz, se abría en el centro de su cara un agujero, a través del que se podía ver la cavidad ósea. Rodeado de abultadas cicatrices, el cráter degeneraba en las dos mitades del labio superior, unidas por crecimiento casi en vertical, que formaban un labio leporino espantoso. Además, el párpado inferior izquierdo colgaba mucho hacia abajo. Por encima, sin embargo, se arqueaban dos cejas perfectas y una hermosa frente. El pelo era denso y rizado, la figura delicada, los movimientos llenos de gracia. ¡Qué tragedia!

La muchacha le volvió la espalda.

—Escrófula —exhaló Dieffenbach—. Muy pocas veces la he visto tan

destruktiva.

—Comenzó cuando Elvira tenía cuatro años —informó la madre—. El brote avanzó rápido y se cebó en el rostro. Ninguno de los médicos a los que acudimos en busca de consejo pudo pararlo. Luego, cuando tenía diez años, se detuvo de repente, pero ya ve usted lo que provocó. Elvira no sale de casa desde hace años y se esconde de todas las visitas. Solo su institutriz y yo podemos verla.

Dieffenbach hizo una reverencia profunda en dirección a la muchacha.

—Es un gran honor para mí haber podido ver su secreto —dijo—. Le pido, mademoiselle Elvira, que me deje examinar más de cerca su dolencia. Creo que puedo ayudarla, pero desde tan lejos no me atrevo a decir nada con exactitud. Elaboraremos con usted un plan, pues no es posible arreglarlo todo con una única operación. Poco a poco, sin embargo, lo lograremos, si tiene usted el valor y la fuerza suficientes.

La muchacha pareció considerar durante unos momentos sus palabras. Dieffenbach notó que su madre contenía el aliento. De pronto, Elvira se volvió hacia el médico. Dejó caer las manos e incluso se acercó unos pasos para mostrarle su afección con más claridad.

—No —repuso con voz firme—. No, no le creo. Tal vez usted piense que puede ayudarme, pero nadie puede. Estoy maldita y he de vivir con ello hasta que el Creador me libere.

Sus ojos se le anegaron en lágrimas. Se volvió y salió de la estancia. La puerta dio un portazo tras ella.

Dieffenbach se volvió hacia madame Tondeau, que se encogió de hombros, desvalida.

—Me temía algo así, pero hablaré con ella. ¿Puedo avisarle si Elvira cambia de opinión?

Él le tendió la mano.

—Cuando usted quiera, madame. Estaré encantado de ayudar a su hija.

—Por supuesto, nos haremos cargo de todos los gastos —aseguró.

—Por supuesto —repitió Dieffenbach—, no será por falta de ello. Pero no quiero engañarla. Si Elvira está de acuerdo, tiene ante sí un largo calvario. Será doloroso.

—¿No son los sufrimientos del alma peores que los del cuerpo? —objetó madame Tondeau.

El médico asintió.

—Sí, yo también lo veo así, pero hemos de esperar a que Elvira reúna el valor para consentir.

El manicomio

He encontrado a G. en el cuarto de la niña. Estaba sentado en el suelo jugando con Amalie. Tiene ya año y medio, y hasta ahora no lo había visto nunca tomarla en brazos o preguntar por ella. Pero ahí estaban, sentados los dos en el suelo, jugando con las muñecas. Amalie se reía y miraba con ojos chispeantes a su padre, y también G. estaba de buen humor, como no lo había visto nunca. La imagen me ha emocionado en lo más hondo. Ha sido una suerte extraordinaria ver una familia tan unida a mi alrededor. Ahora espero que siga participando en la vida de su hija y que ella encuentre en él un padre, no un mero progenitor. Mi corazón cobija hoy una sensación feliz, y recordaré a menudo con agrado esta hermosa estampa.

Elisabeth se presentó puntual ante el profesor Ideler, que le enseñó la unidad de melancólicos, alienados, y epilépticos y la sala anexa para delirantes. Había también dos cuartitos en los que se alojaban los pacientes de pago que deseaban curarse allí. Todos los demás enfermos de las grandes crujías de la Charité no debían abonar nada por sus tratamientos, aclaró el profesor.

—La Charité ha sido siempre un hospital para soldados y ciudadanos pobres, pero desde hace unos años tenemos problemas. Con la gran reforma municipal del ministro Von Stein, desapareció de la ciudad de Berlín, junto con otras tareas administrativas, el auxilio social. La Charité, sin embargo, ha seguido dependiendo del rey y de sus ministros. Y ni el ministro de Cultura Von Stein ni el Ministerio de Guerra quieren perder su influencia en nuestro hospital; no en vano formamos aquí a los médicos del ejército. Así que la

ciudad de Berlín se encuentra con el problema de tener que pagar por los enfermos pobres de la Charité.

Elisabeth escuchaba maravillada y se empapaba de todos los detalles.

—Pero así no se puede funcionar, ¿no? —se atrevió a observar.

Ideler asintió.

—Lo ha visto muy claro. Creo que el municipio y el Ministerio Real discutirán aún algún tiempo, antes de ponerse de acuerdo en un cupo. Necesitamos por lo menos cien mil comidas gratis al año para los enfermos pobres de la ciudad. Pero me temo que, hasta que tomen la decisión, tendremos que poner a prueba nuestra paciencia muchas veces.

Se acercaron a una de las crujías, de la que salía un griterío confuso. El profesor Ideler abrió la puerta. Una mujer se retorció en el suelo. Elisabeth no podía verle la cara porque su larga melena se había soltado y se le enroscaba en torno a la cabeza. La paciente se convulsionaba y bramaba a más no poder.

—Lo hemos intentado todo —dijo jadeando la enfermera Christina. Era una cabeza más alta que Elisabeth, tenía los músculos como un estibador y sujetaba a la frenética en el suelo—. Le he pegado hasta que la vara se ha roto, pero no deja de vocinglear.

Elisabeth miró horrorizada a la enfermera y luego al médico.

—Pegar no es su trabajo, y lo sabe —le advirtió el profesor—. Debe avisarme enseguida ante un arrebató como este.

—Bah, aquí hay que usar el saco —balbució la enfermera jadeante—. Así era como calmábamos a los alienados con Horn.

—Eso he oído. El profesor Horn habló de ello en una de sus lecciones —intervino una voz que a Elisabeth le resultó conocida.

Y, precisamente, el doctor Heydecker y sus ojos azules se unieron a ellos. ¿También lo habían trasladado al área del profesor Ideler?

—El profesor Horn tuvo éxitos sublimes usando el saco con los frenéticos.

Nos decía que la oscuridad los amansaba.

Elisabeth miró al joven con el ceño fruncido. Parecía ansioso por meter a la pobre mujer en el mencionado saco, solo para respaldar la teoría del médico.

—No —dirimió Ideler—, aquí no se va a volver a usar el saco. Lo vamos a intentar otra vez con baños fríos para atenuar el temperamento. Enfermera Elisabeth, ayude usted a la enfermera Christina y bajen a la paciente a los baños. Le echarán agua fría por encima hasta que se calme. El doctor Heydecker supervisará el procedimiento.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Solo cuando el joven médico las ayudó consiguieron llevar a la mujer, que se retorció gritando, a la sala de baños.

—Recién construidos hace un par de años —aclaró Christina cuando llegaron. Los baños de chorro allí instalados estaban pensados para la terapia—. Hasta hace diez años solo había agua corriente en la planta baja y tampoco había retretes en los pisos superiores. Solo abajo del todo había un par de bañeras sin desagüe. Se llenaban de cieno tan rápidamente que enseguida estaban repletas de ranas y sapos. —Christina rio a carcajadas—. Sería demasiado caro para el rey instalar baños en todas partes.

—Entonces esperemos que en la nueva Charité, arriba, en el muro norte, no vuelvan a ser tan ahorradores —dijo Heydecker.

Fue una empresa difícil arrastrar a la delirante hasta una de las bañeras. Por suerte, se les unió un robusto enfermero que sabía cómo tratar a los pacientes respondones. De un tirón le quitó a la chillona la bata por la cabeza, le rodeó el cuerpo con las dos manos y la metió en la bañera llena de agua. Al hacerlo, recibieron todos su parte de agua helada.

Elisabeth hizo de tripas corazón e intentó persuadir a la enferma:

—Si se tranquiliza, podremos llevarla de vuelta a la cama. No pasa nada, de verdad. Nadie quiere hacerle daño.

—No va a entenderlo —dijo Christina, y le echó el siguiente cubo de agua

por la cabeza.

El enfermero la ayudaba.

—Solo la calmará un ratito —profetizó el doctor Heydecker—. Tampoco el torno funciona a la larga. Para el profesor Horn, en estos casos, el saco era el único medio de hacer tratables a los frenéticos. La oscuridad los impresiona tanto que luego basta con amenazarlos con el saco.

—¿De verdad le va a provocar a la paciente un miedo de muerte solo para mantenerla tranquila? ¿Cree que es el método adecuado para curarla? — Elisabeth se mostró resuelta ante Heydecker y lo miró echando chispas.

—¿No se amenaza también a los niños para que dejen de lloriquear? Tiene que pensar que estos locos son como niños a los que hay que castigar — replicó él.

Elisabeth señaló las estrías rojas en la espalda de la mujer.

—Eso lo han hecho a conciencia. ¿Y han conseguido algo?

Heydecker se obstinó:

—Los estímulos no fueron lo bastante fuertes para abrirse paso a través de su locura.

—Puede que la bondad y la comprensión sean también un camino —insistió Elisabeth, y se dirigió a Christina—: ¿Cómo se llama?

—Hanna.

Elisabeth bordeó la bañera, se arrodilló y habló, más persuasiva que antes, a la mujer que gemía lastimosamente.

—Hanna, hable conmigo. Y la llevaré de vuelta a su cama.

—Bondad y comprensión —repitió el doctor Heydecker en tono de mofa—. Es usted demasiado blanda para este trabajo.

Elisabeth se levantó y puso los brazos en jarras.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Cuántos de estos casos ha tratado?

Su ira pareció dejarlo desconcertado. Posiblemente ninguna enfermera se

había atrevido nunca a hablarle de ese modo. Así que volvió a morder el anzuelo y respondió con sorprendente sinceridad:

—Sí, me falta práctica, igual que a usted, pero he estudiado durante tres años y he asistido a las lecciones del profesor Horn, que dirigió esta área durante lustros.

Estaban de pie, uno frente al otro, combativos, cuando de repente se dieron cuenta de que el profesor Ideler había bajado. Quizá le había parecido que tardaban demasiado y quería vigilarlos. En cualquier caso, los llamó al orden con voz tranquila pero firme.

—Enfermera Christina, puede usted llevarse a la paciente a la cámara oscura. Vigile que se quede en la cama. Si no lo hace, tendrá que ponerle la camisa de fuerza. Aunque creo que estará un rato tranquila.

Christina asintió con la mirada y volvió a llevar arriba a la paciente, ahora mansa como un corderito.

Cuando se marcharon las dos, Ideler se volvió de golpe hacia Elisabeth y Alexander.

—Y ustedes dos dejen ya de pelear. Tienen que trabajar juntos. —Y dirigiéndose al joven médico añadió—: No sé lo que les contó el profesor Horn en clase. Siempre fue un médico entregado y trató a sus pacientes según los dictados de la medicina del momento y su experiencia. Muchos sanaron y fueron dados de alta, pero hubo también recaídas de las que es posible que no les informase. —Dedicó una mirada significativa al joven colega—. Puede ser que el saco calmase más deprisa a los frenéticos, pero lo que amansaba a los pacientes era el terrible miedo a la oscuridad. Algo así no carece de peligro para el corazón. Nuestros cirujanos no dejan de atender casos en los que los pacientes mueren antes de que acabe la operación. El miedo y el dolor hacen que el corazón falle. —Hizo una pausa y pareció reflexionar sobre si debía

seguir hablando—. Como ustedes desean aprender, les contaré un caso que tuvo gran repercusión.

Elisabeth y Alexander lo miraron atentos.

—El 1 de septiembre de 1811 el profesor Horn puso la camisa de fuerza a una joven delirante y luego la metió en el saco. Él salió a dar un paseo. La enfermera que estaba de servicio dio instrucciones de dejar salir a la paciente solo cuando se hubiese calmado. Cuando el médico volvió de su paseo, la paciente estaba muerta.

Elisabeth se tapó la boca con la mano; Alexander Heydecker intentó poner una expresión neutra.

—La pobre se asfixió en el saco —supuso Elisabeth.

El profesor Ideler negó con la cabeza.

—No se pudo probar, aunque el consejero privado Kohlrausch, que culpó al profesor, estaba convencido y ponía en duda la *apoplexia post maniam*, alegada como causa oficial de la muerte. El profesor Horn tuvo que defenderse ante un tribunal.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Elisabeth, aún un poco sofocada.

—Quiere decir que la paciente murió de apoplejía como consecuencia de un ataque maniaco. O eso decía el diagnóstico oficial.

—¿No se ahogó? —soltó Heydecker.

—El resultado de la autopsia indicaba que la muerte se había producido por asfixia, pero el profesor Horn fue absuelto porque no había utilizado ningún medio inadecuado para el tratamiento de los delirantes. Años más tarde, dejó su cargo como director del área de psiquiatría para dedicarse por completo a sus publicaciones y a la enseñanza.

Elisabeth respiró hondo.

—Iré a comprobar cómo está la señorita Hanna.

—Llévele una infusión caliente de melisa, lúpulo y valeriana. Quizá la

ayude a dormirse —le indicó el profesor.

Elisabeth asintió y se despidió, dedicó una última mirada cortante al joven Heydecker y se apresuró a subir las escaleras.

El catedrático Rust, consejero superior de medicina de Su Majestad, anunció que se haría cargo, excepcionalmente, de la herniotomía, pues su subdirector de cirugía Dieffenbach estaba otra vez en el Instituto Veterinario para llevar a cabo nuevos experimentos con el fin de desentrañar el misterio de la transfusión sanguínea.

Escuchando con atención, se llegaba a la conclusión de que, en opinión de Rust, era una auténtica pérdida de tiempo, aunque dejaba a Dieffenbach plena libertad.

—Hoy enseñaré yo a los estudiantes cómo lo hace un hombre de mi experiencia —lo oyó decir Alexander.

A su lado, junto a la mesa de operaciones, se encontraba el general médico Von Wiebel, con su impoluto uniforme azul de brillantes botones. Además, estaban Alexander y otro subcirujano joven. La tarea de estos dos últimos era sujetar al paciente mientras el profesor operaba.

Sentados en las gradas había estudiantes de la universidad, que sacaban ansiosos sus cuadernos de apuntes. También se acercaron unos cuantos jóvenes *pépins* de uniforme. Trajeron al paciente, un hombre gordo con una calva roja brillante, cuyo rostro estaba cubierto de sudor, sin duda no por la temperatura de la sala. Los dos ayudantes lo colocaron con esfuerzo sobre la mesa y dejaron al descubierto la tripa, con la tumescencia claramente marcada. Alexander se situó en la cabecera para evitar con toda la fuerza de su cuerpo que el paciente se irguiera.

El consejero superior de medicina de Su Majestad agarró el escalpelo y lo

sostuvo bien a la vista. El paciente suspiró y palideció.

—Miren cómo lo hace el viejo Rust —dijo el profesor con visible buen humor ante el público. A continuación se colocó tras la colosal tripa—. Comencemos —proclamó jovial.

Alexander agarró desde arriba un brazo del paciente y el joven subcirujano el otro.

El viejo Rust empujó sus gruesas gafas un poco más hacia arriba en su reluciente nariz. Palpó la tumescencia y colocó la punta del escalpelo sobre ella. El paciente se sobresaltó y dio un grito, aunque eso no podía haberle hecho daño en absoluto.

—Aquí se puede notar la hernia —aclaró el cirujano mirando hacia las gradas—. ¿A qué exactamente llamamos hernia? En este lugar se ha producido una desgarradura de los músculos y los tejidos de la pared abdominal, por la que ha salido un trozo del intestino. Si un asa intestinal se estrangula así, produce dolor. Así que hay que agrandar la abertura, meter de nuevo el intestino y cerrar el punto débil.

Movió la cabeza de un lado a otro, luego atrás y adelante, como si buscase el mejor lugar para ver con claridad lo que hacía con las manos.

—Von Wiebel, mantenga la piel tensa —indicó, y luego hundió el escalpelo en la tumescencia.

—¡No! —gritó Von Wiebel retrocediendo, aunque la desgracia ya había sucedido.

Una avenida de excrementos digeridos y aún líquidos salpicó al consejero privado en la cara.

—Ha atravesado el asa intestinal —gritó Von Wiebel horripilado, lo que dejó claro incluso al último de los estudiantes que aquella operación había fracasado de raíz.

—¡Un paño! —ordenó Rust enfadado. Él mismo agarró uno del carrito de

apósitos y se restregó la cara—. ¡Termine usted! —soltó, seco, al general médico.

Y sin decir una palabra más, abandonó la sala.

Algunos de los alumnos se habían levantado para poder ver el horrendo final. Mientras Von Wiebel se esforzaba con ahínco por arreglar el daño y coser el corte del intestino, los gritos del paciente se hacían más débiles.

—No aguantará —oyó Alexander. El desfavorable comentario provenía de uno de los estudiantes—. Una vez que la mierda está en el vientre, se acabó.

—No puedes cerrar un intestino con una sutura normal —confirmó otro—. Con suerte, se queda en el sitio; si no, se irá pudriendo y morirá como un desdichado dentro de un par de días.

Dieffenbach disfrutaba pasando las horas nocturnas tranquilo en su estudio, a menudo hasta después de medianoche. El verano llegaba a su fin, el divorcio se había consumado. Volvía a ser un hombre libre. Prestó atención a sus sentimientos. ¿Quería ser libre? ¿Quería vivir solo en aquel piso enorme?

Por su bienestar físico no debía preocuparse. Su criada era una cocinera aceptable y atendía todas sus necesidades, pero le faltaba algo. Era como si en la casa hiciese más frío desde que Johanna se había marchado. ¿Qué añoraba?

Los salones y la concurrencia, que tan importantes habían sido siempre para su esposa, no. Era más bien la compañía de una persona de confianza, que por la noche se sentara a la mesa frente a él, mostrase interés por sus casos y quisiera comentar con él su día. Y sí, puede que también niños a los que ver crecer sanos y fuertes.

Intentó borrar la imagen de Ludovica de su mente. Ella no podía satisfacer aquel anhelo, pues socialmente hablando vivía en otro planeta. Y, sin embargo, apenas podía esperar a volver a verla.

¿Pero le bastaría a la larga contemplar su belleza a distancia? ¿Era suficiente un apretón de manos para ahuyentar la soledad? ¿La magia de un solo momento?

Dieffenbach paseó por la casa y, en el comedor, observó la silla vacía en la que solía sentarse Johanna. Luego entró en el mirador y acarició el respaldo acolchado de su butaca. La añoranza le quemaba por dentro. Todas las personas necesitan amar y ser amadas.

Puede que fuese el momento de abrir los ojos y el corazón a otras mujeres.

Elisabeth llevaba ya más de una hora sentada al borde de la cama de una paciente nueva asignada a los melancólicos. La mujer estaba consumida, las mejillas hundidas, bajo los ojos unas sombras oscuras. El pelo rubio había perdido el brillo y colgaba enredado por la espalda. Los ojos azul pálido miraban fijos al frente. Elisabeth le hablaba con amabilidad, pero la paciente no daba señales de si podía oír a la enfermera. Era de lo más inquietante lo poco que parpadeaba. Estaba simplemente allí sentada, en su cama, con la espalda recta, y no movía ni un dedo. No tocaba ni la comida ni la bebida. Elisabeth daba de comer con mucha paciencia a las afectadas de esta rara enfermedad de la que nunca antes había oído hablar.

La mujer se llamaba Magdalena Gruber. Tenía treinta y dos años y era madre de tres niños, el último de solo dos meses. El esposo, un funcionario menor del rey que trabajaba en el ministerio de Von Stein, había enviado a su mujer a la Charité porque ya no sabía qué hacer.

«Ya estaba rara después del nacimiento de nuestro Johannes. No quería ver al niño y se lo dejaba todo el rato a la nodriza. Se quedaba sentada en una butaca junto a la chimenea mirando el fuego fijamente», constaba en la tablilla con el historial de la enferma que colgaba de la cama y que, según el profesor

Ideler, debía completarse con esmero para todos sus pacientes. «A veces lloraba en silencio —había contado el señor Gruber—, pero apenas hablaba y no se ocupaba de la casa. Ya ni siquiera tenía una palabra cariñosa para nuestra hija Rosa. Y ahora es todo mucho peor. Es como si se hubiese dormido profundamente, aunque tiene los ojos abiertos. No sé si me oye siquiera cuando le hablo.»

Aunque estaban todas las camas ocupadas, un caso como el de Magdalena Gruber era inusual, había dicho el profesor Ideler. No obstante, parecía confiado y había dado esperanzas al angustiado esposo y padre de familia de que su esposa pronto se recuperaría.

Elisabeth no se atrevía a preguntar lo que significaba «pronto» en aquel caso, y tampoco Anton Gruber había insistido.

Elisabeth le lavó a Magdalena la cara y las manos, luego agarró un cepillo y se lo pasó con el máximo cuidado por el pelo enredado. Mientras lo hacía, hablaba en voz baja, haciendo de vez en cuando alguna pregunta sobre los niños, aunque la paciente seguía muda.

La puerta se abrió y entró el doctor Heydecker con los purgantes y los vomitivos que había prescrito el doctor Ideler. Un par de pacientes se resistieron a tomar las pastas malolientes, que debían de saber a rayos, pero el médico se mostró firme y vigiló con atención que ninguna escupiese a escondidas su medicamento. Entonces Heydecker se acercó a Magdalena y la obligó también a tragar el fármaco prescrito.

—¿Tiene que hacerlo? —preguntó Elisabeth con desagrado.

—Ese ha sido el dictamen del profesor —contestó el joven médico—. Solo sigo sus instrucciones. Las mujeres tienen que entender que es por su bien.

—¿Y lo es?

—Así lo indica la ciencia —contestó Heydecker convencido—. Estas personas han perdido el equilibrio entre la razón y la pasión. Sus impulsos son

desordenados. Estos fármacos permiten que la razón se imponga de nuevo. Debemos facilitarles las cosas para que puedan reflexionar sobre su comportamiento. El conocimiento es la clave, dice el profesor Ideler.

Elisabeth se puso en pie de un salto y señaló acusadora a la vecina de cama de Magdalena, Barbara, cuyo estado oscilaba entre el mayor de los entusiasmos y la más tremenda de las apatías. Una y otra vez afirmaba oír voces. En un par de ocasiones, Elisabeth había encontrado a Barbara acurrucada en un rincón de la sala, asustada, con pánico a que pudiesen matarla. Para tener bajo control su entusiasmo, el profesor Ideler había decidido ponerle un sedal, cuya colocación el joven médico estaba comprobando.

—¿De verdad cree que semejante barbaridad puede devolver a una persona la razón?

Los sedales se solían poner bajo la nuca, donde el paciente no alcanzaba con facilidad. Con una aguja gruesa, se introducía el cordón de cáñamo a través de una arruga en la piel. El cordón, untado con una pasta inflamatoria, se movía varias veces al día atrás y adelante para irritar la herida de modo que se produjese la máxima supuración. Los dolores tenían un fin completamente terapéutico. Después de dos semanas, la llaga de la nuca de Barbara era tan grande que, cuando Heydecker la pinchó, excretó casi media taza de pus mezclado con coágulos de sangre negruzcos. La paciente soltó un gemido desgarrador cuando el médico movió el sedal a través de la herida supurante. Le corrían lágrimas por las mejillas. Contraía las manos y le temblaba todo el cuerpo.

Elisabeth observaba impotente.

—Sí, hay que hacerlo —insistió Heydecker—. El dolor corporal intenso favorece la sanación psíquica. El profesor Ideler ha conseguido avances asombrosos con varios pacientes.

Ella no estaba convencida.

—Tiene que haber otros métodos para llegar a una mente enferma y curarla.

Él negó con la cabeza.

—Concéntrese en su trabajo, en vez de preocuparse por cosas que son asunto exclusivo de los médicos.

—No seré más que una enfermera, pero, desde luego, tengo cabeza — contraatacó Elisabeth —. Y ojos en la cara, y corazón para el sufrimiento humano.

—¡Aquí no se trata de su corazón compasivo! —Heydecker la miró de arriba abajo—. Se trata de la ciencia y la medicina que aplicamos para beneficio de los pacientes. Por supuesto, no todo ayuda en todos los casos, pero hay que verlo en su conjunto. El resultado cuenta también cuando el camino a veces es pedregoso y está lleno de dolor. ¡Tiene que entenderlo!

Elisabeth lo miró airada de hito en hito.

—Está tergiversando las cosas —afirmó.

El joven médico se encogió de hombros.

—Tengo que llevar a la paciente Magdalena Gruber a su terapia. Puede venir y ayudarme o quedarse aquí y vaciar los cubos.

—Los acompañaré a usted y a la señora Gruber —dijo Elisabeth tratando de ignorar el tono despectivo del médico—. ¿Qué tienen previsto para ella?

—Vamos a intentarlo primero con chorros fríos y, si no ayuda, acto seguido pasará al torno. Queremos romper su inmovilidad para penetrar en su entendimiento.

Elisabeth lo ayudó a llevar a la paciente al baño, donde la sentaron en una bañera. No había indicios de que Magdalena percibiese algo de su entorno. No se encogió siquiera cuando le vaciaron encima los primeros cubos de agua helada. El profesor Ideler entró y le habló, pero ella no reaccionó.

—¡Sigán!

En algún momento comenzaron a temblarle los labios, luego le tembló todo el cuerpo y comenzó a ponerse azul. Elisabeth creyó oír un ligero gemido, pero la paciente seguía tan inmóvil como antes.

Ideler la liberó antes de que se congelara. Elisabeth pudo secarla y ponerle la bata. Luego la trasladaron al torno. Con movimientos rígidos caminó entre sus dos acompañantes, que la llevaron a una sala ocupada casi por completo por una construcción extraña.

Elisabeth vio por primera vez el armatoste de madera: el torno. Ataron a Magdalena con correas a una especie de bañera, con la cabeza hacia fuera. En el centro de la prolongación de la tina, que casi llegaba a la otra pared, se elevaba una enorme columna de madera hasta el techo. Parecía algo así como un barco estrecho con un mástil muy grueso. El aparato se puso en movimiento por medio de un mecanismo de ruedas y polispastos. La máquina comenzó a girar despacio y fue adquiriendo velocidad. Magdalena seguía inmóvil. Pronto el conjunto giró tan rápido que Elisabeth apenas podía seguirlo con los ojos.

Miró interrogativa al profesor Ideler.

—¿Qué se supone que tiene que hacer esto?

—La fuerza que empuja hacia fuera, debido al impulso, agita la sangre y se ocupa de que todo el cráneo esté mejor irrigado —explicó—. El profesor Horn desarrolló la máquina. Es un modelo mejorado del columpio del médico inglés Joseph Mason Cox, con el que consiguió curar por primera vez casos de enajenación mental.

Ideler levantó la mano y el enfermero que manejaba el volante retrocedió. La tina giró más despacio hasta detenerse. Cuando la joven enfermera se acercó a Magdalena, se le movían las pupilas sin fijarse en nada. El blanco de los ojos estaba inyectado en sangre. Como el profesor Ideler había dicho, la sangre le había subido a la cabeza, pero no se apreciaba ningún otro efecto. Y, cuando Elisabeth llevó a la paciente de vuelta a la cama, esta se sentó y de

nuevo se quedó rígida mirando fijamente al frente. Elisabeth suspiró, pero tenía que irse: sus otros pacientes esperaban la cena, tenía que vaciar los cubos y llenar las jofainas.

Era ya tarde cuando terminó por fin con todos sus deberes. A pesar del cansancio, fue a ver otra vez a Magdalena. Le tomó las manos aún heladas y le dijo un par de palabras de ánimo en voz baja. Quizá debería haber rezado con ella, pero no le vino ninguna oración a los labios. Se dijo que Dios entendía también así sus ruegos y que tal vez ayudaría a aquella pobre alma.

El contratiempo

En septiembre llegó la temporada en la que todo el mundo pensaba que debía invitar a una velada. Incluso las sociedades médicas en las que doctores y otros hombres de ciencia se reunían solos se sentían ahora obligadas a dar en sus salas cenas a las que podían asistir también las esposas. En vez de ponencias científicas y placeres de alta graduación, había comida selecta, limonada, café y charlas ligeras. Eso sí, quizá también vino y más tarde un coñac para los señores.

Posiblemente Dieffenbach se habría quedado en casa aquella noche si el talentoso joven doctor Heydecker no le hubiese recordado por la tarde el acontecimiento.

—Tiene que venir, profesor —insistió—. Mi padre quiere conocerle sin falta. Ha leído todas sus publicaciones y le gustaría discutir algún que otro punto con usted. Mi padre fue durante muchos años médico municipal y de distrito en Bad Freienwalde —se apresuró a añadir.

Así que Dieffenbach había accedido sin pensarlo y se incorporaba ahora a la velada festiva que había comenzado al atardecer. Quizá ya era hora de celebrar. No en vano lo habían nombrado el año anterior profesor extraordinario, su consulta iba bien, tenía clientes solventes y en la Charité podía perfeccionar sus técnicas quirúrgicas. ¿Por qué no iba a estar también él de un humor festivo?

El día anterior había operado con éxito a un joven que sufría de tortícolis.

Las palabras mágicas resultaron ser: sección subcutánea transversal del tendón o del músculo que causaba, debido a un acortamiento poco natural, la dolencia del paciente. Gracias a esta mínima intervención, también el peligro de gangrena era mucho menor de lo habitual.

Alexander Heydecker presentó a Dieffenbach y a su padre, que escuchó interesado la descripción de la operación y formuló muchas preguntas inteligentes mientras su hijo se mezclaba con los demás médicos jóvenes.

—Creo que con este tipo de cirugía se pueden llevar a cabo muchos otros prodigios —comentó entusiasmado Dieffenbach.

En ese momento se les acercó un médico de uniforme, de unos cuarenta y cinco años, que miró a Dieffenbach con presunción a través de sus gafas redondas. Con apenas veinte años había sido nombrado catedrático en la Universidad de Berlín, fundada en 1810, y también director del entonces nuevo Hospital Quirúrgico Universitario.

—¿Ah, sí? —dijo dirigiéndose a Dieffenbach—. ¿Y qué «prodigios» le gustaría llevar a cabo?

Ceremonioso, Dieffenbach presentó al viejo Heydecker y al profesor Karl Ferdinand Graefe —a quien habían otorgado la dignidad del apellido compuesto Von Graefe hacía un par de años— y, tragándose la ira que sentía, continuó entusiasta:

—Estoy convencido de que se podría curar por completo un pie equinvaro. O piense en la posibilidad de corregir el estrabismo.

Von Graefe rio burlón.

—Ah, ¿lo cree posible? Entonces, escuche: el único método para eliminar un pie equinvaro es la amputación.

Dieffenbach no se dejó provocar. Asintió al doctor Heydecker antes de contradecir en un tono calmado a Von Graefe:

—Pues el doctor Stromeyer, mi querido amigo y colega de Hannover,

seccionó con éxito un tendón de Aquiles hace unos meses.

Von Graefe desestimó el comentario con un ademán.

—¿Habla de mi alumno Stromeyer? Sí, lo recuerdo. ¿Cómo puede estar usted tan seguro? ¿Acaso vio al paciente antes y después de la operación?

Dieffenbach negó con la cabeza.

—¿Cómo puede afirmar, entonces, que funcionó?

—¿Acaso cree usted que Stromeyer divulga cuentos de hadas en sus publicaciones? Es un científico muy respetado, que causa admiración allá donde va.

Von Graefe se limitó a encogerse de hombros y abordó la segunda posible aplicación de Dieffenbach.

—Y, en lo que se refiere al estrabismo, mejor pregunte al maestro que tiene ante sí. Si seccionase usted el músculo acortado, el globo ocular se desviaría irremisiblemente al otro lado y no habría conseguido nada en absoluto, salvo que el paciente, en vez de bizquear hacia dentro, lo haría hacia fuera, o al revés.

—¿Usted ya lo ha intentado? —Dieffenbach no aflojó tan rápido.

El profesor Von Graefe, cirujano y oculista, también se había hecho ya un nombre en el ámbito de la cirugía plástica. Una especialidad que el propio Dieffenbach seguía con ferviente interés.

Von Graefe rio con afectación.

—No, por supuesto que no. Curo a mis pacientes y no los mutilo sin razón.

Entonces se dio la vuelta sin esperar otra reacción y se alejó muy ufano.

El doctor Heydecker padre carraspeó abochornado y cambió enseguida de tema.

—¿Me permite presentarle a mi hija? Me ha acompañado esta noche en lugar de su madre. Por desgracia, mi esposa murió hace algunos años.

Dieffenbach susurró una condolencia y se dejó llevar gustoso hacia donde

estaban las damas, que se habían reunido en un mirador en torno a una bandeja de pastas y frutas confitadas.

Emilie Wilhelmine era una hermosa joven de veintitrés años, con un espeso cabello castaño oscuro recogido a la moda y suaves ojos marrones. Su vestido más bien sencillo favorecía su esbelta figura. Sonriendo, miró a Dieffenbach. Hizo preguntas inteligentes y, para ser una joven señorita, resultó asombrosamente versada en cuestiones médicas.

—Disculpe mi curiosidad, doctor Dieffenbach, es que en casa, durante las comidas, se hablaba siempre de temas médicos y yo a veces ayudaba a mi padre en la consulta.

—Tiene usted una mente muy perspicaz —la halagó Dieffenbach, y lo decía de corazón.

Después de tomar un último coñac con los señores en el salón, se despidió. La velada resultó ser más fecunda de lo que había esperado. Aquella noche no quería pensar en su disputa con Von Graefe. La compañía de la señorita Heydecker le había sentado bien. Y, por lo tanto, no se sorprendió cuando otro rostro empezó a superponerse al de la condesa Ludovica. La señorita Heydecker no podía competir con la deslumbrante belleza de la condesa, pero resplandecía con la placidez cálida de un fuego de hogar que calentaba el cuerpo y el espíritu tras un día difícil. Dieffenbach consideró si no debería ahondar en el trato con la familia y visitarla con tal motivo.

Alexander estaba enojado. Echaba pestes en silencio. ¿Qué se creía aquella enfermera? Refunfuñaba por todo en vez de acatar humildemente sus instrucciones. Al fin y al cabo, era solo una mujer, una enfermera, ¡y estaba obligada a obedecer a los médicos!

Su rostro elegante se le apareció ante los ojos de la mente. Cómo sonreía

cuando ayudaba a una de las pacientes. Cómo hablaba a aquellas alienadas, con su voz cálida; y no se ponía nerviosa cuando le oponían resistencia, balbucían disparates incomprensibles o babeaban. Cómo les limpiaba por enésima vez la boca y les seguía dando de comer con paciencia.

Al contrario que los demás enfermeros que conocía, ella poseía una inteligencia rápida como el rayo, eso tenía que concedérselo. Le preocupaba también el origen del mal. En realidad, no tenía ni idea, no había estudiado medicina como él, pero quería saberlo todo. Y eso no procedía, ¿o sí?

«¡Elisabeth!»

Aquel nombre resonaba en su mente. Intentaba concentrarse de nuevo en su rabia. Si no, tendría que reconocer que se sentía mal. La noche anterior había bebido demasiado vino y se había acostado tarde. Ahora le rugía el estómago y añoraba su cama, pero aún le esperaban por lo menos cinco horas de trabajo. Le tocaba ir a ver a las alienadas y seguramente escuchar de nuevo las quejas de la enfermera guapa y respondona.

¡No por mucho tiempo! Había pedido que lo trasladasen a otra área. Quería trabajar como cirujano y llegar a ser tan diestro y famoso como el doctor Dieffenbach.

Alexander intentó ahuyentar el sentimiento que crecía en él y que le producía cierto pesar. ¡No! Mejor pensar en las tareas que lo esperaban en cirugía.

El inconveniente era que el viejo Rust seguía teniendo la última palabra. Seguro que no lo habían ascendido sin razón a consejero privado y médico de Su Majestad el rey, pero ahora estaba mayor y su gran momento había pasado.

Tras el desastre de la última operación de Rust, que por supuesto había circulado por toda la Charité, nadie habría querido que él lo operase. ¿Pero alguien preguntaba a los pacientes? Con los ojos enturbiados por las cataratas, el profesor no debía volver a empuñar un bisturí. ¿Por qué no delegaba de una

vez en Dieffenbach? Se merecía algo más que ser profesor extraordinario y, con sus nuevos métodos, la cirugía de la Charité avanzaría. Era un médico brillante, del que él mismo esperaba aprender mucho.

Sus pensamientos volvieron a la enfermera cuando dobló la esquina y oyó sus pasos en la escalera.

«Curioso.»

¿La reconocía ya incluso por el sonido de sus pasos? Alexander se detuvo y miró hacia arriba. Sí, era ella la que bajaba, como siempre de prisa, sujetando con los brazos un grueso fardo de ropa blanca. Vio que un trapo se soltaba del fardo y emitió un sonido para advertirla, pero ya se le había enredado en la falda y alrededor del tobillo. Elisabeth tropezó y perdió pie en el siguiente escalón. Dejó caer el montón de ropa sucia y agitó los brazos para recuperar el equilibrio, aunque era demasiado tarde.

Aún pensando en Magdalena, que pese a los tratamientos posteriores seguía encerrada en su mutismo, Elisabeth se había apresurado a salir por el corredor. Tenía que llevar el montón de ropa sucia a la lavandería, pero una vez más no había encontrado ningún cesto en el piso de arriba. Así que había enrollado las sábanas para bajarlas cuanto antes. En los escalones, vio a Alexander Heydecker, de pie abajo. Notó un leve acceso de ira. ¿Por qué se negaba siempre a escucharla cuando tenía razón? ¿Por qué no le interesaba lo más mínimo conocer su opinión sobre los pacientes? Por supuesto, él había estudiado medicina. Sin embargo, ella tenía sentido común, había leído muchos libros y antes, en la familia o con los vecinos, había velado a varios enfermos. No era ni boba ni ingenua, pero él la miraba por encima del hombro y a menudo ni siquiera estaba dispuesto a explicarle los métodos que, supuestamente, eran tan buenos para los pacientes.

De pronto algo se le enredó en el tobillo, perdió pie en el siguiente escalón, dejó caer el montón de ropa sucia y agitó los brazos... ¡demasiado tarde! Aún rozó con el otro pie el siguiente escalón, pero luego se inclinó a un lado y rodó escaleras abajo.

Así se había matado su madre. Se había caído con un cesto de patatas por las escaleras del sótano y se había roto la crisma. ¿Seguiría ella su ejemplo? ¿Moriría también, tan poco tiempo después de su hermana?

Su caída tuvo un final súbito. No se golpeó fuertemente contra el suelo y tampoco se rompió la crisma. Una figura fue a su encuentro soltando un par de frases rápidas, y ella chocó contra el pecho de un hombre. Dos brazos la frenaron. El impulso casi hizo perder también el equilibrio a su salvador y, por un momento, Elisabeth temió que ambos se caerían, pero él logró mantenerse en pie con los brazos alrededor de ella.

—¡Ay, ay, ay!

El dolor le quemaba como fuego en el tobillo. Se le saltaron las lágrimas, la caja de las escaleras comenzó a girar.

—¿Se ha hecho daño?

La apretó más fuerte contra su pecho uniformado. El joven médico la miró desde arriba. Puede que su mirada fuese primero de enojo, pero ahora los ojos azules se habían vuelto tiernos.

—Elisabeth, ¿y ahora qué hacemos? —Su tono era más preocupado que reprobatorio—. ¿Puede mantenerse en pie?

La dejó poco a poco en el suelo, hasta que tocó el escalón con el pie izquierdo. Elisabeth evitó cargar el tobillo que le dolía.

—Sí, gracias —contestó ella, y con un suspiro miró las sábanas sucias, que se habían esparcido al pie de la escalera—. Ya puede soltarme.

Casi se arrepintió cuando él, de hecho, separó de ella los brazos.

El médico bajó los escalones de un salto y comenzó a recoger la ropa sucia.

—Disculpe —dijo Elisabeth—. No tiene por qué hacer eso. ¡No es su tarea! Él se detuvo y la miró con preocupación en sus profundos ojos azules.

—Lo sé —admitió con una sonrisa—. ¿Tiene de veras bien el pie? Entonces puede ayudarme.

Elisabeth se apoyó con cuidado en el pie derecho, pero el dolor era tan intenso que se le escapó un gemido y se dejó caer en la escalera.

Alexander voló enseguida a su lado.

—¿Tan mal está?

—No estoy fingiendo para despertar su compasión —contestó ella, tajante.

Se avergonzaba de las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—¿Me deja verle el pie?

—No es necesario —protestó Elisabeth, a la que la situación le resultaba terriblemente penosa.

¿Cómo había sido tan torpe? ¿Qué pasaría ahora? Se dio cuenta de que no podía ni andar ni hacer su trabajo. ¿Qué dirían el profesor Ideler y el director Kluge? ¿La echarían si no podía seguir trabajando? El mero pensamiento le provocaba aún más lágrimas.

—Por favor —dijo Alexander—. Le echaré un vistazo y, cuando el doctor Dieffenbach vuelva de hacer la ronda de sus pacientes, le pediré que le examine de nuevo el pie.

Elisabeth accedió, estiró la pierna y se subió un poquito la falda. El doctor Heydecker le soltó con cuidado el cordón del zapato. Ella se estremeció cuando le quitó la botina, pero apretó los dientes para no chillar. Alexander le subió el bajo de la falda hasta la rodilla y le bajó la fina media blanca. Elisabeth notó que se sonrojaba.

¿Y qué? Era médico. No había nada de que avergonzarse. A sus otras pacientes las veía a menudo desnudas y en situaciones humillantes. ¿Qué importaba que a ella le palpase el pie descalzo?

—Se está hinchando alrededor del tobillo —informó—. Voy a mover la articulación. ¿Le duele?

—Sí —contestó ella jadeando, aunque por lo menos lo podía mover.

Esperaba que no estuviese roto. Siendo niña había visto muchos accidentes y a muchos niños y adultos que, tras una rotura de tobillo u otra lesión, no habían vuelto a andar bien.

«Ay, Dios, por favor, no», imploró en silencio mientras se secaba las mejillas con la manga.

—Hay que entablillarle el tobillo —dijo el joven médico—. Creo que lo mejor es que la lleve al área de cirugía. Así podré vendarle el pie y, más tarde, la verá el doctor Dieffenbach.

Se inclinó hacia ella, le pasó un brazo bajo las piernas y con el otro le rodeó la cintura.

—¡No puede llevarme así! —protestó Elisabeth.

—¿No? Pues me resulta bastante fácil. —Alexander sonrió satisfecho cuando se irguió y bajó los últimos escalones con ella en brazos.

—Pero, pero...

—No hay pero que valga. ¿Qué le parece si, por una vez, no me lleva la contraria?

Elisabeth cedió. No le quedaba otra que entregarse a su destino y esperar que pronto pudiese andar y trabajar de nuevo.

—Enfermera Elisabeth, me han informado de su contratiempo —saludó el profesor Dieffenbach cuando se presentó para examinarla unas horas más tarde.

Primero hizo la ronda de la sala de mujeres con lesiones externas y revisó el progreso de la curación de las heridas y roturas que había operado en los

días anteriores. En cuanto quitaba uno de los vendajes, el penetrante tufo a carne podrida y pus empeoraba. Elisabeth estaba tumbada en una cama y apenas se atrevía a respirar por la nariz. Aún no se había acostumbrado del todo a los malos olores de la Charité. El médico, por el contrario, parecía inmune a la fetidez. Se inclinó con atención sobre la herida supurante del brazo y el hombro de su vecina de cama, Ella. Luise, la mujer que tenía al otro lado, le había susurrado a Elisabeth que había sido el propio marido de Ella quien la había atacado con un hacha.

—Porque la pilló con el carbonero —había añadido con una risita conspiradora—. A él no lo pudieron remendar. La palmó la misma noche.

—¿Y el marido de Ella? —había querido saber Elisabeth—. ¿Lo detuvieron?

Luise se había encogido de hombros.

—No lo creo. Si los pilló juntos, podía pegarles, ¿no?

«¿Con un hacha?» A Elisabeth, eso de tomarse la justicia por la propia mano nunca le había parecido adecuado. Miró a Ella, que ponía una mueca de dolor mientras uno de los auxiliares médicos lavaba sus heridas con algo que olía acre y luego colocó un nuevo vendaje bajo la supervisión de Dieffenbach. Elisabeth tenía la impresión de que el doctor estaba preocupado, pero apretó la mano de la paciente para animarla y le dijo un par de palabras de consuelo, antes de dirigirse por fin a ella y soltar el vendaje que le había puesto el doctor Heydecker. Le palpó el tobillo y le giró el pie en lentos movimientos circulares. Dolía muchísimo y se le saltaron de nuevo las lágrimas, pero el médico parecía satisfecho.

—Me parece que los huesos importantes siguen sanos —comentó.

—Pues duele mucho —replicó Elisabeth.

—Sí, creo que los ligamentos que pasan por aquí, alrededor del tobillo, se han desgarrado —dijo Dieffenbach—. Es realmente muy doloroso, pero, en mi

opinión, dentro de un par de semanas podrá usted andar de nuevo y trabajar sin problema.

—Un par de semanas —repitió Elisabeth, horrorizada—. ¡No me puedo quedar aquí tanto tiempo!

El médico la miró desconcertado.

—¿Por qué no? Aquí recibirá los cuidados que necesita.

—Pero tengo que trabajar para ganarme mi salario. No dispongo de ahorros con los que pagar el tratamiento.

—No tiene por qué hacerlo. Es usted berlinesa, así que lo pagará el municipio. No se preocupe por eso.

—Pero ¿qué pasará si no trabajo durante tanto tiempo? Necesito mi trabajo de enfermera.

El doctor Dieffenbach le sonrió para darle ánimos.

—Es usted una enfermera excelente. El director y el profesor Ideler se deshacen en halagos. Tiene usted un efecto calmante en las pacientes, según ellos. Incluso en las frenéticas y en las pendencieras mujeres de la calle. ¡Asombroso! Creo que la echarán de menos en su área, pero no hay remedio: tendrá que guardar cama hasta que yo le permita levantarse y retomar el trabajo. ¿Entendido?

Elisabeth aventuró una sonrisa esperanzada cuando el médico se despidió y salió de la sala para ir a ver a los siguientes enfermos.

Martha observó atenta cómo el doctor Dieffenbach abría, con cortes rectos y rápidos, el tronco del cadáver. El tercer corte se lo dejó a ella. Se colocó a su espalda y le mostró cómo debía sostener el bisturí para conseguir un corte limpio en los órganos.

—Si coloca el índice en el canto del escalpelo, hace demasiada presión

sobre los bordes —aclaró—. En una sección del hígado o los riñones, aplastaría usted el tejido y no se podría interpretar demasiado del corte. Tiene que sostener el escalpelo de manera que sea como una prolongación de su mano, y cortar el tejido con soltura desde la muñeca. Atraviéselo sin demasiada presión. ¡Ahora, vamos! Atrévase con un corte resuelto, señora Vogelsang. Nos podrá decir más que si es usted temerosa y tiene que insistir varias veces.

Aunque Martha intentó imitar al médico, la primera vez no fue lo bastante decidida. Dieffenbach no perdió la paciencia y le dejó practicar algunos cortes hasta que estuvo satisfecho con la técnica. Luego le mostró cómo preparar mejor aún una articulación. Le explicó las diferencias entre preparaciones húmedas y secas, lo que se conservaba mejor en cada líquido. Aunque a Martha le zumbaba la cabeza, estaba firmemente decidida a acordarse de todo y no defraudar al médico. Sabía bien que tenía el trabajo gracias a su recomendación. De hecho, se preguntaba a veces si no habría sido precisamente el secreto que compartían lo que lo había movido a recomendarla. ¿Pero habría ido ella justo a la Charité si no hubiese pasado aquello? ¿No habría seguido trabajando como partera?

Se concentró de nuevo en los huesos y los tendones que tenía bajo sus manos y soltó los ligamentos y los músculos de la articulación del hombro. Por fin estuvo el doctor Dieffenbach contento con ella. Colgó su delantal negro en un clavo de la pared y se despidió. Martha colocó a un lado el carrito con el cadáver otra vez cosido, apagó la luz y salió al jardín. Se estiró un poco y disfrutó del aire vespertino. A su izquierda se elevaban los muros del cada vez más alto nuevo edificio del hospital, oscuros contra el cielo, y a su derecha el brillo de innumerables lámparas centelleaba a intervalos regulares a través de las ventanas de la Charité, que se había convertido ya en algo así como su hogar.

Martha respiró hondo una vez más y se apresuró para llegar a su cuarto y ver a su hijo. Disfrutaba cada minuto con él, pero August no estaba allí... como era habitual últimamente. Tenía una idea de dónde encontraría al chiquillo. Se puso en camino hacia la unidad del profesor Ideler y lo vio sentado en la cama del instructor Wiesinger. El anciano siempre contaba al niño historias nuevas, que este absorbía con avidez. Que el fuego tuviese a menudo un papel en ellas no sorprendía a Martha.

—Vamos, hay que cenar —le dijo a August.

Él le sonrió feliz, saltó de la cama y le dio la mano.

—La enfermera Elisabeth se ha caído por las escaleras —le informó Wiesinger—. Algunos dicen que se ha roto todos los huesos porque el doctor Heydecker la ha llevado al área de lesiones externas.

Martha dio un grito. No tenía ninguna noticia de eso.

—Pero creo que exageran, doña Martha —intentó tranquilizarla Wiesinger—. Aunque se dice que no se recuperará demasiado pronto.

—¿Tienen que operarla?

Wiesinger se encogió de hombros.

—Los rumores se contradicen. Pero creo que está en una de las salas del profesor Rust.

—Bueno, esperemos que no pretenda curarla él —dijo Martha con tono preocupado, y se sonrojó ligeramente.

No tenía derecho a hablar así del director de cirugía.

El anciano se rio cloqueando.

—Corre la voz de que Rust le ha cortado ya un dedo a un ayudante.

—Eso es, desde luego, una exageración —lo contradijo Martha.

Se despidió enseguida de Wiesinger y se dirigió con August al área de lesiones externas para ver a Elisabeth.

—¡Qué bien que hayáis venido! —saludó la joven enfermera a los dos

visitantes, y les hizo una señal para que se acercasen.

—La gacetilla funciona. La que has armado. Por lo que parece, aún no tienes un pie en la tumba.

Elisabeth hizo una mueca.

—No, solo es el tobillo, y el doctor Dieffenbach dice que no está roto.

August trepó a la cama mientras su madre aireaba las cubiertas y miraba la tablilla del vendaje.

—¿Se ha ocupado el doctor Dieffenbach? ¡Gracias a Dios! —Y añadió en voz claramente más baja—: Me temía que hubieses sido víctima del bisturí del profesor Rust. De haber sido así, lo mismo estabas ahora con Camille en la cámara mortuoria...

Elisabeth asintió.

—Yo también he oído cosas malas sobre sus operaciones. Las cataratas le enturbian la vista. Es obvio que, a pesar de sus gafas, ya no ve mucho. ¿Tienes idea de por qué no se retira sin más y deja la dirección de cirugía al doctor Dieffenbach? Sería un digno sucesor.

Martha se rio con cierta amargura.

—Fama y honor, dinero y poder. ¿Quién renuncia a eso con gusto? No creo que se retire voluntariamente. Seguro que se desploma un día y hay que sacarlo con los pies por delante de la sala de operaciones.

En aquel momento entró una enfermera y, haciendo mucho ruido, metió las escudillas de la cena vacías en un cubo.

—¡Todas a la cama! —gritó tajante—. Si alguien tiene que ir al baño, rápido. Voy a apagar la luz y luego no quiero oír ni una mosca.

—Tengo mucha sed —gimió Ella.

Ardía de fiebre. Le caía el sudor por las sienes.

—Ya te he dado de beber como a las demás —le respondió desabrida la enfermera—. No voy a dejar que me mareéis.

—Por favor, solo un poco de agua.

Elisabeth se irguió con esfuerzo.

—Olga, ¿no ves lo mal que está? ¡Dale agua!

Olga se irguió en toda su altura ante Elisabeth.

—Ah, la enfermera Elisabeth se cree mejor que nadie y opina que puede darme órdenes.

—No, solo creo que debo recordarte tus deberes como enfermera.

—¿Quieres decir que me denunciarás al doctor?

—Si tengo que hacerlo...

Olga lanzó a Elisabeth una mirada llena de rabia, pero le llevó a Ella un vaso de agua y la sostuvo mientras bebía.

—Otra enemiga —le dijo Elisabeth bajito a Martha—, pero ¿qué le voy a hacer? La mayor parte de las enfermeras que veo son terribles. Solo dos de las jóvenes han ido ya a la Escuela de Cuidados de Enfermería del doctor Dieffenbach. Trabajan de una forma completamente distinta. Con más cuidado y más paciencia. Las otras siguen igual que siempre, por lo que he oído. Ruidosas y groseras, no hacen más que lo imprescindible. —Miró a Martha y añadió—: Exigen que les paguen incluso por el mínimo servicio extra. Y dicen que hay enfermeros que roban a los pacientes. ¿Lo sabías?

Martha encogió los hombros, resignada.

—¿Qué esperas? Sabes muy bien lo poco que ganan los enfermeros. Y la mayoría no conocen más que la pobreza y la lucha por sobrevivir. Muchos han estado ya en prisión o se han ganado la vida en la calle. ¿Y tú esperas amabilidad y entrega?

—¡Pero yo lo hago!

Martha reflexionó.

—Sí, tú eres un caso extraordinario. Eres lista y estás deseosa de saber y llena de ternura. Dios te ha bendecido.

Elisabeth movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé. Pero es cierto. Fui a la escuela y siempre me ha gustado aprender. Y deseo de veras ayudar a los pacientes. Espero que el doctor Dieffenbach encuentre pronto más hombres y mujeres decentes para su escuela, que cuiden a los enfermos con amabilidad y que sean competentes.

—Tienes razón, la Escuela de Cuidados de Enfermería es una idea realmente buena y también yo espero que logre traer cambios. A pesar de todo, hay que poder vivir de lo que se gana. Y no es fácil para nosotros.

Elisabeth se mordió el labio.

—Todo es cuestión de dinero.

Martha miró a Elisabeth un poco sorprendida.

—Claro que todo es cuestión de dinero. Tú misma quieres ser independiente para no terminar como tu hermana.

Su charla en voz baja se vio interrumpida de forma grosera.

—Fuera de aquí. Ahora mismo —espetó Olga—. Todas las visitas tienen que irse. Voy a apagar la luz.

Martha guiñó un ojo a Elisabeth, la abrazó con cuidado y salió con August, que ya bostezaba, hacia su cuarto.

La señorita Emilie Heydecker

Pasaron tres semanas. Llegaron y se fueron varios pacientes de la sala del área de cirugía. Algunos abandonaban la Charité por sus propios medios. Entonces, una enfermera les entregaba la ropa y los efectos personales que habían tenido que entregar en el momento de su ingreso y recogía a cambio la bata del hospital. Otros los recogía Camille, y la mayoría sabía que eso significaba una despedida para siempre. Solían pasar sus últimas horas en la sala de vigilancia, junto a la de operaciones, a no ser que su fallecimiento fuese tan repentino que ni siquiera el médico contase con él.

A Ella la había recogido Camille hacía dos semanas, no su marido, que había arremetido contra ella con el hacha. No hubo forma de detener la gangrena, que hizo estragos en el hombro. Murió unas noches después de que llevasen a Elisabeth a cirugía, en medio de los más terribles dolores. Y no fue la única cuyas heridas se cubrieron de pus.

—No lo entiendo —le comentó Elisabeth a Alexander Heydecker, que la visitaba casi a diario.

Puede que se sintiese de alguna forma responsable de ella, después de haber intervenido por casualidad en su caída por las escaleras.

—En casa también cuidábamos heridas, pero nunca supuraban tanto. Mi padre decía siempre que el aguardiente ayuda y lo utilizaba con generosidad por dentro y por fuera. En cualquier caso, las heridas se curaban mejor que aquí, por lo que veo.

Alexander asintió reflexivo.

—Eso es cierto. Hay diversas formas de erisipela, pero todas se inflaman con rapidez y virulencia, y suelen terminar en muerte. A veces una amputación salva la vida del enfermo, pero la nueva herida sigue siendo un drama. Lo cierto es que no sabemos cómo erradicar la gangrena de nuestras crujías.

—Es como el cólera en las grandes casas de renta, donde enfermaba un inquilino tras otro —caviló Elisabeth—. Pero allí los enfermos compartían con los sanos las camas, la comida y los retretes. Aquí tiene cada uno su propia cama. Y, cuando viene un paciente nuevo, se cambian las sábanas.

—Sí. Y, pese a eso, debe de haber algo que alimenta la gangrena en la Charité —reconoció Alexander—. Muchos suponen que los microbios se acumulan en el aire. Podemos respirarlos todos los días. Hay que ventilar mejor las salas, es lo que reclaman muchos médicos.

Alexander le habló de una charla que había tenido con el doctor Dieffenbach. Incluso el profesor estaba perdido al respecto, según el joven Heydecker.

—Habría que trabajar con la máxima pulcritud —le dijo a Elisabeth—. El doctor Dieffenbach aconseja, además, evitar las grandes incisiones. Y usar solo agujas finas para suturar. Él mismo rehúsa el hilo habitual, que es demasiado tosco y roza los labios de las heridas.

Elisabeth recordó a una paciente cuyo rostro había quedado destrozado en un accidente con un coche de caballos. Había visto con sus propios ojos cómo el doctor Dieffenbach había unido la oreja despegada y la mejilla casi pelada con unos alfileres finos hasta que volvieron a crecer los tejidos. A Elisabeth le había parecido un milagro. Sin embargo, a pesar de los muchos casos interesantes, se alegraba de que sus tres semanas en cama terminasen al fin.

Había llegado el momento. Le dieron el alta. Elisabeth se puso su vestido

gris y azul y se recogió el pelo. Martha, que estaba con ella, le alcanzó un delantal limpio.

—Y ahora manos a la obra —dijo con una sonrisa.

—Ay, sí, menos mal —repuso Elisabeth—. No quería pasar ni un día más obligada a estar en cama. Como paciente, te sientes desvalida e impotente en manos de los médicos y los enfermeros. Todos deciden tu destino, a menudo sin preguntar ni comentarte sus decisiones. ¿Sabes qué, Martha? Muchas de las pacientes que he visto aquí las últimas semanas sentían que la vida se les iba, pero todo el mundo tenía miedo de decirles la verdad. Y no hay nada peor que no saber lo que le espera a una.

Martha movió la cabeza un poco indecisa.

—No sé si sería bueno quitarles a los enfermos la esperanza. Estoy convencida de que una voluntad firme y las ganas de curarse ayudan a mejorar. Y de vez en cuando se producen milagros y se salva alguien de una muerte segura.

Elisabeth dio unos pasos con cuidado e hizo una mueca.

—Todavía lo noto muy rígido y extraño, pero igualmente trabajaré a conciencia.

—Eso no lo duda nadie —le confirmó Martha.

A pesar de todo, ofreció el brazo a Elisabeth para salir de la sala y subir al piso de arriba.

—¡Elisabeth, ha vuelto!

La exclamación se le había escapado antes de pensarlo siquiera. Y había extendido los brazos como si quisiese estrecharla contra su pecho. Desconcertado, Alexander los dejó caer. ¿Se había ruborizado? Por un

momento temió que la enfermera se riese de él, pero su sonrisa parecía sincera.

—Yo también me alegro de estar aquí de nuevo —le dijo—. ¿Quiere servirme de guía y contarme algo sobre nuestros nuevos pacientes?

Alexander accedió encantado.

—Sí, venga. El profesor Ideler vuelve a tener algunos casos muy interesantes.

Mientras la llevaba a la sala de las melancólicas, la informó primero sobre algunos pacientes varones de los que Elisabeth no era responsable, y le describió sus dolencias y los tratamientos que había prescrito Ideler.

—Por cierto, el doctor Dieffenbach trabaja con el profesor Ideler en un método para contrarrestar los ataques epilépticos. Para ello han inyectado en las venas de varios pacientes tártaro emético.

—¿Y eso para qué sirve? —quiso saber Elisabeth.

—Para provocar una fiebre artificial que sube enseguida.

Pestañeó confusa.

—No entiendo cómo puede ayudar la fiebre.

—Eso es lo increíble —dijo Alexander, entusiasmado—. Mientras los pacientes tienen fiebre, ¿no sufren ataques!

—¿Y luego? ¿Cuando la fiebre remite? —se interesó Elisabeth.

—La mayoría vuelve a tenerlos. Una muchacha murió ayer después del tratamiento, de una neumonía.

—Entonces, ¿el tratamiento es un fracaso?

Alexander negó con la cabeza.

—No, aporta conocimiento. El profesor Ideler está convencido de que las causas de la epilepsia están en la falta de sangre. O en que sube demasiada sangre a la cabeza, lo que enferma los nervios y produce un desequilibrio en el resto de los órganos.

—Mientras los pacientes sigan muriendo, eso es muy teórico, ¿no? —señaló Elisabeth con evidente sensatez.

El joven médico asintió.

—Sin investigación ni experimentación, no hay avances, enfermera Elisabeth —aclaró, pese a todo—. En medicina hay que correr riesgos. Incluso cuando quizá no se pueda salvar a un paciente.

Elisabeth no estaba tan convencida.

Durante el recorrido pasaron también por la sala de las delirantes. Oyeron fuertes voces que, no obstante, pronto se callaron y se convirtieron en un gemido lastimero.

—¿Esa es Hanna? —se interesó Elisabeth.

Alexander se encogió de hombros.

—Sí, ha mejorado un poco, pero de vez en cuando tiene estas crisis. Lo único que ayuda es ponerle la camisa de fuerza y atarla a la cama en la sala oscura. La oscuridad la calma.

—No —lo contradijo Elisabeth—, eso le da miedo.

Alexander suspiró. ¿Tenía que cuestionarlo siempre todo?

—Puede ser —reconoció a regañadientes—. Sin embargo, la calma.

Abrió la puerta de la sala de las melancólicas y le explicó los casos recién llegados. Elisabeth saludó a las pacientes y se presentó. Algunas parecían completamente sanas y normales; otras yacían apáticas en sus camas o gemían sin cesar. Luego vio a Magdalena Gruber. Le habían cortado el pelo. En la nuca se podía ver aún la herida supurante que había provocado un sedal. «Como con Barbara», pensó Elisabeth. Una vez retirado el cordón, la herida tenía que curarse. Interrogó a Alexander con la mirada.

—La enfermera Linda nos ha estado ayudando —explicó él— y se quejaba sin parar de lo difícil que era darle siquiera un poco de sémola.

Elisabeth contempló a la paciente.

—Ha adelgazado. Tiene que comer más.

Alexander estuvo de acuerdo.

—Sigue siendo un caso difícil, aunque lo hemos intentado todo. También más baños fríos y el torno. Pero sin éxito —confesó—. En cuanto volvía a estar en la crujía, se sentaba en la cama y se quedaba muda e inmóvil. El profesor Ideler quiere intentar mañana algo nuevo.

Elisabeth se sentó junto a Magdalena y le acarició el brazo, pero, como esperaba, no hubo ninguna reacción, ni el menor indicio de que la enferma notase siquiera el contacto.

—No sé si quiero saber con qué va a castigar el profesor a esta pobrecilla —murmuró Elisabeth.

Alexander la miró con severidad.

—¿Quiere que abandone y que esta mujer termine sus días en este estado?

Ella negó con la cabeza.

—No, claro que no.

—El objetivo final es conseguir un equilibrio sano entre la razón y la pasión, pero eso solo es posible si el paciente recupera la razón. En la sala de los hombres tenemos un maestro. Con él, el profesor Ideler lee todos los días a Hegel y a Kant para estabilizar su mente en los límites de la sensatez. Vino a nosotros porque oía voces y creía que su asistenta quería envenenarlo. También hubo que tratarlo al principio con vomitivos y curas de agua para conseguir que le asistiera la razón. Verá, estas medidas son necesarias para ayudar. No es que el profesor Ideler sea un verdugo cruel.

Sin embargo, vio hasta qué punto le costaba a ella darle la razón.

Una noche de octubre, la familia Heydecker había invitado a Dieffenbach a una velada íntima. En realidad, tenía demasiado que hacer. Quería escribir a

Stromeyer y discutir con él su artículo de la *Revista de Medicina General* que editaba el profesor Rust. De hecho, su amigo no solo había logrado seccionar un tendón de Aquiles mediante la técnica subcutánea, sino también devolver a su posición natural un pie equinovaro grave, poco a poco y durante muchas semanas tras la operación, con la ayuda de un aparato ajustable. Una posibilidad que Von Graefe seguía discutiendo. El director de la Clínica Universitaria de Cirugía de la Ziegelstrasse persistía en su opinión y desmentía categóricamente aquellos experimentos. Dieffenbach, por el contrario, reflexionaba sobre si él debía atreverse a imitar a Stromeyer. Tomó de nuevo su última carta.

Mi querido amigo:

Me complace enormemente poder informarle del extraordinario éxito de esta operación. Su interés me honra y espero que nos volvamos a ver pronto para discutir todos los detalles cara a cara.

Dieffenbach leyó aquellas líneas con gran placer. Ya en su primer encuentro en 1830 en Hamburgo, con ocasión de la reunión de naturalistas y médicos alemanes, su colega le había resultado simpático. Cuando un año más tarde pasó algún tiempo en Berlín para instruirse en la técnica de transfusión sanguínea, se conocieron mejor. Pronto entablaron una estrecha amistad que mantenían mediante una animada correspondencia. A ambos los movía el infatigable afán y la curiosidad. ¡Querían revolucionar la cirugía! Las operaciones de pie equinovaro de Stromeyer eran una aportación sublime para el avance de su oficio.

Dieffenbach sacó una hoja de papel con la intención de redactar una

disculpa para el doctor Heydecker cuando le vino a la mente que en aquella velada también participaría con toda probabilidad la hija de la familia.

No había vuelto a ver a la joven desde la cena en la Sociedad Medicoquirúrgica, pero ahora le sorprendió su deseo de conocer más de cerca a Emilie Heydecker. Así que arrugó la disculpa, se dirigió a su dormitorio y se cambió. Ensimismado, repasó los temas sobre los que habían conversado tan animadamente durante su primer encuentro. Se dio cuenta de que sonreía y comenzaba a anhelar la velada. Sí, le parecía que valía la pena dedicarle algo más de tiempo a la joven dama.

La noche resultó más interesante incluso de lo que Dieffenbach había esperado. Primero tuvo una animada conversación con el anciano doctor Heydecker y dos de sus colegas, que también estaban invitados. Pero fue Emilie quien acaparó toda su atención cuando entró en el salón. Tenía un aspecto aún más encantador que la última vez que se habían visto. Dieffenbach se disculpó ante los señores para ir a saludarla.

—Qué bien, por fin podremos continuar la charla de septiembre —dijo el médico tendiéndole la mano.

Ella le sonrió. Sus mejillas formaron sendos hoyuelos y le chispearon los ojos divertidos.

—Doctor Dieffenbach, yo también me alegro de volver a verlo. ¿A qué tema médico nos dedicaremos hoy?

—No quiero aburrirla —repuso él, intimidado.

Emilie sonrió.

—Creo que no podría. Por favor, dígame a qué dedica en este momento su investigación médica.

—A los pies equinovaros —se le escapó.

—¿Los pies equinovaros? —Emilie soltó una sonora carcajada—. Qué tema tan romántico para una cena.

Dieffenbach levantó las manos como a la defensiva.

—No tenemos por qué hablar de ello. Lo he sugerido porque acabo de leer un informe apasionante de un querido amigo y colega.

Emilie lo llevó a un canapé y se sentó junto a él.

—Cuéntemelo. Insisto.

Y Dieffenbach obedeció gustoso.

Martha no tenía por el momento ningún cadáver sobre la mesa del depósito. Tampoco podía seguir trabajando en las preparaciones que debía terminar para la Academia Medicoquirúrgica. Aún debían secarse algunas articulaciones antes de proseguir. Para algunas preparaciones húmedas había sujetado los tejidos separados del cadáver cuidadosamente con alfileres sobre una plancha de corcho, de manera que mantuviesen su forma. Para detener la descomposición, ponía los órganos en un líquido fijador, mezclado a propósito con tal fin.

Pasarían aún días hasta que las preparaciones se empapasen y pudiese guardarlas en un contenedor con solución de glicerina.

Por Alexander Heydecker sabía que el profesor Rust quería dar una clase ese día en el anfiteatro anatómico de la universidad, en la que explicaría diversas cuestiones sobre un cadáver. Entretanto se había retirado casi por completo de las operaciones.

Martha decidió asistir a la clase. Quizá pudiese aprender algo nuevo. Se echó la gruesa capa por los hombros y se envolvió el cuello con un chal antes de ponerse en camino.

Los *pépins* y los alumnos de la universidad se habían acostumbrado ya a ella, así que no le prestaron atención cuando se sentó en el último banco de las gradas.

La sala estaba ya bien llena cuando la puerta se abrió de nuevo. Todas las cabezas se volvieron cuando entró una dama vestida elegantemente. Con ojos como platos, los jóvenes la observaron boquiabiertos mientras la desconocida hacía como si no hubiese notado todas aquellas miradas. Con la cabeza alta se dirigió al único sitio vacío que quedaba en la última fila. Junto a Martha.

—Condesa Ludovica —dijo Martha, asombrada—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Tiene pendiente alguna otra decisión extraordinaria?

—No que yo sepa, Martha —respondió la condesa—. Simplemente quería presenciar la clase. He leído tanto, y he discutido mucho con el doctor Dieffenbach. Creo que aquí, *in situ*, puedo aprender más.

—Pero este no es lugar para una dama noble —repuso Martha en voz baja.

La condesa no pareció impresionada. Se sentó junto a Martha y metió las manos en su manguito de piel. Aquel día de noviembre hacía un frío glacial en el aula.

—Siempre ha sido habitual abrir el anfiteatro anatómico a cualquier visitante interesado —aclaró—. Años atrás no era extraño ver a nobles entre los espectadores.

—Pero seguramente ninguna mujer —repuso Martha, aunque lo único que recibió por respuesta fue un encogimiento de hombros.

—Señores —dijo Rust en aquel momento para llamar al orden a los estudiantes. No debía de distinguir a las dos invitadas desde aquella distancia—. Comencemos —anunció tomando el escalpelo.

Sus dos ayudantes, Carl Rieber y Max Thornau, no parecían entusiasmados cuando el profesor esgrimió el cuchillito y hundió el acero en la fría carne del cadáver.

En Carl recaía la tarea de serrar el cráneo, mientras que Max ya había cortado el cuero cabelludo y quitado las capas de piel con el pelo ralo.

Rust se acercó al cráneo abierto y con dedos torpes sacó de la cavidad el

cerebro del muerto.

—Espere —ordenó a Max cuando colocó el seso sobre la mesa—. ¡Qué hermoso ejemplar! ¿Ven cómo se ha acumulado el pus en este absceso de la corteza cerebral?

Miró a su alrededor mientras introducía el escalpelo en la masa gris.

—¡Ay! —gritó uno de los dos auxiliares médicos. Retiró la mano y dio un salto atrás.

El cerebro cortado aterrizó con un chapoteo a los pies del profesor.

—¡Recójalo! —ordenó ofendido.

Carl se apresuró a obedecer.

—No haga tanto teatro —lo reprendió el profesor, y echó a Max de la sala—. Váyase y véndese la mano.

Luego se volvió de nuevo hacia el cadáver, sacó el corazón y habló sobre la doble circulación sanguínea y la diferencia entre venas y arterias.

—No pueden distinguirlo en un muerto por el contenido de sangre —aclaró, y seccionó uno de los vasos sanguíneos mayores—. Reconocerán las venas grandes por las válvulas.

Se acercó a los estudiantes de la primera fila y les mostró la vena con sus válvulas antes de volver a la mesa y dedicarse al corazón.

Dieffenbach salía de la casa de uno de sus pacientes adinerados cuando vio en diagonal a la condesa Ludovica, que abandonaba el patio del antiguo palacio del príncipe Enrique, que desde 1810 albergaba la recién fundada universidad. También ella lo había visto y lo saludó con la mano.

El médico cruzó la calle y le estrechó la mano. ¿Cuánto hacía que no la veía? De repente le pareció una eternidad y se preguntó cómo había podido sobrevivir a la separación.

—Ilustrísima condesa Ludovica, qué placer volver a verla. ¿Ha estado en la universidad?

—He estado en el anfiteatro anatómico escuchando al profesor Rust —confesó—. Ha habido un pequeño accidente. El profesor le ha hecho un corte en la mano a uno de sus ayudantes durante una demostración.

—Otra vez no —se le escapó a Dieffenbach—. Pero ¿cómo es que estaba usted allí?

—Llámelo sed de conocimiento, curiosidad o simple avidez de sensaciones. ¿Qué lleva a la gente a asistir a estas demostraciones?

—Posiblemente lo último, pero a usted le supongo motivos más nobles —dijo galante.

La condesa Ludovica se rio.

—Me halaga. En cualquier caso, me alegro de encontrarlo aquí. Así me ahorro un viaje a la Charité. Quería hablar con usted.

—Será un placer —respondió Dieffenbach, sincero—. ¿Me permite acompañarla a su casa? Aquí, en plena calle, no es el lugar más adecuado para mantener una conversación.

—Mejor vamos al salón de té, ahí enfrente —propuso Ludovica.

Dieffenbach no sabía si eso estaría bien visto en los círculos de la condesa. Ni siquiera la acompañaba su doncella, pero Ludovica actuaba como si careciera de importancia que la viesan en público con un extraño. Así que le ofreció el brazo. Juntos cruzaron la gran avenida Unter den Linden, y él la guio entre coches y ómnibus.

—¿Sobre qué quería usted hablarme? —dijo Dieffenbach cuando les sirvieron en la mesa una tetera y una bandeja de pastelitos.

—¿Qué tal va nuestra escuela de enfermeros? —le preguntó la condesa.

Dieffenbach se sintió un poco turbado. Sabía muy bien que no le dedicaba lo suficiente a su proyecto común.

—Por desgracia, no dispongo de tiempo para ocuparme en persona de los aspirantes —reconoció—. Pero sé que el doctor Gedike imparte unas clases extraordinarias —añadió enseguida—. También quiere publicar una versión revisada de mi libro.

Ludovica lo miró unos momentos, callada y seria, de manera que él tuvo alternativamente sudores fríos y calientes.

—¿Está usted más contento con los postulantes? —preguntó la condesa, en vez de reprocharle su negligencia.

Él dudó.

—Hay personas buenas, comprensivas, que se presentan y siguen la formación, pero todavía son pocos. Seguramente el ínfimo sueldo no es la última de las razones.

Ludovica asintió comprensiva.

—Entiendo. Quizá yo pueda ayudar. ¿Qué le parecería si organizo una velada para hablar con un par de hombres importantes?

—¿Lo haría usted? —Dieffenbach sonrió encantado y le tomó las manos de manera espontánea.

Ella respondió a la presión de sus dedos.

—Pues claro. Si puedo ayudar, lo haré gustosa.

Cuando Elisabeth entró en la sala de las melancólicas, vio al profesor Ideler sentado en la cama de Magdalena.

—Acérquese —la llamó el médico haciendo un ademán—. Sujétele el brazo a la paciente.

Con un pequeño cuchillo trazó una cruz en la piel del brazo. La paciente no se inmutó. Permanecía con la mirada perdida en la lejanía.

—¿Otro sedal? —preguntó Elisabeth. Su tono de voz daba a entender lo que

pensaba de semejante tratamiento.

El profesor negó con la cabeza.

—No, no es un sedal, solo un último acto desesperado. ¿Supongo que no está usted familiarizada con las antiguas enseñanzas del griego Hipócrates?

Elisabeth se encogió de hombros.

—¿Era el griego de la teoría de los humores?

—La teoría de los humores es de Galeno —aclaró el profesor Ideler, que no pudo ocultar su asombro ante el hecho de que supiese siquiera algo sobre aquellos temas—. Hipócrates decía que la sarna húmeda alivia la locura. —Tomó una espátula y raspó con ella una pasta amarillenta de un platito—. Un pequeño préstamo de la sala de sarna del director Kluge. La secreción de una paciente cuya sarna está en pleno apogeo.

Elisabeth se llevó una mano a la boca cuando el profesor extendió el pus en la herida reciente de Magdalena. A continuación, el médico puso una gruesa capa de hilas encima y con una tira de lienzo envolvió el brazo de la paciente.

—Ya está —dijo—, ahora toca esperar para ver si funciona.

—Pero se contagiará de la sarna, ¿o no? —supuso Elisabeth.

—Sí, ese es el plan. Más que los sinapismos ásperos o las cataplasmas de cantáridas, más fuerte incluso que el sedal, el prurito de la sarna le removerá la sangre. Con un poco de suerte, esto acabará con su inmutabilidad y su mente volverá a estar abierta a los estímulos normales.

Elisabeth contempló dudosa a Ideler, con una pizca de escepticismo en los ojos.

—Hay un par de casos en los que ha funcionado este método —añadió impasible el médico—. He consultado toda la documentación de mis predecesores porque no sabía ya qué hacer. Quizá esta sea su última oportunidad.

Elisabeth se sentía honrada de que él dedicase tiempo a hablar con ella y

tan abiertamente. Respetaba a Ideler. Desde el principio, lo había apreciado, aun cuando no entendía muchos de sus métodos. Sabía que era un buen hombre y no dudaba en ningún momento de sus buenas intenciones con los pacientes.

—Entonces solo podemos esperar que Hipócrates tuviese razón —repuso.

Se detuvo junto a la puerta abierta y la observó. Elisabeth estaba sentada en la cama de la paciente llamada Magdalena. Como Ideler había pronosticado, había brotado la sarna. Unos días más tarde, la zona en la que le había inoculado la ponzoña se había convertido en un cráter de pus. El pulso se había acelerado, la piel de Magdalena había comenzado a enrojecerse y había sudado como nunca durante su larga estancia en la Charité. Después de diez días, el brote de sarna se le había extendido por todo el cuerpo.

Elisabeth llegó a la conclusión de que todos los nervios de la enferma debían de sufrir una crisis. Observó que los músculos convulsionaban. Con delicadeza, le limpió el sudor con agua fría. Quizá eso aliviase a la paciente. Aun así, el prurito suponía tal tortura que Magdalena se retorció gimiendo en la cama. Era verdad: la inmutabilidad había cesado, pero ¿perduraría ese estado cuando los síntomas de la sarna remitiesen?

Elisabeth se inclinó de nuevo sobre ella, le quitó el pelo húmedo de la frente y se dirigió a la siguiente enferma.

Alexander no podía dejar de mirarla. Como todas las enfermeras, Elisabeth tenía mucho que hacer. Desde luego, a veces no sabía ni por dónde empezar ni a quién consolar. Y, a pesar de todo, no se la veía tan tensa como a la mayoría. Su actitud y sus movimientos tenían algo tranquilizador. Nunca reflejaba agitación o agresividad. Para todos tenía una palabra amable, un cálido apretón de manos. Sin duda encarnaba el consuelo y el ánimo. A pesar de su ternura, él había sido testigo más de una vez de su espíritu combativo y su

obstinación. Sobre todo frente a los médicos. Y no pocas veces salía vencedora Elisabeth.

No obstante, pese a los disgustos que le provocaba, en aquel momento bullía en él un sentimiento extrañamente cálido. ¿Y qué eran esas imágenes prohibidas que se le presentaban ante los ojos?

Justo cuando se estaba imaginando que la tomaba entre sus brazos y rozaba su boca con los labios, lo descubrió Elisabeth.

—¿Qué sucede? ¿Me está vigilando?

Alexander hizo una mueca para ocultar su turbación. Qué vergonzoso sería que ella adivinase sus pensamientos.

Elisabeth malinterpretó obviamente aquel gesto ominoso.

—¿Intenta pillarme cometiendo un fallo?

Él se acercó y negó con la cabeza.

—No, ¿cómo iba a hacerlo? Seguro que no hay otra enfermera en toda la Charité cuyos pacientes se consideren tan afortunados.

—¿Porque no temo ningún conflicto si es para luchar por su bienestar?

—También —concedió—. Me maravilla su pasión por cada uno de sus protegidos.

Ella lo miró desconfiada.

—¿No es precisamente eso lo que me suele echar en cara? ¿No me llamó ayer, sin ir más lejos, plaga indeseable, peor que la sarna?

Alexander cambió de rumbo:

—Perdóneme, enfermera Elisabeth. No quería ofenderla.

—No me ofendió —repuso ella sonriendo—. Solo quiero procurar alivio a los pacientes: en el cuerpo, en la mente y en el alma. Por eso discuto si es preciso. A veces son pequeñeces, pero que pueden hacer la vida de los enfermos mucho más fácil.

—Eso es lo extraordinario en usted, que percibe esas pequeñeces y se

empeña en cambiarlas —dijo Alexander, entusiasmado.

Elisabeth volvió a mirarlo desconfiada.

—Bien, doctor Heydecker. Entonces no tendrá usted inconveniente en ayudarme a llevar a nuestra nueva paciente Helga a los baños. Ha tenido una crisis y tiene gachas de ayer por todas partes. Voy a cambiarle la cama mientras está en la bañera.

Alexander miró a Elisabeth con pesar.

—La ayudaré de buen grado con la paciente, pero en realidad he venido a despedirme de usted.

Elisabeth abrió mucho los ojos.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

Su reacción le sentó bien.

—Hace ya un tiempo que solicité que me trasladaran a cirugía y me lo han concedido. Trabajaré con el doctor Dieffenbach.

—¡Ah!

Elisabeth lo miró de hito en hito y era obvio que no sabía cómo reaccionar.

—¿Me extrañará al menos un poco? —confió Alexander.

—Supongo que usted se refiere a nuestros continuos desencuentros —bromeó ella, aunque sonreía de tal forma que al médico le temblaron las rodillas.

—Espero que no solo por eso —se atrevió a decir.

—Y yo espero que esté usted en el lugar adecuado cuando necesite que alguien me salve —contestó ella afectuosamente, y le tendió las dos manos, que él estrechó entre las suyas.

—Allí estaré —le prometió—, pero no por ello deje usted de tener cuidado en la escalera. Esos escalones son traicioneros.

Los dos se rieron y luego él la soltó de mala gana.

—Tengo que presentarme ante el profesor Rust.

Se dio la vuelta y bajó al corredor, que le pareció más lóbrego y abandonado que nunca.

Campanas de boda

Elisabeth corrió por los pasillos de la Charité. Se recogió el dobladillo de la falda mientras bajaba a toda prisa las escaleras. Tenía que encontrar al profesor Ideler. Uno de los ayudantes había dicho que estaba en el despacho del director Kluge. Tal vez no era oportuno molestarlo, pero probablemente regresaría a casa tras la reunión, ¡y se lo tenía que contar!

A Magdalena le había remitido la sarna. Su piel estaba tan solo caliente al tacto y seca, el pulso marcaba un compás tranquilo. Cuando Elisabeth entró poco antes en la sala de las melancólicas, no podía dar crédito a sus ojos. La mujer, que permaneció inerte durante semanas, se había levantado de la cama y se había dirigido hacia Elisabeth.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mirándola a los ojos y sacudiendo la cabeza—. No lo recuerdo.

—¿Sabe quién es? —le inquirió Elisabeth.

—Me llamo Magdalena Gruber, pero ¿dónde estoy? ¿Les ha sucedido algo a mis hijos?

Elisabeth abrazó espontáneamente a la mujer y exclamó en voz alta:

—Voy a buscar al médico. Él se lo aclarará todo. Está curada, no me lo puedo creer. ¡Nunca pensé que funcionaría!

Después salió corriendo.

Ya casi había llegado a la planta baja cuando le llamó la atención un joven que estaba sentado en el primer escalón con la cabeza apoyada contra la

pared. Bajo la casaca del uniforme sobresalía un sucio vendaje que envolvía su mano.

Elisabeth aminoró el paso y se dirigió hacia él.

—¿No se encuentra bien?

Su cara estaba enrojecida y cubierta de sudor. Le costaba respirar.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella.

—Max Thornau. Subcirujano del profesor Rust. Tengo que ir a la sala de operaciones para ayudar al doctor Dieffenbach. Ahora mismo va a extirpar una úlcera y luego va a operar una fístula intestinal. Después tenemos que amputarle la pierna gangrenosa a un muchacho. —Mientras hablaba, temblaba.

—¿Qué necesita? ¿Tiene fiebre?

Volvió a estremecerse.

—No.

Se levantó, se tambaleó y cayó contra la pared. Elisabeth intentó ponerlo en pie, pero el joven estaba demasiado débil y se desplomó.

—Usted no ayudará hoy en la sala de operaciones —dijo con voz resuelta—. Está demasiado débil. ¿Qué le ha pasado en el brazo?

—Solo es un corte en la mano, pero duele horrores.

—¿Lo ha visto ya alguno de los médicos? —Lo obligó a quitarse la chaqueta militar y empezó a deshacer el sucio vendaje.

—Yo soy médico, bueno, casi —replicó Thornau, porfiado, pero Elisabeth sujetó el brazo hasta que el lino y las empapadas hilas amarillas cayeron al suelo.

—¡Oh, Dios mío! —se le escapó.

No solo la piel en torno al corte estaba muy abultada y de un tono rojo oscuro. Toda la mano parecía hinchada como un globo. Y del corte salía un pus pestilente.

—Venga conmigo, señor Thornau. Yo me ocupo de que tenga una cama en la

crujía.

Se resistió, poco decidido, hasta que se resignó a su suerte y dejó que Elisabeth lo llevase a la crujía de cirugía destinada a los hombres. Por suerte se topó con Martha, que enseguida pasó un brazo por debajo del otro hombro del joven para sujetarlo. Juntas lo llevaron hasta la unidad del catedrático Rust y lo pusieron en una cama libre.

—¿Por qué ha esperado tanto? —preguntó Elisabeth.

—Estuve unos días de permiso. Mi madre ha muerto. Como primogénito tuve que ocuparme del entierro y de mis hermanos. Nuestro padre falleció hace tiempo.

Elisabeth le lanzó otra mirada compasiva, después le deseó lo mejor y abandonó la crujía junto a Martha.

—Y ahora también les faltará el hermano mayor —comentó Martha—. He visto heridas en mis muertos que tenían mejor aspecto y sin embargo les causaron la muerte. Esta maldita gangrena envenena los cuerpos desde dentro.

—Entonces recemos para que su cuerpo sea lo bastante fuerte para superar el veneno de la herida y el pus —dijo Elisabeth.

De camino al despacho del profesor Ideler se encontró con el oficial médico Von Wiebel y le informó de la lesión del joven Thornau. Von Wiebel prometió que asistiría al doctor Dieffenbach en las operaciones y después pasaría a ver al paciente.

A diario llegaban nuevos cadáveres al depósito. Los pacientes morían durante las operaciones, tal vez de hemorragias o porque el corazón les fallaba, o morían unos días después, cuando la gangrena corroía las heridas. Morían de tifus y disentería, las mujeres durante o después del parto, los niños se asfixiaban de crup o sucumbían a otras enfermedades febriles.

Durante varios días Martha tuvo demasiado que hacer. Sin embargo, tenía suerte de trabajar allí, en el depósito de cadáveres, y de poder ocuparse de sí misma y de su hijo. Y gracias a sus crecientes conocimientos, el doctor Dieffenbach y el director Kluge, que hacía la autopsia a «sus» muertos, apreciaban la colaboración de Martha. Entretanto había aprendido a llevar a cabo las preparaciones con esmero y a documentar las disecciones tan meticulosamente como lo solicitaban los cirujanos. Los médicos de las áreas de medicina interna, por el contrario, no solían tratar mucho con Martha. Mandaban, dado el caso, a un ayudante, que acuchillaba sin ganas los cadáveres y apenas tomaba notas.

El doctor Dieffenbach acompañó al primer muerto de esa mañana de noviembre. Martha se mordió la lengua cuando apartó la tela del frío cuerpo. Había visto esa cara hacía tan solo tres días. Vivo y ardiendo de fiebre.

—Max Thornau —murmuró. No le hizo falta leer el nombre en la ficha médica—. Me lo temía.

Dieffenbach asintió. Parecía asimismo conmocionado.

—Un joven médico prometedor. Qué tragedia. Mire, la gangrena proviene del corte en su mano. Después la ponzoña ha ido a parar a las vías linfáticas. Observe estas líneas, casi negruzcas, hinchadas en extremo antes de su muerte. No podíamos evitar que la ponzoña llegase a su corazón. Ese fue su fin. Ha muerto esta noche.

—Lo vi —dijo Martha con voz trémula.

—¿El qué? —preguntó Dieffenbach.

—Cómo sucedió. La herida de escalpelo. El profesor Rust le cortó la semana pasada durante una autopsia, cuando se disponía a dejar al descubierto un absceso supurado en el cerebro.

—Es cierto —admitió Dieffenbach, y suspiró—. Una catástrofe.

Martha resopló.

—Por favor, no lo tome como una falta de respeto, doctor, pero no ha sido el primer incidente de este tipo. Creo que el profesor Rust no debería realizar más disecciones y, sobre todo, no debería operar más. Su vista es pésima y tiene quiragra. ¿Por qué no se retira y le cede a usted el puesto?

Dieffenbach no le tomó a mal esas palabras. Al contrario. Parecía un poco atormentado cuando respondió:

—Todavía no es hora.

Antes de que Martha pudiese reaccionar, la puerta se abrió y entraron dos hombres. El catedrático Rust echó un vistazo a los muertos con indiferencia. ¿Habría reconocido al auxiliar médico?

—Ah, Dieffenbach, aquí está —saludó Rust sin fijarse en Martha—. ¿Me permite presentarle al doctor Robert Froriep? Ya hemos hablado de esto. El director Kluge y yo estamos de acuerdo en que es necesario crear por fin un puesto de prosector en la Charité. La patología tiene que cobrar importancia y ser ejercida de manera más sistemática de lo que lo hemos hecho hasta ahora.

—Bienvenido a la Charité —dijo Dieffenbach saludando al joven, que tendría unos veinticinco años o poco más. Le tendió la mano y a continuación señaló a Marta y la presentó—. La señora Vogelsang le será de gran ayuda. Se esmera en las preparaciones y ya sabe mucho sobre anatomía. ¡Creo que trabajarán bien juntos!

El doctor Froriep le tendió la mano a Martha.

—Encantado, madame Vogelsang —dijo con una agradable voz—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó señalando al muerto que estaba sobre la mesa.

—Uno de nuestros auxiliares médicos de cirugía —dijo Martha, cuyas mejillas se habían enrojecido un poco ante el elogio de Dieffenbach—. Se llamaba Max Thornau. Ha muerto de gangrena, que se inició en este corte en la mano.

El catedrático Rust tuvo de repente una prisa enorme y se despidió de su

recién nombrado prosector.

—Quédese de momento aquí y realice la disección con el doctor Dieffenbach y la señora Vogelsang —sugirió antes de darse la vuelta y marcharse arrastrando los pies.

Se había convertido para ellos en una adorable costumbre. Ludovica y el doctor Dieffenbach se sentaron a la mesa en el rincón del salón de té y conversaron animados, hasta que el doctor Dieffenbach enmudeció de golpe.

—¿Por qué me mira así, amigo? —preguntó Ludovica, esforzándose por mantener un tono suave. Entrecruzó las manos sobre el regazo para resistir la tentación de coger las de él.

—¿Eso soy, pues? ¿Su amigo?

Ella buscó su mirada.

—Es mi médico, sí, claro, pero creo que nos une algo más. ¿O me confundo? Yo soy su amiga, si lo prefiere.

Dieffenbach correspondió a la mirada. Había tanto escrito en ella...

—Aprecio que me permita llamarla «amiga», Ludovica. No obstante, no será usted la que me abra la puerta por las noches cuando vuelva a casa, cansado tras una larga jornada de trabajo. No estará sentada a mi mesa, no ahuyentará la soledad de la noche ni la poblará con el calor de sus brazos.

Ella bajó la mirada y manoseó su pañuelo sobre el regazo.

—No, no seré yo. Bien es cierto que yo no he elegido mi lugar, pero ahora debo quedarme en él.

Dieffenbach asintió.

—Lo sé. ¿Entiende que empiece a odiar mi casa vacía? Solo viene una muchacha a traerme la comida, y después como en soledad y silencio. Nada de conversaciones perspicaces, nada de risas, nada de calor.

La condesa tragó saliva.

—Así pues, ¿he de entender que ha conocido a alguien que pueda llenar ese vacío?

—Sí, en efecto, así ha sido. Se llama Emilie. Me imagino que nos complementaremos y entenderemos. Su padre es médico y su hermano también. Ha ayudado toda la vida en el consultorio paterno, y es muy leída.

La mano de Ludovica se movió por sí sola y tomó la de él.

—Entonces cásese con ella. Será feliz. Se lo merece, mi querido amigo.

Él se acercó su mano a los labios y la besó con tal ternura que ella sollozó.

—Solo si usted lo desea y si me promete que seguirá siendo mi queridísima amiga Ludovica.

—Siempre lo seré —dijo con el corazón en la mano—. Pero debe casarse. No soporto que siga solo.

Se miraron. Sus miradas se perdieron la una en la otra. Si no hubiera habido tanta gente a su alrededor, tal vez ella se hubiese refugiado en sus brazos; en lugar de eso, todo quedó reducido a un efusivo apretón de manos.

Mi corazón llora lágrimas amargas. ¿Qué he hecho? ¿Qué demonios me indujo a darle ese consejo? Seguirá mis palabras y hará exactamente lo que le he dicho. ¡Se volverá a casar porque le he incitado yo a hacerlo! Una joven, hermosa y afectuosa mujer compartirá ahora vida y cama con él. Lo atará, y él la amará y venerará como debe ser, y por eso lloro por él. Siento que lo pierdo. Él encontrará la felicidad y yo me sumiré en una profunda desesperación. Reirá y peleará con ella, tendrá con ella conversaciones perspicaces y le hablará de su trabajo. Ya no me necesitará. Pronto habrá olvidado a su querida amiga Ludovica.

Ay, querido mío, mi gran amor secreto, no puedo perderte. ¿Qué me quedaría entonces?

Sé que soy ingrata. Sé que tú y Martha ya me habéis hecho el mayor regalo. Mi niña, mi adorada hija, que me mantiene en pie cuando todo lo demás a mi alrededor se desmorona.

La amaré aún más cuando ya no estés aquí. Ella es la que me da fuerzas. Ella será ahora mi única dicha.

Dos noches enteras meditó Dieffenbach antes de tomar una decisión. El domingo fue a hablar con la familia Heydecker. No solo se encontraba allí el médico municipal, sus hijos Alexander y Emilie también estaban presentes. Dieffenbach notó que el joven médico lo examinaba extrañado. Después esbozó una fugaz sonrisa y miró de reojo a su hermana.

¿Intuía la joven por qué había acudido? Daba la impresión de estar más bien confusa. Cuando Dieffenbach le estrechó la mano y buscó su mirada, un rubor le cubrió las mejillas, pero no apartó la mirada y le sonrió.

—Es un honor y una alegría que nos visite —dijo Emilie con su voz clara.

Por un momento Dieffenbach se vio en su acogedor salón, sentado cómodamente en su sillón junto a la chimenea, con su joven esposa delante leyendo un artículo del periódico mientras él escuchaba su agradable voz.

—¿Quiere comentar algo conmigo? —preguntó con insistencia el doctor Heydecker. Miró a su hijo con expresión interrogante—. Espero que Alexander no haya deshonrado a nuestra familia.

Dieffenbach se apresuró a negarlo.

—En absoluto —aseguró—. Hasta el momento solo he oído hablar bien de él y me alegra tener a su hijo en mi área a partir de ahora.

—Entonces me siento aliviado —dijo el padre, y lo invitó a pasar al despacho—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el señor de la casa, después de cerrar la puerta.

Ahora le tocaba a Dieffenbach pasar vergüenza. A pesar de sus casi cuarenta años, todavía no le había pedido a un padre la mano de su hija. Con Johanna todo había transcurrido de una manera completamente distinta. Habían engañado a su marido, habían viajado juntos por media Europa —se habían

fugado, se podría decir—. Emilie, por el contrario, era joven e inocente, y tenía apenas la mitad de años que él. Pero no era esto lo que lo atrajo de ella. Dieffenbach tenía la sensación de que podría encontrar en la joven un alma gemela, alguien que no lo atormentara con sus ambiciosos planes, como había hecho Johanna.

Respiró hondo.

—Me gustaría pedirle la mano de su hija Emilie. Quiero decir, si todavía está libre.

Por lo visto, Heydecker no se esperaba eso. Aun así, tardó tan solo unos instantes en responder.

—Quiero mucho a mi hija Emilie —dijo—. Todavía no está comprometida, y yo tampoco le impondré un marido. Pero me alegra mucho que desee formar parte de esta familia. De todos modos, será Emilie misma la que decidirá si quiere acceder a su propuesta.

—Entonces ¿me permite que se lo pregunte? —insistió. Una cálida sensación lo invadió cuando el padre le tendió la mano.

—Sí, es un placer. Le deseo de corazón mucha suerte.

—Gracias, doctor Heydecker.

La esperanza sabía sorprendentemente dulce, y estaba bastante nervioso cuando abandonó el despacho para ir a ver a la señorita. Un suspiro se escapó de sus labios cuando se arrodilló ante ella. La sorpresa estaba escrita en su mirada, pero sonrió cuando él le pidió que fuese su esposa.

Con temor, alzó la vista hacia ella.

—Sé que esto le resulta un poco repentino, pero le aseguro que lo he madurado y tengo la certeza de que nos complementaremos de maravilla y que compartiremos una vida de amor.

—Levántese, doctor Dieffenbach —pidió Emilie.

—Tiene todo el tiempo del mundo para reflexionar sobre mi propuesta —

aseguró él—. No la acuciaré.

—Sí —dijo Emilie.

Dieffenbach arqueó dubitativo las cejas.

—No necesito tiempo para pensarlo. Sí, doctor Dieffenbach, me encantaría ser su esposa —contestó con voz firme.

—Johann —dijo él—. Johann Friedrich.

—Johann —repitió ella con calidez.

Él cogió sus manos, se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla, ligeramente sonrojada.

—Emilie. Emilie Wilhelmine, me haces un hombre feliz.

—Eso espero —repuso con seriedad, y le ofreció sus labios para un primer y cariñoso beso.

Dieffenbach la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.

—Querida Emilie, te agradezco la confianza. Haré todo lo posible para ser digno de ti.

—Lo serás, sin ninguna duda —susurró.

Ya era tarde cuando Dieffenbach abandonó la casa de los Heydecker. A la mañana siguiente fue a visitar al dueño de su piso y del consultorio de la Jägerstrasse. Pensaba rescindir el contrato y mudarse. Esos lugares estaban demasiado relacionados con Johanna y su vida en común. Quería empezar totalmente de cero, y eso también requería un hogar nuevo y acogedor, que proyectaría junto con Emilie.

La boda tuvo lugar poco antes de las Navidades con una pequeña ceremonia. Por suerte, la familia Heydecker no era especialmente religiosa, de modo que el divorcio de Dieffenbach no supuso un grave inconveniente para el casamiento. Ambos habían sido bautizados como protestantes, y Dieffenbach

encontró a un pastor que, pese a su falta, estaba dispuesto a casarlo con Emilie.

El padre de la novia había insistido en organizar el banquete de bodas, al que por supuesto también estaban invitados algunos médicos de la Charité. Dieffenbach se alegró de ver al director Kluge y al doctor Jüngken. Sus ayudantes durante años, Reich y Fritz, habían asistido, y por supuesto también el cirujano Hildebrand, que estaba lealmente a su lado en el consultorio con los pacientes desde hacía ya años. Lo que más le alegró fue volver a ver a Stromeyer, que había realizado el viaje desde Hannover para felicitar a los recién casados.

No le gustó tanto a Dieffenbach que se hubiese presentado el catedrático Von Graefe. Por lo visto, no tenía nada mejor que hacer que criticar algunos de sus métodos operatorios que, en su opinión, él dominaba como nadie.

—Será mejor que me dejen a mí el puesto de cirujano plástico —dijo un poco alejado del grupo y en ese tono arrogante que a Dieffenbach le ponía de los nervios.

Sin embargo, este no dio su brazo a torcer tan rápido.

—¡Ah, lo dice por sus narices, que por desgracia tienden a deformarse y pronto se quedarán demasiado pequeñas y arrugadas! —respondió. Por eso no le extrañó que el director de la Clínica Universitaria no se quedara al café.

Ya era tarde cuando Dieffenbach rodeó con sus brazos a Emilie y la atrajo hacia sí.

—¿Nos escabullimos? —le susurró al oído.

Ella se sonrojó de un modo enternecedor y asintió.

—Mi carruaje ya está listo y nos llevará a casa.

Emilie constató sorprendida que no iban en dirección a la Jägerstrasse.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A nuestro nuevo hogar. —No estaba dispuesto a revelar más.

Ante ellos apareció el luminoso Palacio Real. Los caballos, sin embargo, no avanzaron por el puente que cruzaba hasta la isla, sino que abandonaron la avenida Unter den Linden y, pasado el Arsenal, doblaron a la izquierda.

Dieffenbach le tendió la mano a su joven mujer y la ayudó a bajar del carruaje. Asombrada, alzó la mirada para contemplar la espléndida fachada.

—Allí arriba viviremos de ahora en adelante —dijo él con orgullo en la voz—. Mi consultorio está justo aquí abajo, y desde nuestro salón puedes ver la catedral y el palacio.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Gracias, aunque espero que sepas que no lo necesito.

—Quería que empezásemos desde cero —admitió él—. Quería dejar atrás las paredes entre las que he vivido y peleado con Johanna.

Lo volvió a besar.

—Qué gentil e inteligente por tu parte.

—Y ahora te llevaré hasta la puerta de tu nuevo hogar.

Dieffenbach se agachó y la levantó en brazos. Emilie se recostó contra él. Un rizo de su pelo se había soltado y le hizo cosquillas en el cuello. Él olió su piel y el toque de un perfume floral, y no se preguntó si había elegido bien. Cuando la puerta de la vivienda se cerró tras ellos, el recuerdo de la condesa Ludovica se quedó fuera en mitad de la noche, y nadie volvió a pensar en ella hasta la mañana siguiente.

El baile de máscaras

El caduco año tocó a su fin, y 1834 comenzó con un enero glacial. Las semanas transcurrían, y el catedrático Rust controlaba todavía la cirugía de la Charité, aunque —por suerte para todos los implicados— solo muy rara vez cogía el escalpelo. Por lo general se lo dejaba al director Kluge o a Dieffenbach, el subdirector de cirugía. Y aunque nadie cuestionaba la habilidad de Dieffenbach como cirujano, Rust no se decidía a jubilarse.

En su vida privada, por el contrario, Dieffenbach solo podía sentirse orgulloso. En Emilie había encontrado a una esposa que lo amaba y cuidaba, y que siempre arrojaba luz sobre su trabajo. Era inteligente y leída, y podía hablar con ella de su investigación o de las dificultades de una operación. Estaba contento con su nueva familia, y sin embargo persistía ese dolor en su corazón, como una herida que no quería cerrarse. No siempre podía desterrar a Ludovica de sus pensamientos, y tampoco de su vida. De eso se ocupaba el marido de la condesa, que lo citaba periódicamente en su palacete. También ese día de finales de febrero esperaba el carruaje condal ante el consultorio del número 2 de la calle del Arsenal y lo llevó al palacio del dichoso Bredow.

En el vestíbulo se encontró a la niñera con la pequeña Amalie Friedericke de la mano, que ya tenía dos años y medio. Dieffenbach experimentó una quemazón en el pecho, como cada vez que se encontraba con la niña. Se estaba convirtiendo en una criatura hermosa y despierta. Unos delicados rizos se enortijaban alrededor de sus rojas mejillas. Los ojos eran azules. No había

nada en ella que, al verla, indujese a dudar de su legitimidad, pero a Dieffenbach le costaba desoír las advertencias de su conciencia. Aun cuando el acuerdo resultaba ventajoso para todos los interesados, era injusto. Sin embargo, cuanto más esperaba, más imposible era confesar el hecho. No, esa oportunidad se había desperdiciado hacía tiempo. ¿Cómo iba a separar ahora a una hija de su madre?

Probablemente, acabaría llevándose el secreto a la tumba.

La condesa Ludovica bajó las escaleras y le tendió la mano para saludarlo. Dieffenbach se inclinó y la besó en los dedos.

—Queridísima Ludovica, está usted... —se calló un instante antes de seguir — impresionante.

Ella rio armoniosamente.

—Es usted un adulator, mi querido Johann Friedrich.

Dieffenbach tomó aire para referirle la complicada operación que había realizado el día anterior a un niño con una fisura palatina, pero apareció entonces el conde en lo alto de la escalinata.

—¡Dieffenbach, venga rápido!

La sonrisa de Ludovica parecía un poco forzada.

—Corra —dijo ella—, tal vez podamos vernos más tarde.

Y no le quedó más remedio que seguir al eterno enfermo hasta su aposento.

Dieffenbach se había vuelto a ocupar de los innumerables e imaginarios achaques del conde. Ahora el hombre dormía por fin, de modo que, visiblemente contento, el médico aceptó la invitación de Ludovica y se dispuso a hacerle un poco de compañía en el salón, donde había café, bombones y coñac.

La condesa había vuelto a leer algunas de sus publicaciones y lo apremió

para que la informase de sus últimos experimentos en el Instituto Veterinario. Mientras que algunos edificios y aulas de la universidad resultaban más bien espartanos, el anfiteatro anatómico, construido para las disecciones y las lecciones, tenía un aire de palacio noble.

—Por favor, cuénteme más acerca de su investigación, querido —le rogó.

—Con mucho gusto, mi queridísima amiga. Siempre que encuentro un momento, prosigo con mi serie de experimentos en el Instituto Veterinario. Quiero entender por fin por qué a veces una transfusión de sangre tiene éxito y por qué en muchos otros casos se produce la muerte. Pudimos extraer una sustancia de la sangre, la denominamos fibrina. Sin ella la sangre no coagula, lo que solía ser un gran problema durante las transfusiones. También nuestro anatomista en la universidad, el profesor Johannes Müller, da preferencia en sus pruebas a la sangre sin fibrina. Pero tampoco es fácil. Por desgracia, todavía no sabemos por qué la sangre sigue coagulándose en múltiples pruebas.

Hablaba con gran afán. Le cayó un mechón en la cara. Sus mejillas habían enrojecido, sus ojos centelleaban. De él le gustaba en especial la pasión con la que realizaba su investigación, y también con la que atendía cada dolencia de sus pacientes. Sí, tenía buena planta, era un hombre guapo, pero lo más hermoso en él era su alma, siempre dispuesta a darlo todo en la batalla contra el sufrimiento y el dolor.

Dieffenbach disfrutaba de la presencia de la condesa, de su interés, de la comodidad de su salón. Él le sirvió café y rozó su mano. Ludovica sintió un escalofrío. Rehuyó su mirada, temerosa de que su anhelo se notase con demasiada claridad. Optó por remover su café y tomó una decisión.

Era consciente de su posición y de su deber. Con el nacimiento de su hija había cumplido al menos una parte de su obligación. Ahora tenía que dar a su esposo un heredero, pero de momento el conde estaba sufriendo demasiado

para cumplir con sus deberes conyugales, y ella tenía que confesar que eso suponía un gran alivio.

Se produjo una pequeña pausa cuando Dieffenbach se levantó a rellenar su vaso de coñac. Cuando se volvió a sentar junto a ella, Ludovica dijo de repente, antes de que el valor la abandonase:

—¿Me acompañaría el sábado al Colosseum?

Dieffenbach parpadeó confuso.

—¿Al Colosseum? —repitió.

—Tocarán los últimos vales de Viena. Me encantaría escucharlos — prosiguió casi sin aliento—. El conde, por desgracia, no podrá venir.

—¡Ah! —Dieffenbach la miró pensativo—. Un concierto no tiene nada de malo, ¿no es cierto?

—Es un baile —lo corrigió Ludovica—. Un baile de máscaras.

En ese momento parecía tan irritado que la condesa se preguntó si no había ido demasiado lejos. No era hombre de ir a bailes de máscaras. ¿Cómo se había atrevido siquiera a preguntárselo?

—Si lo desea, la acompañaré encantado —respondió para su sorpresa. Tal vez hasta él mismo se quedó un poco desconcertado ante sus propias palabras.

Ludovica sintió que resplandecía. Tal vez a él le merecía la pena, pues también sonreía. Como si se tratara de una conspiración, unieron las manos sobre la pequeña mesa de café.

—¿Lo permitirá su esposa? —se le ocurrió preguntar de repente a Ludovica.

Él buscó unos cuantos pretextos, pero mantuvo su conformidad.

Y mientras Ludovica contemplaba en silencio cómo Dieffenbach se reclinaba relajado y saboreaba su coñac, revolotearon por su mente innumerables preguntas. ¿Le mencionaría él a Emilie el auténtico motivo? Seguro que no era el único médico en Berlín que utilizaba como excusa la

reunión de la Sociedad Médica o de otra asociación. Por otra parte, lo creía absolutamente capaz de decirle la verdad a su mujer.

Pero ¿qué era la verdad? ¿Que complacía el deseo de una amiga? ¿O que otra mujer despertaba en él algo que solo debía sentir por su esposa? ¿Correspondía, pues, a sus sentimientos? ¿También a él le resultaba tan complicado reprimirlos y comportarse como cabría esperar?

No lo sabía. Ella nunca atentaría contra las normas. Jamás cedería ante el anhelo y el deseo que la invadían por las noches en sus sueños. Y él era un hombre honrado que quería a su mujer.

Y así debía ser.

Así tenía que continuar, por mucho que le pesase.

A horas tan tempranas no se solía encontrar a ningún berlinés que se preciara en el Colosseum. Antes de las diez, a lo sumo se hacinaba en la pista de baile la pujante burguesía, que todavía no había accedido a las esferas de la alta sociedad. Pero hoy se sucedían los carruajes desde muy pronto y dejaban a los caballeros y a las damas en reluciente dominó con una máscara en la cara para divertirse por la noche.

La condesa le había proporcionado un dominó azul con su máscara a juego, que Dieffenbach se puso sobre su frac. El abrigo con capucha de Ludovica era de seda y relucía, según le diese la luz al tejido, unas veces con destellos dorados y otras rojos. Su máscara era también roja y estaba recubierta de piedras preciosas. Estaba tan espectacular, tan fabulosa y misteriosa que él apenas podía creer que hubiese sido el elegido para acompañarla.

¿De verdad asistía del brazo de Ludovica a un baile de máscaras? No, no quería pensar ahora en las normas sociales. Quería disfrutar sin más de esa sensación de flotar ligeramente que sentía en presencia de ella.

Dieffenbach entregó su carruaje tirado por zainos a un criado y ayudó a bajar a la condesa. Ella puso la mano, cubierta por un guante blanco, bajo su brazo y dejó que la guiara hasta el salón de baile. Por un momento él pensó que había divisado el blasón de los Bredow en un carruaje, pero no era posible. El conde se hallaba en Charlottenburg, al menos eso había dicho Ludovica.

La luz y el calor de miles de velas en candeleros de cristal les dieron la bienvenida. El son del vals los envolvió. A él le pareció como si hubiese ido a parar a un fantástico sueño. ¡Tanta gente, tantas carcajadas, tantos olores! ¡Tantos colores revoloteaban a su alrededor! Vio al director de orquesta con su violín, que habían traído de Viena. Dirigía la orquesta y luego él mismo empuñaba el arco. La gente se regocijaba y daba vueltas cada vez más rápido. ¿No acabarían mareados?

Era un alivio que la condesa quisiese ir a ver primero su palco. Detrás de una barandilla baja había una mesa puesta, con una botella de champán en una enfriadera de plata. Y detrás de una cortina había un banco apartado de la vista de los invitados al baile. Casi se avergonzó de los pensamientos que sin querer le vinieron a la mente al ver ese reservado, y se alegró de que la máscara le ocultase la cara. No se podía imaginar que el conde estuviese al tanto de la velada de esa noche, pues él jamás aprobaría algo así, incluso si el acompañante de su esposa no albergara intenciones desleales.

¿Así era, pues, para él?

La vio al otro lado. El vestido se ajustaba a la perfección a su grácil figura. La máscara, que solo permitía entrever su frente blanca, sus ojos brillantes y su boca roja, la hacía parecer aún más deseable. Dieffenbach sintió que empezaba a tener calor.

No podía evitar verse de repente en el canapé de terciopelo, con el delicado cuerpo de ella entre sus brazos, la boca contra sus labios.

Tragó saliva.

—¿Champán? —preguntó mientras Ludovica se sentaba en una silla y mullía su primoroso vestido de seda, de color amarillo pálido.

Ella esbozó una gran sonrisa.

—¡Con mucho gusto!

Durante un rato estuvieron allí sentados, bebieron champán y observaron a la abigarrada multitud, que ahora galopaba por la pista de baile al ritmo de una alegre polca. Dieffenbach temía que llegara el momento de sacar a bailar a Ludovica. Era un hombre deportista, al que antes le gustaba hacer gimnasia o patinar sobre hielo en invierno, pero no se calificaría a sí mismo de buen bailarín. De hecho, ¿no había asistido a un acontecimiento semejante en su vida! ¿Qué pasaría si le pisaba el vestido? Cohibido, observó a las parejas que daban vueltas ante él.

—Mire a esos tres de ahí enfrente —dijo Ludovica interrumpiendo sus pensamientos y señalando a una grácil bailarina con una máscara dorada, que bailaba con un señor disfrazado de comerciante veneciano.

Incluso Dieffenbach apreció el insólito donaire de la dama, que seguramente era todavía joven.

—¡Ah! —exclamó Ludovica—. No es el único que trata de ganarse su simpatía. ¿Lo ve?

La mirada de Dieffenbach siguió su indicación, que apuntaba a un hombre en dominó rojo que estaba apoyado contra la pared. Se había levantado la máscara y observaba a ambos con gesto serio.

—¿Lo conoce? —preguntó él.

Ella asintió.

—Me lo presentaron. Digamos que es el benjamín de una dinastía del sur.

El hombre de rojo se volvió a poner la máscara y se acercó a la pareja que bailaba. Le tocó el hombro al veneciano, al que no le quedó más remedio que

cederle a la dama. El director de orquesta entonó otro vals, y el resuelto dominó de la dama de la máscara dorada dio vueltas sobre el parquet. Formaban una pareja tan hermosa que muchos retrocedían para dejarles sitio.

La magnífica escena y el champán embriagaron a Dieffenbach y lo animaron a levantarse y sacar a bailar a Ludovica. Sintió la música, que fluía por su cuerpo y movía sus piernas, y la esbelta cintura de ella bajo su mano. La otra rodeaba el guante de seda. Ella bailaba como los ángeles y era ligera como una pluma. Él era cada vez más valiente y le hacía dar tantas vueltas que su vestido de seda se abombaba. ¡Ojalá ese baile no acabase nunca! Aspiró profundamente y no pudo apartar la vista de ella.

Cuando la música terminó, volvieron a ver a la hermosa y joven pareja.

—El veneciano no se rendirá —supuso Ludovica—. Está allí enfrente y espera su oportunidad para arrebatarle de nuevo a su amada al dominó rojo.

—Mire, la lucha continúa —dijo un hombre que estaba cerca de Dieffenbach a su pareja de baile.

—Ay, sí, ¿por cuál apuesta? —repuso ella riendo—. Este ya es el tercer baile en el que observo a los tres, pero nuestra desconocida belleza no parece decidirse todavía. Mire, ahora el veneciano vuelve a la carga.

Dieffenbach se fijó en la pareja, y los bailarines volvieron a cambiar para continuar la danza en rueda con una composición diferente. De repente le vino a la mente la imagen de una jovencita que se movía con gracia al son de un piano en un salón. Ese esbelto cuerpo, esa grácil expresión, ¿era posible? El exuberante cabello, recogido artísticamente y entremezclado con hilos de perlas, resplandecía a la luz de las velas.

La miró fijamente a la cara, de la que solo se podía ver la frente, de un blanco inmaculado, por encima de la máscara, recubierta de perlas. El mentón, como de niña, terminaba en un cuello delgado.

Dieffenbach comenzó a cavilar. No estaba muy seguro. Había transcurrido

por lo menos un año desde que había visto a Elvira Tondeau, pero su instinto le decía que no se equivocaba.

—¿Qué le sucede? —quiso saber la condesa—. Le veo muy serio.

—Eso es imposible. Llevo una máscara —le recordó.

Ludovica soltó una aguda carcajada.

—¡Lo noto! ¿Qué le sucede, querido amigo?

—Creo que sé quién se esconde tras la máscara dorada.

—Ah, pues dígamelo. Diría que no haya nadie en esta sala que no esté ansioso por saber la verdad.

—No creo que deba revelar ese secreto tan cuidadosamente guardado —espetó asustado.

Ludovica insistió otro poco, después desistió.

Cuando regresaron al palco, él sintió de repente que ella se quedaba de piedra. Siguió su mirada hasta uno de los palcos, donde un corpulento hombre de pelo ralo abrazaba a una rubia con un traje ceñido y hundía sus labios en los abultados senos. Ella se reía entre dientes y no se mostraba reacia a las insinuaciones. Lo rodeó con los brazos y lo acercó, y entonces le quitó la máscara. Ludovica se estremeció y se llevó enseguida a Dieffenbach, pero él ya había reconocido al conde. ¿Debía hablarlo con Ludovica? No, eso era un asunto entre los condes. Optó por llevarla de vuelta al palco y le sirvió una copa de champán. Pero el hechizo se había roto. ¿Debían tal vez irse discretamente?

—No se escabulla ahora, querido amigo —repuso Ludovica rechazando su propuesta—. Todavía tiene que bailar conmigo al menos una docena de rondas de vals ¡y una polca!

Dieffenbach cedió, aunque se sorprendía una y otra vez buscando entre los invitados la figura del conde.

Más tarde, cuando, cansados de bailar y embriagados por el champán, se

dirigieron a la salida, volvieron a ver a la hermosa joven de la máscara dorada y a sus dos acompañantes. En un principio les llamó la atención el príncipe de dominó rojo, que aparentemente rastreaaba todos los palcos, pero ella no estaba allí. Entonces la máscara dorada se precipitó de repente por el portal ante Dieffenbach y la condesa, y fue corriendo hacia un carruaje que estaba esperando. El veneciano la alcanzó y la abrazó. Ella pareció dudar, y entonces se acurrucó contra él un instante. Él le habló con insistencia, sus labios se juntaron.

—Ahora lo sabremos —vaticinó la condesa, sin perder de vista a la pareja.

La mano de él se alzó hacia su máscara. Entonces ella empezó a resistirse. Se libró de su brazo.

—No —exclamó la joven—. No es posible.

No quiso darse por vencido, se acercó al carruaje y esperó una señal. Ella se volvió a asomar a la ventana, y Ludovica y Dieffenbach vieron cómo ella le acariciaba la mejilla cariñosamente. Después le dio la orden al cochero, y los caballos arrancaron. Perdido, el veneciano se quedó atrás ante el Colosseum y la siguió con la mirada. Pero ahora el dominó rojo había descubierto a su contrincante. El príncipe Friedrich se había quitado la máscara y fue corriendo hacia el veneciano, que también se desenmascaró.

—¡No puede ser verdad! —se lamentó Dieffenbach.

—¡Sanson, exijo un desagravio! —gritó uno.

—Lo tendrá —respondió el otro—. Dígame lugar y hora, allí estaré.

Entretanto había llegado el carruaje de Dieffenbach, y este ayudó a la condesa a subir.

—¿Quién es? —quiso saber ella—. Ha reconocido al veneciano, ¿no es cierto?

Él gimió.

—Un joven médico de Rusia, que debe aprender a perfeccionar su técnica

quirúrgica durante unos meses en la Charité. Solo espero que en su lugar no se lleve un balazo en un claro, fuera de las murallas de Berlín, ni le claven una espada en el vientre.

Ludovica volvió a intentar sonsacarle la identidad de la joven de la máscara dorada, pero él eludió responder y afirmó no estar ya seguro de sí mismo.

Ludovica yacía ya en la cama y estaba a punto de caer en un profundo sueño cuando unos pasos ante la puerta la sobresaltaron. Era la pesada zancada del conde. Abrió la puerta de golpe y con tanto ímpetu que chocó contra la pared. Vacilante, se acercó a la cama. Ludovica se incorporó.

—¿Qué quieres a estas horas? —preguntó ella, malhumorada.

—Puedo venir aquí a cualquier hora —respondió, y la miró fijamente con los ojos inyectados en sangre—. Eres mi mujer. ¡Puedo hacer contigo lo que quiera!

—Estás borracho y deberías irte a la cama —respondió Ludovica, esforzándose en mantener un tono tranquilo aunque estuviese furiosa por dentro.

—¿Y qué? Pues estoy borracho —balbució—. ¿No estás tú también embriagada por el champán, o acaso es por los besos de tu amante?

—¡No digas tonterías!

—¿Tonterías? ¿Ah, sí? No me mientas. Te reconocí. ¡Estabas en el baile del Colosseum! ¿Quién es el tipo con el que me engañas en público?

Ella sabía que no era bueno provocarlo, pero aun así no logró contenerse.

—¿Me reconociste? Me sorprende, con lo obcecado que estabas con los pechos de tu rubia.

—¡Eso no te incumbe en absoluto! —gritó—. Eres mi mujer, y te tienes que comportar como es debido. ¿Quién es el tipo con el que me dejas en ridículo?

—Al contrario que tú, yo estaba allí solamente para bailar —refunfuñó.

De repente, él alargó la mano y la cogió del pelo.

—No permitiré que te rías de mí —dijo jadeando.

El dolor le arrancó un gemido.

—¡Suelta!

Pero él la agarró más fuerte y la sacó a rastras de la cama. Pese a la embriaguez, era fuerte y la empujó al suelo.

—Suéltame —volvió a exigir Ludovica intentando liberar el pelo de su puño.

—¡Me engañas! —gritó.

El conde tomó impulso y la golpeó con tanta fuerza en la cara que Ludovica chocó con el cogote contra el armazón de la cama. La sangre salpicó la frazada y le goteó después por la nuca. Aturdida, cayó al suelo. Cornelia, la doncella, salió chillando del vestidor y llamó a los criados, que entraron temerosos en el aposento de la condesa y miraron a su alrededor con semblante nervioso.

—Vosotros dos podéis recoger inmediatamente vuestras cosas. Estáis despedidos —gritó el conde, y ella salió como una bala.

Los dos hombres se estremecieron. Solo esperaban que a la mañana siguiente no recordara nada. El conde seguía rabiando, pero la borrachera pronto le haría caer en un profundo sueño.

Maldiciendo entre dientes, salió por fin tambaleándose y cerró la puerta tras él. Ambos criados lo siguieron.

—Cornelia, ayúdeme —se lamentó Ludovica.

La doncella se arrodilló junto a ella y le puso un pañuelo sobre la herida que sangraba en el cogote.

—Necesita un médico —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Voy a buscar al doctor Dieffenbach?

—No, de ningún modo —repuso la condesa—. Todo se arreglará. No es la

primera vez que el conde pierde los estribos. Mañana volverá a arrepentirse.

Le sobrevino un mareo, las mejillas le ardían y sintió como si la nariz estuviese rota. Notó un sabor a sangre en la boca. Se quejó de dolor cuando Cornelia la ayudó a subir a la cama. Le limpió la sangre con el máximo cuidado y le dio después un vaso con láudano. El dolor cesó, y se fue hundiendo poco a poco en una agradable oscuridad.

Sangre y lágrimas

La noche todavía no había tocado a su fin cuando llamaron a Dieffenbach para una emergencia. Apremió a los caballos por las calles vacías en dirección a la casa de la familia Tondeau. Con el maletín en la mano, cruzó corriendo la puerta que un criado le había abierto.

Se encontró con la señora de la casa, que estaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —Sollozó y le cogió la mano para llevarlo al dormitorio de su hija.

Allí yacía Elvira rodeada de sangre. Toda la cama y la alfombra de delante tenían reflejos rojos. La había encontrado la doncella y con serenidad le había envuelto las muñecas con jirones de tela, que ahora estaban también empapados de sangre. Dieffenbach se acercó a la cama. La muchacha, que seguía llevando la máscara dorada sobre su cara destrozada, estaba inconsciente.

—Rápido, un frasco de sales —exclamó mientras le quitaba las tiras de tela para examinar la gravedad de los daños que Elvira se había causado.

—No debí dejarla ir al baile. —La madre lloraba desconsolada—. Estaba mal, pero pensé que tenía derecho a sentirse una muchacha normal y corriente por lo menos una vez al año. Tendría que haber sabido que eso le traería más penas que alegrías.

—Usted lo hizo con buena intención —la calmó Dieffenbach, y volvió a ponerle los vendajes.

Elvira casi había dejado de sangrar, y los acres vapores del frasco de esencias bastaron para despertarla. Probablemente se repondría pronto.

—Vaya a la cocina y prepárele a Elvira una sopa sustanciosa —ordenó para alejar a la madre de la habitación durante un rato.

—¿Pero en qué estaba pensado, señorita Elvira? —dijo entonces, presionando su mano fría.

—Había un hombre en el baile. Era muy amable y encantador. Quería hacerme una propuesta de matrimonio, pero se enamoró solo de la máscara, no de mí. ¿Cómo iba a hacerlo? Soy un monstruo y siempre lo seré. Nadie me querrá jamás.

—Todavía podemos intentarlo, si confía en mí —repuso Dieffenbach—. Será doloroso, y exige paciencia, pero le puedo reconstruir la nariz y corregir los labios. Solo necesita mucho valor y determinación, y en cuanto los tenga, me pondré a trabajar enseguida.

Cuando su madre regresó con la sopa, Elvira ya estaba tan recuperada que Dieffenbach pudo dejarla sola. Le proporcionó otro tónico vigorizante y prometió volver la noche siguiente para examinar otra vez los cortes.

—Si tenemos suerte, cicatrizarán sin que se forme pus —dijo esperanzado a madame Tondeau, y después se dirigió a la hija—: ¡Cuando esté lo bastante fuerte, vendrá a verme y la ayudaré!

Esta vez estaba preparada para atreverse con el experimento.

—¡Iré! —prometió, y le lanzó a su madre una mirada interrogante.

Madame Tondeau asintió entre lágrimas.

—No importa lo que cueste. Aunque solo haya un atisbo de esperanza, te apoyaremos en cada paso.

Dieffenbach se despidió. ¡Menuda noche! Cansado, dejó que los caballos regresaran a casa al trote y se alegró de poder desayunar con Emilie. Pero apenas se había sentado a la mesa cuando alguien llamó a la puerta.

La muchacha abrió. Un lacayo del conde de Bredow esperaba en el umbral.

—¿Quién es? ¿El conde? —preguntó Dieffenbach, enojado. Si no podía soportar a alguien esa mañana, era a ese hipocondríaco.

—No se trata del conde Gottfried —dijo el lacayo, que parecía no encontrarse nada bien—. El señor ha abandonado la casa de madrugada. Me envía Cornelia, la doncella de la condesa. No creo que la señora lo sepa.

Dieffenbach frunció el ceño. No conseguía atar cabos. Emilie se acercó al lacayo y lo miró de arriba abajo.

—¿Y qué le hace falta a su señora?

—Eh, no puedo decir nada al respecto. Yo no estaba allí. Solo he... Solo he oído los ruidos de esta noche.

—¿Qué ruidos? —insistió Emilie.

—Creo que el conde estaba muy irritado —dijo el criado en voz baja—. Tal vez también borracho. Puede que haya ocurrido un accidente o algo así.

Emilie miró con preocupación a su marido.

—Creo que deberías ir a verla. Si no es grave, vuelve. Te mantendré el desayuno caliente.

Dieffenbach abrazó a su mujer.

—Eres lo mejor que me podía pasar. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, y ahora ve a ver cómo puedes ayudar a la condesa Ludovica.

No era hombre de perder la compostura, pero el estado en el que encontró a la condesa lo impresionó, sobre todo al comprender el significado de aquellas heridas. Se le encogió el corazón. Sintió compasión, pero también la quemazón de la profunda culpa. Sospechó que él era parte de esa tragedia.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Ludovica levantando la sábana para

ocultar su vergüenza.

—Soy su médico. Vendré siempre que necesite ayuda —dijo intentando adoptar un tono de voz tranquilo.

Extenuada, sacudió la cabeza y dejó caer la sábana para que la luz de la mañana revelase todo el daño que el puño del conde había ocasionado.

Cornelia se retiró discretamente al vestidor.

—Señora, le basta con llamarme si me necesita —dijo antes de cerrar la puerta.

Dieffenbach examinó la maltratada cara de Ludovica.

Sin fuerza, ella levantó la mano.

—Me encuentro mal —susurró de un modo ininteligible. Tenía los labios hinchados y con sangre reseca—. Parece que todo a mi alrededor da vueltas.

Le pasó el brazo por debajo del tronco y la ayudó a incorporarse. Ella temblaba, de modo que tuvo que sujetarla. En el cogote tenía pegado un pañuelo ensangrentado, que él retiró con cuidado. La fisura solo medía unos centímetros, pero como la cabeza estaba bien irrigada, las heridas sangraban profusamente. Con cuidado secó las gotas de sangre y después anudó una tira de tela sobre la almohadilla de hilas, que presionaba la herida para detener la hemorragia.

—La herida se cerrará sola. Pero no debe lavarse ni peinarse el cabello en los próximos días.

Ludovica hizo un mohín con sus labios hinchados.

—Creo que sería una sabia decisión cancelar mis compromisos sociales, ¿qué opina?

Lo miró con el ojo derecho. El izquierdo estaba totalmente cerrado por la inflamación, y también le había salido un hematoma azulado en la mejilla.

—Pasaré por lo menos una semana hasta que la doncella pueda ocultar las marcas con polvos —dijo con pesar, sin reparar en su tono medio jocoso.

—De todas formas, no me apetece divertirme. —Le cayó una lágrima, que bajó por la mejilla ilesa.

—Me parte el corazón verla así —dijo Dieffenbach.

Se sentó en la cama. A pesar de su lamentable aspecto, estaba encantadora. Por un momento el médico olvidó su cometido y todo lo que comportaba. Solo quería protegerla, consolarla, acariciarla. La abrazó por la cintura.

—Cometí un error. No debí acompañarla a ese baile.

—No tiene la culpa, querido amigo —repuso Ludovica—. Yo lo persuadí para que asistiese. Si le guardo rencor a alguien, es a Gottfried. ¿Acaso tiene derecho a juzgarme? ¿Puede tratar así a su mujer? No debemos sentirnos culpables de nada. ¿No era él quien se besuqueaba con la rubia en el reservado? ¿Dónde están mis derechos?

—El mundo es injusto, sobre todo con las mujeres —susurró Dieffenbach.

Le resultaba tan cercana, tan delicada y vulnerable, tan deseable pese a sus heridas. Sus labios acariciaron la mejilla intacta y recorrieron después el cuello. Ludovica se acurrucó contra él. Inhaló su olor, que la embriagaba. Era como si solo existiesen ellos dos en ese momento. Cuando ella le rozó los labios con los suyos, él notó las sangrientas costras. Muy levemente movió la boca para no hacerle daño. Le resultaba tan cercana, aún más cercana que bailando. Notó su esbelto cuerpo, cubierto tan solo por un camisón de seda. Así permanecieron durante un rato, conscientes de lo valioso que era para ambos ese momento. La unión que sentían desde hacía ya tanto tiempo exigía la cercanía de sus cuerpos. En ese preciso instante no querían pensar si estaba bien o mal. En ese momento solo estaban los dos y la maravillosa sensación de sus cuerpos estrechamente abrazados.

Pero el instante se esfumó, y la razón volvió a imponerse al sentimiento y la pasión.

Dieffenbach se separó a disgusto y se levantó.

—Sus heridas cicatrizarán pronto. Por lo menos las que puedo ver. Todo lo demás no está en mis manos. —Vaciló, pero después se atrevió a preguntar—: ¿Es la primera vez que el conde pierde los estribos?

Ludovica negó con la cabeza.

—Monta en cólera con facilidad. Los celos, sobre todo, hacen bullir su irritable temperamento.

—En ese caso, sería sensato que no la volviese a visitar aquí —sugirió él, aunque era lo último que quería.

—Gottfried no sabe que era usted mi acompañante —objetó la condesa—. Sus celos no van dirigidos contra usted.

Dieffenbach cogió sus manos.

—Entonces debemos ocuparnos de que siga siendo así. Le dejo aquí un medicamento que aliviará los dolores y le hará dormir mejor. Creo que sus heridas se cerrarán bien sin necesidad de más asistencia médica. Tal vez debería mantenerme alejado de aquí, por lo menos hasta que se hayan calmado los ánimos.

Ahora volvía a ser el solícito médico que atendía a una paciente. Intentaba al mismo tiempo no pensar en Emilie, la mala conciencia aparecería muy pronto. No es que un abrazo o un beso fuesen una falta tan grave. Era más bien lo que no habían hecho. Lo que él había visto en sus sueños. Lo que ambos podían reprimir a duras penas. A la vez amaba a su joven esposa con toda el alma. Era su remanso de tranquilidad, su ancla, el puerto al que regresaba todas las noches.

Ludovica era un lejano sueño que no se podía cumplir.

Que no se debía cumplir.

Elisabeth tenía otra vez que poner orden en la sala de las mujeres inquietas.

Había lágrimas que secar y disputas que dirimir. Una de las pacientes sufrió un ataque epiléptico. La piretoterapia, que los profesores Ideler y Dieffenbach habían probado en ella, no había supuesto aparentemente una curación duradera. El vestido de Elisabeth estaba calado de sudor cuando por fin llegó el silencio y pudo abandonar la sala para atender a los melancólicos. En el pasillo casi se tropezó con un hombre vestido con el uniforme azul de los médicos militares. Ambos se volvieron.

—Doctor Heydecker, ¿qué hace usted aquí? Pensaba que ahora trabajaba en el área de cirugía.

Él la miró con ojos radiantes.

—Sí, exacto, y ahora la asalto con un favor: ¿se trasladaría también con el profesor Dieffenbach a cirugía? Se lo preguntaré a él, pero primero tengo que saber si usted quiere, y si no le importa volver a reñirme.

—Usted es médico, eso no me corresponde a mí en absoluto —repuso Elisabeth con una humildad nada habitual, y sintió cómo se le ensanchaba el corazón.

Él soltó una carcajada.

—No creo que nada la detenga si desea manifestar su opinión.

—Es posible. De modo que piénselo bien si de verdad quiere volver a trabajar conmigo.

—¡No hay nada que pensar! —se apresuró a contestar cogiendo su mano. Se la estrechó ceremoniosamente—. Por un buen trabajo en equipo, enfermera Elisabeth.

—Pero aún tiene que preguntarle al profesor Dieffenbach.

—Eso haré —prometió, y se marchó a paso ligero.

Elisabeth lo siguió con la mirada. El corazón se le aceleró y notó una extraña debilidad en las piernas. ¿Qué pasaba con él? Tenía que reconocer que lo había echado muchísimo de menos desde que había abandonado la unidad

del profesor Ideler. Era la esperanza de trabajar a su lado todos los días la que hacía que su corazón latiera feliz.

Se ha ido. Quién sabe cuándo lo volveré a ver. Ya lo extraño tanto que las lágrimas me arden tras los párpados. ¿Por qué no lo contradije? ¿Soy tan miedosa y timorata que renuncio a lo que, después de mi hija, me es máspreciado? ¿Cómo pude dejar que G. se saliera con la suya usando la fuerza bruta?

Todavía me afligen los dolores, pero espero que con la convalecencia también vuelva el valor y encuentre las fuerzas para vencer mi miedo. Y después volveré a ver su amado rostro, después mis manos tocarán las suyas y mis labios sentirán los suyos.

Se oyeron pasos fuera. Ludovica cerró el diario de golpe y lo metió en el cajón de su tocador, debajo de los cosméticos. Se dio la vuelta en la silla y se preparó para encontrarse con su marido, al que no había vuelto a ver desde el enfrentamiento. Como un cobarde, se había marchado a Charlottenburg, presuntamente para escapar de sus reproches. Aunque ella no tenía previsto afrontarlo. Su aspecto le resultaría sin duda suficiente castigo.

Llamó y abrió la puerta con timidez.

—Oh, Dios mío —se lamentó el conde cuando sus miradas se cruzaron.

Ludovica estaba incorporada y le sostuvo la mirada con el ojo sano. Seguía sin poder abrir el otro. En camisón, que favorecía su figura de niña, y con un delicado *déshabillé* de encaje sobre sus blancos hombros, debió de parecerle un ángel caído del cielo, por lo que las heridas resultaban aún más brutales. Ludovica era absolutamente consciente de su efecto, pero no tenía previsto ponérselo fácil. Le guardaba rencor más por la injusticia que por los golpes. ¿Por qué debía estarle permitido divertirse solo a él?

El conde Gottfried se dirigió hacia ella y se arrodilló. Cogió sus manos.

—Perdóname, Ludovica. Perdí los estribos. Mi endemoniado temperamento, tú sabes que no tengo la culpa. Se apoderó inesperadamente de mí, pero me reformaré. Lo prometo. Me ofendió tanto, y después todo ese champán... Podrías haberle preguntado a mi primo si de repente te entraron ganas de ir al baile de máscaras. Seguro que te hubiese acompañado, y entonces no habría sucedido nada.

—¿Y cómo sabes que no era el hombre que estaba a mi lado? —repuso Ludovica.

El conde la miró, sorprendido.

—No, no puede ser. Él es más gordo que tu acompañante, y ya no tiene tanto pelo.

—¿Lo viste pese a la máscara y el dominó?

Confuso, el conde se irguió.

—Bueno, si es así, deberías habérmelo dicho.

—¿Antes o después de que me tirases al suelo? —Ella seguía hurgando en la herida.

Gottfried volvió a coger sus manos.

—Por favor, discúlpame. No puedo soportar que me guardes rencor.

Ludovica reprimió un suspiro. Era su marido, era el padre de su querida hija. Tenían que llevarse bien y sacarle el máximo provecho a su vida en común.

—Te perdono —dijo.

Aliviado, el conde se llevó sus manos a los labios.

—¡Te lo agradezco!

Se levantó y emprendió la retirada.

Ludovica solo esperaba que no se cruzase con su primo demasiado pronto y que para entonces se olvidase de preguntarle por el baile de máscaras.

Con sentimientos encontrados, Elisabeth se despidió de la unidad del profesor Ideler. Admiraba al médico por su agradable y tranquilo carácter, si bien alguna vez había tomado medidas que le parecían crueles. Sin embargo, obtenía una y otra vez éxitos, y daba de alta a pacientes ya recuperados. No obstante, también había algunos en los que el deterioro mental había avanzado tanto que tenían que pasar el resto de sus cortas vidas en la Charité.

«Reblandecimiento del cerebro y de la médula espinal», solía ser el diagnóstico. Generalmente la enfermedad empezaba con amnesia y fuertes dolores de cabeza. Más adelante, si el agente patológico se extendía a los nervios, se manifestaban problemas del habla, o los enfermos perdían la vista. Pero también los brazos y las piernas estaban cada vez más afectados. Comenzaba con dolores, después los pacientes ya no sentían el calor o el frío, aparecía la parálisis. Al final estaban parapléjicos, ciegos y mudos, y vegetaban hasta que morían.

Martha ya había diseccionado a algunos de estos muertos e informado sobre los inmensos daños en el cerebro y en la médula espinal, pero también sobre las nudosidades y úlceras en distintos órganos.

—¿Sabes lo que me ha llamado la atención? —le había dicho un día a Elisabeth—. Cuántas de estas mujeres se ganaban la vida en la calle, y sé de al menos cinco que estuvieron en la Charité ya hace años y recibieron tratamiento para la sífilis con una cura de mercurio. También algunos muertos varones habían tenido sífilis antes. No lo sé, pero ¿no podría ser que estas úlceras internas solo constituyan otra forma de sífilis, después de que las úlceras externas se hayan curado?

Elisabeth se había quedado mirando a Martha con los ojos como platos.

—¡Eso significaría que el mercurio no cura a los pacientes!

—O que después se vuelven a infectar y, la segunda vez, la enfermedad se extiende por su interior.

—¿Cómo se podría demostrar?

Pero Martha tampoco tenía una respuesta.

En todo caso, Elisabeth hizo su ronda entre las enfermas melancólicas y mentales por última vez y se despidió de todas las que tenían la mente lo bastante lúcida como para entender sus palabras.

Después le dio la mano al profesor Ideler una última vez. Él lamentó su cambio.

—La echaremos de menos, enfermera Elisabeth —dijo con sinceridad.

Se sintió halagada.

—Gracias, profesor. Ha sido una etapa sin duda instructiva e interesante para mí. Y ha tenido la paciencia de hablar conmigo.

Al mediodía, Elisabeth se puso en contacto con el profesor Dieffenbach, que pasaba consulta todos los días a esa hora y operaba a continuación. Los otros médicos jefes solían hacer acto de presencia solo dos o tres veces por semana y preferían claramente tratar a sus adinerados pacientes en los consultorios del centro. Con el sueldo que pagaba la Charité, ningún médico podría haber llevado, de hecho, una vida placentera.

Incluso Elisabeth lo sabía. Y también que ese era el principal problema de los jóvenes médicos militares, una vez terminada la academia. El doctor Heydecker le había explicado que primero tenían que ascender al rango de subteniente para conseguir el nombramiento de médico de regimiento si querían abrir su propio consultorio y ganar un dinero extra. Como cirujano de compañía, uno se tenía que arreglar con la pobre soldada del ejército, por lo que era complicado pensar siquiera en formar una familia.

¿Por qué le había contado en realidad todo eso?

Ahuyentó los azules ojos de su mente y se puso a pensar en el doctor Dieffenbach y sus métodos quirúrgicos, que eran el único motivo por el que se había trasladado a su área. Al menos, podía intentar convencerse de ello.

Una nariz nueva

Llegó marzo, y un primer aroma de primavera acarició Berlín. Elisabeth estaba cambiando la ropa de algunas camas de la gran sala de mujeres, en el área de sesiones externas, cuando se le acercó Alexander Heydecker.

—La necesitan —dijo él.

Elisabeth ahuecó la almohada y le puso la funda limpia.

—Como ve, doctor Heydecker, estoy ocupada. Todavía tengo que repartir el almuerzo.

—De eso se puede encargar la enfermera Olga —contestó—. Tiene que venir conmigo. ¡Ya!

Elisabeth reprimió su desagrado y salió con él de la crujía.

—¿Qué es tan importante?

—Tiene que preparar el cuarto que está al final del corredor para una paciente.

Elisabeth lo miró extrañada.

—¿Se alojará allí sola?

—Sí, viene de una distinguida familia que lo paga todo.

—¿Y se opera aquí, en la Charité? Qué insólito. ¿Por qué no hace ir a un médico a su casa? Es bien sabido que, tras algunas operaciones, una curación se logra a menudo *per primam* sin rastro de supuración. Aquí, en la Charité, solo es posible una curación *per secundam* si el pus drena y se forma el tejido granular, que oblitera la herida.

Alexander Heydecker la miró elogiosamente.

—Ha aprendido mucho, y seguro que tiene razón, pero en este caso serán necesarias varias operaciones, y es importante que la paciente se mantenga durante un largo período bajo la estricta supervisión de los médicos. Podría llegar a durar semanas o incluso meses.

Elisabeth arqueó dubitativa las cejas.

—¿Qué necesita la paciente, pues?

—Eso lo verá usted misma luego. Debe asistir en la operación.

—¿Qué? ¿Yo? Pero ¿por qué? —preguntó Elisabeth sorprendida—. No tengo experiencia en algo así. ¿De qué se trata?

—De la especialidad del doctor Dieffenbach. Le demostrará al profesor Von Graefe que su técnica nasal es mejor y que se obtienen excelentes resultados.

—¿Una nariz nueva? ¿Por qué necesita la paciente una nariz nueva? —insistió Elisabeth, pero el doctor Heydecker no estaba dispuesto a revelarle más.

Así que la enfermera se apresuró a adecuar la habitación, que por su sencillez no sería ni por asomo equiparable con la alcoba a la que la paciente estaba acostumbrada en casa, pero el doctor Dieffenbach podría visitarla todos los días.

Curiosa, si bien con cierto temor, Elisabeth se encaminó a la sala de operaciones, en cuyas gradas aquel día no había ni un solo estudiante. Estaba sorprendida. Normalmente las operaciones del doctor Dieffenbach suscitaban mucho interés, no solo entre los estudiantes sino también entre los médicos extranjeros, pero el ayudante hizo su ronda y después cerró con llave la puerta que daba a las gradas.

Elisabeth se quedó junto a la mesa de operaciones, un poco perdida, mientras el doctor Heydecker traía el carrito con el instrumental quirúrgico y

los vendajes, y se ponía a prepararlo todo como exigía Dieffenbach. Cuando le pudo la curiosidad, la enfermera empezó a hacer preguntas sobre todo lo que le parecía extraño. Por ejemplo, había en el carrito unas gruesas velas de sebo llenas de incontables alfileres que parecían erizos.

—Todos esos alfileres finos, ¿para qué los necesita el doctor Dieffenbach? —quiso saber.

—Son los alfileres entomológicos de Karlsbad —aclaró Heydecker—. Son más finos que los alfileres ordinarios. Al principio solo los utilizaban los coleccionistas de insectos, para atravesar su presa. Estos pequeños asistentes ya llamaron la atención del doctor Dieffenbach cuando estudiaba. Grapaba los labios de las heridas con los alfileres y los envolvía con estos hilos y un nudo, que el profesor también inventó. —Señaló un platillo con un hilo fino—. Así, los labios de las heridas se juntan de forma rápida y limpia, sin que un hilo grueso los irrite. En lugar de feas carnosidades de tejido granular se forma una simple y hermosa cicatriz.

Elisabeth asintió y examinó después los distintos escalpelos. Descubrió hojas finas y afiladas, algunas eran rectas, otras tenían formas abombadas y estaban provistas de mangos de marfil. Además, había varias tijeras y ganchos, tenazas y pinzas dispuestos sobre una bandeja. Antes de que pudiera hacer más preguntas, la puerta se abrió.

El doctor Dieffenbach entró. Llevaba como de costumbre su frac verde con botones dorados. Elisabeth fue consciente una vez más de lo impresionante que era su aspecto, y no solo por su estatura y su apariencia. Eran su compostura y la expresión de su cara las que causaban buena impresión.

Elisabeth hizo sin querer una reverencia ante él.

—Doctor Dieffenbach —murmuró—. No sé muy bien lo que debo hacer. No tengo experiencia en algo así.

Él la miró con una amable sonrisa.

—He conversado mucho con el director Kluge y con el profesor Ideler sobre usted. Es trabajadora y tiene mano con sus pacientes. Estoy convencido de que también es reservada y discreta. Por eso quería que estuviese presente en esta operación como apoyo psíquico a nuestra paciente. Serán momentos duros y dolorosos, y creo que ella necesitará una confidente en la Charité que la ayude a superar los días difíciles. Solo tiene que encargarse de ella, durante y después de la operación. Cójale la mano, consuélala y anímela si es preciso.

Elisabeth asintió.

—El doctor Heydecker y el oficial médico Grossheim me asistirán en la operación en sí y ayudarán a sujetar a la paciente para no poner en peligro el resultado.

Elisabeth tragó saliva. Tenía un poco de miedo, pero se esforzaba por mantener una expresión valiente.

Se oyeron pasos fuera.

—Creo que ahí viene. Se llama Elvira Tondeau, una joven dama que sufre un difícil destino. Su enfermedad se denomina escrofulismo, una devastadora erupción cutánea que destruye la piel, la carne y los cartílagos. ¡Por favor, no se asuste! —la avisó el doctor Dieffenbach antes de que se abriese la puerta y el oficial médico hiciera pasar a la sala de operaciones a una dama tapada con un velo.

El doctor Grossheim la llevó a la mesa, que se había transformado en una silla ligeramente reclinada. La dama se dirigió al doctor Dieffenbach y le tendió la mano para saludarlo. Elisabeth vio que sus muñecas estaban vendadas, pero seguía sin poder reconocer la cara de la paciente. Su voz, sus gráciles movimientos y la estrecha figura revelaban que se trataba de una joven.

El doctor Heydecker le tendió la mano y la ayudó a tomar asiento en la silla.

Elisabeth vio que temblaba, lo que no la sorprendió. La paciente tenía claro que la intervención iba a ser dolorosa.

—¿Me permite? —el doctor Dieffenbach le quitó el velo.

Aunque había avisado a Elisabeth, la enfermera se tuvo que controlar para poner buena cara y ocultar el espanto al ver el rostro destrozado. Donde debería estar la nariz solo se abría un agujero, del que asomaba el hueso desnudo. Ambas mitades del labio superior crecían verticalmente, el párpado izquierdo caía hacia abajo. Sobre toda la destrucción se encumbraba una frente delicada y blanca. Elisabeth admiró su reluciente pelo castaño, que llevaba recogido en un austero peinado.

Elisabeth saludó a la joven.

—Soy la enfermera Elisabeth. Estaré junto a usted mientras la operen y la atenderé a continuación. Puede acudir a mí para cualquier cosa. Permaneceré a su lado todo el tiempo durante la intervención. ¡Lo conseguirá! Con el doctor Dieffenbach está en las mejores manos.

—Me llamo Elvira —dijo la joven con voz firme—. Lo aguantaré todo si hay esperanzas de tener algún día una cara de verdad.

—La tendrá —afirmó Dieffenbach—. Intentaré trabajar lo más rápido posible para no molestarla innecesariamente. Lo haremos por partes. Hoy empezaremos con los labios. Separaré la hendidura y le moldearé una hermosa boca. Confíe en mí.

Elvira asintió y se recostó. Elisabeth se sentó en un taburete junto a ella y cogió su mano, mientras el doctor Heydecker se posicionaba en la parte frontal. El oficial médico Grossheim le tendió al doctor Dieffenbach el escalpelo, pero el cirujano vaciló.

—Creo que les interesará: por la mañana, tras el baile de máscaras en el Colosseum, se libró ante las puertas de la ciudad un duelo por una joven, una belleza desconocida que había ocultado su cara bajo una máscara dorada. Un

caballero vestido de comerciante veneciano se enfrentó con un príncipe de dominó rojo.

Elisabeth no le encontraba ningún sentido a las palabras del profesor, pero la paciente respiró haciendo mucho ruido y estrechó su mano.

—¿Cómo acabó? —susurró Elvira.

—Bueno, el dominó, un capitán de caballería de sangre regia, acaba de ser trasladado a la Prusia Oriental. Y el comerciante es, en realidad, un cirujano. Vino de Rusia para perfeccionar aquí, con nosotros, su método operatorio, pero supongo que tardará unas semanas hasta que pueda quitarse el cabestrillo y volver a utilizar el escalpelo. Supongo que regresará a su tierra para recuperarse.

A Elvira se le escapó una lágrima.

—Empiece —dijo con voz firme.

Dieffenbach asintió y llevó el escalpelo al labio superior. La punta del afilado instrumento se hundió en la piel y seccionó la carne hasta el hueso.

Elvira no gritó, pero Elisabeth sintió lo mucho que se retorció.

Los dedos de Dieffenbach palparon la hendidura entre las mucosas y a lo largo de la mandíbula, y las separó con un corte limpio. Con cuidado, arqueó la mitad del labio hacia abajo. Parecía coriácea. Sin duda tantas infecciones habían hecho que el tejido perdiera la flexibilidad. Elisabeth vio que el labio era demasiado corto en ese estado como para unirlo con la otra mitad.

También el oficial médico Grossheim se dio claramente cuenta del problema.

—¿Qué hará? —preguntó en voz baja.

Dieffenbach pensó un instante.

—Cortaré los labios de la herida por ambos lados en forma de media luna. Así podré prolongar el labio.

Separó con agilidad el otro lado y procedió del mismo modo. Ahora ambas

partes se unían por debajo de la fosa nasal.

—¿Cosemos? —preguntó el oficial médico, pero Dieffenbach negó con la cabeza.

—Alcánceme los alfileres.

Con habilidad, introdujo los flexibles alfileres en la carne y grapó las mitades del labio. Con un hilo fino envolvió los alfileres de tal manera que se mantuvieran en una determinada posición. Después se incorporó y vio a la paciente con una tranquilizadora sonrisa en su destrozada cara.

—Por hoy hemos terminado.

A la valiente joven se le escapó un suspiro. El primer sonido que había emitido desde el principio de la operación.

—La enfermera Elisabeth y el doctor Heydecker la acompañarán a su habitación. Si necesita algo, dígalos.

Elvira insinuó un asentimiento. Elisabeth y el joven médico la ayudaron a levantarse y la llevaron al cuarto en el que Elisabeth había preparado ya su cama.

Agotada, la joven se dejó caer en la cama y cerró los ojos. El doctor Heydecker le administró un poco de láudano, y poco después la paciente se durmió. Elisabeth se quedó a su lado y contempló su cara destrozada con las dos protuberancias ensangrentadas, de las que sobresalían brillantes alfileres plateados. Era como mirar el miedo, ante el que más de uno se hubiese santiguado.

—Y esto solo es el principio —murmuró.

El destino de Elvira la afectó mucho. Había nacido en una casa ostensiblemente rica que habría podido darle toda la felicidad y todo el lujo. Había sido dotada de un cuerpo hermoso y agraciado, y sin embargo su destino había tomado un camino cruel.

—Moldear la nariz será mucho más difícil. ¿Qué opina?

El doctor Heydecker asintió.

—Sin duda. Y todavía no podemos hablar en absoluto de éxito. Una operación no es más que un primer paso. Solo si dentro de unos días no aparece la gangrena, podremos hablar de éxito.

Elisabeth le acarició a la paciente su magnífica melena, que ahora se extendía sobre la almohada formando refulgentes ondas.

—Le deseo toda la suerte del mundo. Esperemos que el doctor Dieffenbach la pueda librar de esta maldición.

—Si alguien lo puede conseguir, es el doctor Dieffenbach —afirmó Heydecker.

Se inclinó hacia delante y retiró la mano de Elisabeth de los rizos de Elvira. Al notar su contacto, Elisabeth sintió un escalofrío. Por miedo a que él se diera cuenta, apartó enseguida la mano y la escondió detrás de la espalda.

El doctor Heydecker se estremeció al disculparse.

—No quería ofenderla, enfermera Elisabeth. Solo que creo que ya es hora de que nos ocupemos del resto de pacientes. La señorita Elvira dormirá un rato.

Se dirigió a la puerta. Por desgracia, no pudo ver la expresión compungida con la que Elisabeth lo siguió por el pasillo.

Por la noche, cuando Dieffenbach se sentó con Emilie a cenar, seguía pensando en Elvira Tondeau. Emilie apartó su tenedor, se levantó y fue hacia él. Se puso a su espalda y le echó los brazos al cuello.

—¿Qué te aflige? —preguntó—. Hoy estás más callado que de costumbre. ¿Un caso especialmente difícil?

Dieffenbach asintió. Después empezó a hablarle de su paciente. Emilie escuchó con atención. Comentó el parte con empáticas palabras y lo animó con

su decisión. En efecto, era demasiado inteligente para apaciguar sus dudas o limitarse a halagarle. Disponía de suficiente juicio médico como para comprender sus reflexiones. Él tenía que sopesar los riesgos y los beneficios de los distintos métodos y elegir lo mejor para la paciente. Después hacía falta tener buen pulso y la audacia para llevar a cabo la operación lo más deprisa posible, a fin de que la joven no sufriese innecesariamente. Y después también era necesario un poco de suerte o la ayuda de Dios, a fin de que la gangrena no lo echase todo por tierra.

Emilie lo soltó y se sentó en su regazo. Se recostó contra su pecho y lo escuchó hasta que se calló.

—Comprendo los riesgos —dijo ella—, pero creo que tomarás la decisión correcta. Si no te arriesgas, la pobre se tendrá que pasar toda la vida tras una máscara. Creo en ti, y rezaré por la señorita Tondeau.

Dieffenbach la abrazó y la besó.

—Te lo agradezco. Estoy tan contento de tenerte. ¡Te quiero! Ahora eres mi familia.

Emilie le devolvió el beso, y a continuación se levantó y lo miró a los ojos.

—Yo también te quiero, y espero que te alegres cuando nuestra familia aumente un poco más en otoño.

Dieffenbach se la quedó mirando. Y notó que sin querer se le iluminaba la cara.

—¿Estás encinta?

Ella asintió.

—Creo que sí.

Volvió a rodearla con los brazos como si quisiese estrujarla.

—¡Me alegro tantísimo! —susurró en su perfumado pelo.

El doctor Dieffenbach se mostró contento durante la consulta. Habían pasado cuatro semanas desde la primera intervención. La curación avanzaba según lo esperado. Ya al quinto día le había quitado a Elvira los alfileres de su nuevo labio superior. Ahora no solo tenía una boca con dos labios rosados, sino que Dieffenbach también había arreglado el párpado invertido.

—¡Tenga un poco más paciencia! Ya casi ha llegado la hora del paso decisivo —la consoló tendiéndole la mano. Después se encaminó hacia su siguiente paciente, con el joven doctor Heydecker a la zaga.

Fuera ya esperaban unos *pépins*, que lo iban a acompañar a las salas para recibir su instrucción práctica diaria durante la ronda de visitas a los enfermos. Para alivio de Elisabeth, no podían ver a la paciente Elvira Tondeau, aunque resultaría un caso excepcionalmente interesante. Pero ¿cómo se sentiría Elvira al ser mostrada con su dolencia a tantos jóvenes? Elisabeth tenía claro que su procedencia burguesa de casa rica era el motivo de tanta consideración. En cuanto a la vergüenza de las muchas mujeres sin recursos de la Charité, nadie la tenía en cuenta.

La puerta se cerró tras ambos médicos y dejó a la enfermera sola con la paciente.

Elisabeth metió el plato vacío del almuerzo y un vaso en su cesta.

—¿Necesita algo más?

Elvira la miró tan implorante que dejó la cesta y se sentó en el taburete junto a la cama. Tomó aquellas manos delgadas entre las suyas. Qué delicadas eran. Tan blancas y frías. Notó que Elvira temblaba.

—¿Qué le pasa? ¿Está desanimada? —Miró a la joven. Elisabeth la cuidaba día tras día desde hacía semanas y, aun así, le resultó difícil sonreír para darle ánimos. Ese cráter que se abría en lugar de una nariz en medio de la cara... ¿Era posible acostumbrarse a semejante aspecto sin estremecerse por dentro?

—Los días se me hacen eternos —dijo Elvira—. Aunque hace tiempo que

parezco un monstruo, ahora cada día que pasa me supera. Al mismo tiempo tiemblo al pensar en la fase decisiva. No es el miedo a los dolores que esta operación conlleva inevitablemente. Es el temor a la crueldad del destino, que sin compasión me ha dejado en este estado. ¿Volverá a maltratarme, o me tratará esta vez con corazón?

Unas lágrimas cayeron de los ojos color avellana y gotearon sobre la frazada. Instintivamente, Elisabeth rodeó a la joven con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Entiendo su temor. También el profesor Dieffenbach es humano, pero es el mejor médico que podría tener. Rezo todas las noches por usted y por que la operación sea un éxito. Le deseo de todo corazón que pueda ir al próximo baile sin una máscara que le tape la cara.

Entretanto Elisabeth se había enterado de la historia de ambos bailarines, que se habían batido en duelo por los favores de Elvira.

—¿Lo cree de verdad? El doctor Dieffenbach tendría que ser mago para conseguirlo.

Elisabeth intentó disimular sus dudas. Pese a que el cirujano era tan bueno en su campo como para, a partir de aquel paisaje volcánico de huesos desnudos y carne cada vez con más manchas rojas, moldear una cara de la que un joven se pudiese enamorar, lo cierto era que se requería a un médico más que talentoso. Sí, tendría que ser mago, reconoció para sus adentros, mientras animaba a Elvira.

Elisabeth estaba terriblemente cansada, pero el día aún no había tocado a su fin. Salió por el portal. Mayo había llegado. Los árboles estaban cada día más repletos de capullos, que se habían abierto cubriendo las ramas de los árboles frutales con una espuma de flores blancas y rosas.

Elisabeth respiró el fragante aire. Necesitaba simplemente unos minutos de tranquilidad. Unos instantes sin ver a la paciente y sin percibir el hedor que envolvía todo el edificio. Fue caminando por el sendero que daba, pasada la obra, al muro de tarafana que rodeaba la Charité por el norte y el oeste. Pronto estaría listo el nuevo edificio, y la falta de espacio en todas las áreas pasaría a la historia. Una puerta daba al pabellón de viruela, que había alojado a los enfermos de cólera en su primer año. Ahora se consideraba si utilizar el edificio para la formación de parteras.

Elisabeth avanzó bajo las ramas de los árboles, que se extendían hasta los últimos rayos de sol. En el suelo, entre la hierba, brotaban flores amarillas y blancas. Se sentó en el tocón de un manzano talado y cerró los ojos. Si se quedaba un rato allí sentada, probablemente se quedaría dormida, pensó, y creyó notar que la miraban. Abrió los ojos de golpe. Una figura se aproximaba despacio.

—¿La he asustado? No lo pretendía, discúlpeme.

Elisabeth se levantó de un salto y se alisó el delantal.

—Ya voy. Solo quería tomar un poco el aire. Sé que el día aún no ha acabado.

Alexander Heydecker se le acercó al instante y cogió sus manos.

—No he venido para reprenderla.

—¿No? ¿Qué ocurre, pues? ¿Una emergencia?

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Puede descansar un poco y disfrutar de la hermosa tarde.

—Usted no es mi superior —respondió Elisabeth.

—Sí, es cierto, y me alegro. —Levantó la cabeza y aspiró a su vez el aire de la tarde—. ¿Huele las lilas?

Elisabeth estaba confundida, pero de repente también percibió el dulce olor que desprendían las matas de enfrente, pegadas al muro.

Alexander se acercó aún más, y de repente le rodeó la cintura con el brazo. Elisabeth se lo quedó mirando con los ojos como platos. Su cara estaba ahora tan cerca que ella lo veía desdibujado. Notó su aliento sobre la piel y el roce de sus labios contra los suyos. Suaves y tiernos. Una cálida sensación le recorrió el cuerpo. De repente, él no parecía querer más que zambullirse en esos senos. Los labios de ella pedían a gritos corresponder al beso, y la piel anhelaba sus caricias.

¡No! ¡Ella no podía permitírselo!

Era lo más maravilloso que había experimentado hasta entonces.

¡No! Estaba mal y prohibido.

¿Cómo podía ser tan exquisito el sabor de sus labios? Los movió ligeramente y aumentó la presión. Sus manos la acercaron más a él. Notó los botones del uniforme a través de la tela del vestido.

¡No! No quería acabar como su hermana. Además, él lo tenía prohibido. Como cirujano de compañía todavía no podía casarse y dependía de la exigua soldada del ejército. Pero probablemente tampoco pensaba en ello. Era un joven que había visto una oportunidad y no quería dejarla escapar. Ella se lo había puesto fácil al alejarse de su trabajo y salir al jardín a esa hora tardía, cuando no había nadie más. Él solo quería divertirse un poco con la rebelde enfermera.

Este pensamiento la afligió tanto que sus preciosos sentimientos se desvanecieron. El beso sabía de repente amargo, y Elisabeth empujó a Alexander.

—¡Qué se ha creído!

Él la soltó.

—Perdón, no pretendía ofenderla. Pensaba...

—¿El qué? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Que podría divertirse un poco conmigo, aquí, donde nadie lo viese?

—No, no, por favor, pensaba que usted tal vez...

—¿... también querría divertirme? ¡Pues se ha equivocado!

Elisabeth le lanzó otra mirada iracunda, le dio la espalda y se fue con paso firme. Sin embargo, le dolía el corazón como si fuera a hacerse añicos. Caminó cada vez más rápido hasta que consiguió persuadirse de que era el viento el que avivaba las lágrimas en sus ojos.

Desde primera hora de la mañana, Martha estuvo ayudando al doctor Froriep con las disecciones. Luego se puso con las partes que debía disecar para preparar las muestras. Había distintas posibilidades para las preparaciones en seco o en húmedo, que se ponían al descubierto y se teñían para a continuación guardarlas en un recipiente con líquido conservante.

Ya era tarde cuando el doctor Froriep regresó. Su cara no presagiaba nada bueno. Venía acompañado por un hombre con un frac oscuro, que examinó las preparaciones de las últimas semanas y asintió satisfecho.

—Estas han quedado bien. —Señaló algunas—. Estas las podemos utilizar. Se vienen al Instituto de Anatomía del profesor Müller. Las querrá emplear para sus lecciones.

—¿Y qué pasa con la academia? ¿Acaso nuestros pupilos no necesitan las clases? ¿Cómo van a convertirse en buenos cirujanos militares si usted se lo lleva todo de la Charité? —preguntó acalorado el doctor Froriep.

—Ah, sí, y los dos cuerpos que les llegan mañana del área de medicina interna también los necesitamos —agregó el visitante del frac negro, que evidentemente había acudido por orden de la universidad.

Froriep, fuera de sí, dio un pisotón en el suelo.

—Me pregunto para qué diablos ocupo este puesto si ni siquiera tengo libertad para disponer de los muertos de la Charité.

—Hable con su director —propuso el otro con frialdad, tocándose ligeramente el sombrero y abandonando la sala de disecciones.

El prosector siguió maldiciendo para sí durante un rato, y luego dejó a Martha sola.

No era la primera vez que sucedía algo así. Tal vez por eso el médico estaba tan descontento con su plaza y no mostraba precisamente pasión por su trabajo, pensó Martha cuando se quitó el delantal y lo colgó de un gancho. Se encaminó a su cuarto, pero August no estaba allí. Seguro que estaba de nuevo en el de su amigo, el antiguo instructor Wiesinger, que adoraba al niño. Por lo menos alguien escuchaba con atención día tras día las mismas viejas historias.

Martha enfiló el pasillo en el que se encontraban las salas del profesor Ideler, pero Wiesinger no había vuelto a ver a August desde hacía un rato.

—Tal vez esté jugando con los hijos de los conserjes en el jardín.

Martha salió fuera. Y justo cuando se acercó al prado con árboles frutales, resonaron unas voces de niños. Desde luego no se trataba de un juego tranquilo entre muchachos. Apenas había avanzado unos pasos cuando pudo entender algunas de las palabras que gritaban a coro:

—Estúpido, bizco estúpido —exclamaban los niños—. Ve torcido y es tonto del bote.

Entonces August fue corriendo hacia ella. Su bonita cara estaba empapada de lágrimas.

—Bizco, llorica —resonaba tras él.

Martha abrazó a su hijo.

—Esperad y veréis —los regañó—. ¡A vosotros también os puede pasar algo así!

—No, déjalo —dijo August llorando—. Tienen razón.

—No, no la tienen —repuso la madre llena de rabia—. Es cierto que tienes

estrabismo, al igual que yo, pero estúpido segurísimo que no eres. Algún día irás a una buena escuela, ¡te lo prometo!

Lo soltó y se abalanzó sobre los tres chavales de los conserjes, que insultaban sin piedad a su pequeño.

—¡Basta ya! —bufó—. ¡Si no dejáis en paz a August, os voy a dar!

Los niños se rieron a carcajada limpia.

Martha se puso en jarras y se hinchó.

—¡No sabéis bien quién soy yo! Soy la señora del depósito de cadáveres, y allí troceo los cuerpos y los meto en tarritos. Así que si no queréis que uno de vosotros acabe dentro de poco en mi mesa, dejad a August en paz. ¿Está claro? ¡Si volvéis a llamarlo bizco o estúpido, la próxima vez traigo mi escalpelo!

El mayor de los niños, atónito, la miró fijamente. Sus dos hermanos chillaron y se escondieron detrás de él.

—Se lo voy a decir a mi padre —amenazó el primogénito.

Martha se encogió de hombros.

—Adelante, no podrás esconderte siempre detrás de él. Algún día te atraparé. —Cogió a August de la mano y se marchó con él.

Por fin había llegado el gran día de Elvira. Elisabeth se encontró con el doctor Heydecker en la sala de operaciones, donde este preparaba la mesa con el instrumental quirúrgico para el doctor Dieffenbach. Ella intentó rehuir su mirada. Tenía demasiado presente la tarde en el jardín.

—¿Sabe de métodos operatorios para rinoplastias? —preguntó él como si todo aquello no hubiese sucedido.

Elisabeth, que limpiaba la sangre del paciente que había pasado antes por la mesa de operaciones, para convertirla después en una silla y taparla con una tela, movió la cabeza de un lado a otro sin mirarlo.

—Están el método indio y el italiano —pontificó Heydecker, que tal vez quería disimular de esta manera su inseguridad. ¿O ese beso no había significado nada para él?—. Con el método italiano se emplea la piel del brazo, con el indio se trabaja con un colgajo de piel de la frente. Von Graefe prefiere el método italiano, pero la piel del brazo es blanda, y a la larga las narices tienden a encogerse. Además, es un suplicio para el paciente, ya que el compuesto de la nueva nariz primero se tiene que adherir bien a la cara, antes de poder retirarla del brazo. La nariz moldeada a partir de la frente, por el contrario, está formada por una piel más resistente, que no se encoge tanto y que no se tiene que adherir a mucha distancia, de modo que el período de transición hasta la definitiva creación de la nariz es más grato para el paciente.

Elisabeth esperó hasta que hubo terminado.

—Veremos por cuál se decanta el doctor Dieffenbach —dijo fríamente—. Ahora voy a buscar a la señorita Elvira.

Algo tensa, pero serena, la joven se sentó en la silla de operaciones.

Elisabeth volvió a acercar un taburete y apretó su delicada mano. El doctor Dieffenbach y el oficial médico Grossheim entraron.

—Me he decantado por emplear el método italiano —dijo el profesor Dieffenbach para sorpresa de todos.

—Verá, querida Elvira, no me atrevo a desfigurar su frente. ¿Y si, esperemos que no, saliese mal a pesar de todo? No podría volver a enseñar su hermosa frente por encima de la máscara.

Elisabeth trató de no estremecerse. ¿Acaso el cirujano tenía ciertas dudas con respecto a la operación? ¿Podía Elvira notar que vacilaba? ¿De verdad quería él exigirle ese suplicio de semanas?

Mientras tanto Dieffenbach respiró hondo, sacó de su maletín un trozo de cuero triangular y se lo enseñó a la paciente.

—Mire, este es el modelo para su nueva nariz. Debe ser una aproximación

más o menos y se ha hecho a propósito demasiado grande. Primero necesitamos un techo con unos bordes bien cicatrizados sobre la cavidad ósea. El moldeado fino lo efectuaremos más adelante en varios pasos. Pero primero conformaremos la estructura básica.

Elvira asintió resignada y cerró los ojos. Dieffenbach ungió una masa de aspecto pegajoso en el triángulo de cuero y lo extendió por la piel de la parte superior del brazo.

—Sujete —le dijo en voz baja al doctor Grossheim—. Ahora tengo que cortar la base de la herida nasal.

Elisabeth tuvo que contener un estremecimiento cuando el escalpelo cortó en diagonal las carnosidades entre los ángulos internos de los ojos hasta justo encima de los nuevos labios. La sangre cayó por el rostro de Elvira y el doctor Grossheim la secó. Dieffenbach cogió otro escalpelo con una hoja distinta y perfiló el triángulo de cuero con rápidos cortes. Después despegó con decisión el colgajo de piel hasta llegar a una estrecha línea del brazo. El puente restante hasta el brazo tenía que proporcionar riego sanguíneo hasta que se hubiesen formado los vasos en la nueva ubicación de la cara.

Mientras Heydecker sujetaba la cabeza de Elvira, el doctor Grossheim dobló su brazo izquierdo de tal manera que el antebrazo reposara a la altura del pelo, mientras que la sangradura pendía ante la parte izquierda de su frente. Dieffenbach tuvo que inclinarse a un lado para ver bien. Metió un alfiler tras otro en el colgajo de piel, hasta que cubrió del todo el cráter que la enfermedad había devorado. Hábilmente envolvió los cabos de los alfileres con un hilo para fijar la obra. Elisabeth oyó escapar un pequeño gemido de los apretados labios de Elvira. Empezó a respirar entrecortadamente. Elisabeth solo podía imaginar los dolores que la joven había soportado.

—Ya puede cubrir el brazo —dijo Dieffenbach.

Heydecker tenía que mantener el brazo de Elvira en su posición hasta que

Grossheim lo hubiese fijado con tensas vendas y apósitos, de tal manera que la paciente no pudiese moverlo. Por lo menos no tanto como para tirar del colgajo de piel.

—Señorita Elvira, ya puede regresar a su habitación —dijo el doctor Dieffenbach suavemente.

Elisabeth acercó la silla de ruedas con respaldo alto. Heydecker ayudó a la paciente a pasar de la mesa de operaciones a la silla y la empujó hasta su habitación. Elisabeth intentó colocarla en una posición lo más cómoda posible en la cama poniéndole un grueso cojín en la espalda. Por la noche le llegó incluso a suministrar un fortificante caldo, pero pese a su agotamiento la joven no pudo conciliar el sueño ni una hora. Elisabeth permaneció junto a ella, aunque había una enfermera que tenía que controlar de vez en cuando los casos graves por la noche.

Al día siguiente, el profesor Dieffenbach fue a ver el resultado de la operación.

—Los labios de las heridas se tocan completamente —constató satisfecho—. ¡Tengo motivos suficientes para decir que la operación ha sido un éxito!

Por primera vez desde la intervención, Elisabeth vio sonreír un poco a Elvira.

—Estoy convencido de que con su firme voluntad seguirá al pie de la letra todas mis indicaciones —continuó—. Por lo que podemos ser optimistas.

Elisabeth le apretó la mano para darle ánimos antes de abandonar también la habitación. Tenía que atender a los otros pacientes y, después, dormir por fin.

El fracaso

Buenos días, ¿qué tal está hoy?

Elisabeth entró bastante animada en el pequeño cuarto de la enferma, que estaba mitad sentada y mitad tumbada en la cama. Cogió un cuenco con agua tibia y limpió con cuidado el líquido de la herida que le caía por la cara. Después la ayudó a comer el puré matutino y a beber un caldo de corteza de sauce y trébol de agua.

—Es usted muy valiente —elogió Elisabeth a la joven, que en los últimos días no se había quejado ni una sola vez, aunque sufría un martirio—. ¿Pudo dormir algo?

Elvira insinuó un cabeceo.

—No, la postura es demasiado incómoda. Todo mi cuerpo se contrae una y otra vez. Además, tengo miedo de moverme sin darme cuenta mientras duermo.

Elisabeth comprobó la inmovilización entre cabeza y brazo.

—Todo sigue bien vendado —aseguró.

Examinó el colgajo de piel que se tensaba entre la nueva nariz y el brazo. El color pálido del primer día había dado paso a un rojo encendido. El colgajo parecía tirante y resplandecía, pero eso era del todo normal, aseguró el doctor Dieffenbach durante la consulta.

Ya por la noche se atenuó el matiz rojizo, y la piel volvía a verse algo flácida.

—Esto se repetirá hasta que el nuevo entorno de la nariz le irrigue

suficiente sangre —dijo el doctor Dieffenbach—. Entonces podremos cortar la unión al brazo y empezar con el moldeado fino.

Dos días después, cuando Elisabeth volvió a sentarse en la cama de Elvira y le lavó la cara, le llamó la atención el típico olor a gangrena que casi le quitaba a uno la respiración en todas las habitaciones del área de lesiones externas y que sin embargo no había percibido en ese cuarto hasta entonces. Se inclinó un poco más.

—¿Qué sucede? —preguntó Elvira, preocupada.

—¿Han aumentado los dolores esta noche? —quiso saber Elisabeth.

—No lo sé —dijo dudosa—. Tengo la sensación de que me duele el labio.

—Tal vez debería echarle un vistazo el doctor Dieffenbach —propuso Elisabeth.

La enfermera salió en busca del doctor, pero todavía no había llegado al hospital, y el catedrático Rust estaba impartiendo una lección. Además, tampoco confiaba demasiado en la capacidad del director de cirugía medio ciego. No obstante, el doctor Heydecker estaba de guardia. Elisabeth vaciló, y haciendo un esfuerzo fue a buscarlo.

Lo encontró en la gran sala del área de lesiones externas. Se disponía a examinar el muñón de la pierna de un leñador y a vendarla de nuevo. Dieffenbach había amputado la pierna con la gangrenosa herida de hacha hacía tres días, y la nueva herida ya se veía roja y amarilla de pus. El hedor en esa sala era tan penetrante que Elisabeth se preguntó si se habría equivocado con Elvira. Tal vez el olor de las otras salas simplemente se le había quedado en la nariz. Fue un alivio cuando la sahumadora hizo la ronda entre las camas y eliminó el tufo de las heridas con el purificante humo de hierbas.

Elisabeth vaciló en molestar al doctor Heydecker. Pero ¿y si algo no iba bien y por no llamar a un médico ponía entonces en peligro toda la curación?

—Doctor Heydecker, por favor, disculpe que le moleste —dijo al fin—.

¿Vendría conmigo y examinaría a la paciente Tondeau?

—Ya ve que estoy ocupado —respondió un poco de mala gana—. En esta sala ocho hombres están esperando todavía a que me ocupe de sus dolencias. A las mujeres no les toca hoy hasta la tarde.

Elisabeth no cejó.

—¡Tengo la apremiante sospecha de que algo no va bien!

Alexander Heydecker ató la última venda y se irguió.

—Está bien, doña insistente, después continuó con esto. —Su semblante permaneció adusto hasta que entraron en la habitación y él se inclinó sobre la paciente.

—¿Lo huele usted también? —quiso saber Elisabeth.

Él suspiró.

—Sí, lo huelo y lo veo. No le va a gustar al doctor Dieffenbach.

Elvira gritó.

—¿Qué le pasa a mi nariz?

—La nariz está bien —la tranquilizó el joven médico—. Es solo el puente entre los orificios nasales que el doctor Dieffenbach ha sacado del labio. Se ha gangrenado. Creo que hay que extirparlo para que no afecte a toda la nariz.

—El doctor Dieffenbach no llegará al hospital hasta dentro de unas horas —recordó Elisabeth—. ¿Quiere esperar tanto tiempo?

Lo vio contrariado. Por un lado, estaba convencido de que se debía actuar de inmediato; por otro lado, temía hacer algo mal e incluso poner en peligro la nariz de la paciente.

—En realidad debería acudir al profesor Rust —dijo despacio.

—¡Pero no lo hará! —profirió Elisabeth.

Heydecker negó lentamente con la cabeza.

—No, creo que le voy a preguntar al director Kluge. Él sabrá lo que se puede hacer.

Por suerte, el director estaba en el hospital y dispuesto a considerar el problema. Estuvo de acuerdo con su colega en la necesidad de actuar con rapidez, así que por la tarde Dieffenbach encontró a su paciente sin tabique nasal, desesperada y deshecha en lágrimas.

—No puedo consolarla —se lamentó Elisabeth—. Dígale que todavía no está todo perdido.

Dieffenbach se sentó en la cama y le tomó la mano derecha.

—Querida Elvira, la enfermera Elisabeth está en lo cierto. Es un pequeño revés, sí, pero la gran esperanza sigue viva. Después le pondré otro trozo de piel en su lugar. No tiene motivos para desalentarse.

Al final Elvira se tranquilizó, y Elisabeth pudo pasar a la gran sala para atender a las otras pacientes.

Alexander Heydecker cosechó grandes elogios y anduvo todo el día henchido de orgullo por los pasillos.

Martha entró en el comedor y miró alrededor. August ya estaba allí, apoyado en un rincón, pero nadie parecía hacerle caso. Los enfermeros y las enfermeras entraron y se sentaron para engullir rápidamente su comida y después regresar a sus crujías. También entraron los conserjes, miraron de pasada al niño y se sentaron en su sitio.

—No está bien que se le permita traer al niño —criticó Friedgard en voz baja.

—¿Dónde lo iba a dejar si no? —medió el enfermero Joseph—. Pobre criatura.

—Tiene el mal de ojo —respondió Friedgard.

—¡Menudo disparate! —intervino la enfermera Christina—. No te creerás esa superstición medieval, ¿verdad?

Martha no escuchó lo que Friedgard respondía. Seguro que no era algo amable. De hecho, no recordaba haber escuchado jamás una palabra amable de su boca.

Se acercó a su hijo con el ceño fruncido y se sentó delante de él.

—¿Qué te pasa hoy?

Normalmente él salía corriendo a su encuentro y la abrazaba con sus delgados brazos. Y durante la comida no se apartaba de su lado, como si quisiese disfrutar cada uno de los pocos momentos junto a su madre. Pero ahora estaba sentado en su rincón y respiraba con dificultad. Martha cogió sus manos, que estaban calientes y secas al tacto.

—¿August? ¿No te encuentras bien?

En ese momento Elisabeth entró en el comedor. Vio a Martha y a August y se acercó a ellos.

—¿Todo bien?

—Creo que está enfermo.

—Me duele la garganta —dijo con voz ronca August—. Me cuesta mucho tragar.

Martha y Elisabeth se miraron fijamente.

—¡No tienes que temerte lo peor! —dijo Elisabeth intentando tranquilizar a Martha, que notaba cómo el pánico se apoderaba de ella.

—Tiene difteria —se lamentó Martha, y apretó al chaval enfermo contra su pecho—. ¡Ay, Dios mío, no! —Se le saltaron las lágrimas—. ¡Esto no!

Elisabeth la ayudó a levantarse.

—No tiene por qué serlo —insistió—. Llevemos a August ahora mismo al doctor Barez. Él sabrá lo que hay que hacer.

Martha cogió a August y abrazó su flaco cuerpo. Se habían olvidado de almorzar. Salieron disparados los tres hacia la unidad de pediatría. Mientras

Martha acostaba a su hijo en una cama libre, Elisabeth echó a correr en busca del pediatra.

Martha se inclinó sobre el pequeño y le acarició el brazo, al mismo tiempo que su mirada vagaba por los niños febriles de la sala: sarampión, escarlatina, disentería y, una y otra vez, difteria, que lamentablemente mataba de asfixia a tantos niños. Oía la respiración metálica de la niña de la cama contigua, cuya piel parecía arder. Cada inspiración era una batalla.

Entonces Elisabeth regresó con el doctor Barez. Lo seguía uno de los asistentes médicos, de uniforme. El director de la clínica pediátrica echó un vistazo a August, le tomó el pulso y le estaba mirando la enrojecida garganta cuando la niña de la cama contigua se irguió de repente y profirió un sonido de asfixia.

—¡Rápido, la sonda! —exclamó el doctor Barez, y se precipitó hacia la cama de la pequeña paciente, que amenazaba con asfixiarse.

Horrorizada, Martha miró cómo el pediatra clavaba un escalpelo en la garganta de la niña e introducía en la tráquea un tubo de metal con un extremo ancho. El asistente médico sujetó la sonda y sostuvo la espalda de la niña, que, temblando, volvió a respirar.

A Martha le caían lágrimas por las mejillas. Tenía el corazón en un puño de puro miedo. Entonces notó la mano de Elisabeth sobre su brazo.

—No desesperes. Seguro que solo tiene una gripe. ¡August lo superará!

Tendió un pañuelo a Martha. Resuelta, la madre se enjugó las lágrimas. Ahora tenía que ser fuerte, por August, y darle esperanza.

—Te pondrás bien —dijo tan convincente como pudo, y abrazó fuerte a su hijo.

Elvira pasó otra noche en vela, pero, durante la siguiente, una enfermera

totalmente agotada despertó a Elisabeth.

—Venga rápido —la apremió la enfermera Margret—. ¡La paciente Tondeau! —Acabó la frase con un gemido.

Elisabeth solo se echó una capa sobre el camisón y siguió a toda prisa a Margret. En cuanto oyó el desgarrador sollozo, intuyó lo que había sucedido.

Elvira estaba sentada en la cama, cubierta de sudor y tiritando. Su brazo izquierdo descansaba sobre su regazo. Los extremos de las vendas se habían soltado y colgaban de su cabeza. Del borde superior de la nariz le caían dos hilos de sangre. El puente entre el brazo y la nueva nariz estaba roto.

—Despierte al doctor Heydecker —ordenó Elisabeth.

El médico seguía viviendo en el sotabanco de la Charité y sería el primero en llegar. Después abrazó a la joven con cuidado. Elvira dejó de llorar. Su desesperación iba más allá de las lágrimas.

—Aún no está todo perdido —dijo Elisabeth para consolarla, aunque no sabía si eso se correspondía con la verdad—. No se desanime. El doctor Dieffenbach puede volver a arreglarlo.

Elvira no medió palabra hasta que el cirujano apareció por fin en la Charité al mediodía. Elisabeth lo notó decepcionado. La nariz todavía no estaba preparada para mantenerse en su nueva posición. No le quedaba más remedio que extirparla. La herida en el brazo de Elvira cicatrizaba sin problema, pero el fracaso había vuelto a infligir en su alma una profunda herida que no cicatrizaría tan rápido. Apenas comía y hablaba solo lo imprescindible. Elisabeth ya temía que la tuviesen que trasladar al cabo de poco al área del profesor Ideler, con los melancólicos, cuando unos días después entró en la pequeña habitación y se encontró a Elvira completamente vestida, con sombrero y velo, delante de su cama.

—¿Qué piensa hacer? Dese otra oportunidad a usted y al doctor

Dieffenbach. Por favor, no puede rendirse ahora. Si huye, no se lo perdonará a sí misma.

Elvira señaló la maleta ya hecha.

—Me marchó a Suiza —dijo.

Elisabeth la cogió de las manos.

—Espere por lo menos al doctor Dieffenbach. Estará aquí dentro de una hora.

Pero el médico tampoco logró disuadir a Elvira.

—Ya he estipulado la cita para su próxima operación. ¡Esta vez lo lograremos!

La joven negó con la cabeza.

—Mis padres me han conseguido el ingreso en un asilo para mujeres en el que viven otras compañeras de fatigas, físicamente deformes. Me retiraré allí y tal vez encuentre la paz.

Y así abandonó la Charité. Elisabeth notó lo mucho que sufría el profesor Dieffenbach por su fracaso incluso días después. No era desagradable ni caprichoso, pero su sonrisa resultaba forzada.

—Tal vez la señorita Elvira entre algún día en razón —dijo, de nuevo dedicado a sus otros pacientes, mientras Elisabeth se dirigía hacia el área de pediatría para atender a August.

Elisabeth había estado en lo cierto. El pequeño no padecía la peligrosa difteria que cada año fulminaba a miles de niños berlineses. August había contraído una fuerte gripe, pero ya iba mejorando y apenas podía quedarse quieto en la cama.

Martha se sentó junto a él y saludó a Elisabeth con una sonrisa.

—¡Me siento tan aliviada!

—Yo también —dijo Elisabeth, y abrazó a ambos.

Han pasado semanas, que se me han hecho eternas, desde la última vez que tuve noticias de él. G. se encuentra sorprendentemente bien. Tal vez porque ha descubierto el amor por su hija. Ahora va a verla casi todos los días a su cuarto y le da importancia a que la niñera la baje por la tarde al salón para acompañarnos a la hora del café. También para mí las horas del día en las que tengo a Amalie son las únicas que me resultan provechosas. Así que nuestra querida niña nos reconcilia un poco al uno con el otro. Ahora ya no conversamos solamente sobre las dolencias de G., pues está siempre demasiado preocupado por si Amalie se cae o llora.

Pero por la noche, cuando estoy sola en mi cama, me asalta la nostalgia. Y entonces lo veo ante mí y creo poder sentir sus manos y sus labios. A menudo me quedo en vela y pienso en él. Cuando sueño, estoy en sus brazos, pero a todos los sueños les sigue un triste despertar. Jamás sucederá. No podrán ser más que unos roces furtivos y un beso robado.

Más de una vez Ludovica sopesó visitar a Dieffenbach en su consultorio o en la Charité, pues en el piso de la calle del Arsenal se toparía con su esposa, Emilie, a la que había visto por la calle hacía poco. Se le notaba la preñez, y Ludovica temía no poder soportar la visión otra vez. Sin embargo, no quería molestarlo en la Charité. Allí apenas encontraría la ocasión para conversar con él tranquilamente, y mucho menos para intimar.

«Sácatelo de la cabeza —se ordenaba a sí misma—. Si no, ambos nos hundiremos en la miseria.»

Pero por lo menos disfrutarían de unos momentos de felicidad, momentos que nunca había vivido ni viviría jamás con su esposo. Seguía cavilando si debería visitarlo o no cuando una noticia del director Kluge le impidió decidirse. Había convocado un encuentro de la junta directiva de la Charité. Se trataba de la Escuela de Cuidados de Enfermería, en la que el profesor Dieffenbach, desde hacía tiempo, no cumplía con sus obligaciones como director y profesor de los cursos prácticos. Era necesaria una reorganización.

Ludovica dejó que su doncella la vistiese para salir. Provista de sombrero, capa y guantes, subió al carruaje, que la llevó a la Charité. Con sentimientos encontrados aguardó la entrevista con el director Kluge. Había desoído una y otra vez que Dieffenbach descuidaba la Escuela de Cuidados de Enfermería que ambos habían ideado con tantísimo afán. Tal vez el proyecto no le pareciese lo bastante importante. Pero ¿cómo cambiar algo semejante? ¿Cómo iban a enmendar los defectos si no impulsaban la formación de los cuidadores?

Por otro lado, era muy consciente de lo ocupado que estaba. Apenas encontraba tiempo para corresponder a todos sus pacientes. Trabajaba de sol a sol, trataba, operaba, impartía lecciones y hasta escribía por las noches sus publicaciones. ¿Cómo podía asistir también a las clases de la escuela? Pero entonces ¿por qué lo habían nombrado director?

«Al fin y al cabo, no era más que un ser humano», pensó Ludovica, y no pudo evitar sonreír.

El director Kluge la saludó con cordialidad y la puso al día. La junta directiva de momento mantendría formalmente a Dieffenbach con el título de director, pero ahora tenía que tomar él las riendas y repartir las tareas entre los diferentes directores médicos. Esto concernía también al catedrático Rust y a los profesores Bartels, Ideler, Jüngken, Barez y Wolff.

La condesa agradeció a Kluge su cautela y prometió seguir prestando su generosa contribución, dadas las circunstancias. Se despidió y aún no había cerrado la puerta cuando Dieffenbach se aproximó por el pasillo hacia el despacho del director. El médico le cogió la mano.

—Ludovica, qué alegría verla. Tiene buen aspecto. ¿Cómo se encuentra? — preguntó con una voz casi afectuosa—. ¿Va todo bien?

Inhibida, asintió, y entonces recordó el motivo de su visita a la Charité.

—Está desatendiendo nuestro proyecto, querido amigo. No puede descargar

el peso de la Escuela de Cuidados de Enfermería sobre los hombros del doctor Gedike. ¡Usted es el director!

Él tuvo la decencia de poner cara de avergonzado.

—Disculpe, pero sencillamente no sé en qué momento debo hacerlo.

—Pues, por favor, háblelo con el director Kluge. Ha anunciado que recordará a los otros directores médicos sus obligaciones, pero, por favor, ¡no ponga en peligro nuestro objetivo principal! Estábamos de acuerdo en lo importante que es para el trabajo de los médicos y la convalecencia de los pacientes tener un buen equipo de cuidadores.

—Tiene razón, Ludovica, y a mí también me gustaría que esta escuela se convirtiese en un modelo de éxito que otras emulen.

—Eso también implica que se les pague mejor a los enfermeros y a las enfermeras. De ello ya hablamos hace un tiempo, ¿lo recuerda? Puesto que esta formación debe ser atractiva para personas competentes. Si no, todo el esfuerzo no servirá para nada. —En cuanto soltó la última palabra, se reprendió a sí misma por la rudeza de su tono. Notó que él se distanciaba de ella.

—Por desgracia, ahora tengo que despedirme, condesa. El deber me llama. Me están esperando muchos pacientes.

Le volvió a ofrecer la mano, pero el embrujo que tan a menudo los había unido había desaparecido, al menos de momento. Lo lamentó profundamente, pero procuró que no se le notase.

—¿Tal vez encuentre tiempo algún día para visitarme?

Dieffenbach la miró serio.

—Estimada condesa, no creo que sea una buena idea. Pero la mantendré al corriente.

Dicho esto, se volvió, llamó a la puerta del director y entró.

Ludovica no podía dejar de llorar. ¿Qué acababa de suceder? ¿Había

arruinado su amistad? ¿Ni siquiera podía disfrutar de su amistad, ya que el amor le estaba prohibido? Parpadeó unas cuantas veces y se bajó más el velo. Y con rápidos pasos abandonó la Charité.

Elisabeth arqueó sorprendida las cejas cuando la enfermera le dio el recado de que el director Kluge quería verla en su despacho para hablar.

—¿Qué habrás hecho? —quiso saber Friedgard.

—¡Nada! —respondió Elisabeth tan convincente como pudo.

—¿Te ha pillado alguien con tu enamorado?

—¡No sé de quién me hablas! —repuso furiosa.

—Pues del que siempre se te queda mirando con sus bonitos ojos azules.

Pero si aquí todos saben que entre Heydecker y tú hay algo.

—Menuda tontería —susurró Elisabeth, y esperó no ponerse roja. Se dio media vuelta y se marchó con la cabeza bien alta.

¿Qué querría de ella el director? No era consciente de haber cometido ningún desliz. Por lo menos no tan grande como para que la gobernanta no lo hubiese zanjado con una fuerte reprimenda y un castigo.

Sin embargo, el director sonreía con amabilidad cuando ella entró en su despacho, y le pidió que tomase asiento.

—Enfermera Elisabeth, los pacientes y los médicos hablan muy bien de su trabajo. Si bien ha habido alguna que otra queja por parte de los médicos —admitió.

—De las enfermeras diría que también —soltó Elisabeth, y se puso un poco roja ante su propio atrevimiento.

El director Kluge movió la mano despectivo. La opinión de las enfermeras al parecer no le interesaba.

—En cuanto a las quejas de los médicos, es interesante el tipo de

recriminaciones, ya que no tienen nada que ver con las habituales acerca de los enfermeros. Ninguno le reprocha lentitud o pereza. Todo lo contrario. Son su afán y su curiosidad los que no tienen el beneplácito de todos los médicos. Además, le gusta llevar la contraria cuando una instrucción no le parece razonable. Y de vez en cuando incluso pasa por alto las órdenes médicas.

Elisabeth bajó la mirada con humildad, aunque le hervía la sangre y hubiese justificado de buena gana todos los casos que le venían a la mente. Estaba convencida de no haber tomado nunca una decisión que perjudicase a una paciente.

—Tal vez debería reprenderla por su individualismo, pero creo que esto se lo dejo a los correspondientes médicos. —Hizo una pausa y esperó hasta que ella volvió a levantar la cabeza y lo miró. Después continuó—: La he llamado a mi despacho por otra cuestión. El doctor Dieffenbach no encuentra tiempo para cumplir con su tarea como director de la Escuela de Cuidados de Enfermería, fundada por él. Y el doctor Gedike no puede impartir todas las clases solo. Así que tengo que repartir las horas entre los otros directores médicos de la Charité. Habida cuenta de las numerosas tareas aquí, en el hospital, y en sus respectivos consultorios del centro, será complicado. Por eso se me ha ocurrido que los médicos impartan la teoría a los nuevos cuidadores en sus charlas y que usted, enfermera Elisabeth, se encargue por lo menos de una parte de las clases prácticas.

Incrédula, Elisabeth miró fijamente al director e intentó comprender lo que le acababa de decir.

—No puedo conferirle un título oficial por ello, y tampoco conllevaría una dotación —se apresuró a añadir Kluge—. Pero si estuviese dispuesta a ayudarme en esta tarea, cada semana pondría a su cargo tres o cuatro alumnas durante unas horas para que las iniciara en la práctica y las ayudara a dar sus primeros pasos.

Todavía sorprendida, Elisabeth asintió.

—Señor director, asumo esta tarea con mucho gusto. ¡Le agradezco la confianza!

—Bien, pues empiece en el área de lesiones externas. El profesor Dieffenbach está informado. El doctor Heydecker la ayudará si tiene preguntas. Acompañe a las alumnas también a las otras áreas. Informaré a los respectivos médicos que las dirigen.

La saludó con una inclinación de cabeza y le ofreció la mano para despedirse.

—Se lo agradezco, enfermera Elisabeth.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió ella.

Saltando de alegría, regresó a su trabajo.

Unos días después, el director mandó las primeras alumnas a Elisabeth. Dos de las mujeres tenían ya más de cincuenta años, ambas viudas. Alma no tenía hijos y tampoco una familia en la que refugiarse.

Es cierto que Frieda tenía una hija, pero esta trabajaba en la calle y no podía o no quería ayudar a la madre. Elisabeth supuso que también Frieda había pasado un tiempo como prostituta en las calles de Berlín, pero ahora era demasiado mayor para ganarse la vida de esa manera. No obstante, tuvo que haber vivido tiempos mejores en su juventud, pues había ido a la escuela y sabía leer y escribir, requisitos ambos para el ingreso en la Escuela de Cuidados de Enfermería.

Las dos chicas jóvenes, Dora y Pauline, eran también de origen humilde. ¿Quién, si no, bregaría dieciséis horas al día por ese sueldo de miseria? Dora era una mujer menuda con grandes ojos castaños, que ponía todo su corazón y estaba ansiosa por ocuparse de sus nuevas tareas. Pauline, por el contrario,

parecía no tener otra alternativa, a menos que quisiera unirse a las prostitutas. Al parecer el trabajo de enfermera no la satisfacía y Elisabeth tuvo que advertirle en más de una ocasión que se esmerase. También su trato al lavar a las pacientes y al dar de comer a los enfermos graves era muy descuidado, aun cuando no era tan tosca como Frieda. La robusta mujer abroncó a la segunda paciente cuando, quejándose, retiró el brazo herido porque la nueva alumna intentaba limpiar la lesión toscamente con un trapo. Elisabeth le quitó el trapo de las manos, lo sumergió en agua tibia y enjuagó el pus con cuidado.

—Que no me vengan con pamplinas —murmuró Frieda—. Conmigo nadie fue delicado.

—Pues ahora tendrá que aprender —repuso Elisabeth con decisión—. Nuestros pacientes tienen derecho a que los traten como es debido y con consideración.

Frieda resopló.

—Yo misma he *estao* aquí, en la cama. ¡Un cuartel es una broma, en comparación! O corrías o te quedabas sin comer. Y a la enfermera se le iba la mano si alguien protestaba.

—Tanto más tendrá que esmerarse —dijo Elisabeth—. El doctor Heydecker y yo evaluaremos su trabajo con los pacientes. Al final no solo contarán sus conocimientos. Así que esfuércese si quiere trabajar en la Charité.

Frieda gruñó para sus adentros, pero sus movimientos se volvieron un poco más suaves, y la paciente aguantó la siguiente cura sin quejarse.

Hacía unas semanas que Elvira había abandonado la Charité cuando Alexander Heydecker le cortó el paso a Elisabeth. Ya era de noche, y ella quería subir a su cuarto, que seguía compartiendo con Linda y Christina. Ni la una ni la otra eran precisamente sus amigas. Linda era malhumorada y

fomentaba las riñas, mientras que Christina se mostraba más bien lacónica y no tenía ganas de hablar sobre los casos que atendía.

La cuarta cama pertenecía desde hacía un tiempo a Margret, una enfermera nueva que ya había terminado la formación de seis meses en la Escuela de Cuidados de Enfermería del doctor Dieffenbach. Elisabeth no se cansaba de interrogarla para enterarse de lo que el doctor Gedike les había enseñado. Tal vez ella también podía aprender algo nuevo. Margret era una mujer paciente, de treinta y tantos años, que informaba de buena gana, así que charlaban a menudo antes de acostarse hasta que Linda las mandaba callar de malas maneras.

—Enfermera Elisabeth, un segundo —dijo el doctor Heydecker.

Ella permaneció a cierta distancia y, reticente, se cruzó de brazos.

—¿Qué sucede? —preguntó con frialdad—. Ya he terminado mi trabajo. Acuda a Olga. Hoy está de guardia en cirugía.

—No se trata de trabajo. —Su voz era tan suave que Elisabeth retrocedió otro paso.

El corazón le dio un vuelco. ¿Quería disculparse por el beso robado? ¿Después de tantas semanas? ¡Ella no deseaba hablar con él de eso! Pero cuando sus ojos azules la miraron, ahora tan suplicantes, se ablandó, y temió que él pudiese leerle el pensamiento. ¿Podía adivinar lo mucho que aparecía ese beso en sus sueños y el anhelo que le provocaba el recuerdo?

¿Volvería a atreverse?

¡Sí!

¡No!

Por si acaso retrocedió otro paso.

—No quería irme sin despedirme de usted.

—¿Qué? —Los sentimientos más dispares le recorrieron mente y cuerpo—. ¿Despedirse? ¿A qué se refiere?

—Mañana abandonaré la Charité.

—Pero ¿por qué? Si le han cambiado hace poco a cirugía. ¡Si usted quería colaborar con el doctor Dieffenbach!

—Sí, y sigo queriendo, pero no es decisión mía. Verá, como *pépin*, el ejército me paga la formación en la academia. A cambio tengo que estar a su disposición como médico militar durante ocho años. Y me destina donde me necesita. Hasta ahora he tenido la suerte de poder permanecer en la Charité, pero han decidido trasladarme y tengo que acatar la orden. Tal vez consiga que vuelvan a enviarme aquí cuando haya ascendido de cirujano de compañía a cirujano de regimiento dentro de dos o tres años. En cualquier caso, volveré a solicitar un puesto en la Charité cuando hayan transcurrido mis ocho años en el ejército.

—Ocho años —repitió Elisabeth mirándolo consternada. No sabía qué decir. Solo notaba un dolor en el pecho y una quemazón bajo los párpados. Pestañeó—. Eso es mucho tiempo —dijo con un hilo de voz.

—Ya he cumplido los primeros dos años aquí —le recordó.

Sin embargo, eso no era un consuelo para Elisabeth. Alexander partiría al día siguiente, y probablemente ella no volvería a verlo jamás. Hasta ese instante no fue consciente de lo mucho que significaba para ella y de cuánto había disfrutado colaborando con él, a pesar de sus disputas.

—¿Me extrañará un poco? —preguntó Alexander con picardía.

«¡Ay, sí! ¡Mucho!», pensó Elisabeth, pero dijo en broma:

—Me temo que mi trabajo no me dejará tiempo. Pero le prometo que regañaré a su sucesor igual que a usted.

Él le sonrió sinceramente.

—¡Eso espero!

Después él extendió las manos. Elisabeth se adelantó como atraída por un imán y puso sus manos sobre las de él.

—Adiós, enfermera Elisabeth. Echaré de menos nuestro trabajo en equipo.

—Me habrá olvidado dentro de poco —respondió ella.

Alexander meneó la cabeza.

—No, creo que no es una persona tan fácil de olvidar.

Avergonzada, Elisabeth retiró las manos. Él se hizo a un lado para dejarla pasar. Con un sentimiento de vacío y profunda tristeza, Elisabeth llegó a su cuarto. Se retiró de inmediato a su cama sin hablar con Margret. La formación en la Escuela de Cuidados de Enfermería no le interesaba en ese momento. Unos ojos azules ocupaban todos sus pensamientos.

Cuando Dieffenbach volvió a casa un cálido día de octubre, encontró a Emilie en su sillón de la habitación. Tenía las manos juntas sobre su hinchado vientre y el rostro empapado de sudor. La nueva partera municipal estaba arrodillada ante ella y se levantó cuando lo oyó entrar.

—Ya ha empezado —dijo la mujer—. Las primeras contracciones han aparecido hace dos horas.

Dieffenbach se acercó rápidamente a Emilie.

—¿Por qué no mandaste que me llamaran enseguida?

Ella cogió las manos que él le ofrecía y las apretó.

—Seguro que en la Charité tienes casos más importantes que atender. No estoy enferma. Espero un hijo, y tengo una gran ayuda aquí con la señora Engler.

Dieffenbach solo había oído hablar bien de la partera, que había ocupado el lugar de Martha Vogelsang a pesar de que el médico insistía en ayudar él mismo a traer al mundo a su primer hijo. Por supuesto, nacería allí, en su hogar. No quería ni pensar en llevar a su mujer a la Charité.

—Es un honor para mí colaborar con usted, profesor —dijo la partera, y le

dejó sitio con mucho gusto.

Dieffenbach examinó a su mujer y se mostró satisfecho con el curso del parto.

Por supuesto, a Emilie le costó unas cuantas horas de esfuerzo y dolor que el niño se abriese camino, pero después el exultante padre cogió en brazos a su primogénita. La partera lavó a la pequeña y la puso sobre el pecho de la agotada madre.

Emilie acarició la cabeza de la criatura, todavía arrugada y roja, que empezó a buscar con avidez la fuente de la leche. Radiante, Dieffenbach se arrodilló junto a ella y la besó con cariño.

—¡Soy tan feliz! —exclamó él—. ¡Mis dos mujeres! Emilie ¿y...?

—Frieda —añadió Emilie devolviéndole la sonrisa.

—Frieda —repitió Dieffenbach.

LIBRO SEGUNDO

Las diaconisas

Corría febrero de 1836 cuando la pareja de príncipes herederos invitó a cenar en su palacio al conde y a la condesa de Bredow.

El padre del príncipe, el rey Federico Guillermo III de Prusia, era un hombre ahorrador, por lo general malhumorado y dotado de poco encanto. Al contrario que su difunto padre, no le interesaban ni los entretenimientos ni el arte, tampoco poseía la inteligencia militar y estratégica de su tío abuelo Federico el Grande. En general, Ludovica consideraba limitadas las capacidades mentales del rey. Lo único que le interesaba visiblemente eran los relojes y los uniformes.

Tampoco en el príncipe heredero hallaba Ludovica una mente aguda, pero apreciaba a su mujer, la princesa Isabel Luisa de Baviera. Sus familias se habían frecuentado durante su juventud en Baviera, de modo que había surgido una cordial amistad que ambas —tan lejos de su tierra natal— intentaban cultivar. Isabel no solo era hermosa, sino que también era ingeniosa.

Muchos liberales tenían puestas sus esperanzas en el príncipe, quien debía suceder a su padre algún día como rey de Prusia, pero Ludovica no creía que atendiese a esas expectativas. Como su padre, estaba convencido de ser, gracias al derecho otorgado por la gracia de Dios a los reyes prusianos, el único soberano del Estado, y no dejaría que parlamento alguno le dictase órdenes. Y, en efecto, la prometida Constitución también se haría desear todavía mucho tiempo. Además, el príncipe heredero, Federico Guillermo, era

profundamente creyente, al contrario que su padre. Así pues, junto a la vieja nobleza, también la Iglesia recuperaría su poder si él subía al trono, Ludovica estaba convencida.

Lo que ella tenía en consideración del príncipe era que amaba de corazón a su esposa. Había luchado por ese matrimonio hasta que impuso su voluntad frente a todas las resistencias. No era que la hija del rey Maximiliano I de Baviera no hubiese gozado de la posición social adecuada para un príncipe de la dinastía de los Hohenzollern. Era su religión lo que el jefe de la Iglesia evangélica de Prusia rechazaba. ¡Una princesa católica! No, no podía ser de ningún modo, no cuando, además, se negaba a convertirse a la única y verdadera fe.

Tal vez la Iglesia admiraba a Federico Guillermo por su firmeza y accedió —después de que Isabel hubiese consensuado un compromiso— por fin al casamiento: la princesa seguiría practicando su religión y asistiría a una enseñanza religiosa protestante. Todos sus hijos serían educados, por supuesto, en el protestantismo. El único problema era que la princesa, tras un aborto, ya no podía esperar hijos propios.

Entretanto había cedido al sueño dorado de su esposo y se había convertido a la fe protestante.

—¿Cómo está la familia? —preguntó Ludovica.

La princesa esbozó una sonrisa.

—Mi hermana Sofía alberga grandes esperanzas. Todos saben que el emperador Fernando es enfermizo y pobre de espíritu. Un sucesor al trono está fuera de toda discusión. —Suspiró—. No está solo en esta difícil situación. En todo caso, su hermano Carlos, el marido de Sofía, es el siguiente en la lista para el trono de los Austrias, aun cuando a la mayoría de los Habsburgo no les entusiasma esta idea. Creo que a Sofía le gustaría que su hijo Francisco José subiese al trono imperial. Entonces sería archiduquesa, y estoy segura de que

entonces ella sería la emperatriz en la sombra. ¡Conozco a mi hermana! Es una persona decidida que no se contenta con representar el papel de adorno femenino al lado de su esposo. Creo que su ambición también es acuciante, dado que nuestra hermana María Ana es ahora reina de Sajonia. De pequeña siempre quiso aventajar a María.

Ludovica se alegró de que la princesa Isabel le preguntase por Amalie. Pese a su destino, que la condenaba a la esterilidad, la princesa siempre se interesaba por el desarrollo de Amalie.

—Parece tener una mente despierta. —Ludovica ponía a su hija por las nubes.

La princesa sonrió indulgente.

—Vemos con buenos ojos el ingenio en nuestros hijos, pero es más bien perjudicial para una niña en nuestro mundo y le supondrá una carga a lo largo de su vida.

Ludovica suspiró.

—Sé a qué se refiere, pero en este caso me alegro. Amalie ha descubierto la pasión por la música, y su niñera le imparte clases de piano.

—¿Cuántos años tiene? ¿Cuatro?

Ludovica asintió.

—Cuatro y medio ya. Toca muy bien, pero ahora mismo no diría que es una pequeña Mozart.

La princesa sonrió un poco ausente. Ludovica cogió su mano.

—Disculpe, no quería ser descortés. Sé cuánto ha anhelado un hijo.

—He hecho las paces conmigo misma —repuso Isabel—. ¿Sabía que la Corte ha nombrado oficialmente al hermano benjamín de Federico Guillermo como futuro sucesor? No, amo al príncipe heredero y me he resignado. Hábleme más de Amalie. Es una niña hermosísima, y espero volver a verla en mi próxima visita.

Más tarde, cuando ya les habían retirado los primeros platos de la mesa, el príncipe heredero le dirigió la palabra a Ludovica.

—Según me ha contado Gottfried, usted subvenciona la Escuela de Cuidados de Enfermería de la Charité.

Era un tema que agradaba a Ludovica, aunque le extrañaba que el príncipe heredero considerase que mereciera la pena hablar de ello. La condesa comentó los defectos en el cuidado que la habían persuadido de la necesidad de crear una escuela. No obstante, cuando subrayó lo importante que sería remunerar mejor a los cuidadores de la Charité real, el príncipe negó con la mano. Ese tema le interesaba menos, era evidente. Y a continuación volvió a sorprender a la condesa.

—Estuve allí hace poco —dijo—. He visto a esas enfermeras que presumiblemente han recogido de la calle. Unas mujeres rudas con una boca aún más ruda. Los pacientes de nuestro hospital no se merecen eso. Preferiría ver allí a las piadosas hermanas que prestan servicio al prójimo.

Ludovica pestañeó confusa, mientras Gottfried daba cuenta de su copa de vino.

—Federico habla de las diaconisas del pastor Fliedner —intervino la princesa—. ¿Han oído hablar de este movimiento?

Ludovica reflexionó.

—Sí, creo que he leído algo al respecto. ¿No es ese pastor de Kaiserswerth que ha fundado una institución para formar a cuidadoras evangélicas?

El príncipe asintió entusiasmado.

—Sí, en efecto. El pastor Fliedner acoge a ciudadanas decentes y dirige su casa como una hermandad. Castas y modestas, viven y trabajan al servicio de Jesús —aclaró él con una apoteósica sonrisa.

«Este entusiasmo encaja con él», pensó Ludovica.

—He mantenido correspondencia con el pastor Fliedner y le he pedido que

nos mande a la Charité a algunas de sus eficaces hermanas para poner fin a la desdicha de las enfermeras. Las hermanas están bien formadas. No obstante, el pastor exige un salario considerable para ellas —añadió.

Aun cuando el príncipe heredero tenía poca fe en gastar dinero, Ludovica tenía la sensación de que, al contrario que las «enfermeras rudas», las devotas hermanas le parecían dignas de merecerlo.

—¡Me ha prometido que dentro de pocos días viajará con algunas de sus hermanas a Berlín! —anunció Guillermo, el príncipe heredero.

Ludovica se preguntó si ya había informado al director Kluge y a los directores médicos de la Charité y qué le parecía a Dieffenbach la idea de tener algo parecido a monjas en su área.

Elisabeth se puso en camino para ir al trabajo. Ya no vivía más allá del área de cirugía. El nuevo cuarto también era una buhardilla, pero mucho más clara y acogedora que la habitación de la antigua Charité.

El año anterior se había terminado por fin el edificio de la nueva Charité. La construcción de tres alas, al norte del terreno de la Charité, ponía fin a la falta de espacio. La unidad del profesor Ideler se estableció en la nueva construcción, así como la unidad de sífilis del director Kluge y las demás enfermedades venéreas, que ubicaron en la segunda planta. Los sarnosos se instalaron en la tercera planta. Además, había espacio para los enfermos que trasladaban de la prisión. En las dos alas laterales ahora se encontraban las viviendas de los suboficiales médicos que vivían en el hospital. Y bajo el techo estaban los cuartos de los cuidadores.

Curiosa, Elisabeth había dado una vuelta por la nueva Charité: extensas crujías con camas limpias, además de agua corriente, baños y excusados en todas las plantas. Eso lo hacía mucho más agradable.

Por supuesto, Elisabeth también se alegraba de que la estrechez del antiguo edificio perteneciese al pasado. Por otra parte, la nueva construcción, en la que ahora vivía ella, era un oscuro edificio de ladrillo con tres plantas y rejillas de hierro en las ventanas, que recordaba más a una penitenciaría que a un hospital. Ante la entrada principal se había puesto una glorieta con césped. Más allá del muro que rodeaba el terreno se podía ver la parte trasera de las desconchadas casas de la Luisenstrasse. Entre los dos edificios de la Charité se seguían acumulando escombros, que con suerte pronto desaparecerían. El jardín del fondo seguía pelado por el invierno, pero pronto reviviría con el verdor primaveral, y las lilas dispararían con su aroma los habituales hedores.

El doctor Dieffenbach estaba junto a la puerta y observaba cómo trabajaba Elisabeth. La enfermera se volvió hacia el doctor y lo miró dubitativa.

—¿Quiere venir al portón para saludar a las recién llegadas? —preguntó él. Ella frunció el ceño.

—Recibimos ayuda «santa» —dijo él en un tono socarrón—. ¡Diaconisas! Elisabeth seguía sin comprender a qué se refería.

—¿No ha oído hablar del pastor Fliedner y de sus «monjas»? Elisabeth negó con la cabeza.

—El pastor ha fundado en Kaiserswerth, a orillas del Rin, una especie de orden protestante para mujeres solteras que se comprometen a llevar una vida casta y cuidar cristianamente a los enfermos por amor al prójimo. Se llaman diaconisas. Además de la casa madre, ahora brotan casas como hongos por todas partes.

—¿Y esas mujeres vienen aquí? —preguntó sorprendida Elisabeth, mientras acompañaba al doctor Dieffenbach hacia la entrada de la nueva Charité.

—Es un sueño dorado de nuestro príncipe heredero traer la doctrina cristiana a la Charité, de ahí que el director Kluge haya cedido y acoja aquí a cuatro diaconisas y a su superiora. A nosotros, los médicos, nos han animado a

darles una amable bienvenida —añadió, y Elisabeth pudo entender claramente lo que opinaba.

Ante el portón ya se encontraban algunos profesores y oficiales médicos. Sus semblantes resultaban igual de reticentes que el tono de voz de Dieffenbach. Elisabeth oyó refunfuñar al general médico Von Wiebel:

—¿Se propone el príncipe heredero moralizarnos?

—Tal vez a partir de ahora tengamos que celebrar procesiones por la Charité —se burló un joven médico de uniforme, cuyo nombre Elisabeth no recordaba.

—Son protestantes —contestó el doctor Dieffenbach—. Démosles una oportunidad —propuso pese a sus reservas—. Son mujeres solteras que han recibido una formación de cuidadoras conforme a nuestras directrices. Además, sé que las iniciaron en el cuidado de los enfermos con mi libro.

De repente, desde las ventanas de la tercera planta se oyó una exclamación:

—¡Ahí vienen!

Al parecer, las pacientes de la sala de sarna, que se apiñaban en las enrejadas ventanas con sus batas grises, estaban más al tanto que Elisabeth.

Los enfermeros y las enfermeras, que se habían puesto en fila un poco al margen de los médicos, asomaban la cabeza.

Al frente caminaba un hombre flaco, con una vestimenta negra que lo identificaba como pastor. Tenía que ser el fundador del movimiento. El pastor Fliedner. Detrás iban cinco mujeres, vestidas también de negro, y todas llevaban en la cabeza una cofia blanca de aspecto anticuado. Aunque la mayoría de ellas parecían muy jóvenes, Elisabeth las veía como unas viejas matronas.

—¡Monjas no, monjas no! —resonaba desde las ventanas del área de sarnosas. Elisabeth se preguntó quién habría hablado a las pacientes de la llegada de las diaconisas.

El pastor saludó con la mano a los médicos. El general médico Von Wiebel se encargó del discurso de bienvenida, bastante corto, y anunció que las hermanas empezarían en las áreas de enfermedades venéreas y sarna del doctor Kluge, quien se ofreció a llevarlas a su nuevo lugar de trabajo.

El pastor Fliedner presentó a la mayor de las diaconisas como la superiora Walburga, una mujer de amplias espaldas que seguro que pasaba de los cuarenta y resultaba sumamente severa. Las hermanas más jóvenes tendrían que obedecerla a ella, explicó Fliedner.

Lo que podría llevar a enfrentamientos con los médicos, pensó Elisabeth, acostumbrados como estaban a dar órdenes al personal sanitario.

Junto a la superiora estaba la hermana Theresa, que parecía igual de mayor y ya tenía mechones grises en el cabello. El pastor Fliedner explicó que la hermana Theresa se había unido a ellos tras la reciente muerte de su marido. A Elisabeth no le pasó inadvertida la desagradable expresión del rostro de Theresa, pero también vio lo jóvenes que eran las otras tres hermanas: Katharina, Gertrud y Josepha. Esta última en particular lucía una amplia y agradable sonrisa, y Katharina también sonreía. Seguramente no tenía ni veinte años, y resultaba un poco añada con su fino pelo rubio y sus ojos claros.

Cuando el general médico le tendió la mano, ella miró al suelo con timidez. Por el contrario, Gertrud, de pelo oscuro, sostuvo la mirada del médico con semblante serio y solemne. Debía de ser una auténtica belleza sin cofia y con otro peinado.

Elisabeth se preguntó lo que había movido a esas mujeres a seguir la llamada del pastor y convertirse en diaconisas. Sin duda, cada una tenía su propio destino, tal vez algún día se lo contarían. Pues estaba encantada de dar la bienvenida a las hermanas. Había suficiente trabajo y además demasiadas enfermeras y enfermeros vagos, que aprovechaban cualquier oportunidad para rehuir de las tareas desagradables. Tal vez a los pacientes les iban bien las

diaconisas, con su fundamentada decisión de ser misericordiosas. Elisabeth miró a su alrededor y percibió muchas miradas escépticas entre los médicos y el personal sanitario.

—Hagamos pasar a nuestras hermanas y que se familiaricen con su futuro lugar de trabajo —propuso el general médico Von Wiebel.

Elisabeth todavía recordaba al detalle su primer día en la Charité. Sospechó lo chocante que les iba a resultar a las diaconisas la crujía de salvación o la sala de los presos. El pequeño grupo se puso en camino. La reunión se disolvió, y Elisabeth regresó a su trabajo.

Por la noche, cuando se dirigía a su cuarto, oyó fuertes voces procedentes de la habitación de las reclusas. Sonaba como si alguien necesitase ayuda. Había dos personas vestidas de negro en el pasillo, delante de una puerta abierta de la que salía el griterío.

—¿Qué pasa? ¿Puedo ayudar? —preguntó Elisabeth amablemente, y se presentó a ambas diaconisas.

—Hermana Katharina —dijo la rubia.

Junto a Katharina estaba la hermana Gertrud. Cohibidas, ambas miraron a través de la puerta abierta hacia la sala. Las mujeres, que cumplían condena por prostitución o robo, por lo visto habían acordado complicarles la vida a las diaconisas. Con sus tarugos de madera en los tobillos, se agruparon y colmaron a las nuevas de improperios o intentaron abochornarlas con repugnantes expresiones.

—¡Mirad cómo se sonrojan! —gritó con entusiasmo una de las mujeres.

—¡Bueno, monjitas, os queda mucho que aprender! ¡Os quitaremos la inocencia!

El revuelo atrajo a algunos enfermeros de la sala de al lado, que disfrutaron del espectáculo hasta que intervino Elisabeth y llamó al orden a las mujeres con pocas pero duras palabras. Echó un vistazo y miró fijamente a las

pacientes. Enseguida tuvo claro cuál de ellas era la más fuerte y llevaba la voz cantante. Elisabeth avanzó y se plantó delante de una mujer alta y pelirroja con prominentes pechos que se llamaba Minna.

—Así que quieres dar guerra y agitar a las demás contra las diaconisas, que han venido a ayudaros.

—¿Y qué tienes *pensao* hacer, mocosa? —preguntó Minna desafiante y resoplando—. Ya tengo un tarugo de madera en la pierna. ¿Quieres ponerme otro? ¡*Pos* venga!

Elisabeth no se dejó amedrentar.

—Te portarás bien y no estorbarás a las hermanas en su trabajo.

—¿Y qué más?

—Estoy pensando en un enema para limpiar el intestino que seguro que no olvidarás en mucho tiempo. ¡No me retes! Puedo llevarte a la cruzía de salvación. Apuesto a que, si miro debajo de tu falda, encontraré una excusa para una buena cura de mercurio.

Furiosa, Minna la fulminó con la mirada.

—Eso ya lo he *superao*. Dice el doctor que lo que tengo ahora no es sífilis. Y también desaparece.

—Bien, pues no les des motivos a las hermanas para convencer al doctor de la necesidad de otra terapia.

La pelirroja cruzó los brazos por encima de su voluminoso pecho e hizo una mueca con los labios.

—¡Y las demás, venga, a la cama!

Las mujeres obedecieron de mala gana.

—No os dejéis intimidar —aconsejó Elisabeth a las jóvenes, que seguían tímidamente en la puerta—. Si no hacen caso, llamadme —añadió tan alto que todas pudieron oírlo en la habitación—. ¡Os garantizo que no se rebelarán una segunda vez!

—Vaya huevos tiene la mocosa debajo de la falda —dijo Minna sonriendo con descaro.

Elisabeth sabía que se había ganado su respeto y que sucedería lo mismo con las demás. No obstante, lo más importante era que las hermanas se entendiesen con las mujeres.

—¡No seáis tímidas! —exclamó dirigiéndose otra vez a Katharina y Gertrud, y después les dejó el sitio a las nuevas.

Unos días después, Elisabeth se sentó a cenar con las cinco hermanas a un extremo de la mesa. Parecía que los demás enfermeros habían acordado mantener las distancias con respecto a las «intrusas», como Linda las llamaba en voz alta, tanto que las diaconisas no lo podían pasar por alto.

Elisabeth las oyó cuchichear entre ellas. No solo la convicción cristiana que inducía a las mujeres a hacer su trabajo molestaba a algunas enfermeras. Lo que realmente irritaba a la mayoría era que las diaconisas recibían más del doble de salario y, además de comida y dinero para ropa, ¡para colmo cada una tenía su propio cuarto!

El mísero salario de los enfermeros no había aumentado nada desde la fundación de la Escuela de Cuidados de Enfermería hacía cuatro años, y tampoco el de ella. Por eso a Elisabeth no le sorprendía que la clase de hombres y mujeres que se presentaban para ese trabajo no cambiase. El deseo del profesor Dieffenbach de reclutar a ciudadanos decentes y formados para su escuela seguiría siendo un sueño mientras la junta directiva y los ministros del rey no estuviesen dispuestos a pagar convenientemente por ese duro trabajo.

Elisabeth suspiró sin querer. Después se volvió de nuevo hacia las diaconisas.

—Damos nuestro salario de forma voluntaria a la casa madre —recalcó la

superiora Walburga, y lanzó una mirada de desaprobación a las enfermeras—. No trabajamos por dinero, sino por nuestra convicción cristiana.

—Ya, ya, nuestras santas monjas —se burló Linda.

—¡Calla la boca y no hables de cosas de las que no tienes ni idea! —increpó la hermana Theresa a la enfermera.

La gobernanta intervino antes de que la discusión se avivase. Durante un rato todas comieron en silencio.

—Sí que nos permiten guardar un dinero de bolsillo —susurró la hermana Katharina a Elisabeth.

—Será nuestro pequeño secreto —respondió esta devolviendo la huidiza sonrisa a la diaconisa.

—Preferiría que las enfermeras no nos tuviesen tanta envidia y nos trataran con más amabilidad.

—Así será pronto —dijo Elisabeth para animarla—. Primero se tienen que acostumbrar a vosotras. En cualquier caso, me parece bien cómo tratáis a las pacientes. Ese tono rudo, peor que el de los patios de un cuartel, siempre me ha repugnado. Tal vez algunas sigan el ejemplo de cómo tratar a los enfermos más amablemente.

—No todas las enfermeras son tan rudas —objetó la hermana Katharina—. Tú eres distinta. Todas las pacientes que te han conocido hablan de ti con aprecio.

Elisabeth notó cómo se sonrojaba de alegría.

—Gracias. Me esfuerzo a diario para dar lo mejor de mí, pero a veces yo también estoy cansada y no puedo tratarlas a todas como corresponde.

—Es cierto que no llevo aquí más que unos días, pero entiendo a lo que te refieres —dijo Katharina, y volvió a bajar la voz—: Todos llegamos cada día a nuestro límite y nos preguntamos de dónde sacar las fuerzas. Ya sabes, por desgracia no soy tan firme en mi fe como nuestra superiora o Gertrud, que

parecen recibir aliento directamente de Dios. Fui a ver al pastor Fliedner porque había perdido a mi familia y no sabía qué hacer. ¡Murieron todos de cólera!

Elisabeth, comprensiva, puso la mano sobre su brazo.

—Yo también soy la única que está viva de mi familia.

A Katharina se le arrasaron los ojos de lágrimas.

—Me sentí tan sola... Además, tenía que sobrevivir de alguna manera. El pastor Fliedner fue mi salvación. Ahora tengo una familia nueva. Con todas las hermanas a mi alrededor, me vuelvo a sentir protegida. No tengo que temer por el pan diario, y realizo un trabajo que es bueno para mí y para los demás.

—Entonces ¿no te arrepientes de tu promesa de fidelidad? —quiso saber Elisabeth.

La joven diaconisa sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ni un solo día. No quiero desposarme, así que no me supone una gran renuncia guardar castidad. Nos hemos comprometido a vivir durante cinco años según las reglas del pastor Fliedner.

—¿Y después?

—Después podemos renovar nuestro juramento.

Cuando Elisabeth regresó más tarde a sus crujías, sintió un extraño vacío en su interior. Pensó en su hermana y en el niño que esperaba, al que no se le permitió vivir, y en los muertos de su familia. La tristeza pesaba mucho en su corazón. También ella se sentía sola. ¿Con quién podía hablar de sus preocupaciones y sentimientos? En cualquier caso, ni con Linda ni con Christina, que todavía compartían el cuarto con ella. Seguro que Margret la entendería.

Volvió a pensar en Alexander Heydecker, que se había marchado hacía casi dos años, y de repente se sintió aún más sola. Tragó saliva. Hacía tiempo que no echaba tanto de menos a su familia.

Elisabeth permaneció delante de la puerta que daba a la sala de cirugía para mujeres. Se pasó la mano por el rostro, pestañeó unas cuantas veces y sonrió. Solo entonces abrió la puerta y entró.

El pie equinovaro

A altas horas de la noche, un golpeteo asustó a las enfermeras en su cuarto. La puerta se abrió, y a la luz de una lámpara aparecieron un vestido negro y una cofia blanca sobre un rostro lívido de espanto.

—He oído gritos —dijo una voz.

—No es cosa nuestra —respondió Linda volviendo la espalda a la joven diaconisa.

Tampoco Christina y Margret dieron muestras de abandonar sus camas.

—Seguro que ronda por ahí uno de los subcirujanos —dijo Christina bostezando.

—¡Lárgate y déjanos dormir! —refunfuñó Linda.

La diaconisa vaciló.

—Pero hay que ir a ver —dijo sin precisar.

Elisabeth se quitó la manta de encima y cogió un chal de lana. Se puso los zapatos, se echó el chal por encima de los hombros y se dirigió a la puerta.

—Voy contigo.

—Gracias —dijo la hermana Katharina, aliviada—. Todavía soy inexperta y no sé qué hay que hacer.

Las dos mujeres enfilaron el oscuro pasillo. Desde allí Elisabeth también podía oír los gritos. Claramente de una mujer, y venían de una de las salas inferiores.

—Pero tú te has formado como cuidadora —dijo Elisabeth, sorprendida.

La joven diaconisa asintió.

—Eso sí. Hemos aprendido con un libro del doctor Dieffenbach y teníamos clase con el pastor Fliedner, pero es distinto a tener años de experiencia como tú.

Elisabeth sonrió desconcertada. Llegaron a la sala de las reclusas, ahora solo se oía un gimoteo. Elisabeth abrió de golpe la puerta y encendió una lámpara.

—¿Qué pasa aquí? —inquisitiva, miró alrededor, a unos rostros cuyos semblantes iban desde la ira hasta la compasión, pasando por la impaciencia.

—Creo que el niño está en camino —dijo Minna, y señaló a una de las mujeres, cuya bata se abombaba bajo su pecho. Parecía soliviantada.

—¡Llévala! ¿Cómo vamos a dormir con los lloriqueos?

Elisabeth se abalanzó sobre la cama de la mujer encinta.

—¿Pero no es demasiado pronto?

La reclusa, que se llamaba Clara, asintió y entonces volvió a gritar como si le viniese otra contracción.

—Respire, respire —ordenó Elisabeth cogiendo sus manos hasta que la sacudida disminuyó.

—Ve a buscar a la partera y mira si se puede encontrar a uno de los médicos —le gritó a la hermana Katharina—. Y que venga también la enfermera. Me quedo mientras tanto con ella.

Katharina asintió, pero no se movió del sitio.

—¿Dónde los puedo encontrar? ¿En qué habitación vive la partera?

Elisabeth miró a la diaconisa.

—Entonces quédate tú aquí. Tiene que controlar la respiración durante las contracciones y no debe ponerse nerviosa.

Katharina se sentó con la parturienta mientras Elisabeth cogía una de las lámparas y salía corriendo.

Cuando volvió con el doctor Reich, la partera y la enfermera, el parto ya no se podía detener. Así, Clara, la doncella que había robado a su señora y se había quedado encinta del hijo de su patrón, dio a luz en la habitación de reclusas a un niño muerto, que todavía no se había desarrollado por completo.

—Alégrate de no tener que cargar con un mocoso —comentó Minna con crudeza.

Clara lloraba, aunque afirmó que era lo que prefería.

El médico se retiró y dejó con la paciente a la partera y la enfermera, que se encargarían del resto. Metieron a las curiosas espectadoras bruscamente en sus camas.

—Y vosotras regresad también a vuestro cuarto —dijo la partera a Katharina y a Elisabeth.

Elisabeth volvió a estrecharle las manos a Clara y con un paño le enjugó las lágrimas del rostro antes de despedirse.

En silencio, las dos mujeres subieron a la buhardilla.

—Deberías unirte a nosotras —dijo Katharina de repente.

—¿A qué te refieres? —exclamó Elisabeth mirándola sorprendida.

—Deberías hacerte diaconisa. Eres distinta a las enfermeras y los enfermeros con los que me he encontrado aquí hasta el momento. Tienes buen corazón y haces este trabajo por convicción, porque quieres ayudar a las personas. Eso es justo lo que distingue a nuestra hermandad. Vivimos con misericordia, amor y bondad, al igual que tú, y nos damos mutuamente fuerza en nuestra comunidad. ¡Somos una familia! Medítalo.

Se desearon buenas noches y regresaron a sus cuartos. Elisabeth dejó caer el chal sobre el baúl y se metió en la cama. Se subió la manta hasta la barbilla e intentó volver a dormirse, pero su mente le daba vueltas. Las palabras de la hermana Katharina la obsesionaban.

«Una familia. Hermanas de espíritu», pensó.

Era consciente de que siempre se había sentido como una marginada entre las enfermeras. Eran tan distintas... Cada una luchaba solo por sí misma. Entre ellas no había ninguna que se interesase por todo lo que había más allá de su trabajo diario. Todo aquello que aprendían los *pépins* y los estudiantes de anatomía, medicina interna y cirugía. Elisabeth no conocía a ninguna enfermera que leyera con avidez todos los libros que le caían en las manos. Algunas se habían formado antes de la fundación de la Escuela de Cuidados de Enfermería, ¡y ni siquiera sabían leer! Sí, ella era distinta. Tal vez por eso se sentía tan sola, aunque compartiese habitación con tres enfermeras.

«¡Una familia!»

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Qué bonito sería formar parte de algo. Qué bonito volver a tener una familia a su alrededor. Pero ¿podría la superiora Walburga ser de verdad algo así como una madre?

Elisabeth pensó en la estricta diaconisa, y en el tono brusco con que a menudo se dirigía a sus hermanas, no muy diferente del que utilizaba la gobernanta para llamar al orden a las enfermeras.

Elisabeth volvió a pensar en Katharina y en Gertrud, que era tan afectuosa y devota. Sin embargo, ¿tenía que enfundarse el hábito de las diaconisas para convertirse en su hermana espiritual? ¿No podían ser amigas sin más?

Se durmió y soñó con mujeres de negros vestidos que bailaban a su alrededor formando un impetuoso corro.

Era un magnífico día de mayo cuando un nuevo paciente esperaba a Dieffenbach. No estaba sentado en su consultorio. Emilie lo había hecho pasar al salón y lo había agasajado con café.

Cuando Dieffenbach entró, él se levantó y le ofreció la mano. No fue al

encuentro del señor de la casa. Apoyó la zurda en el tablero de la mesa, mientras tendía la diestra al médico.

—Doctor Dieffenbach, me alegro de verlo. Albergo grandes esperanzas de que me pueda ayudar —dijo con acento inglés—. Me llamo William John Little, soy médico y soy natural de Londres. Colaboro con su profesor de anatomía, el doctor Müller, y conozco bien a su prosector, el doctor Froriep. Ambos me han recomendado encarecidamente que lo visite. «Si alguien puede ayudarle, es el doctor Dieffenbach», fue la opinión unánime.

Por supuesto, Dieffenbach no era insensible a los halagos, si bien se mantenía alerta.

—¿De qué se trata? —preguntó con objetividad.

A duras penas, el médico inglés se desplazó tras la mesa, de modo que Dieffenbach vio claramente el problema.

—¿Me permite quitarle la férula y examinarle la pierna?

—Se lo ruego. Pero no aquí. Preferiría no obligar a su encantadora esposa a ver esto. Lo acompañaré con mucho gusto a su consultorio —propuso Little.

Dieffenbach sonrió.

—Emilie me proporciona un gran apoyo y, como hija y hermana de médicos, está bastante acostumbrada. ¡Acérquese! Le ayudo a subir al canapé.

Little cogió su bastón y, con la ayuda de Dieffenbach, llegó cojeando hasta el sofá. Dieffenbach se agachó ante él y lo ayudó a aflojar la férula, que le permitía apoyar un poco el deformado pie.

—Adolece de *pes equinovarus*, una combinación de pie equino y zopo —diagnosticó.

El médico inglés asintió.

—Sí, caminar será cada vez más arduo, y pronto me será imposible seguir con mi consultorio si no recibo ayuda. ¿Conoce al médico francés Delpech? Publicó hace ya años un artículo sobre la delicada sección del tendón de

Aquiles. Le pedí consejo, pero me previno con respecto a la cirugía y me advirtió del riesgo de supuración. Pero le digo que la sección es mi última esperanza.

Dieffenbach asintió.

—Sí, lo conocí. Me permitieron asistir como oyente al curso de Delpéch durante mis estudios en París. Ya por entonces efectuó las primeras secciones subcutáneas, pero su método no tuvo adeptos, lo que no comprendo muy bien.

Se inclinó hacia delante y examinó el pie con detenimiento.

—Desde luego, creo que una tenotomía podría tener éxito con usted, pero sepa que el corte del tendón no sería más que el comienzo de un largo calvario. Se tendría que efectuar la intervención por vía subcutánea para que el tendón no corra el peligro de supurar y no cicatrice con demasiada firmeza. Después, con un aparato, se podría distender poco a poco el tejido intersticial que aparece tras la intervención hasta que el pie pueda formar un ángulo recto con respecto a la pierna. ¡El tratamiento tras la operación será determinante!

Little sonrió a Dieffenbach.

—¡Pongo mi destino en sus manos!

Sin embargo, Dieffenbach negó con la cabeza. Tal vez fuese la nariz de Elvira lo que lo hizo vacilar.

—Yo no he realizado nunca esta operación, pero sé de un buen amigo que lo ayudará. Le daré una carta de recomendación, y le aseguro que, con el doctor Stromeyer de Hannover, su pie está en buenas manos. Se sentó frente a su escritorio y empezó a escribir.

Apreciado colega Stromeyer:

William John Little, un médico londinense que se halla aquí, en Berlín, y yo mismo queremos saber si su método quirúrgico podría ayudarlo. Al ver su pie equinovaro, he pensado de inmediato en usted y en sus éxitos con las secciones subcutáneas. Mis

experiencias son demasiado escasas y conciernen a otras deformidades, de modo que no me considero lo bastante capaz para hacerme cargo. Sin embargo, usted está sin duda en condiciones de ayudarlo. Me alegraría si aceptase, y espero que me mantenga al tanto de las medidas que vaya adoptando.

Me despido de usted y le hago llegar mi profundo respeto.

Su fiel colega,
DIEFFENBACH

—Se lo agradezco de corazón —dijo el inglés, complacido, y guardó la carta de recomendación.

—Pásese por aquí en algún momento a mostrarme el resultado —pidió Dieffenbach.

Quiso el azar que, en su tarde libre, Martha y su hijo August pasaran por delante del portón del palacio de Bredow justo cuando la condesa salía con la niña de la mano. La niñera las seguía a unos pasos de distancia.

Era un cálido día de verano, en Berlín resplandecía el cielo azul, y unas pequeñas nubes blancas avanzaban parsimoniosamente sobre la ciudad. Las adineradas burguesas se habían engalanado con coloridos vestidos y paseaban bajo sus sombreros y quitasoles a lo largo de la avenida.

—¡Martha!

La condesa Ludovica enseguida reconoció a la partera y le tendió la mano.

—Martha, qué bien verla. ¿Es este su hijo?

—Pues sí. August, ¿y tus modales? ¡Dale los buenos días a la condesa!

August se quitó la gorra e hizo una reverencia.

La condesa posó las manos en los hombros de la preciosa niña, que llevaba un elegante vestido de volantes y, sobre los rubios rizos, un sombrero de paja sujeto con cintas a la barbilla. Era el semblante de una madre orgullosa.

—Esta es Amalie Friedericke. No ha vuelto a ver a mi hija desde que llevaba pañales.

Martha intentó sonreír, aunque se le hizo un nudo en la garganta. «El bebé raptado: no, el bebé salvado», se corrigió.

—Qué hermosa te has vuelto. ¡Toda una damita!

La niña debía tener casi cinco años, calculó.

—Esta es Martha Vogelsang, tesoro, y su hijo August. Martha te ayudó a venir al mundo —explicó Ludovica a la niña, a la que consideraba su hija.

Amalie miró primero a la partera y después a August.

—¿Por qué miras tan raro? —preguntó abiertamente como hacen los niños.

—Siempre miro así —se defendió August—. Mi ojo no quiere apuntar en otra dirección.

La pequeña lo examinó interesada, mientras la condesa se disculpaba por su falta de decoro.

Martha se encogió de hombros.

—Pues así es. Dios le ha gastado una broma pesada a nuestro August, y por desgracia no tiene remedio.

El pequeño grupo avanzó entre los carruajes por el camino de acceso a la Lindenallee, bajo cuyas verdes ramas parecía pasear medio Berlín ese mediodía. Coloridos vestidos y elegantes fracs marchaban junto a criadas de faldas de rayas y estrictas niñeras que intentaban atar corto a sus protegidos. La niñera cogió a Amalie de la mano.

—Nosotros tenemos que volver —dijo Martha.

Las dos mujeres se despidieron.

—Sigo sin entender por qué ha renunciado a su labor como partera para diseccionar muertos —comentó la condesa de repente.

Martha rehuyó su mirada.

—También los muertos merecen respeto. Alguien tiene que encargarse de

este último cometido por ellos. Y además la Charité es como una gran familia. Es lo mejor para August.

Ludovica no cejó.

—Pero también podría haber trabajado para el director Kluge en la unidad de maternidad o en la clínica pediátrica con el doctor Barez.

—Tomé mi decisión —respondió Martha con más rotundidad de la prevista mirando a Amalie, que brincaba de un lado a otro.

La condesa se estremeció.

—Tal vez me cuente algún día lo que la desvió de su camino y la empujó a tomar esa decisión.

Martha apartó la mirada.

—No hay nada que contar. —Tras un último saludo, se marchó con August. Notó los ojos de la condesa en su espalda hasta que doblaron la esquina.

Tal vez habría guardado silencio para siempre si no se hubiese cruzado con Elisabeth al regresar, nada más pasar el portón de la Charité. Elisabeth notó enseguida que algo había pasado.

—¿Qué sucede, Martha?

—Nos hemos encontrado con la condesa Ludovica y su hija, Amalie —informó solícito August, que notaba de alguna manera que el triste humor de su madre estaba relacionado con el encuentro.

—¿Y qué sucede? —repitió Elisabeth, y sonrió a Martha para animarla.

—Ay, nada —respondió Martha con un gemido—. Hoy no me encuentro muy bien —añadió, pero una excusa semejante de poco servía con Elisabeth.

La enfermera frunció el ceño.

—Creo que nos tomaremos juntas una infusión y así me cuentas lo que te aflige.

Era lo último que Martha quería, pero tal vez había guardado el secreto demasiado tiempo y ahora había que sacarlo a la luz.

El comedor estaba vacío. Los enfermeros y las enfermeras trabajaban a esa hora en sus unidades y, de hecho, también Elisabeth debería haber vuelto ya a su puesto, en lugar de sentarse con Martha, que pidió una cerveza.

Del mismo modo que desde los primeros años se cultivaban frutas y verduras en el terreno de la Charité, también había una pequeña cervecería, que producía la cerveza que enfermeros y pacientes bebían todos los días. La Charité tenía al lado algunas tierras que la abastecían con una pequeña parte de los cereales que se necesitaban a diario para pan, puré y sopas. Sin embargo, la mayor parte tenía que comprarse y se cargaba a la caja del hospital. Desde hacía años se discutía sobre si se tenían que pagar impuestos sobre esos cereales, aunque por suerte se había zanjado ya la disputa sobre si el municipio tenía que pagar por la estancia de sus enfermos necesitados en la Charité real. El año anterior, tras muchas discusiones, el rey había concedido a los berlineses cien mil días de manutención gratis para los pobres de la ciudad.

Pero en ese momento los pensamientos de Martha no giraban en torno a la Charité y sus dificultades. Pensaba en la niña que se había llevado hacía casi cinco años de la casa clausurada por el cólera y que había dejado en manos de una extraña. Y en la tía carnal de esa niña, a la que ahora tenía sentada enfrente con una infusión de menta, mientras la miraba fijamente. August había mendigado en la cocina una pasta de jengibre y estaba sentado en un rincón, donde construía hombrecitos con unas ramitas y un poco de hilo.

—¿Qué te inquieta? —insistió Elisabeth.

—Hoy he pensado en tu hermana —confesó Martha.

—Yo también pienso mucho en ella y me pregunto cuánto debió de sufrir y por qué nuestro Dios muestra tan poca misericordia con los inocentes. ¡Por lo menos su hijo era inocente! —recalcó.

—Sí —dijo Martha alargando la respuesta—. Lo era y tal vez por eso el

Señor lo salvó.

Elisabeth tardó unos instantes en ser consciente de lo que Martha acababa de decir. Sorprendida, abrió de golpe los ojos y miró fijamente a la partera.

—¿Qué quieres decir con eso?

Era demasiado tarde. Ya no había vuelta atrás. Ahora tenía que contarle toda la verdad.

—Tu hermana de repente se sintió mal —empezó a explicar Marta—. La placenta no salió como de costumbre. Maria sangró mucho y no pude parar la hemorragia. Fue desfalleciendo en mis manos hasta que murió.

Elisabeth meditó aquellas palabras hasta que encontró la que la hizo intervenir.

—¿La placenta? Entonces ¿el bebé ya estaba ahí? ¿Sobrevivió?

Martha asintió.

—¿Qué le ocurrió? —siguió insistiendo Elisabeth.

—Nada. Era una niña sana y fuerte, solo que no pude salvar a su madre.

—¿Qué hiciste con mi sobrina? —exclamó Elisabeth horrorizada—. ¿No la dejarías en aquella casa infectada de cólera con su madre muerta?

Martha la fulminó con la mirada.

—Si hubiese sido por el prefecto de policía, debería haber hecho ni más ni menos que eso. Ni siquiera habría podido entrar en la casa para ayudar a tu hermana con el parto.

—¿Qué pasó con la niña? —preguntó Elisabeth conteniendo un sollozo.

—Me la llevé.

—¿Qué... qué estás diciendo? ¿Dónde está? ¿Sigue viva mi sobrinita?

Martha asintió.

—Sí, te lo prometo, está bien. Maravillosamente, diría incluso. No podrías desear una vida mejor para la pequeña. ¿Te basta con eso?

No le sorprendió que Elisabeth contestara que no con la cabeza.

—¿Cuéntamelo todo! ¿Qué hiciste?

Con voz entrecortada, Martha se desahogó confesándole lo que le pesaba en el alma desde hacía años.

—Ahora se llama Amalie Friedericke de Bredow, y la condesa ama de corazón a su hija.

Elisabeth, incrédula, miró fijamente a Martha.

—¿Hiciste desaparecer el bebé muerto y lo reemplazaste por mi sobrina para hacerla pasar por su hija?

—En esa situación, era lo mejor para todos —se justificó Martha—. Deberías haber oído a la condesa llamando a su hijo. No podía ser tan cruel de decirle la verdad. Además, ¿qué debería haber hecho con la pequeña? ¿Llevarla a la inclusa? ¿A tu casa? ¿Cómo ibas a criarla siendo enfermera? ¡Imposible! Y yo ya tengo suficientes problemas con August. No lo tiene fácil y está solo cada dos por tres. ¿Cómo iba a adoptar a otra criatura?

Elisabeth estuvo callada un buen rato. Con los ojos bajos, permaneció allí sentada reflexionando.

—¿Por eso renunciaste a tu labor de partera y ahora diseccionas muertos? ¿Es la penitencia que te has autoimpuesto por tu falta?

Martha, desvalida, asintió.

—¿Me puedes perdonar?

Elisabeth se encogió de hombros.

—No soy yo la que algún día te juzgará. Eso debes resolverlo contigo misma y con Dios. —Se levantó y se dispuso a irse, pero Martha la agarró de una manga.

—Por favor, guarda el secreto. No arranques a la niña de su familia y no la prives del amor de la mujer a la que toma por su madre. Sería cruel.

Elisabeth pestañeó.

—Sí, lo sería. Sin embargo, primero tengo que pensar si puedo guardar

silencio sin más.

Se marchó. Martha vació su vaso y se levantó lentamente.

—Ven, August, recoge tus muñequitos. Tenemos que irnos. El trabajo me espera.

Elisabeth durmió mal esa noche. Daba vueltas una y otra vez a las palabras de Martha. ¡La hija de su hermana estaba viva! No estaba sola, tenía una sobrinita que vivía en el palacio de Bredow.

Cuando Elisabeth se levantó por la mañana, el impulso de ver a la niña era tan grande que apenas podía pensar en otra cosa. Cuando las hermanas y los enfermeros se encontraron al mediodía para almorzar en el comedor, Elisabeth se escapó en secreto. Cruzó el portón y se dirigió al centro de la ciudad. Sin aliento, llegó a Unter den Linden, la avenida de los tilos, y se acercó al palacio del conde. Indecisa, caminaba de un lado a otro sin perder de vista la puerta de entrada.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar allí hasta conseguir ver a la niña? Tal vez la pequeña daría un paseo al mediodía con su niñera, pero hasta entonces podían pasar horas y Elisabeth regresaría demasiado tarde al trabajo.

Contuvo un suspiro. Se llevaría una reprimenda, era evidente, pero era incapaz de emprender el camino de vuelta. Solo unos minutos más. Tal vez la puerta se abriese entonces y ella podría ver a su sobrina.

Sin dejar de observar el palacio por encima del hombro, dio unos pasos y algo chocó contra su costado. Un chillido.

Elisabeth se volvió rápidamente y evitó que una niña con un elegante vestido rosa tropezara y se ensuciara la blonda blanca. Sujetándola por el brazo, la sostuvo hasta que la chiquilla recuperó el equilibrio.

—Amalie, ¿qué modales son esos? Discúlpate —exigió una severa voz.

Elisabeth levantó la vista de la hermosa cara infantil a la figura de la niñera, vestida de oscuro, y después volvió a la niña. «Amalie.» ¿Podía realmente ser ella? ¿Era esa niña la hija de su hermana?

—No ha sido culpa suya —se apresuró a decir Elisabeth—. Yo no estaba prestando atención.

—Discúlpeme —dijo la pequeña con suma educación—. No pretendía molestarla.

Elisabeth soltó a la pequeña, que ahora le sonreía. De manera ceremoniosa, tendió la mano a la niña.

—Soy Elisabeth, la enfermera Elisabeth.

—Amalie Friedericke, hija de los condes de Bredow —dijo ella con modestia.

Elisabeth casi devoró el dulce rostro con los ojos. Qué niña tan hermosa. Tan agradable y bien educada. ¿Era esa su sobrina? ¿La hija de Maria? ¡Sí! Y sin embargo la chiquilla ya no pertenecía a su mundo. Se había convertido hacía mucho tiempo en una pequeña condesa. Elisabeth no tenía derecho a trastocar la vida de la niña. ¿Qué podría ofrecerle?

—¿Enfermera? —repitió la pequeña—. ¿Qué significa eso?

—Trabajo en la Charité, el gran hospital de Berlín. Nosotras, las enfermeras, atendemos y cuidamos allí a los enfermos —le explicó Elisabeth.

—Papá también está siempre enfermo —reconoció Amalie—. Vivimos allí enfrente. —Señaló el palacio de Bredow.

La niñera intervino y cogió su mano. Disculpándose, interrumpió la conversación y llevó a Amalie a casa. Elisabeth las siguió con la mirada hasta que la pesada puerta se hubo cerrado tras ellas. Notó que las lágrimas le ardían bajo los párpados.

«Amalie Friedericke, una parte de mi familia —pensó—. Maria, quédate tranquila, a tu hija no le falta de nada.» Después se volvió y regresó

rápidamente a la Charité, donde la recibió una gobernanta furiosa. Escuchó el sermón y aceptó las tareas adicionales sin pestañear.

Por la noche, cuando todos los demás ya se iban a la cama, llenó un cubo de fregar con agua y empezó a limpiar de rodillas la gran escalera. Todo el rato tuvo en mente la cara de aquella niña rubia. «Amalie Friedericke.» Nunca llegaría a saber que la enfermera Elisabeth era su tía.

Por la noche soñó con Amalie. Jugaban al pilla pilla, pero la pequeña era tan ágil que Elisabeth no podía seguirla. La niña se alejaba cada vez más hasta que ella ya no la veía. Desesperada, la buscaba. De repente la vio rodeada por unas monjas vestidas de negro. Sus vestidos se abombaban con el viento. Katharina la saludó y le gritó algo. Las hermanas se cogían de la mano y bailaban silenciosamente en corro.

«Ven con nosotras, hermana Elisabeth», exclamó Katharina. «Ahora somos tu familia.»

En su sueño, Elisabeth notó que le caían lágrimas por el rostro.

Las decisiones

Fue a comienzos de septiembre cuando Martha salió al encuentro de Elisabeth tras el trabajo.

—¿Te tomas una cerveza conmigo? —preguntó Martha.

—No me apetece una cerveza —respondió Elisabeth, pero se detuvo y miró a Martha.

—Pues tómate lo que quieras, pero habla conmigo. ¿Todavía no me has perdonado? ¿Ya no somos amigas? Echo de menos nuestras conversaciones y nuestras confidencias.

Elisabeth avanzó hacia Martha y rodeó con los brazos su pequeña y flaca figura.

—Entiendo tu decisión —dijo abrazando a Martha con fuerza—. Fue misericordiosa y es una bendición para la niña y para su madre adoptiva. Lo único que lamento es no poder participar en la vida de mi sobrina.

Martha lanzó un profundo suspiro.

Elisabeth la soltó y retrocedió.

—Perdona que no haya hablado contigo desde hace tiempo. Si apenas nos hemos visto en las últimas semanas solo ha sido por mi trabajo. Por supuesto que somos amigas, y tienes razón, deberíamos tomarnos más tiempo para conversar.

Fueron al jardín, donde August jugaba con el instructor Wiesinger y una gata joven. Hacía un frío agradable. Un viento fresco soplaba entre los árboles.

—¿Crees que podrías disponer de una hora libre el próximo lunes? — preguntó Martha.

Elisabeth reflexionó.

—Tendría que consultarlo con la superiora Walburga y, por supuesto, con el catedrático Rust. ¿Por qué?

Martha se incorporó y miró con orgullo a August.

—¡August va a ir a la escuela! Lo he inscrito con el maestro Obermann. La escuela está en la Marienstrasse, así que no queda muy lejos. Justo detrás del cuartel del segundo regimiento de la Guardia Real.

—Si consigo esa hora libre, os acompañaré con mucho gusto —dijo Elisabeth sonriendo a August, que se sentó sobre un tocón con la gata, que se resistía a quedarse en sus brazos.

—¿Te alegras de ir a la escuela? —preguntó Elisabeth.

August soltó a la gata, que huyó con un bufido. Sonrió a Elisabeth mostrando una nueva mella entre sus dientes y asintió.

—Quiero aprender a leer y escribir —dijo.

Martha acarició su pelo rubio.

—Lo harás, tesoro. Y mucho, mucho más.

Los primeros vientos fuertes del otoño azotaban Berlín cuando Dieffenbach encontró en su salón a un visitante que no había vuelto a ver desde hacía bastante tiempo.

—¡William John Little! —saludó entusiasmado—. ¿Qué tal le ha ido?

El invitado se levantó. Cojeando de un modo apenas perceptible fue al encuentro de Dieffenbach.

—¡Mírelo usted mismo! El doctor Stromeyer ha hecho milagros. —Giró alrededor de Dieffenbach, que mostró abiertamente su asombro.

—¿Me permite examinar su pierna?

—¡Por supuesto que sí! También le he traído correo de Hannover.

Dieffenbach se guardó la carta para más tarde y se arrodilló ante Little, le quitó el zapato y la media, y levantó la pernera.

—¡Sorprendente! —exclamó—. Pisa casi con total normalidad. ¡Es un milagro y una gran esperanza para muchos!

Little asintió.

—Mire, aquí se introdujo el escalpelo para cortar el tendón a un nivel un poco más profundo. Así no se produjo ninguna herida directamente en el lugar. Después me pusieron el aparato de tracción. Al principio la planta del pie continúa ladeada, pero día tras día va girando, de modo que el tendón cortado se va extendiendo poco a poco. Y después se forma una sustancia fibrosa en la abertura, que se regenera y se endurece hasta convertirse en un nuevo tendón.

Dieffenbach estaba entusiasmado. Tanto más cuando Little le comunicó que quería concluir en Berlín la disertación que estaba redactando sobre su propia dolencia y su curación. Siempre sería bienvenido, le dijo Dieffenbach, una invitación que el inglés aceptó de buena gana. Pero pocas veces encontró al profesor, que siempre andaba muy ocupado. En cambio, acompañaba a Emilie y a la pequeña Frieda durante largos paseos por el parque zoológico, donde la niña disfrutaba sobre todo con los brillantes peces del estanque de carpas doradas, y costaba Dios y ayuda impedir que se acercase y cayese al agua. William Little caminaba a menudo varias millas al día. Al final, su renqueo desapareció y ya no llamaba la atención entre los paseantes sanos.

Emilie lo apreciaba mucho, y le alegraba que de vez en cuando acudiera con sus documentos, se sentara en el salón de Dieffenbach por la noche y, a la luz de la lámpara, llenara hoja tras hoja con su elegante letra.

La mayoría de las veces ya era tarde cuando Dieffenbach se unía a él y, tras la cena, Emilie se sentaba en el mirador, en su sillón favorito, con una labor de

punto. Era feliz cuando veía a los médicos disertando apasionadamente sobre los logros de Stromeyer. Y esperaba su segundo hijo, por el que Dieffenbach y Little ya habían brindado con entusiasmo.

Por supuesto, Dieffenbach había intercambiado impresiones directamente con Stromeyer sobre cada detalle de su tratamiento. Sobre todo, la complicada construcción de la férula con sus diversos mecanismos ajustables había sido decisiva para el logro. Dieffenbach ansiaba operar su primer pie equinovaro.

He vuelto a soñar con él. Paseaba por el parque con Amalie de la mano cuando de repente me daba cuenta de que él sujetaba su otra mano. Ella le sonreía confiada, y él la levantaba y la estrujaba entre sus brazos. Ella lo miraba riendo y resplandecía, tal y como lo haría una niña con su adorado padre. Yo era tan feliz que se me saltaban las lágrimas, pero entonces me desperté y la felicidad se esfumó.

G. no va con Amalie al parque. Sin embargo, a mí me encanta dedicar un tiempo al mediodía para pasear con ella y escuchar sus inteligentes e interminables preguntas. Entonces estoy solamente con ella.

Pero cuando cae la noche mis pensamientos vuelven a dirigirse a D. Las dos últimas veces que G. lo llamó, no tuve ocasión de hablar a solas con él. Y aun así tengo la sensación de que la ferviente intimidad que nos unió durante un tiempo se ha desvanecido. ¡Ah, cuánto me gusta recordar aquella velada del baile, cuando me sujetaba entre sus brazos y flotábamos a paso de vals sobre el parquet! El hormigueo de su mirada como champán sobre mi piel, su mano en mi cintura, su aliento en mi mejilla. Me sobrevienen de nuevo las lágrimas. Jamás volveremos a tener un momento tan íntimo.

—¡Ahí está!

Las mejillas de la hermana Katharina ardían y todo su rostro resplandecía cuando fue corriendo hacia Elisabeth. Sucedió poco antes de las Navidades de 1836, cuando ya caían las primeras nieves.

—El pastor Fliedner ha llegado —anunció sin aliento.

Elisabeth sonrió.

—¿Qué bien! ¿Por qué ha venido?

—¡No lo sé, pero cuando esté aquí, le podrás preguntar!

—¿Y qué debo preguntarle al pastor Fliedner? —contestó Elisabeth, aunque sabía muy bien de qué se trataba.

El fulgor de Katharina se extinguió. Su voz se llenó de reproches.

—Lo hemos hablado varias veces. Dijiste que te lo podías imaginar. — Cogió las manos de Elisabeth—. ¡Queremos convertirnos en hermanas!

—¿Y qué dirá el pastor al respecto? No soy tan devota como él.

—Eso no importa. Se alegrará, ¡lo sé! —exclamó Katharina llena de entusiasmo—. Eres una persona muy amable y estás más versada en enfermería que todas nosotras. Busca a mujeres exactamente así para la diaconía.

Elisabeth le devolvió el apretón de manos y de repente sintió un gran alivio. ¿Por qué no? Por fin volvería a pertenecer a algún lugar. Por supuesto, formaba parte de la Charité. Y, sin embargo, allí a menudo tenía la sensación de ser una extraña. Adoraba su trabajo, pero apenas encajaba con las demás enfermeras, y muchos de los médicos probablemente no veían en ella más que a una limpiadora. Echaba de menos las conversaciones con el profesor Ideler, que siempre había tenido tiempo para ella cuando trabajó en su área. Sí, echaba de menos incluso el intercambio de impresiones con el doctor Alexander Heydecker. Y tampoco su trabajo para la Escuela de Cuidados de Enfermería era ni de lejos tan gratificante como había esperado. Los aspirantes a enfermeros no solían aceptar que otra enfermera les dijese algo. Además, apenas tenía tiempo para mostrarles siquiera lo más importante.

A Elisabeth le faltaba una comunidad. La amistad con Martha no era suficiente. Con las hermanas, por el contrario, tendría algo así como una familia que le serviría de apoyo, que la querría y apreciaría. Por supuesto,

como en toda familia, también habría miembros entre los que sería menos tolerada. Pero no importaba. Añoraba la pertenencia y el apego.

¿Qué supondría para ella el ingreso en la diaconía? ¿A qué renunciaría a cambio? ¿Acaso a la libertad de casarse?

Pensó en su cuñado y en Ottfried, el padre de August. No, gracias, no quería maridos así. No había nadie en su vida con quien quisiera casarse ni tampoco nadie que la quisiera a ella. Ser diaconisa no supondría ningún sacrificio.

¿Y los ojos azules que parecían contemplarla de vez en cuando por la noche cuando dormía? Estaban muy lejos y nunca regresarían. Además, un médico jamás se comprometería con una enfermera.

Elisabeth miró a Katharina y sonrió satisfecha.

—No me gusta vuestro hábito. Con él parecéis tristes cornejas. ¡Cornejas solteronas! No, así no me puedo pasear por la calle.

Katharina la miró con una expresión tan incrédula que a Elisabeth se le escapó una carcajada. Pellizcó en la mejilla a la joven hermana e intentó tranquilizarla:

—¡Solo te estoy tomando el pelo! Da igual el aspecto que tengamos. Eso sí, tienes que darme la razón en que resultáis un poco lúgubres y que llevar cofia es una exageración, a la que me costará acostumbrarme.

La joven diaconisa tardó un momento en comprender.

—Pero entonces ¿se lo preguntarás de verdad? —Su infantil fulgor se reavivó—. ¡Cuánto me alegro!

El pastor Fliedner saludó a Elisabeth con una sonrisa cuando fue a verlo.

—La hermana Katharina me ha hablado muy bien de usted —dijo con voz cálida, y Elisabeth entendió por qué el pastor le gustaba tanto a Katharina—. ¿Ha solicitado una entrevista? ¿Qué puedo hacer por usted?

Elisabeth se armó de valor.

—Quiero hacerme diaconisa —dijo con voz firme sosteniendo la

inquisidora mirada de Fliedner.

—¿Ha considerado este paso detenidamente? ¿Conoce las reglas de nuestra comunidad?

Elisabeth asintió.

—Quisiera ocuparme de los enfermos junto con las otras hermanas aquí, en la Charité.

Fliedner se la quedó mirando unos instantes.

—¿Qué sabe del origen de la diaconía?

Elisabeth repitió con voz entrecortada lo que Katharina le había contado y él la escuchó con atención. Después empezó a hablar de la idea inicial que lo había llevado a fundar la comunidad.

—Misericordia y cuidado, ese es el pensamiento de los primeros cristianos. La esencia de lo que Jesús nos enseña. Nuestro modelo bíblico es Febe de Cencrea, quien sirvió a las primeras comunidades cristianas.

Elisabeth escuchó atentamente sus palabras, pero sobre todo la impresionó la pasión con la que hablaba. Su amor y su orgullo iban dirigidos a la comunidad de las diaconisas, a la obra de su vida.

—Somos una familia —afirmó—. Se han unido a nosotros mujeres que entienden su servicio como una misión de Jesucristo y desean hacer causa común conforme a nuestras reglas. ¿Quiere de verdad formar parte, enfermera Elisabeth?

—Sí, quiero —declaró solemne.

El pastor Fliedner le estrechó la mano.

—Entonces me alegro de darle la bienvenida a nuestra hermandad. Avisaré a la superiora Walburga y a las hermanas, y mañana podemos celebrar su ingreso con una misa.

Elisabeth invitó a Martha, aunque su decisión no convencía a su amiga la partera.

Elisabeth se sintió un poco incómoda cuando la noche siguiente, durante el sermón, el pastor destacó la importancia de la salud del alma, que con frecuencia necesitaba más cuidado que el cuerpo y sus dolencias. También era tarea de las hermanas ocuparse de la salvación de los pacientes y animarlos a llevar una vida cristiana.

Al final de la pequeña ceremonia, Elisabeth prestó juramento al pastor Fliedner y por consiguiente fue admitida en la hermandad de las diaconisas. La superiora Walburga le entregó dos vestidos de la orden y la cofia, y la abrazó fugazmente. Y le asignaron un cuarto, que a partir de entonces ocuparía a solas. Martha la acompañó a su nuevo reino.

Elisabeth se puso enseguida su nuevo vestido y se ató la cofia.

—Sí que es un poco extraño al tacto.

Martha la contempló con semblante grave.

—Has tomado una decisión importante. Espero que te haga feliz.

En la cena, un par de enfermeras hicieron algunas bromas, pero las hermanas le dieron una amable bienvenida. Bueno, salvo la hermana Theresa, que miraba fijamente a la nueva diaconisa con una mueca. «Ha de salir la corneja al soto», pensó Elisabeth.

LIBRO TERCERO

El regreso

Era noviembre de 1837 cuando llamaron al doctor Dieffenbach al despacho del director Kluge. Terminó la operación de una fistula vesicovaginal, que realizó para el médico que dirigía el área de mujeres, se quitó el ensangrentado delantal, se lavó las manos y se puso en camino.

Lo recibió una dama tapada con un velo. Extrañado, frunció el ceño. ¿Podía ser cierto? ¿Conocía esa voz! Estrechó la delgada mano, cubierta con un guante de raso.

—Tuve mucho tiempo para adentrarme en mí misma, reflexionar y rezar — explicó la visitante. Después levantó el velo y Dieffenbach miró los labios que su mano había moldeado, y un profundo orificio donde debería haber una nariz y su arte había fracasado.

—Señorita Elvira —dijo conmovido—. No me habría atrevido a volver a verla. ¿Significa eso...?

—¡Sí! —lo interrumpió—. Si quiere intentarlo de nuevo, ¡estoy dispuesta!

—¿Y sus padres?

—Se alegran y vendrán a verlo pronto.

Dieffenbach tomó las manos de ella entre las suyas.

—Yo también me alegro, y le prometo que daré lo mejor de mí. He perfeccionado mi método. Últimamente he reconstruido varias narices y una mejilla, y he vuelto a suturar orejas. Puede ponerse en mis manos sin miedo.

—Lo sé —dijo Elvira llena de optimismo.

Cuando esa noche Dieffenbach se sentó a cenar con su mujer, le contó lo sucedido.

—Ha cambiado de opinión. Está segura de sí misma, y tengo la sensación de que sabe a qué se atiene. No importa si la operación sale bien o si hay contratiempos, ha asumido su vida y no se desesperará por eso.

—¡Y tú lo lograrás esta vez!

Dieffenbach se levantó, fue hacia ella y la besó.

—¿Sabes lo feliz que soy contigo? ¡Y con nuestras dos niñas!

La primavera del año anterior había nacido su hija Sophie, un verdadero sol, que ya se atrevía a dar sus primeros y torpes pasos.

Emilie le sonrió.

—Sí, lo sé. Y también creo que puedo estar contenta con mi elección. —
Correspondió a su beso, y durante unos instantes se olvidaron de la cena.

Elisabeth ya estaba preparando el cuarto privado para la nueva paciente cuando entró una figura con un velo. El doctor Dieffenbach la seguía y cerró la puerta.

—Ya conoce a nuestra diaconisa Elisabeth —dijo Dieffenbach—. Por aquel entonces ya trabajaba aquí como enfermera.

Aunque no podía ver su rostro, Elisabeth la reconoció enseguida.

—¡Señorita Elvira! —exclamó sonriendo a la joven—. ¿Lo ha reconsiderado? Me alegra mucho —añadió mientras la figura velada asentía—. ¡Ahora todo irá bien!

—¿Diaconisa? —preguntó Elvira.

Elisabeth le explicó en pocas palabras la idea fundamental de la diaconía y le habló del pastor Fliedner.

—Qué bien que haya encontrado su sitio —dijo Elvira.

Una enfermera trajo la maleta con las cosas que la señorita creía que necesitaría durante su estancia en la Charité. Era un verdadero privilegio para los pocos pacientes ricos cuyas familias corrían con los costes del tratamiento que se les permitiese llevar su propia ropa y que pudiesen disponer en la habitación de algunos objetos personales. Todos los demás pacientes llevaban la bata gris de la Charité. Sin embargo, las astutas mujeres de la unidad de enfermedades venéreas y las mujeres y los hombres que procedían de las cárceles se las arreglaban para, una y otra vez, pasar de contrabando cosas que no se les permitía tener. Sin duda, esto sucedía también gracias a que los enfermeros eran propensos a los sobornos, debido a sus bajos salarios.

Elisabeth ayudó a Elvira a desvestirse, le quitó el velo y lo dejó todo en la maleta, donde había una máscara.

—Ahora ya no la necesitaré —dijo Elisabeth con convicción.

—Si Dios quiere —respondió Elvira.

Elisabeth retrocedió y guardó silencio para que el doctor Dieffenbach pudiese hablar de la operación con la paciente. Como en el primer intento, el oficial médico Grossheim le iba a asistir. En lugar del doctor Heydecker, otro joven recién egresado de la academia sujetaría a la paciente, mientras que Elisabeth estaría presente de nuevo para darle apoyo moral.

—Podemos ponernos a trabajar pasado mañana —anunció Dieffenbach, que se moría de ganas.

Elvira asintió.

—Estoy preparada.

El profesor le volvió a sonreír para darle ánimos antes de despedirse.

—¿Necesita algo más? —preguntó Elisabeth, también con prisas. Todavía tenía muchísimo por hacer. Volvería a ser tarde cuando por fin se quitase el delantal y la cofia, y pudiera disfrutar de su propio cuarto.

—Se lo agradezco, pero no necesito nada. Puede irse y ocuparse de sus

otras pacientes —dijo Elvira, comprensiva, y Elisabeth asintió para darle ánimos.

El gran día había llegado. Elisabeth siguió al doctor Dieffenbach hasta la habitación de la paciente.

—Me alegro de que haya esperado dos años para que nos atrevamos con un nuevo intento —dijo él—. He perfeccionado tanto mi método que, si bien es más lento, el riesgo de fracaso ha disminuido notablemente.

—¿Volverá a moldear la nariz con la piel del brazo? —preguntó Elvira en un tono neutro que no dejaba entrever ningún miedo.

—Si es posible, moldeo la nariz con la piel de la frente —respondió el doctor Dieffenbach—, pero en su caso me quedo con el denominado método italiano. Al contrario que la primera vez, sin embargo, aunque volveré a extraer un triángulo de piel del interior de la parte superior del brazo, no lo fijaré en el lugar que ocupará después, sino que moldearé la nariz *in situ*. Así tendrá aproximadamente dos meses para solidificarse. Solo entonces la graparé en un lugar sano que, a diferencia de los bordes de la nariz ausente, esté provisto de vigorosos vasos sanguíneos. —Se detuvo un instante para ver si Elvira era capaz de seguir sus explicaciones. Cuando ella asintió con la cabeza, continuó—: De este modo podremos extraer de su brazo el triángulo moldeado mucho más rápido y librarla de la incómoda postura. ¡No presupongo que dure ni siquiera una semana! Después solo tendremos que poner la nariz nueva en el sitio adecuado de su rostro.

Para Elisabeth sonaba tremendamente complicado, lento y, pese a la afirmación de Dieffenbach a la paciente, doloroso, pero Elvira sonrió y no se la veía desanimada. Al contrario, le tendió la mano y exclamó:

—¡A trabajar, doctor Dieffenbach!

La mirada de Elisabeth alternaba entre el médico y la paciente. Elvira Tondeau había cambiado durante los últimos dos años. La estancia en Suiza parecía haberle sentado bien. Ya no era una tímida muchacha que soñaba con un rostro hermoso y se desesperaba ante un contratiempo. Se había convertido en una mujer segura de sí misma, que había recobrado los ánimos para vivir y sabía lo que quería. «Admirable», pensó Elisabeth.

Volvía a ser uno de esos días en los que Elisabeth no sabía dónde tenía la cabeza. El cambio a las diaconisas no había alterado nada su intenso trabajo y, por suerte, tampoco su amistad con Martha. Además, había encontrado una amiga en Katharina.

Con la espalda dolorida, Elisabeth se volvió hacia la siguiente paciente.

Las crujías estaban tan llenas que apenas se podía pasar entre las camas. En realidad, se había estipulado cuántas camas debía haber en cada sala de cada área, pero ¿qué había que hacer si un carruaje atropellaba a otro viandante y lo llevaban con una fractura abierta al portón de la Charité? ¿Y con las mujeres encintas que de repente tenían hemorragias? ¿O con la mujer que oía voces y ya no reconocía a su propio hijo?

Sin mencionar a los niños con difteria que jadeaban, los graves casos de tuberculosis, los febriles, las personas con úlceras y otras enfermedades de la piel. La oleada de pacientes no acababa nunca. Así que las hermanas y los enfermeros tenían que estar a disposición de muchos más enfermos de lo previsto. Dedicar a todos la misma atención y entrega a menudo era simplemente imposible, incluso para las diaconisas.

Semejantes días, los médicos corrían por las salas con sus ondeantes fracs y chaquetas militares, con sus *pépins* o estudiantes universitarios a la zaga, alargando curiosos el cuello y esperando enterarse al menos un poco de lo que

se hablaba junto a las camas de los enfermos. La situación se agravó, al igual que antes, porque los directores médicos a menudo solo iban unas pocas horas al día a la Charité; tenían aparte sus propios consultorios o impartían lecciones. Y algunos no iban todos los días, de modo que no tenían más que unos minutos con cada paciente antes de pasar al siguiente. A los subcirujanos les correspondía después la tarea de volver a vendar las heridas, administrar vomitivos, laxantes y otros remedios, o llevar a los desahuciados a morir en la sala de vigilancia, donde Camille seguía haciendo compañía a los recién operados y a los moribundos.

Al terminar su servicio, Elisabeth encontró por fin tiempo para atender a Elvira, que había soportado bien la operación. Estaba sentada en la cama y leía un libro. Cuando la puerta se abrió, lo escondió bajo la frazada.

Elisabeth cerró la puerta y miró extrañada a la paciente.

—Ah, es usted —dijo Elvira, y volvió a sacar el libro—. Pensé que mi madre venía de visita. No quiere que yo lea algo así.

Elisabeth echó un vistazo a las letras doradas de la cubierta. *Frankenstein*, ponía, y debajo *The Modern Prometheus*. La autora se llamaba Mary Shelley. ¿Qué idioma era ese? ¿Inglés?

—¿De qué trata el libro? —preguntó, asombrada de que Elvira fuera capaz de leer la novela aparentemente sin esfuerzo.

Elvira pensó un instante la mejor manera de resumir el contenido.

—Bueno, el protagonista, que cuenta su propia historia, es un suizo llamado Victor Frankenstein. Está convencido de que puede crear una persona artificial, a la que después, como si fuese Dios, quiere dar vida. Es una lectura escalofriante, y de vez en cuando tengo que dejar la novela. —Contempló a Elisabeth y continuó—: Pues bien, de algún modo logra crear a esa persona artificial. Pero el ser que crea es horrible, un monstruo que le da miedo y no

quiere tener nada que ver con él. Frankenstein huye, pero cuando vuelve, la criatura ha desaparecido.

«¿Por qué leía Elvira precisamente aquel libro? ¿Pensaba tal vez en el profesor Dieffenbach y en que él, como Victor Frankenstein, moldeaba vida?» Elisabeth notó que la compasión le atenazaba la garganta.

Elvira siguió hojeando y señaló el principio de un capítulo.

—Aquí matan al hermano pequeño de Victor Frankenstein. Y Victor cree por error que él mismo ha creado al asesino de su propio hermano. Trata sobre los remordimientos. Pero también sobre permitir lo extraño, lo que no se conoce —añadió Elvira en voz más baja.

Elisabeth se sentó en la cama y observó la cara de Elvira: con la nariz recién moldeada, que todavía no estaba en el lugar adecuado, se la veía quizá aún más rara que antes. Le cogió las manos y notó la trepidación de las lágrimas contenidas.

—Sé que las personas son crueles. Basta con un pequeño defecto para que los demás se rían y le hieran el alma. Mi amiga Martha Vogelsang, que trabaja aquí, en el depósito de cadáveres, tiene un hijo que es horriblemente bizco del ojo izquierdo. ¡Cuántas veces los demás niños lo han atormentado y se han reído de él!

Elvira asintió.

—¡No se desanime, señorita Tondeau! Solo quedan unos pocos pasos y podrá quemar su máscara y su velo.

Valiente, Elvira intentó sonreír.

—Lo único que deseamos es encontrar a alguien que nos quiera a pesar de nuestros horrores. También el monstruo de Frankenstein deseaba una mujer, pero Victor destruyó su segunda criatura, a punto de acabarla, por miedo a que fuera tan furiosa como su primera obra. Siento muchísima compasión por él, al que todos llaman monstruo. Las personas lo han enfurecido. Lo han obligado

mediante el miedo y la incomprensión a interpretar un papel que no quería aceptar de ningún modo. En vez de eso, lo que necesitaba era amor.

Elisabeth sospechó lo que estaba pensando la joven.

—Usted tendrá un final feliz —dijo convencida—. Ha demostrado muchísima paciencia y ha aguantado todos los dolores con gran valentía. Ahora solo necesita un poquito más de cada y todo habrá acabado.

—De día, cuando el doctor Dieffenbach viene, puedo tener esperanzas, pero por la noche el miedo y la duda se asientan en mi pecho y me falta la respiración.

—¿Quiere que me quede esta noche con usted? —se ofreció Elisabeth.

Elvira pestañeó y le cayeron las lágrimas.

—No se lo puedo exigir. Trabaja demasiado y está agotada, se lo veo.

Elisabeth insistió. Hizo que un enfermero le llevase una silla acolchada a la habitación y pasó la noche junto a Elvira. Dos veces los sueños la sobresaltaron y se levantó con un grito, pero enseguida volvió a tranquilizarse y se durmió plácidamente hasta la mañana.

Hacía tiempo que diciembre había transcurrido, y enero también tocaba a su fin. Ese día Dieffenbach halló a su paciente en su cuarto privado vestida con ropa de calle en lugar de con camisón. La hermana Elisabeth estaba guardando las últimas prendas en la maleta de Elvira.

—¿Qué se propone? —exclamó Dieffenbach.

Elvira cogió un espejo de mano y contempló su rostro, en el que el médico había realizado una y otra vez pequeñas mejoras en las últimas semanas, después de que la nueva nariz estuviese en el lugar adecuado. Aquí había estirado un poco la piel, allá había modelado los orificios nasales o había quitado un poco de tejido cicatricial.

—La dejaré perfecta —dijo él, pero Elvira sacudió la cabeza.

—¡Querido profesor Dieffenbach, ha hecho milagros! No se lo puedo agradecer lo suficiente. Me ha regalado una nueva vida y me ha devuelto la esperanza y la alegría. Ahora me siento lo bastante hermosa como para mostrarme. Ya es hora de que salga y empiece mi vida. No importa lo que la gente diga.

Sacó de la maleta la antigua máscara y el tupido velo, y se los tendió a la hermana Elisabeth.

—Por favor, quémelos. Ya no los necesito.

—No, ya no los necesita —confirmó Dieffenbach, y se alegró de la seguridad con la que le sostenía la mirada—. Estoy convencido, mi querida señorita Tondeau, de que encontrará la felicidad.

Y así abandonó la joven Elvira por segunda vez la Charité, pero esta vez con una sonrisa de felicidad.

Unas semanas más tarde Dieffenbach acudió con Emilie al teatro de la plaza Gendarmenmarkt. Ella había encargado la confección de un vestido nuevo, que ahora lucía orgullosa del brazo de su marido. Estaba ansiosa por asistir a la función y se la veía tan radiante y feliz que a él le remordió la conciencia porque solo le dedicaba tiempo muy de vez en cuando. Sus dos hijas, Frieda y Sophie, mientras tanto estaban en buenas manos con la doncella en casa.

Una joven dama con un vestido lujoso y recargado los saludó con la mano y después se acercó sonriente. Tenía un maravilloso cabello castaño, que llevaba recogido artísticamente y decorado con flores frescas.

Emilie interrogó a su marido con la mirada y después a la desconocida, que tendió la mano al médico con mucha confianza.

—Señorita Elvira Tondeau, mi esposa, Emilie —las presentó Dieffenbach.

Las damas se saludaron con la mano e intercambiaron unas palabras de cortesía. Después Elvira se despidió y se marchó con la frente muy alta. Emilie la siguió con la mirada antes de volverse bruscamente hacia su marido.

—¿Era ella la muchacha de la máscara?

Dieffenbach asintió.

—Es guapa y parece muy orgullosa. —La voz de Emilie denotaba una profunda admiración.

Por supuesto, Dieffenbach le había ido relatando en casa el largo calvario de Elvira.

—Tienes razón. Estoy contento de verla aquí, en sociedad, sin complejos.

Emilie apretó sus manos.

—Le has regalado una nueva vida. ¡Estoy orgullosa de ti!

Él le besó cariñosamente las manos.

—Te lo agradezco, cariño mío.

La princesa Isabel Luisa

Una gélida mañana de finales de febrero de 1838, cuando Elisabeth salió de madrugada de su cuarto y bajó las escaleras, se le acercó un hombre de uniforme. No lo había visto en casi cuatro años, pero lo reconoció al instante. La mirada de los brillantes ojos azules le llegó al alma. Le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo débilmente, llevándose la palma de la mano al pecho.

—Buenos días tenga usted también Elisabeth —contestó él de buen humor—. En este momento visito el nuevo edificio de la Charité, y me alegro de encontrarla a usted bien de salud y ánimo. Pero ¿qué es eso? ¿Qué clase de atuendo atroz lleva puesto?

Elisabeth se miró la ropa. Por primera vez se avergonzó de la anticuada cofia que lucía.

—Me he unido a las diaconisas del pastor Fliedner —explicó—. Al contrario que entre las enfermeras, en ellas encuentro mentes afines que quieren ayudar de verdad y procurar alivio a los enfermos.

Alexander meneó la cabeza.

—He oído hablar de ellas. ¿Es usted ahora algo así como una monja?

Elisabeth se rio un poco insegura y lo negó con la cabeza.

—No, no es eso, salvo por el horrible atuendo que llevamos todas las

hermanas... —afirmó, aunque no era del todo cierto. Cambió enseguida de tema—: ¿Por qué ha vuelto?

—Me han ascendido a subteniente y he pedido que me destinen de nuevo a la Charité —respondió con orgullo en la voz—. Volveré a trabajar con el doctor Dieffenbach. Eh... creo que él mismo ha intercedido en mi favor. Mi hermana Emilie también ha insistido en que vuelva a Berlín.

—Entonces, lo felicito —dijo Elisabeth, aún un poco alborotada.

¡Cuántas veces se había imaginado aquel encuentro en el jardín! ¿No podría, pues, haber reaccionado de otra forma? ¿Qué habría pasado si lo hubiese hecho? No, era superfluo considerarlo siquiera. Y ahora, allí estaba él. De manera inesperada y tan gloriosamente guapo con aquella sonrisa sincera que a Elisabeth le temblaban las rodillas.

—¿Me ha extrañado al menos un poco? —preguntó Alexander.

Elisabeth tragó saliva y se mordió el labio para no decir la verdad.

—Yo, en cualquier caso, la he extrañado mucho. Una desobediencia como la suya no se encuentra en el ejército.

La diaconisa tenía la sensación de que él era capaz de leer en su rostro como en un libro abierto, así que hizo una mueca para evitarlo.

Alexander suspiró hondo.

—Aún no me ha perdonado —dijo, y sonó tan triste que ella tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos.

Respiró hondo para controlar su voz antes de contestar:

—No hay nada que perdonar, doctor Heydecker. Y sí, le he echado de menos, y me alegro de que regrese a la Charité y volvamos a trabajar juntos.

Alexander no tardó en adaptarse. Un par de días más tarde estaba en la planta baja, con el portero, cuando una mujer entró en la Charité llevando de la mano

a un niño de unos diez años, con la cabeza curiosamente torcida. Tenía la cara deformada. En un principio, Alexander pensó que el niño solo estaba haciendo pucheros y tonterías, pero cuando la madre le quitó la chaqueta de cuello alto comprendió lo que le pasaba. El precioso muchachito rubio tenía una tortícolis que se había formado, casi seguro, en el seno materno o que quizá se debía a un parto difícil.

—Por favor —apremió la mujer al portero—, ¿sería posible que ayudasen a mi Jan de alguna manera?

Alexander se acercó a ambos.

—Estoy convencido de que el doctor Dieffenbach sabrá qué hacer —dijo tendiendo la mano a la señora—. Soy el doctor Heydecker, cirujano de la casa.

—Klausner —se presentó ella—. Barbara Klausner, y este es mi benjamín. Tiene once años y los otros muchachos se burlan de él y lo atormentan.

—No es tan terrible, mamá —se defendió Jan—. No pasa nada.

Pero Alexander reparó en la mancha lívida del pómulo y en los arañazos del brazo. Se podía imaginar vívidamente lo que sucedía entre chiquillos de aquella edad. Podían ser implacables. Él mismo se acordaba de su infancia y de un muchacho de pocas luces. Torpe y con mirada alelada, pasaba día tras día por delante de la escuela sufriendo las mofas, los empujones e incluso las palizas de los otros niños.

Aunque él no había sido miembro de la banda que más lo hostigaba, tampoco había tomado nunca partido por «el imbécil».

Ayudó al portero a rellenar el formulario de ingreso y llevó al chico y a su madre a la unidad de cirugía. En realidad, a los pacientes más jóvenes se los enviaban al doctor Barez, pero, en primer lugar, el chico era ya mayor y, en segundo, se trataba de un caso quirúrgico, más exactamente para el doctor Dieffenbach, dado que tenía experiencia en aquellas lides. Ya en su segundo

año como *pépin*, Alexander había oído hablar sobre la primera operación de tortícolis del doctor y se había quedado asombrado. Ahora esperaba poder asistirle en ese interesante caso.

Arriba, en la unidad de cirugía, se encontraron por el pasillo con la hermana Elisabeth. Alexander se alegraba de poder dejar al muchacho a su cargo. Seguía sin sentir un gran aprecio por los enfermeros y las enfermeras del hospital. La mayoría eran desagradables con los pacientes. Aún les faltaba delicadeza, pese a que muchos habían cumplido sus seis meses en la escuela de enfermería.

Elisabeth llevó al chiquillo a la segunda crujía de hombres, en la que nunca entraba. Habría sido inapropiado imponer a las diaconisas el cuidado de los pacientes varones. No obstante, en aquel caso, era ella quien deseaba hacer la excepción. Al fondo de la sala encontró una cama libre. Colocó un biombo para proporcionar al joven paciente un rincón resguardado con el fin de evitarle la visión de su vecino de cama, que tenía un muñón gangrenado.

El doctor Dieffenbach fijó la operación para el día siguiente y Alexander constató con alegría que se requería su participación. Le correspondió la tarea de sujetar al niño. Además, el profesor Dieffenbach insistió en que también Elisabeth estuviese presente. Jan había confiado en ella desde el principio y quería tenerla a su lado a toda costa.

Así que la hermana Elisabeth llevó al joven paciente a la sala de operaciones y lo ayudó a subir a la mesa. Poco a poco acudieron unos cuantos estudiantes y dos médicos con barbas largas y pobladas, que ni siquiera el doctor Heydecker sabía de dónde habían salido.

—¿Todos esos quieren ver cómo me trincha el doctor? —preguntó Jan con un temblor apreciable en la voz.

Alexander asintió.

—Eres un caso muy interesante. Y aún más interesante es la técnica que

utiliza el doctor Dieffenbach. Apenas sangrarás, y podrás mantener la cabeza recta muy pronto.

—Pues entonces no habrá mucho que ver —replicó el chiquillo, casi defraudado.

Alexander sonrió y guiñó un ojo cómplice a Elisabeth.

—Pero tampoco te hará tanto daño.

Ese argumento arrancó a Jan una sonrisa.

El doctor Dieffenbach entró en la sala de operaciones y se dirigió al auditorio.

—En una tortícolis como esta, el músculo que llamamos esternocleidomastoideo está acortado en un lado. En nuestro paciente, Jan, es el izquierdo. Antes, para una operación así, había que dejar al descubierto todo el músculo y seccionarlo. Como en muchos otros casos, las consecuencias eran luego la supuración y, a veces, la gangrena, que no pocas veces provocaba la muerte.

Alexander notó que el chiquillo se sobresaltaba bajo sus manos, mientras Dieffenbach, concentrado, continuaba:

—Con el método que vi por primera vez en mis tiempos de estudiante en París con el doctor Delpech, y que también el doctor Stromeyer de Hannover ha utilizado en diversas intervenciones, la cirugía es subcutánea, por lo que deja intacta la piel sobre el músculo y solo produce una hemorragia moderada. La ventaja es evidente: el músculo no se expone a la atmósfera tóxica que provoca la supuración y la gangrena, y solo queda un corte diminuto que cura con rapidez.

Tomó un escalpelo delgado en forma de media luna de la mesa de adminículos y lo mostró a todos. Luego se acercó al paciente. La hermana Elisabeth le dio la mano a Jan, mientras Alexander lo sujetaba por los hombros contra la mesa de operaciones.

Dieffenbach atravesó con la punta del bisturí la piel junto al músculo acortado y deslizó la hoja en un ángulo llano bajo el fascículo. Luego tiró del escalpelo con un rápido movimiento y seccionó el músculo. El niño no dijo esta boca es mía. El cirujano presionó con los pulgares el lugar por el que habían salido un par de gotas de sangre, puso unas hilas y una compresa encima, y lo vendó.

Alexander soltó al joven paciente.

La hermana Elisabeth dio unas palmaditas en el brazo del niño para animarlo.

—Ya está. Vamos, te ayudaré a volver a la cama.

Jan se irguió y miró hacia las filas de espectadores con los ojos entrecerrados y el rostro aún torcido.

—¿Ya está? —preguntó maravillado, e intentó enseguida levantar la cabeza—. ¡Au!

—Despacio, despacio —le advirtió el médico—. Tenemos que estirar el músculo muy poco a poco, pero te prometo que dentro de un par de semanas podrás irte a casa y ninguno de tus compañeros de escuela volverá a tener una sola razón para burlarse de ti.

Esta perspectiva le gustó a Jan a ojos vistas. Lanzó otra mirada tímida a las atestadas filas de asientos y luego dejó que la hermana Elisabeth lo llevara de vuelta a la cama.

Durante los días siguientes, fue ella quien le cambió regularmente las vendas y, al cabo de cuatro días, la herida se había cerrado sin problema, de manera que el vendaje dejó de ser necesario. Con cuidado, comenzó a practicar con Jan dos veces al día para enderezar la cabeza un poco más, pero sin excederse para no causarle demasiado dolor. Admirados y entusiasmados, Alexander y Elisabeth observaban sus avances. Como había dicho Dieffenbach, tras pocas semanas, el muchacho salió de la Charité con la

cabeza bien alta y tan recta sobre el cuello que nadie sospecharía siquiera de la deformidad que había sufrido durante tantos años.

¿Cuánto hace que no veo a D.? Parece una eternidad, pero aún sueño casi cada noche con él. G. ha encontrado un nuevo médico, que está tan encantado con los altos honorarios que no deja de adularlo. Un par de veces habría podido desmayarme solo para llamar a D. ¿Acaso no puedo pedir también yo que mi médico de confianza me trate los dolores de cabeza, las náuseas que de vez en cuando me afligen?

Por otra parte, temería perder en algún momento el dominio de mí misma y lanzarme a sus brazos si nos encontrásemos solos y tranquilos. Mi anhelo de ternura es inmensa, y no hay nadie que lo mitigue.

De vez en cuando, G. comparte mi cama. Aún no ha renunciado al deseo de un heredero, pero a menudo ni siquiera es capaz de cumplir sus deberes conyugales, lo que a su vez enciende su ira hacia mí, hacia su delicada constitución, hacia su médico...

Estos encuentros íntimos no tienen nada que ver con la ternura o el amor que yo ansío. Y cada vez me resultan más desagradables. Me alivia estar a solas con G. lo menos posible. Y en las reuniones sociales incluso me mantengo a cierta distancia de él.

En mayo Ludovica acompañó a su esposo al palacio del príncipe heredero, adonde había sido invitado. Se alegraba de poder ver a la princesa Isabel y esperaba que los hombres se retirasen pronto para disfrutar de una auténtica conversación con su amiga, en vez de tener que mantener la típica charla palaciega.

No se había engañado. El príncipe heredero arrastró consigo al conde para enseñarle las piezas más recientes de su colección de uniformes. No era probable que volviesen demasiado rápido.

Para su sorpresa, Ludovica encontró a la princesa tendida en un diván de su salón. Como siempre, habían peinado su abundante melena castaña oscura con una crencha en medio y delicados tirabuzones. En torno a su delgado cuello

lucía un collar de perlas. Y, aunque estaba totalmente vestida, saltaba a la vista que llevaba el corsé flojo. A pesar de los polvos que se había puesto en el rostro, tenía un aspecto enfermizo. No obstante, cuando entró Ludovica, la princesa sonrió y le tendió los brazos.

—Acérquese, querida mía. Me alegro tanto de verla... Por fin alguien con espíritu, que no me aburrirá con su insípida palabrería.

Ludovica avanzó hasta el lecho y se acuclilló junto a la princesa ahuecando su vestido de seda de volantes como una nube a su alrededor. Tomó las manos extendidas y sintió en ellas el calor de la fiebre.

—Discúlpeme, pero me parece que no se siente bien.

La princesa le devolvió una sonrisa débil.

—¿No es descortés decirme que no tengo buen semblante?

Ludovica inclinó la cabeza.

—No quería ofenderla en modo alguno. Solo estoy preocupada.

La princesa acarició la mano de su amiga, algo más joven que ella.

—Queridísima, tiene usted razón. No me siento bien, pero hablemos de otra cosa.

Ludovica pidió que le acercasen una butaca junto al diván de la princesa y se sentó.

Isabel le preguntó amablemente por Amelie Friedericke, pero cuando la condesa comenzó a hablar con entusiasmo de su preciosa y despierta hija, la princesa hizo de pronto una mueca y gimió de dolor.

Ludovica se inclinó y le tomó las manos.

—¿Qué le sucede? ¿Quiere que llame a la doncella o a un médico?

La princesa se apretó el corsé con ambas manos, a la altura del estómago.

—Ay, es terrible. Padezco desde hace tiempo una hernia abdominal, pero hasta ahora mantenía a raya los dolores con el corsé. Desde ayer, sin embargo,

me resulta inaguantable, y tengo que pedir a mi doncella que lo afloje y me dé un poco de láudano.

Ludovica había leído todos los ensayos de Dieffenbach sobre hernias abdominales e inguinales.

—¿Qué tacto tiene? ¿Como si fuese a brotar algo de la hernia? —preguntó con interés, y esperó que la pregunta no resultase demasiado íntima o indiscreta.

La princesa asintió.

—Una hernia estrangulada. Debe de ser sin duda dolorosa.

—Ya no me puedo sentar siquiera —explicó Isabel gimiendo—. El príncipe ha llamado a nuestro médico de cámara. Creo que Rust llegará pronto. Tendrá que disculparme un rato, querida, si debo retirarme para un reconocimiento. Friedrich dice que tal vez deban operarme —añadió con aire plañidero.

Ludovica miró espantada a la princesa.

—¿Se refiere al profesor Rust?

—Creo que sí —contestó Isabel—. Es el médico de cabecera de la familia y el director de cirugía de la Charité. ¿Por qué lo pregunta?

—Está mayor y casi ciego, y tiene gota en las manos —espetó la condesa sin reflexionar demasiado.

En ese momento, uno de los criados anunció la llegada del consejero privado Rust, médico de cámara.

La princesa Isabel pidió a dos de sus damas que la acompañasen a su alcoba, donde el catedrático la examinaría. Ludovica esperó paciente hasta que la princesa volvió con gesto afligido.

—Dice que tendrá que abrir. De lo contrario, podría perder la vida si un tramo del intestino queda totalmente estrangulado en la hernia. Un tema repugnante. Discúlpeme.

Ludovica hizo un ademán para tranquilizarla.

—Gran parte de la medicina es repugnante, pero a mí me interesa.

Entonces notó agotamiento en los ojos de la princesa y se apresuró a tomarle las manos para despedirse.

—Alteza, discúlpeme. Mi visita ya ha durado demasiado y tiene que descansar. Pero, Isabel, estimada amiga, le suplico que piense en mis palabras. No deje que la opere el profesor Rust. ¡Temo por su vida, querida amiga! Insista en que se ocupe de la intervención el doctor Dieffenbach. Lo conozco bien. Es un cirujano excelente y aliviará sus dolores. Por favor, prométamelo. El príncipe y Prusia la necesitan.

—Se lo prometo, Ludovica —contestó Isabel, aunque parecía insegura—. ¿Le importaría a usted...? Quiero decir, es usted tan aficionada a las cuestiones médicas... tan fuerte y resuelta... —La princesa se interrumpió y la miró suplicante.

—Alteza, ¿quiere que esté con usted durante la operación?

La princesa asintió aliviada.

—Sí, me gustaría. Sería para mí un gran consuelo.

Ludovica hizo una reverencia y se retiró. Poco después, el conde y ella subieron a su carruaje y volvieron a la ciudad.

La princesa había escuchado el consejo de Ludovica y, como invitado, el catedrático Rust había acudido con su segundo, Dieffenbach. Aliviada, la condesa saludó a los dos médicos. La sonrisa de Dieffenbach hizo que el corazón le palpitase más rápido. Cómo le habría gustado pasar al menos un par de minutos a solas con él, si bien, evidentemente, no era posible. Él estaba allí para salvar a la princesa. Así que la condesa respondió a su sonrisa y, dirigiendo una fugaz mirada a Rust, dijo:

—Es un gran alivio que sea usted quien está aquí.

Vio que el doctor Dieffenbach la había entendido.

—Irá todo bien. No se preocupe.

Junto con Dieffenbach, Rust llevaba en su séquito también al colega Jüngken, que apenas tomaba parte en operaciones del área de lesiones externas desde que se había hecho cargo del área de enfermedades oculares, pero que tenía fama de ser un buen cirujano. Parecía algo altivo y su voz era fría y cortante cuando se enfadaba, pero Ludovica sabía que sus colegas lo apreciaban mucho.

La condesa se colocó junto a la princesa y la tomó de una mano. Todos los demás, salvo el príncipe heredero, tuvieron que abandonar el aposento, que se había convertido en sala de operaciones. Una vez más, el catedrático Rust tenía la intención de llevar a cabo la operación en persona. Los colegas Jüngken y Dieffenbach estaban allí solo para ayudarlo, aclaró el médico de cámara.

Sin embargo, fue el doctor Dieffenbach quien tomó uno de los escalpelos y se situó junto a la mesa de operaciones en la que yacía la paciente real. A continuación, se dirigió al príncipe heredero:

—Alteza.

—¿Sí? —preguntó el príncipe acercándose a Dieffenbach.

El cirujano se inclinó un poco y pareció susurrarle algo al príncipe. Este sonrió, se acercó al aguamanil y tomó la jofaina. Luego se dirigió a Rust.

—Por favor, profesor, ¿podría ayudarme un momento?

Cuando puso la pesada palangana en las manos del consejero privado, Rust se quedó tan sorprendido que la sostuvo. El príncipe retrocedió indeciso.

—Pero ¿qué hago con ella? —preguntó Rust mientras buscaba con la mirada dónde ponerla.

Esos instantes bastaron a Dieffenbach para abrir la pared abdominal por encima de la hernia con un hábil corte y devolver el asa intestinal a su lugar

original. El doctor Jüngken limpió la sangre y le tendió aguja e hilo. Dieffenbach estaba ya cerrando la herida cuando el consejero privado Rust se libró por fin de la palangana.

Perplejo, miró a la paciente y a su segundo. Dieffenbach cortó el hilo y con ayuda de Jüngken vendó el cuerpo de la princesa.

Rust, un poco confuso todavía, se volvió hacia el príncipe heredero y sonrió de repente.

—¡Excelente! Mi aprendiz Dieffenbach lo ha hecho muy bien —dijo como si no hubiese planeado otra cosa desde el principio.

El príncipe no se ahorró halagos, en especial dirigidos al médico de cámara, mientras la princesa se relajaba visiblemente. Esta dio las gracias al profesor Dieffenbach y dejó que la llevaran a la cama. Solo Ludovica se quedó con ella un rato mientras los médicos se dirigían de nuevo a la Charité.

—Le agradezco el consejo, querida amiga —dijo la princesa—. Confieso que tenía un pavor extremo, pero ha sido tan rápido que apenas me he enterado.

—Sí, el doctor Dieffenbach es un gran maestro en su ámbito —convino entusiasmada Ludovica.

La princesa sonrió pícara.

—Querida mía, ¿no se habrá usted encandilado con nuestro segundo cirujano?

—No, por supuesto que no, alteza. ¿Cómo se le ocurre siquiera algo así? Es solo que lo admiro mucho... como médico.

—Ah, sí, claro, solo como médico —repitió Isabel, pero Ludovica tuvo la impresión sincera de que la princesa no la creía y se mofaba un poco de ella.

El conde Gottfried

Él le había preguntado cómo pensaba pasar su tarde libre. Quería acompañarla al centro de la ciudad y hablar con ella. Elisabeth apenas durmió esa noche y aquel día no estuvo tan concentrada en su trabajo como de costumbre. Le palpitaba el corazón con fuerza.

Como había anunciado por la mañana, el doctor Heydecker fue a buscarla esa tarde. Llamó a la puerta de su cuarto. El corazón de Elisabeth imitó aquel ritmo, y lo repitió cada vez más rápido hasta que ella quitó el pestillo y abrió la puerta. La sonrisa del médico la envolvió como una nube cálida y le llegó a las entrañas. El azul de sus ojos resplandeció cuando se acercó y le ofreció el brazo.

Ella negó con la cabeza. ¿Qué iban a pensar los médicos y las hermanas si se dejaba llevar por los corredores de la Charité como una dama del brazo de su caballero?

Alexander Heydecker retrocedió.

—Perdóneme —se apresuró a decir—. No quería ponerla en un aprieto.

La miró. Elisabeth pensó que no podría dar ni un solo paso; hasta tal punto le temblaban las rodillas.

—¿No habrá cambiado de opinión? —preguntó Alexander con desasosiego cuando vio que no se movía—. ¿Prefiere usted quedarse aquí?

Elisabeth volvió a negar con la cabeza. Seguía seria. Temía que una sonrisa la delatase. Esos pensamientos y sentimientos eran del todo inadecuados.

Aunque también lo era toda la aventura en sí. No quería ni imaginarse lo que diría la superiora Walburga, y no digamos el padre Fliedner, sobre ese *rendezvous*.

No, no era una cita, por supuesto. Era solo un encuentro en el que se entregarían al placer de una dulce tarta y un café mientras hablaban sobre su trabajo juntos, se persuadió Elisabeth para encontrar el valor y ponerse al fin en camino con el doctor Heydecker.

«Alexander», susurró una voz en su cabeza, y un leve rubor le cubrió las mejillas. Rauda, salió al corredor en penumbra para que él no pudiese notarlo. Y se mantuvo a distancia a propósito para no tocarlo sin querer mientras bajaban las escaleras y abandonaban el edificio de la nueva Charité.

Era un hermoso día. Brillaba el sol y una tibia brisa de primavera empujaba las nubes blancas por el cielo azul. Elisabeth miró furtivamente alrededor cuando cruzaron la puerta y salieron del terreno amurallado del hospital real. Temía encontrarse con la superiora Walburga en algún sitio o, aún peor, con Friedgard, que no tendría nada mejor que hacer que delatar a Elisabeth, seguro. Sin embargo, nadie les dijo nada. Nadie los retuvo.

Respiró aliviada cuando bajaron por la Luisenstrasse y luego cruzaron el Spree.

—¿Prefiere ir a algún café en particular? —le preguntó el doctor Heydecker.

Elisabeth contestó que no.

—Nunca he estado en uno —confesó un poco avergonzada—. A esos sitios solo van las damas ricas y nobles.

—A los cafés de Unter den Linden puede que sí —la contradujo él—. Pero fuera de las grandes avenidas hay muchos cafés pequeños en los que, por ejemplo, se dan cita periodistas y artistas. En más de uno habrá aún bajo la

barra alguno de esos periódicos liberales que, de hecho, están prohibidos en Prusia. Ya era así en mis tiempos de *pépin*. —Le brillaban los ojos.

Elisabeth sonrió.

—¿Un antro de liberales? Cuando oigo a la gente decir eso, me imagino que se reúnen en garitos de mala muerte. Además, deben de ser muy radicales.

—Bueno, no creo que se pueda decir que todos los liberales son, además, revolucionarios —comentó el médico—. Es cierto que luchan por un Parlamento y por el derecho de intervención del pueblo. Aunque eso no es malo en sí, ¿no?

—Se oponen al dominio absoluto del rey, ¿no es cierto? Sin embargo, el rey es nuestro soberano por la gracia de Dios.

El doctor Heydecker se quedó mirando a Elisabeth en silencio hasta que reparó en su sonrisa pícara.

—Me provoca a propósito —afirmó.

—¡Claro! —exclamó ella riendo—. Me interesa saber si mi acompañante también es liberal.

Él se encogió de hombros.

—No sé si me calificaría de liberal. Mi familia siempre ha respetado la monarquía, si bien quizá un Parlamento y cierta participación popular serían buenos y ayudarían a acabar con algunas de las peores situaciones.

Elisabeth lo miró de reojo. Hasta entonces lo había conocido en calidad de doctor no solo interesado en las cuestiones médicas sino también en tratar con comprensión a sus pacientes. Sus ideas políticas la intrigaban.

—No puede usted imaginarse lo que he visto durante mis años en el este de Prusia —añadió antes de que ella pudiera preguntarle nada—. Cómo vive allí la gente más pobre en medio de la suciedad y la escasez. Pero no parece importarle a ningún ministro. O mire aquí en Berlín. Conoce usted tan bien como yo los estragos que causó el cólera en los barrios más miserables, y

desde entonces ¿han mejorado las condiciones de vida de los pobres? ¿Hay agua limpia, viviendas más grandes o alcantarillas nuevas? En muchos distritos, Berlín aún apesta que clama al cielo y, no obstante, no cambia nada.

—Tiene usted razón, doctor Heydecker —dijo Elisabeth—. A veces también las diaconisas hablamos de cómo se podría combatir la miseria. El pastor Fliedner está muy comprometido y querría de corazón atender mejor a todos los enfermos de los barrios pobres. Por suerte, al menos una parte de los menesterosos pueden recibir tratamiento gratis en la Charité.

—Sí, sobre todo los casos más graves, eso es cierto. Pero nuestras camas siguen siendo pocas y la pobreza de Berlín no deja de aumentar. Basta dar un simple paseo por la ciudad para darse cuenta.

Llegaron a una pequeña casa detrás de la Dorotheenstrasse. Sobre la puerta, pintada de verde, colgaba una muestra con una taza humeante. El doctor Heydecker abrió a Elisabeth insinuando una reverencia y después la ayudó a quitarse la capa. La recibió el ruido de voces confusas cuando entraron en el comedor. Algunos hombres jóvenes estaban sentados junto a la larga barra y parecían debatir animados. Luego Elisabeth descubrió a varias mujeres sentadas, con su café y su tarta, en torno a unos veladores. Y vio a dos muchachitas, vestidas con lindos vestidos de volantes, que juntaban las cabezas riendo.

Alexander la llevó a una mesita situada en el hueco de la ventana, desde la que podían observar tanto el local como la calle. Para él pidió una taza grande de café solo y una berlinesa dulce, cocida en manteca hirviendo. Elisabeth cedió a la tentación de un chocolate caliente y una tarta de frutos rojos frescos. ¡Hacía mucho tiempo que no comía algo tan delicioso!

—He visto con asombro y alegría que sigue participando en la formación de nuestras futuras enfermeras —dijo Alexander pasando de la política a la verdadera razón de su encuentro—. Me gustaría ayudarla. Hace tiempo que

pienso que es importante la formación práctica de los enfermeros, también para nuestro trabajo como médicos. Y me he dado cuenta de lo distinto que es el trato de las diaconisas con los pacientes. Sería bueno que consiguiésemos que los enfermeros y las enfermeras hiciesen su trabajo con la misma entrega y el mismo interés por curarlos.

—Pues ante todo deberían recibir por lo menos el mismo sueldo que nosotras. Esa injusticia molesta con razón a los enfermeros y empeora su espíritu de trabajo —objetó Elisabeth.

Alexander asintió.

—Es cierto, pero no puedo intervenir en eso. Solo puedo ayudar en los ejercicios prácticos.

—Creo que es importante, por ejemplo, que manipulen bien los apósitos y los vendajes. —Dio un sorbito a su chocolate caliente y suspiró de puro placer.

—Hermana Elisabeth, es usted una golosa. ¿No es eso un pecado?

Ella se llevó el tenedor a la boca con un buen trozo de tarta y masticó con fruición antes de contestar:

—No, no lo creo. ¿Para qué existen estas delicias en el mundo si no se pueden disfrutar?

—¿No es la vida, acaso, esfuerzo y trabajo para recibir la recompensa de una vida eterna tras la muerte? —repuso él para picarla.

Elisabeth caviló.

—¿Quiere decir que, como diaconisa, debería pensar así? Es posible, y quizá no soy lo bastante devota. Pero no me hice diaconisa porque quisiera servir a Dios o hacer algo por mi alma inmortal. Me gusta que el padre Fliedner dé a las muchachas y a las mujeres un trabajo independiente en el que pueden ayudar al prójimo. Tenemos reglas comunes y un horario estricto, pero eso no me asusta. Esas reglas también nos protegen de la arbitrariedad. La

comunidad protege a las hermanas. Y estamos fuera de peligro en la enfermedad y más tarde, en la vejez, como miembros de su familia. —Levantó las manos y las dejó caer de nuevo—. He elegido este camino porque quiero llevar una vida «independiente» y, a pesar de ello, pertenecer a la familia formada por las otras hermanas.

Alexander Heydecker soltó una carcajada.

—¿Tan extraño le resulta? —Lo miró seria—. Vi a mi hermana Maria sufrir las extravagancias de su marido. El amor se disipó pronto. Él bebía, perdió su trabajo, la abandonó cuando estaba en estado para alistarse en el ejército. Y allí, encima, murió. No, quiero ser libre.

—¿No les dice el pastor Fliedner lo que deben hacer y lo que no? —objetó el doctor Heydecker.

—No más que el doctor Dieffenbach o usted —protestó Elisabeth—. Sí, ustedes me dicen cómo debo hacer mi trabajo, pero, al contrario que en un matrimonio, en la Charité hay reglas. No debo temer que se emborrachen, que no haya dinero para comer en casa o que me peguen porque les parece.

Alexander la observó consternado.

—¿Tan terrible le parece la vida como esposa que prefiere comprometerse con la Iglesia?

—Quizá en su casa no —concedió Elisabeth—. Donde yo vivía, no me habría cambiado por ninguna de las mujeres. Ni siquiera por mi madre.

—Hay también otro tipo de hombres —dijo él con voz suave—. Hombres que respetan y cuidan a sus esposas.

Extendió el brazo y, sin pensarlo dos veces, posó su mano en la de ella.

—Doctor Heydecker... —comenzó a decir Elisabeth.

—Llámeme Alexander, por favor.

Elisabeth intentó retirar la mano, pero él le puso la otra encima.

—Por favor, ni deseo comprometerla ni tengo nada perverso en mente. Solo

me gusta y me resulta un placer trabajar con usted. Admiro su temple con los pacientes. Cómo trata de comprenderlos. Y, sí, también cómo desafía las instrucciones de los médicos que, en su opinión, no son buenas para quien tiene a su cargo.

Elisabeth se rio a carcajadas.

—Eso no es cierto... Alexander —añadió insegura—. Lo he visto a usted. Un par de veces habría querido arrancarme la cabeza.

—Lo uno no quita lo otro —afirmó enérgico.

—¿Y tengo que creerle?

Él inclinó la cabeza con gesto serio.

—Sí, porque es usted la mujer más increíble que he conocido. La admiro y me he encariñado con usted.

Elisabeth retiró la mano y se sentó derecha como una vela.

—No puede. Lo sabe.

—Lo que no puedo es poner límites a mi corazón. Y no la obligaré a hacer nada que usted no quiera. Pero también le digo que, para mí, no significan nada las reglas arbitrarias de un pastor.

—He prestado juramento —dijo Elisabeth en voz baja, e intentó hacer caso omiso del dolor que le atravesaba el corazón.

Nada de sueños que no fuesen para ella, ni fantasías que no pudiese hacer realidad. De repente, la tarta ya no sabía tan bien y el chocolate le parecía menos dulce.

Como por acuerdo tácito, a partir de entonces hablaron solo del trabajo de Elisabeth en la Escuela de Cuidados de Enfermería, hasta que Alexander pidió la cuenta y pagó. Le ofreció el brazo, pero Elisabeth encogió los suyos bajo la capa.

—No me gusta lo que ha pasado —dijo el médico cuando el muro de la Charité se alzó ante ellos—. Quería que fuese algo hermoso. Por favor, olvide

mis palabras. No podría soportarlo si no me saluda con una sonrisa y solo me devuelve el gesto hosco que tiene ahora.

En contra de su voluntad, Elisabeth tuvo que reírse.

—Naturalmente, no puedo responsabilizarme de algo así. No consentiría que desahogara usted su mal humor con los pacientes.

Se detuvieron a la vez como si quisieran demorar el instante en el que volverían a entrar por la puerta de su rutina.

—Alexander, le agradezco esta tarde tan amena —dijo alargando las manos hacia él.

«Alexander.» El nombre resonó en su cabeza y notó una oleada de calor cuando los dedos de él rodearon los suyos. Pero había también otra cosa. Algo apasionado, un deseo de más. Más piel, más contacto. El anhelo de sus brazos, de su cuerpo, de su olor.

No sabría decir cómo sucedió, pero de pronto lo rodeaba con sus brazos. ¿O había sido él quien la atrajo hacia sí primero? Puede que hubiese soñado demasiado tiempo con que él la besase como para rechazarlo ahora.

Así que aspiró el aliento de Alexander y saboreó sus labios mientras lo abrazaba. Aquel beso tierno se hizo más exigente, y la absurda resistencia que se había impuesto a sí misma se disipó en el aire tibio de la tarde. Los labios de él le acariciaron las mejillas, las sienes, el cuello. Elisabeth suspiró de deseo.

—No podemos —susurró sin soltar a Alexander.

—Somos personas libres —la contradijo él entre beso y beso—. No hay ninguna ley contra el amor.

Solo se soltaron cuando se acercó una figura desde la puerta. Turbada, Elisabeth se apartó y esperó que no la reconociese. El mero atuendo de diaconisa denunciaba su pecado de estar a solas con un hombre en el crepúsculo.

El hombre, que llevaba el uniforme de oficial médico, tenía prisa y no se fijó en la pareja, pero el hechizo se había roto. Elisabeth se sentía desconcertada y Alexander no volvió a tocarla.

—Vamos —dijo con voz ronca—. Antes de que la echen de menos.

Elisabeth no protestó. En silencio, regresó a su cuarto en la buhardilla de la Charité.

Aquel precioso día de junio, Elisabeth se encontró con algunas enfermeras de la Clínica Latina, que cuchicheaban acaloradamente en el pasillo.

—¿Qué ocurre?

—El profesor ha muerto —susurró una jovencita, mirando a Elisabeth con los ojos muy abiertos.

—¿Qué profesor? —la cortó Elisabeth.

—El consejero privado Bartels —precisó otra, que trabajaba desde hacía muchos años en la Charité—. Se quedó tieso sin más.

Elisabeth no pudo cerciorarse de si aquello era cierto o no. La enfermera no parecía haber estado presente en el momento de la muerte, y siempre se hablaba de más.

Elisabeth conocía al profesor Bartels. Era el director de la Clínica Universitaria de Medicina Interna, la Clínica Latina, como solían llamarla.

También Alexander, a quien encontró más tarde en la sala de operaciones, lo sabía ya. Y, cuando el profesor Dieffenbach entró, la muerte de su colega siguió siendo el tema central.

—Lamentamos mucho la pérdida del profesor Bartels —dijo Dieffenbach sucinto antes de ponerse a operar.

Por la tarde, Dieffenbach informó a Emilie de la muerte de Bartels.

—¿Sabes?, era un colega muy apreciado. Por otro lado, para la universidad y para la Charité es una gran oportunidad de colocar en su puesto a un hombre que dé un aire nuevo a la medicina. Ha pasado el momento de filosofar sobre las energías vitales del interior del cuerpo. También en medicina interna, o precisamente justo ahí, donde el núcleo del sufrimiento no es tan obvio como en una herida o una rotura, habría que llegar al fondo de las causas con métodos de investigación científicos. Debemos ser capaces de diferenciar las enfermedades mediante medidas y comparaciones.

—¿Tienes a alguien concreto en mente? —preguntó Emilie.

Dieffenbach asintió.

—Llevo todo el día pensando y he llegado a la conclusión de que mi querido maestro de la universidad, el profesor Johann Lukas Schönlein, sería el adecuado.

—Me has hablado de él —recordó Emilie—. Os conocéis de Wurzburg, ¿verdad?

—Sí, pero por aquel entonces se mudó a Zúrich. Se lo propondré a la junta directiva. Sería una elección excelente. Un hombre de ciencia como él solo haría bien a la Clínica Universitaria. Cuando se trata de innovaciones y conocimientos revolucionarios en medicina, ¿quién habla de Berlín? Es en París, Londres o incluso Viena y Zúrich donde están las grandes mentes.

Emilie sonrió a su marido.

—Entonces solo podemos esperar que los prohombres se decidan por la persona adecuada, y que una luz tan brillante de la medicina ilumine el contemplativo Berlín.

—Estoy hablando muy en serio —añadió aún más enérgico—. En cualquier caso, insistiré, a ver si consigo persuadirlos.

Hacía mucho tiempo que Dieffenbach no veía el coche con el escudo de armas del conde de Bredow ante la puerta de su casa. Sabía que el conde tenía ocupado sin descanso a otro médico con su colección de enfermedades imaginarias y, en realidad, se alegraba de no tener que seguir tratándolo. Ciertamente que los honorarios habían sido siempre principescos, pero no echaba de menos los táleros condales. Su consulta iba bien, y Emilie no era una mujer de inclinaciones disipadoras. Sí, le preguntaba siempre antes de ir al modista a encargarse un vestido nuevo o al zapatero a comprar unos zapatos. Y, como solo recibían invitados muy de vez en cuando y no tenían la casa siempre llena de gente que él no conocía, los gastos domésticos se habían reducido drásticamente. Emilie era un ama de casa razonable. La muchacha que la ayudaba con la colada y los trabajos más toscos era una joven sencilla y trabajadora de un pueblecito al norte de Berlín. Y la doncella estaba encantada de ocuparse de las pequeñas. Después de su hija Frieda, que había venido al mundo poco más de un año después de la boda, habían tenido a Sophie, que había nacido año y medio después y de la que Emilie se ocupaba también con igual devoción.

Amaba a su mujer. Era vivaz, práctica, cuidadosa. Parecía saber siempre lo que él necesitaba y no lo acribillaba con reproches. Atrás habían quedado las discusiones y los días en los que no sentía deseos de volver a casa.

Y, sin embargo, a veces tenía la sensación de que le faltaba algo. Una nostalgia que le dolía en el estómago. Una imagen que se deslizaba en sus sueños. Echaba de menos a Ludovica. Esa sensación viva cuando hablaba con ella sobre sus artículos en una revista médica. El roce suave de sus manos. Su sonrisa. Su hermoso rostro. El verde de sus ojos. La figura delicada. No obstante, las cosas estaban bien así. No habría sido correcto ceder a aquellos sentimientos. Los dos habrían corrido riesgos. Y Emilie no se lo merecía.

Pese a ser consciente de todo eso, su corazón latió más fuerte cuando vio el

coche con el escudo de armas junto a la pared del muelle.

—Profesor, el conde lo manda llamar —anunció el criado—. Es urgente. Tiene fuertes dolores.

Dieffenbach disimuló su sorpresa.

—Voy enseguida. Tengo que recoger aún un par de útiles de mi consulta —dijo, y subió las escaleras para avisar a Emilie.

Quizá porque su corazón batía lleno de esperanza, abrazó fuerte a su mujer y la besó con tanta pasión que Emilie protestó.

—Delante de las niñas no, Johann. ¿Qué van a pensar de nosotros?

Dieffenbach acarició a las dos niñas, que lo miraron con inocentes ojos infantiles.

—Pensarán que sus padres se quieren: eso no puede estar mal.

Abrazó a Frieda y a Sophie, y una vez más a su mujer, antes de recoger su maletín y precipitarse escaleras abajo.

El viaje no duró mucho, pero Dieffenbach notó que el corazón le latía alegre al compás del trote de los caballos. Vio su cara ante él mucho antes de cruzar el umbral.

La condesa lo esperaba en el vestíbulo.

—Gracias por venir, querido amigo. Estoy muy preocupada.

«¿Estaba el conde Gottfried realmente enfermo?»

—Creo que el conde tiene terribles dolores —dijo Ludovica contestando a su muda pregunta, mientras subía con él las escaleras.

—¿Qué sucede con su nuevo médico de confianza? ¿No se opone mi colega?

—No. Ha examinado al conde Gottfried y luego ha recomendado que le pidamos consejo a usted —informó Ludovica.

Tenía razón, esta vez debía de tratarse de algo serio. La cara sudada estaba ardiendo, y el enfermo se revolvía de dolor, ovillado en la cama. A

Dieffenbach le hizo falta todo su poder de persuasión para que el paciente abandonase la posición fetal lo suficiente para examinarle el cuerpo hinchado. El conde se lamentaba y gritó cuando le tocó el estómago.

—¿Puede describirme el dolor?

El conde calló un momento, luego balanceó el dedo sobre un punto en la boca del estómago.

—Comenzó aquí hace dos días, pero ahora el dolor es terrible aquí — balbució—. Tengo muchísimo frío y desde ayer no he podido comer nada.

Tiritaba. Enseguida se volvió a acurrucar, apretando las rodillas contra el cuerpo para intentar aliviar un poco el dolor. Dieffenbach le tocó la frente caliente, mientras Ludovica agarraba la mano de Gottfried y le infundía aliento.

—Le daré algo para mitigar el dolor —dijo Dieffenbach animándolo.

—¿No tendrá que operar? Solo de pensar en un escalpelo pierdo el sentido.

«Y, sin embargo, sería la mejor solución», pensó Dieffenbach mientras instilaba al conde la tintura de opio.

Esperaba que pudiese dormir un poco. Debía hablar de inmediato con la condesa. ¡A solas!

El conde Gottfried se volvió y gimoteó contra su almohada, pero tras unos minutos se calmó. Dieffenbach tomó a Ludovica del brazo y la llevó hasta la puerta.

—¡El conde no está bien! —anunció muy serio.

—Eso he pensado yo cuando el doctor Landmann se ha ido con tanta prisa.

—Temía las consecuencias, es comprensible —dijo Dieffenbach, furioso.

—¿Qué es? ¿Una hernia abdominal como la de la princesa Isabel? — preguntó Ludovica.

—No, es peor. El apéndice, la prolongación vermicular del ciego, se ha inflamado. De hecho, se trata de un accesorio pequeño e inofensivo, pero al

irritarse puede causar la inflamación de todo el peritoneo. Y puede pasar que el apéndice se rompa y su contenido purulento se extienda por el abdomen. Y entonces no se puede hacer nada por la vida del paciente —explicó sin miramientos a la condesa.

—¿No puede usted, entonces, operar al conde? —quiso saber ella.

—Lo haría, aunque muchos dicen que cualquier abertura del peritoneo puede ser mortal.

—Entonces, ¡sálvelo! ¡Opérelo! Sabe lo mucho que confío en usted como médico.

Dieffenbach meneó la cabeza.

—No es la operación en sí lo que me asusta. Temo que el conde no tenga la fuerza psíquica suficiente para soportar semejante intervención.

—¿Quiere decir que podría morir de miedo? —preguntó Ludovica, perpleja.

—Sí, y no sería el primero cuyo corazón falla antes de que acabe la operación.

—Pero ¿qué posibilidades tiene si no lo opera?

Dieffenbach suspiró.

—Pocas. Me temo que el apéndice se romperá pronto y entonces no será posible salvarlo.

—¡Pues opérelo! —exigió la condesa una vez más, agarrándolo del brazo—. Querido amigo, es mi esposo y el padre de mi hija. Tiene derecho a que hagamos todo lo posible para salvar su vida.

—El conde debe decidir por sí mismo —repuso Dieffenbach—. Es su vida. Debe sopesar él las opciones.

—Entonces, convénczalo de que la operación es el único modo de salvarlo.

Dieffenbach hizo una reverencia.

—Haré todo lo posible, querida amiga.

El estado del conde empeoraba con cada hora, pero seguía vacilando mientras Dieffenbach intentaba por todos los medios aliviarle los dolores.

—Déjele claro que pronto no tendrá nada que decidir —insistía Ludovica en voz baja—. Cualquier cosa es mejor que rendirse al destino sin luchar.

Dieffenbach asintió e intentó una vez más convencer al conde de Bredow.

—Pero dolerá mucho, ¿no es cierto? —se lamentaba este.

—Seguro que no más de lo que tuvo usted que soportar ayer —afirmó Dieffenbach.

—Pero me va a cortar el vientre con un cuchillo y sangraré —replicó el conde.

Ludovica se acercó a su cama.

—Gottfried, por amor del cielo, te lo suplico. ¿Quieres morir miserablemente en la cama? ¡Tienes responsabilidades! Tienes una hija que necesita a su padre.

—¿No podría mejorar por sí solo? —preguntó el conde, esperanzado.

—¡No! —contestaron a coro Dieffenbach y Ludovica.

—Según mi experiencia, no podemos contar con ello —añadió Dieffenbach, y cosechó una mirada llena de reproche de la condesa.

Por supuesto, el conde se agarró a aquel clavo ardiendo.

—Entonces, no está del todo descartado.

—Si cree usted en los milagros...

Una nueva ola de dolor hizo que se encogiera y le arrancó un alarido. El conde miró resignado a Dieffenbach.

—De acuerdo, pues, si no hay otra posibilidad... Opere usted. Consiento.

Ludovica le apretó la mano.

—Lo vas a conseguir, Gottfried. Estaré contigo. Sanarás, seguro. Siempre has confiado en el profesor Dieffenbach. Es el mejor médico que conocemos.

Dieffenbach mandó a buscar al facultativo Hildebrand y pidió a dos criados

que dispusieran una estancia para la operación. Además, hizo venir a dos ayudantes robustos para sujetar al conde. Apenas una hora más tarde, estaba todo listo y el saloncito azul del conde se había convertido en una sala de operaciones.

A pesar de las gotas calmantes que Dieffenbach le había administrado, el enfermo seguía jadeando.

—Le daré otro fármaco que le aliviará los dolores —dijo Dieffenbach, y le administró una pócima—. Es importante que crea en el efecto —susurró a Ludovica. Puso un dedo en el cuello del paciente y Ludovica vio cómo meneaba la cabeza preocupado—. El corazón le late demasiado aprisa. Debe distraerlo. Cortaré lo más rápido posible.

—Gottfried, por favor, mírame. Concéntrate ahora en mí. Escucha mi voz y siente mi mano.

En ese momento, la hoja se hundió en la pared abdominal. El conde dio un grito ahogado e intentó rebelarse, pero los dos ayudantes lo sujetaron contra la mesa. Ludovica vio que se le hinchaban las venas del cuello como si fuesen a estallar. Luego se estremeció y soltó un leve suspiro. La resistencia perdió fuerza y se relajó.

—Se ha desmayado —dijo Ludovica con alivio—. Ya no puede sentir el escalpelo. Dese prisa antes de que se despierte.

La herida aún sangraba. Dieffenbach había abierto la pared abdominal y sostenía el apéndice inflamado entre los dedos, pero no lo cortó. Dejó caer el bisturí. Ludovica miró al médico asombrada. En vez de terminar la operación, este colocó una oreja en el pecho del conde y palpó la carótida. Luego negó con la cabeza.

Ella comprendió.

—Ha muerto —dijo Dieffenbach.

Lentamente, cortó la prolongación del ciego, volvió a poner todo en el

abdomen y cosió el corte con tres puntos.

—Pero no puede haber muerto de ese cortecito —protestó Ludovica.

—Tiene usted razón: no fue el corte —convino Dieffenbach. Sonaba agotado—. Fue el corazón, que no pudo soportar el miedo.

Dejó la aguja a un lado y se lavó en una jofaina la sangre de las manos. Luego tomó una toalla.

Ludovica se levantó.

—Condesa, debería usted descansar. —Lo dijo con tanta compasión que a ella se le saltaron las lágrimas—. Puedo darle un tranquilizante para que duerma un poco.

Ludovica levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Se lo agradezco, pero ahora no puedo dormir. Debo ocuparme de mi esposo. Hay que avisar a la familia, amortajarlo y organizar el entierro. Sé que escribió exactamente qué hacer si se daba el caso. Su criado Sebastian sabrá dónde guardaba el conde sus instrucciones.

Ludovica se volvió y miró al fallecido. No tenía la necesidad de tocarlo, pero le besó la frente como despedida. Luego abandonó el salón, que el conde tan poco había utilizado y que se había convertido en su cámara fúnebre.

La clandestinidad

Vamos a ir al entierro del conde de Bredow? —preguntó Emilie.

Fue el tono lo que hizo a Dieffenbach darse la vuelta.

—Sí, creo que la cortesía así lo exige, dado que ha sido durante tanto tiempo mi paciente y que murió bajo mi escalpelo. —Suspiró.

Emilie se acercó y lo rodeó con su brazo.

—No fue culpa tuya —dijo decidida—. No tienes razones para reprocharte nada. Al menos, lo intentaste.

—Sí, pero temía que terminaría así —reconoció.

—¿Y qué? ¿Se habría recuperado sin la intervención?

Él negó con la cabeza.

—Seguramente no.

Juntos partieron al funeral. Por supuesto, no solo los parientes habían emprendido el camino hacia la capital. Todo aquel que tenía en Berlín rango y nombre había acudido en coche. Una interminable hilera de vestidos y fracs negros atravesaba el cementerio hacia el panteón familiar. Cuando por fin le llegó el turno a Dieffenbach de expresar el pésame a la condesa Ludovica, notó la mirada de Emilie a su espalda. Y, sin embargo, tenía que darle la mano. Se miraron. Cómo le habría gustado tomarla entre sus brazos y abrazarla con fuerza.

Una mujer cubierta con un velo largo y con el porte rígido de la antigua nobleza se acercó a Ludovica.

—¿Es este el médico? —preguntó con frialdad.

—Sí, es el profesor Dieffenbach, querida suegra —presentó Ludovica al médico.

—Así que la conciencia sobre la que recae la muerte de mi hijo es la de usted.

Dieffenbach atribuyó aquellas duras palabras al duelo. Hizo una reverencia muda, inclinó la cabeza ante la condesa Ludovica una vez más y se retiró. Emilie lo tomó del brazo. Se colocaron en una de las últimas filas, donde no había personas tan importantes. Los seguía a cierta distancia el servicio de la casa.

—¿Seguirás yendo al palacio de Bredow tras la muerte del conde? —preguntó Emilie bajito, sin mirar a su esposo.

Dieffenbach percibió más su tono que sus palabras. No sabía qué debía decir.

Emilie le apretó suavemente el brazo.

—Es una mujer fascinante, lo entiendo —añadió.

Al médico se le encogió el corazón de dolor.

—Creo que la condesa me llamará de vez en cuando si ella o la niña no se sienten bien. Pero tú eres mi esposa. No tienes de qué preocuparte. Nada cambiará eso.

—Lo sé —respondió Emilie suspirando—. Sin embargo, nunca seré como ella.

—Ni tienes que serlo. Me he casado contigo porque te quería a ti. ¡Porque te adoro! Eres la madre de mis hijas.

Emilie asintió, pero él notó su tristeza. Lo que ella quería oír no podía decírselo sin mentir.

Martha miró al maestro de escuela que le sacaba casi dos cabezas. Era alto y delgado, y tenía cierta tensión reprimida en torno a la boca. Apretaba los labios finos mientras movía la cabeza negando con energía.

—Su hijo no encaja en esta escuela —dijo de nuevo—. No puede seguir a los otros niños.

Martha se infló y se estiró, y aun así tuvo que inclinar bastante hacia atrás la cabeza para mirar al maestro Obermann a los ojos.

—O sea, que cree que August es tonto —concluyó resumiendo el monólogo del profesor.

—A menudo no sabe ni de qué tema estamos hablando —insistió el maestro.

—¿No será más bien que lo ha sentado usted en la última fila? —repuso Martha.

—Una medida disciplinaria. Se peleó con tres chicos en el patio de la escuela. ¡Empezó su hijo! Yo mismo lo vi.

—¿Y oyó también lo que los chicos le habían dicho antes?

—Eso no tiene nada que ver —replicó el profesor.

—Al contrario —protestó Martha.

No iba a dejarse amedrentar por ese tal Obermann. Por August estaba dispuesta a sacar todas sus armas.

—Los otros muchachos no lo dejan en paz —añadió—. Se burlan de él y lo ofenden solo porque bizquea. Y usted encima lo coloca en la última fila, donde seguro que no puede ver nada de lo que pone en el encerado. Y luego le sorprende que no sea capaz de seguir la clase. Mi hijo August tiene buena cabeza, eso se lo aseguro. Pero tiene usted que darle una oportunidad.

No obstante, el maestro se mostró inflexible.

—Esta es una escuela para muchachos normales que más adelante tendrán que ejercer un oficio y alimentar a una familia. El cuerpo de su hijo tiene limitaciones, incluso usted lo reconoce. Nunca trabajará como los demás. Así

que no es preciso que vuelva tras las vacaciones estivales. No hay sitio para él en esta escuela.

—Hay un montón de oficios que podría aprender incluso con un ojo estrábico.

Martha había levantado la voz más de lo que pretendía. Algunas personas que estaban cerca se volvieron hacia ellos. Obermann dio un paso atrás y dirigió una mirada compasiva a la enfurecida mujer.

—Es comprensible que usted, como madre, quiera lo mejor para él. Pero insisto en que en nuestra escuela no hay lugar para su hijo. Inténtelo en alguna escuela de los arrabales. Allí van los niños de los obreros, que por lo general no son demasiado listos.

—¿Y cómo va a ir hasta allí por las mañanas?

Martha recibió por respuesta un encogimiento de hombros. El profesor daba el tema por zanjado y la contrariedad por despachada. En cuanto a lo demás, no era responsabilidad suya.

Martha se alejó con la cabeza bien alta y no se derrumbó hasta que quedó fuera de su vista. No había conseguido nada. ¿Qué iba a hacer con August? Tenía que aprender algo porque solo así tendría una oportunidad en la vida para no acabar mendigando en la calle. Dos años de escuela eran poquísimo. Ella no se sentía capaz de enseñarle más. Y tampoco tenía tiempo para hacerlo. ¿Quién podría ayudarla? Decidió ir a ver aquella noche a Elisabeth y pedirle ayuda.

—No sé qué hacer —concluyó Martha dejando caer las manos.

Miró implorante a Elisabeth, que se puso roja de rabia.

—¡Es inconcebible! —exclamó furiosa—. Por supuesto que August no es

tonto, se ve enseguida con solo hablar un par de minutos con él. Pienso exactamente lo mismo que tú: tiene que ir a clase.

Se mordió el labio y reflexionó.

—Pero me temo que, si obligamos al maestro Obermann a acogerlo de nuevo, August no será feliz ni un solo minuto en esa escuela. Además, de hecho no sé si se le puede obligar.

Martha encogió los hombros.

—No creo que funcione.

—He oído que las buenas escuelas del Friedrichstadt son solo para los niños de burgueses ricos, que son los únicos que pueden pagar las cuotas —dijo Elisabeth.

—Y las escuelas de la zona estás repletas y seguro que no aceptan a un escolar que necesita un tratamiento especial a causa de un defecto ocular. Pero no hay más remedio, tiene que ir a una escuela que esté cerca de la Charité —dijo Martha al borde de la desesperación—. No puedo enviar a August más lejos: no podría ir solo. Y yo no puedo acompañarlo porque tengo que trabajar.

Elisabeth asintió.

—Tienes razón. —Entonces sonrió animada—. Pues, si no hay escuela, le enseñaremos nosotras mismas.

—No sé si seré capaz —replicó Martha un poco intimidada—. No soy maestra.

—Pero podrías trabajar un poco con él por la noche, ¿no?

Martha asintió.

—Bien. Te prometo que dedicaré todo mi tiempo libre a dar clases a August —dijo Elisabeth.

Martha rio amargamente.

—Como si te sobrase. ¡Una tarde libre a la semana! Y con suerte consigues

salir a las nueve o las diez de la noche de las crujías...

Elisabeth suspiró.

—Sí, es verdad, es demasiado poco. Deja que piense. ¿Quién podría ayudarnos? Aquí hay gente muy lista. Sé que los *pépins*, en concreto, van muy justos con su soldada y que a muchos les cuesta ahorrar los doscientos táleros para su doctorado.

Martha interrogó a Elisabeth con la mirada.

—¿Para qué?

—Para que se reconozca su tesis doctoral y puedan llamarlos doctores.

—Creía que se lo pagaba el ejército.

—La mayor parte sí. Para servir como cirujano en una compañía no se necesita un título de doctor, pero si quieren abrir una consulta sí.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —se asombró Martha.

—Por Alexander, eh... quiero decir el doctor Heydecker —se corrigió al instante.

Martha arqueó las cejas.

—¿Me he perdido algo? ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Nada —afirmó Elisabeth, y notó que se sonrojaba.

Martha la miró muy seria.

—Querida niña, eres joven y careces de experiencia con los hombres. Ya no tienes madre que te advierta, de modo que me haré cargo yo de la tarea: por favor, no te busques la ruina, Elisabeth. Todos los hombres hacen ojitos a las jovencitas para conseguir un poco de cariño y diversión. Ese joven médico no va a dudar en ponerte en un aprieto, pero tú... tú has elegido el camino de las diaconisas y has hecho una promesa. Te aprecian y te cuidan aquí en la Charité. No lo estropees.

—Puedes estar tranquila, Martha, sé lo que hago —afirmó Elisabeth—. No hay nada entre nosotros. Solo somos... amigos.

Martha puso los ojos en blanco y resopló.

—Y además estamos hablando de August, ¿no? —dijo Elisabeth cambiando de tema—. Mi próxima tarde libre empezaré con las clases. Y trataré de averiguar si uno de los *pépins* puede ayudarnos. He ahorrado el dinero que no tengo que entregar a la casa madre. Eso debería bastar por un tiempo.

—¿Harías eso por nosotros? —Martha se sentía conmovida.

Elisabeth sonrió.

—Pues claro. Es solo dinero.

Era ya tarde. Elisabeth iba a desnudarse cuando llamaron flojito a la puerta. Imaginó quién era. Rápidamente se abrochó de nuevo el vestido y abrió.

—Alexander, ¿qué haces aquí en plena noche? —susurró.

—¿Qué iba a hacer? ¡Nunca tienes tiempo para mí! —se quejó él.

—¿Es que estás celoso? —preguntó divertida.

—¡Sí! —reconoció él—. Has vuelto a pasar tu tarde libre con otro hombre.

—August tiene nueve años —replicó Elisabeth.

—¿Qué te importa a ti el niño de la embalsamadora? —gruñó Alexander.

—Necesita mi ayuda, si no quiere perder la oportunidad de volver algún día a una escuela de verdad. Solo me preocupo por mi prójimo.

—Lo sé, por eso te quiero tanto. ¿Puedo entrar?

Elisabeth permaneció en la rendija de la puerta.

—Ya sabes que no. Si la superiora me pilla, no me libraré con una simple reprimenda y fregando los suelos.

—¿Te torturaría y te expondría a la vergüenza en el patio de la Charité? —bromeó Alexander.

—Aún peor —dijo sombría Elisabeth—. Probablemente me enviaría a Kaiserswerth.

Alexander frunció el ceño.

—Eso sería horrible —se lamentó.

De pronto, se oyeron pasos en la escalera. Se aproximaban deprisa. En aquella zona de la buhardilla de la Charité solo se alojaban las diaconisas. Además, había dos dormitorios para enfermeras solteras. A un hombre no se le había perdido nada allí. Agitado, Alexander miró a su alrededor. En el desnudo corredor no había ningún escondite.

Elisabeth lo agarró de la manga y tiró de él para meterlo en su cuarto. Cerró la puerta rápidamente.

—Silencio —siseó.

Los pasos se acercaron, persistieron un momento, luego se oyó una puerta cerrarse y todo quedó de nuevo en silencio. En realidad, Elisabeth podría haberlo echado entonces sin peligro, pero los dos estaban muy juntos, mirándose a los ojos, sin tocarse.

Un cuarto, una cama, ningún extraño cuyo juicio debiera preocuparles. ¿Era tan fácil cometer un pecado?

Cada roce, cada beso que se habían dado había sabido a clandestinidad, aderezada con el miedo a ser descubiertos. Cuán a menudo habían tenido que alejarse uno de otro, conferir a sus insinuaciones un tono práctico, para ser ante los demás tan solo un médico y una enfermera que hablaban sobre pacientes.

Desde su visita al café, se habían escapado un par de veces al centro de la ciudad o al parque zoológico, aunque también allí había demasiada gente que podía reconocerlos. Nunca habían sido verdaderamente libres, nunca habían podido perder cuidado.

Hasta ahora.

Solos en la oscuridad del cuarto.

Los anhelos y los sueños de una noche así cayeron con todo su peso sobre

Elisabeth. No hubo forma de detenerse. Se abalanzó sobre él y rodeó con sus brazos el adorado cuerpo. Como embriagada, inhaló su olor.

No podían más que susurrar, pero ese era el sonido de los amantes que se musitan palabras tiernas al oído.

Alexander respondió al abrazo y la besó con ternura en la boca. Luego sus labios vagaron por el rostro de ella, hasta topar con el cuello de su vestido. Ella notó que sus manos lo aflojaban. Alexander se retiró un poco mientras deslizaba los dedos por los botones del corpiño. Dudó un momento y luego comenzó a desabrocharlos uno tras otro.

En ese momento aún estaba a tiempo de pedirle que parase. Podía haberle reñido y haberlo echado del dormitorio, pero no dijo nada y lo dejó hacer mientras su corazón latía tan fuerte que temía que lo oyese alguien desde el cuarto de al lado.

El médico apartó la tela negra que envolvía el cuerpo delgado y joven de Elisabeth y que lo ocultaba a la vista. Por primera vez en su vida, ella notó la mano de un hombre en sus hombros y bajando por el escote hasta el pecho. El vestido informe cayó con un frufú al suelo. Lo siguió su ropa interior. Elisabeth se mordió el labio para no gemir mientras sus manos se aferraban a la camisa de Alexander.

¿No debería habérsela tragado la tierra de vergüenza? ¿No debería haberla partido un rayo por su pecado?

La partió un rayo, pero electrificando su cuerpo hasta que cada vello de su piel se erizó de loco deseo. Alexander pasó a besarle los dedos, que se afanaron con sus botones hasta estrechar su piel desnuda contra la de él. Ella respondió a sus besos y con los labios recorrió los músculos de su pecho, que se arquearon bajo sus manos, antes de que lo abrazase de nuevo. Como ebrios vacilaron a través de la habitación hasta encontrar la cama, que los llamaba a

su suave lecho. El colchón crujió bajo el peso de los dos cuerpos. Las sábanas los arroparon con dulzura como un refugio protector.

Elisabeth no sabía demasiado sobre el amor carnal. Solo había entreoído quejas sobre la grosería de los hombres en algunas conversaciones, pero las caricias de Alexander no tenían nada de groseras. A veces era tierno, a veces exigente, pero todo lo que hacía excitaba cada vez más el maravilloso anhelo de su vientre. Sentía el pubis extrañamente hinchado y húmedo entre las piernas. Un estremecimiento tras otro la recorría de los pies al cuello.

En algún momento, Alexander se puso sobre ella y le separó las piernas con las rodillas. Una vez más se detuvo, como si esperase que ella lo rechazara, pero Elisabeth era presa de una embriaguez que jamás se habría esperado. Ya no era ella la que dirigía sus pensamientos y sus manos. Su juicio había desaparecido y callaba. Un ser desconocido despertó en ella aquella noche. Hambriento y salvaje, y deseoso de absorber la vida en todo su esplendor.

Una punzada de dolor la sacudió cuando él entró en ella, pero Alexander siguió avanzando poco a poco hasta que el placer volvió a triunfar. Elisabeth se agarró a él y jadeó. También la respiración de él se aceleró y con ella sus movimientos. Lo oyó gemir bajito. Los músculos de la espalda de él se endurecieron bajo sus manos. Alexander se retiró de repente, pero volvió a apretarse contra ella enseguida. Un arroyuelo tibio le recorrió el muslo cuando él hundió la cara en su cuello con un suspiro feliz. Se quedaron así unos momentos, inmóviles, hasta que notaron el frío del cuarto. Alexander tiró de la cubierta hacia ellos y abrazó a Elisabeth. La respiración de ella se calmó y se adaptó a la de él. Su calor la arropaba. Él le acariciaba suavemente la espalda desnuda y, sintiéndose a salvo, ella cayó en un duermevela lleno de sueños.

Elisabeth se encontró con la hermana Katharina en las escaleras. Ella bajaba

de camino al ala quirúrgica de la vieja Charité, mientras que la hermana Katharina subía con un cesto lleno de hilas y tiras de lienzo limpias a ver a sus pacientes. Puesto que Elisabeth era la única diaconisa que lo hacía en el edificio de la vieja Charité y el resto de las hermanas lo hacía en la nueva para el director Kluge, solo se veían durante las apresuradas comidas o a veces por la noche, cuando se visitaban en las habitaciones, si no estaban demasiado cansadas de su larga jornada.

Katharina deseó a Elisabeth buenos días y se detuvo un momento cuando ella le contestó con una sonrisa radiante.

—¿Qué te pasa a ti hoy?

Elisabeth se paró también.

—¿Qué quieres decir? Solo te he dado los buenos días. ¿Qué hay de raro en eso?

La hermana Katharina la miró atentamente.

—No lo sé. Algo pasa. Estás distinta. Como radiante.

Elisabeth notó calor en las mejillas. Negó con la cabeza y se rio un poco nerviosa.

—Solo estoy contenta. ¿Es malo eso? Hace buen día, brilla el sol y se oye gorjear a los pájaros en el jardín.

Katharina le respondió con una sonrisa.

—Me alegro de que estés tan bien. Nuestro trabajo no suele darnos muchas alegrías, ¿verdad?

—¿Te han vuelto a molestar las presas? —preguntó Elisabeth—. ¿Subo contigo y pongo orden?

La hermana Katharina dijo que no.

—Me las voy arreglando, y eso que el trato entre ellas es, a menudo, también brutal. Aún pueden con Gertrud. No paran de avergonzarla.

Elisabeth asintió.

—Me lo puedo imaginar. La crujía de salivación es solo para unos nervios de acero.

La hermana Katharina sonrió pícara.

—Pues entonces nuestra hermana Theresa no puede estar en mejor sitio.

Elisabeth le contestó en el mismo tono:

—Sí, casi hay que tener lástima de las pacientes. Además del martirio del mercurio, han de aguantar a la sargento Theresa.

Katharina soltó una risita.

—No deberíamos hablar así. Tengo que irme. Ya llego tarde.

—Tienes razón. Yo también debo darme prisa. Y he dormido poco.

Notó que se sonrojaba de nuevo, así que se puso rápidamente en camino.

Más tarde, durante el almuerzo, se derrumbó en la silla que Katharina había dejado libre.

La superiora Walburga se unió a las hermanas.

—¡Vamos a rezar! —anunció, y todas las diaconisas unieron obedientes las manos.

Elisabeth siguió su ejemplo, aunque sus pensamientos divagaron y volvieron a la noche, a los besos y los abrazos prohibidos. Bajó la mirada. Una sonrisa feliz jugueteó en sus labios.

La oración terminó por fin, y las hermanas empezaron a comer mientras Elisabeth seguía mirando su plato. De pronto, notó la taladrante mirada de Theresa, que se inclinó un poco hacia ella y murmuró:

—Pareces un gato que ha golosmeado en la nata. Dime, ¿qué te has comido tú?

Elisabeth se irguió.

—¡Nada!

Pero Theresa no iba a contentarse con tan poco. Reflexiva, se metió un mechón gris bajo la cofia, sin apartar los ojos de Elisabeth.

—¿Qué has hecho? —insistió.

—Nada que sea de tu incumbencia —respondió Elisabeth con sequedad.

Theresa cruzó los brazos sobre el robusto pecho y se inclinó hacia ella.

—¿Es que no es tarea nuestra vigilar el buen comportamiento de nuestras hermanas? —dijo bajito para que no la oyese la superiora.

Elisabeth soltó un bufido.

—Ocúpate mejor de tus asuntos e intenta ser más amable con tus pacientes.

—Estás distinta hoy. Tan ausente y, sin embargo, curiosamente alegre. ¡Puedo oler el pecado!

—Lo que hueles es la col recocida de tu plato —replicó Elisabeth, y dedicó su atención a la comida.

—No voy a perderte de vista —musitó Theresa, asiendo también el tenedor —, y voy a averiguar cuál es la prohibición con que te ocupas.

—El silencio es una virtud —apuntó la superiora con voz firme—. Eso es válido para ti también, Theresa.

Theresa enmudeció.

Elisabeth se alegró de no trabajar en el mismo edificio que ella. Durante el día, apenas se cruzaban. Y, si Alexander quería visitarla en su cuarto, tendrían que ser muy, pero que muy cuidadosos.

La estrabotomía

No sé cómo puedo seguir aguantándola. Se ha instalado aquí en el palacio desde el entierro de G. y no quiere irse. Quiere ayudarme, dice. ¡Ja! Lo que quiere es controlarme a mí e inmiscuirse en la educación de Amalie. Me temo que no va a volver pronto a su vida de viuda en Havelland. Vamos a tener que soportarla bastante tiempo aún.

Cierto, yo no quería a G., y sus enfermedades imaginarias me ponían a veces muy nerviosa, pero me dejaba vivir mi vida y no se entrometía en todo. No preguntaba todo el rato qué hacía cada hora del día, y lo criticaba muy de vez en cuando. Su madre, sin embargo, es como una lóbrega sombra que no me quito de encima. Vigila con extremo cuidado que no ceda en mi estricto luto y que no haga nada que pueda escandalizar a la sociedad.

No sería todo tan malo si además no se le hubiese metido en la cabeza educar a Amalie según la imagen que tiene ella de un digno miembro de la familia condal. Me molesta que imponga continuamente a Amalie sus normas. ¿No es ya bastante difícil para la niña haber perdido tan pronto a su padre? Amalie quería a G., y eso me alegra, aunque ahora esté triste y lo eche de menos.

Ludovica hacía todo lo posible por proteger a su hija de su estricta suegra, y no era fácil. No quería provocar en Amalie continuos conflictos de lealtad entre su madre y su abuela, pero cuando la condesa madre despidió a la institutriz que Ludovica había buscado con tanto esmero y que tan bien se entendía con Amalie, Ludovica se encabritó y soportó tres días de discusiones hasta que su suegra cedió. Al menos, hasta un punto. La señorita Landau podría continuar con una parte de las clases. Para latín y francés, sin embargo, la

condesa madre contrató a un sabihondo que abrumaba por completo a la niña. O esa impresión tenía Ludovica. Todo lo que podía hacer era prohibirle rigurosamente castigar a la chiquilla. Aun así, Amalie salía más de una vez de la clase deshecha en lágrimas.

—¡Es demasiado blanda! —exclamaba la condesa madre—. Una consentida. Tiene que aprender a tener más aguante. La vida no protege a nadie. Es cruel. Es importante que seamos capaces de sobreponernos a los contratiempos y que siempre guardemos la compostura para no dañar el nombre de la familia.

—Eso es lo más importante para ti, ¿no? —repuso Ludovica alterada haciendo ver a la suegra que era ella la que tenía ahora el título. Por eso crío a tu hijo para ser un hipocondríaco irascible...

—No te atrevas a hablar mal de mi difunto hijo —dijo la condesa madre con una voz gélida que dejó helada a Ludovica—. Tú y ese médico tenéis su muerte sobre vuestra conciencia. Por cierto, ayer volvió a pasar por aquí cuando estabas fuera con la niña.

—Ah, ¿y me lo dices ahora? —protestó Ludovica.

—Viene demasiado a menudo —contestó la anciana dama—. ¿Qué te pasa que recurres tanto a un médico?

—Eso es asunto mío.

La condesa miró a Ludovica con unos ojos penetrantes que le hicieron sentir como desnuda.

—Si descubro algo deshonesto, verás quién soy yo. ¡No arrastrarás por el lodo el nombre de los Bredow!

Sin decir nada más, Ludovica se volvió y salió de la estancia. Habría deseado dar un portazo a su espalda, pero no iba a darle a su suegra el placer de haberla sacado de sus casillas.

—¿Qué tiene usted en mente? —preguntó Dieffenbach mientras ayudaba a Ludovica a bajar del coche.

Ella había insistido en que se tomase el día libre para ser parte de un acontecimiento histórico, como le prometió dándose importancia. Era el 21 de septiembre de 1838.

La condesa puso esa sonrisa luminosa que él adoraba.

—Solo usted podría preguntar algo así en serio —contestó ella divertida—. Aparte de la medicina y de sus pacientes, para usted no hay nada más en el mundo.

—Eso no es cierto —se defendió Dieffenbach.

—Bien, entonces le pregunto yo, querido mío, ¿adónde se dirigen hoy los habitantes de Postdam?

Él la miró consternado.

—¿A Postdam?

Ludovica se rio.

—Suba al coche, querido amigo, o nos perderemos la aventura.

La ayudó a subir de nuevo al coche y se acomodó frente a ella. «Seguramente, habría preferido ir en el pescante», pensó Ludovica, que conocía su debilidad por los caballos briosos. Su tiro de cuatro alazanes debía de ser sin duda un desafío que él habría aceptado con gusto. Sabía que, por lo general, al médico le faltaba tiempo, incluso durante el fin de semana, para dar un paseo a caballo por el parque zoológico, así que, por lo menos, el tiro de zainos con el que iba a visitar a sus pacientes suponía una alegría cotidiana.

—Es un pecado refrenar así a estos caballos —dijo él cuando se acercaban a trote lento a la puerta de la ciudad.

Sin embargo, en cuanto llegaron al camino real, el cochero aflojó las riendas. Entendía algo de su oficio: ahora adelantaban a carros campesinos y tiros de dos caballos... y Dieffenbach sonrió satisfecho.

Llegaron a su destino justo antes de mediodía. Se veía enseguida que la estación sería un edificio impresionante, aunque aún no estaba terminada, por lo que para aquel día se había instalado un edificio adjunto provisional, con un hermoso salón para los invitados más elegantes. Ludovica llevó divertida a Dieffenbach a la construcción adornada con guirnaldas, festones y banderas. Cientos de personas habían acudido ya para presenciar el acontecimiento histórico. Sobre todo padres e hijos rodeaban las dos locomotoras, Adler y Pegasus, que tirarían de los vagones. Las máquinas de vapor, con sus altas ruedas de radios de hierro, eran sensacionales. De las elevadas chimeneas salía un vapor espeso.

Cuando sonó la llamada para que los invitados de honor se dirigiesen a los vagones, la muchedumbre se hizo más densa. Más de trescientas personas harían aquel primer viaje. Ludovica llevó a Dieffenbach hasta sus asientos. Unos músicos se reunieron en el primer vagón y alzaron sus trompas y trompetas. A las doce en punto se dispararon algunas salvas, las locomotoras emitieron un pitido agudo, las chimeneas resollaron como viejos corceles, luego se movieron las ruedas y comenzaron, lentamente, a rodar por los rectos carriles que brillaban al sol. Bajo el ensordecedor sonido de las trompas y trombones, el tren salió de la estación. Miles de curiosos saludando engalanaban el camino que salía de Postdam, a través de jardines, campos y prados, en dirección a Berlín. Un jinete audaz intentó mantenerse a la altura del tren por el camino paralelo, pero pronto tuvo que abandonar debido a la increíble velocidad de la máquina.

—¿No es fabuloso? —preguntó la condesa, que tenía que contenerse para no pegar la nariz a la ventanilla como una niña.

Dieffenbach sonrió.

—En efecto, es increíble lo que inventa el ser humano. Y le agradezco que haya insistido en que esté hoy aquí, Ludovica. —Y entonces el médico delató

su oficio al añadir—: Pero deberíamos esperar a ver si esta velocidad no daña el cuerpo.

—¿Tiene miedo? —lo picó ella.

—No, no con una mujer tan valiente y avanzada a mi lado —respondió encantador.

Ludovica vio que la habría besado con gusto, pero a su alrededor había demasiada gente que conocía a la condesa viuda o al célebre médico de la Charité.

Los dieciséis vagones del tren necesitaron veintidós minutos exactos para cubrir el tramo de catorce kilómetros y medio hasta Zehlendorf, en la periferia de Berlín. Desde allí, había otros doce kilómetros hasta la estación del centro, a la que llegarían trenes con regularidad cuatro veces al día.

Con un alegre pitido, el tren entró en la estación de Zehlendorf y fue recibido por una multitud de gente entusiasmada. Allí tendría una parada de media hora y maniobraría para iniciar su vuelta a Postdam. Ludovica y Dieffenbach, por el contrario, abandonaron su compartimento para regresar al centro en coche. Se sentaron tan juntos que podían notar el calor que desprendía el cuerpo del otro. Ludovica deslizó su mano en la de él. Él la envolvió con la suya y la apretó mientras el coche recorría las calles de Berlín.

—Gracias por esta extraordinaria excursión —dijo Dieffenbach cuando se acercaban a su destino.

—Gracias por haber venido conmigo, querido amigo —contestó ella.

El carruaje se detuvo ante el Arsenal. Aún llevaban los dedos entrelazados. Se miraron. Estaban muy cerca. Su respiración compartía el mismo aire. Se rozaron los labios. Se besaron con ternura.

«Ay, no deberían separarse nunca», pensó Ludovica con melancolía. Pero él no le pertenecía y nunca lo haría. Allí estaba su casa. Allí lo esperaban su

mujer y sus dos hijas. Ella no tenía derecho a aquel hombre, solo podía robarle de vez en cuando un momento de felicidad.

—Llámeme cuando me necesite —interrumpió él sus pensamientos.

Ludovica le soltó la mano y se lo quedó mirando hasta que cerró la puerta de su casa.

Esperó aún un momento para recomponerse, luego se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la pared para indicar al cochero que se pusiera en marcha.

Su mirada seguía fija en la puerta cerrada, a la que ahora se acercaba una mujer con una niña de la mano. La pequeña tenía los rasgos de Dieffenbach. Emilie se quedó parada y miró el coche. Reconoció sin duda el blasón. Con los ojos muy abiertos, el gesto petrificado, los brazos colgando a los lados, irradiaba tanta tristeza que Ludovica tuvo que desviar la mirada. El momento feliz había volado. Su conciencia hizo acto de presencia y la castigó con el sentimiento de culpa. Las lágrimas le surcaban las mejillas mientras el cochero conducía el carruaje de vuelta al palacio de Bredow.

En la primavera de 1839, unos meses más tarde, Dieffenbach buscaba a la embalsamadora. La encontró con el doctor Froriep, que trabajaba con Martha Vogelsang en un cadáver.

Froriep lo saludó.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Me permite tomar prestada a la señora Vogelsang para un experimento?

El prosector asintió.

—Seguro: ya casi hemos terminado.

Dieffenbach dirigió la mirada hacia la embalsamadora. Parecía mayor de lo que seguramente era, ajada por el trabajo y con el rostro arrugado, las mejillas

caídas y un cuerpo flaco cubierto por un raído vestido gris, demasiado ancho para ella. Miró el delantal de hule negro que se había puesto, los largos manguitos del mismo material que llevaba sobre las mangas. Algunos mechones grises colgaban desordenados bajo la cofia.

El doctor Froriep había abierto entretanto el tórax del cadáver y señalaba con el escalpelo el líquido amarillento que se había acumulado en el lado derecho de la pleura.

—Como había supuesto —dijo.

—¿Un difunto de la Clínica Latina? —se interesó Dieffenbach.

El prosector asintió.

—Los doctores se rieron de la señora Vogelsang cuando les dijo que la causa de la muerte era un absceso purulento violento. Pero tenía razón.

—¿No ha venido ninguno de los médicos del área de medicina interna para hacer la autopsia con ustedes? —se quejó Dieffenbach.

La ausencia de los médicos seguía irritándolo.

—He avisado a los doctores, pero una vez más no han considerado necesario ver en persona de qué ha muerto el paciente —dijo crítico Froriep.

Dieffenbach no tuvo reparo en decir lo que opinaba de aquella negligencia:

—Antes los médicos estaban deseosos de abrir cadáveres para descubrir el secreto de la muerte.

—¿Qué podemos hacer por usted, profesor? —intervino la señora Vogelsang en aquel momento.

—Ayer tuve en la mesa a esa señora de ahí con la úlcera en el hígado —contestó Dieffenbach.

—Sí, murió durante la operación —observó Martha.

—Exacto, señora Vogelsang, aunque no había nada que hacer. Confiaba en llegar al nudo sin tener que abrir el peritoneo, que es casi siempre una sentencia de muerte, pero, por desgracia, me di cuenta de que el tumor estaba

fuertemente fijado al hígado. Se desangró durante la operación. Trágico, porque la mujer deja un marido y cinco hijos menores.

—¿Y qué quiere hacer ahora? —preguntó Froriep—. ¿Quiere que la señora Vogelsang haga una preparación húmeda del hígado?

Dieffenbach negó con la cabeza.

—No, me gustaría intentar otra cosa. ¿Se acuerda de mis operaciones de tortícolis y pie equinovaro?

—Toda la ciudad habla de ellas con respeto —afirmó Froriep.

—Me di cuenta de que la mujer tenía un fuerte estrabismo en el ojo izquierdo. Creo que el estrabismo se debe también a un acortamiento del músculo, que tira del ojo con demasiada fuerza en una dirección y lo mantiene tan sujeto que no se puede centrar bien. Si puedo liberar ese músculo y seccionarlo, el ojo debería quedar centrado correctamente.

—O desviarse al otro lado —replicó Froriep.

—Eso afirma también Von Graefe —reconoció Dieffenbach con una sonrisa tensa—. Justo eso quiero averiguar antes de atreverme a operar a uno de mis pacientes.

—Señora Vogelsang, puede echar una mano al doctor Dieffenbach —dijo el doctor Froriep—. Yo terminaré con esto.

Dieffenbach descubrió la cabeza de la difunta y abrió el párpado. La pupila se dirigía aún a la comisura del ojo. Tomó un bisturí delgado, de cuchilla afilada, y comenzó a liberar el músculo interior fijado al globo ocular. Martha observó con interés.

—Estoy convencido de que va a funcionar —dijo entusiasmado, y le mostró lo sencillo que resultaba ahora colocar el globo ocular en la posición correcta—. Envíeme todos los cadáveres bizcos que le lleguen —le pidió.

Martha asintió, pero hizo una mueca. Dieffenbach cayó por primera vez en la cuenta de que también ella padecía un ligero estrabismo.

—Perdone, señora Vogelsang, no quería ofe..., quiero decir... —Se calló.
Martha le sonrió.

—Está bien, doctor. Es cosa de familia. Mi pobre August lo tiene mucho peor. No solo ha de aguantar el desprecio de los otros niños. También lo echaron de la escuela porque no ve lo que está escrito en el encerado.

Dieffenbach murmuró algo compadeciéndola, pero su pensamiento se había vuelto a centrar en el ojo del cadáver. Diseccionó el otro ojo y examinó los distintos tendones responsables de la movilidad del globo ocular. Por fin se dio por satisfecho y comenzó con la habitual autopsia.

La señora Vogelsang lo ayudó y anotó lo que le dictaba. Una hora más tarde, colocaron de nuevo los órganos en el cuerpo abierto y cosieron el corte. Martha extendió la sábana sobre el cadáver y lo empujó al lugar en el que dejaban los cuerpos listos para el entierro.

—Estaré pendiente de los bizcos —prometió.

Dieffenbach inclinó la cabeza para despedirse de ella, dijo adiós al doctor Froriep y se apresuró a atender a sus pacientes, que seguramente ya lo esperaban.

—¿Qué andas rondando por aquí? —quiso saber Martha.

No era habitual que Elisabeth visitase el depósito de cadáveres.

—¿Qué haces? —se apresuró a preguntar la joven diaconisa.

—Estoy recogiendo bizcos para el doctor Dieffenbach —le contestó Martha condescendiente, pero añadió de inmediato—: No hace falta que disimules. Habla. ¿Dónde te aprieta el zapato?

Elisabeth comenzó a tartamudear y a irse por las ramas, hasta que Martha tapó el cadáver y le tendió un taburete.

—Siéntate.

Elisabeth obedeció. Martha se sentó frente a ella.

—Vamos, empieza otra vez desde el principio. Todo lo que he entendido hasta ahora es que tiene algo que ver con el doctor Heydecker.

—Es un buen médico, y tan agradable y simpático...

Bajo la mirada acusadora de Martha, Elisabeth se calló.

—Sé que te has encaprichado de él y no quiero criticarlo, pero, al contrario que tú, sé mucho sobre los hombres y solo puedo prevenirte. No te imaginas lo rápido que te puedes echar a perder.

Elisabeth notó que le ardían las mejillas. Guardó silencio porque no sabía cómo formular su petición.

Martha suspiró.

—¿Puedo suponer sin equivocarme que ya hay entre vosotros algo más que «nos gustamos»?

Elisabeth miró al suelo.

—No es como los hombres que tú conoces. Me quiere.

—No lo dudo —afirmó Martha—. Pero eso no cambia nada si... Ay, no, por eso has venido. Ya estás en apuros y quieres que te ayude.

—¡No! —gritó Elisabeth, y añadió bajito—: Pero tampoco quiero acabar estándolo. Tenemos tantas pacientes en el área del doctor Kluge que, sin quererlo, han acabado en la calle...

—Sí, porque se abrieron de piernas para un hombre que después no quiso saber nada de ellas —dijo Martha casi cruel.

Elisabeth suspiró.

—Tú no sabes lo que es querer de verdad, o no hablarías así.

Martha se levantó y le pasó un brazo por los hombros.

—Ay, tesoro, es posible que tengas razón. No es fácil resistirse, pero sería mejor para ti, créeme. Por no mencionar las reglas de tu hermandad. Creo que la superiora estaría muy decepcionada si se enterase.

—Me desterraría a Kaiserswerth —supuso Elisabeth—. Pero no tenemos previsto que nos pillen —añadió desafiante.

Martha volvió a sentarse y reflexionó.

—Así que no estás dispuesta a dejarlo, pero quieres evitar las consecuencias.

Elisabeth asintió apocada.

—Te lo imaginas más fácil de lo que es —aclaró la expartera—. Por supuesto hay hierbas que evitan la concepción, pero ninguna es por completo segura. Y en la dosis está el veneno.

—Pero es más seguro —insistió Elisabeth, que simplemente quería creerlo.

Martha suspiró.

—No quería volver a tener nada que ver con estas cosas. Por eso me vine con los muertos.

Elisabeth le suplicó que hiciera una excepción en nombre de su amistad, hasta que Martha accedió.

—Te ayudaré, pero aun así puede ir mal. Antes de nada, has de tener claro lo que quieres: ser diaconisa... o la amante de un médico... o la mujer y madre de sus hijos, si es que él está dispuesto a que así sea. Debes averiguarlo antes de decidir nada.

Elisabeth le dio las gracias y prometió tener cuidado.

Martha resopló con desdén.

—Eso lo he oído demasiadas veces en mi vida para que me tranquilice.

Abatida, Elisabeth se dirigió hacia la puerta, mientras Martha volvía a sus muertos.

—Búsquenme un candidato para la primera estrabotomía —ordenó Dieffenbach en la charla de la mañana con los jóvenes médicos y

subcirujanos, después de que el catedrático Rust hubiese terminado su discurso.

El viejo profesor parecía envejecer de mes en mes: la espalda más curvada, las manos más temblorosas, por no hablar de su cada vez más reducida visión. Ni el doctor Jüngken, que dirigía el área de enfermedades oculares de la Charité, ni el director de la Clínica Universitaria, el profesor Von Graefe, podían mitigar su sufrimiento.

Por lo menos ya no se empeñaba en usar el escalpelo, lo que para sus ayudantes y, sin duda, para sus pacientes era una bendición. Aunque aún no estaba dispuesto a dejar su lugar a alguien más joven.

Por supuesto, Von Graefe sospechó enseguida de las intenciones de Dieffenbach al buscar a un estrábico, y se encargó de que llegase a su colega su opinión de que el intento no tendría nunca éxito. También el doctor Jüngken, con el que Dieffenbach tenía una buena relación, hizo un comentario condescendiente:

—Si fuese posible, ya lo habríamos hecho.

Dieffenbach echaba chispas. Era obvio que Von Graefe había transmitido a su aprendiz también su arrogancia. Al parecer, si no venía de ellos, nada valía la pena.

—Le procuraré un candidato —se ofreció el joven colega Heydecker, que había estado presente en la charla.

Dieffenbach inclinó amable la cabeza.

Pero resultó aún más difícil que en el caso de los pies equinovaros. Parecía que en Berlín no había ningún voluntario para someterse al escalpelo de Dieffenbach y dejarse cortar un músculo ocular.

Alexander tuvo que admitir su derrota unos días más tarde. Furioso y frustrado, Dieffenbach volvió a entrar a toda prisa en el depósito de cadáveres para practicar una vez más todos los pasos de la operación en un cuerpo.

—Es para volverse loco —protestó—. Estoy seguro de que hay un montón de personas a las que puedo ayudar con este método, pero no me dejan probarlo.

—Profesor, yo podría ayudarle —dijo Martha Vogelsang, y se irguió segura de sí misma.

Dieffenbach la miró.

—¿Le molesta su bizquera? —preguntó—. No se nota demasiado. Creo que no la perjudica.

Martha le dio la razón.

—No hablo de mí. Estaba pensando en mi hijo August.

—¿En su hijo? —Dieffenbach recordaba apenas a un niño flacucho.

Cierto, el chico bizqueaba mucho. Era la pupila del ojo izquierdo la que se quedaba fija en la comisura interior del ojo.

—¿Haría usted eso, señora Vogelsang?

—Le he visto hacerlo aquí muchas veces —dijo ella—. He visto cómo ha operado a docenas de cadáveres bizcos. Confío en usted, doctor Dieffenbach.

Dieffenbach notó que empezaba a entusiasmarse.

—Me imagino que su hijo es su mayor tesoro. Aprecio su valor, querida señora Vogelsang. Si puedo ayudarle, lo haré de corazón.

También Martha estaba entusiasmada. Y, como si se hubiese roto un dique, se explayó:

—¿Sabe, doctor? Mi hijo August podría estar ya en el tercer año de escuela, pero el maestro lo echó el verano pasado porque decía que no podía seguir las clases. Pero no es tonto. Lo que pasa es que no distingue lo que pone en el encerado. Por eso, la hermana Elisabeth y yo nos esforzamos para que aprenda algo más que a leer y a escribir. Y pagamos a un *pépin* para que le enseñe las cuatro reglas.

—Entonces también yo aportaré mi parte para allanarle a su hijo el camino

hacia un futuro mejor.

—¿De verdad ayudaría a August? Aún no es demasiado tarde para volver a enviarlo a la escuela si ve bien...

Ceremonioso, Dieffenbach le tendió la mano.

—Querida señora Vogelsang, puede dejarlo en mis manos.

—Me acompañarás, ¿verdad? —dijo de repente August algo tímido, poco después de afirmar que no tenía ningún miedo de la operación—. El doctor me cortará aquí, ris ras, un músculo, y ya podré ver bien —le había explicado radiante de alegría a Elisabeth, aunque ahora parecía acobardado y quería saber si podía confiar en el doctor Dieffenbach.

—Por supuesto —le aseguró Elisabeth—. Si no, tu madre no lo permitiría.

—No voy a llorar —afirmó August—. No soy un cobarde.

Elisabeth lo tomó en brazos.

—Eso ya lo sabemos. Y yo creo que el doctor Dieffenbach no se opondrá a que mañana esté contigo durante la operación.

No tuvo que pedirlo mucho. El doctor Dieffenbach ya había visto el efecto de Elisabeth en los pacientes. No quería complicaciones con el niño, así que le parecía bien cualquier cosa que pudiese distender la situación. También Martha podría quedarse con su hijo. Ella misma lo llevó a la sala de operaciones.

El chiquillo miró alrededor con los ojos como platos. Las gradas dispuestas en semicírculo estaban ocupadas hasta el último asiento. Por supuesto, se había corrido como la pólvora la noticia de que el profesor Dieffenbach iba a intentar de nuevo una operación revolucionaria, y ningún estudiante de medicina quería perderselo. Además, había un total de siete médicos en torno

a la mesa de operaciones. Junto a Alexander Heydecker, estaban presentes todos los oficiales médicos del área de cirugía.

Dieffenbach se colocó ante August y le tendió la mano.

—Jovencito, ¿qué te parece si te doy un tálero de oro si eres bueno y no lloras?

—Hecho, doctor —respondió August—. No por el tálero. Lo único que quiero es que no vuelvan a llamarme nunca virolo.

El doctor Dieffenbach miró alrededor.

—¡Comencemos!

Era obvio que todos habían recibido previamente instrucciones y ocuparon sus puestos. Alexander se colocó tras la cabecera de la mesa de operaciones reclinada y puso un brazo sobre el hombro y el pecho del muchachito, el otro en torno a su frente, para sujetarle la cabeza a modo de tornillo. Elisabeth tomó la mano del paciente. Martha se colocó al otro lado.

—Párpados —dijo Dieffenbach bajito escogiendo un gancho fino.

El oficial médico Grossheim y su colega Eck colocaron los ganchitos romos en los párpados y los separaron. Sin dudar, Dieffenbach clavó el bisturí plano en la comisura interior del ojo a través de la conjuntiva.

—¡Sujétenlo!

Dio su gancho a otro ayudante y pidió que le pasasen un ganchito doble inventado por él mismo, con el que perforó la conjuntiva. Con unas tijeras cortó el pliegue conjuntival. Elisabeth tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse cuando se abrió el corte y vio cómo Dieffenbach introducía las tijeras. Allí abajo debía de estar el músculo acortado.

El niño se comportó de manera ejemplar. Solo sus labios muy apretados y la presión en la mano de Elisabeth demostraban su suplicio.

De pronto, Dieffenbach titubeó. ¿Tenía dudas? ¿Pensaba en las palabras de

Jüngken y Von Graefe? No, era demasiado tarde para vacilar. Tenía que hacerlo, ¡ahora!

Las tijeras sonaron tres veces. La pupila se precipitó a la derecha y casi desapareció tras la comisura exterior del ojo. Elisabeth oyó a los médicos suspirar al unísono. Miró el rostro impertérrito de Dieffenbach.

—Es solo un espasmo —afirmó—. Pasará enseguida.

¡Y así fue! El globo ocular comenzó a volver despacio hasta que se quedó en el centro.

Dieffenbach retrocedió un poco y observó a su paciente. Luego se dirigió al público:

—Vean, señores míos. Ya no hay diferencia entre los dos ojos.

Los ganchos desaparecieron y el niño pestañeó incrédulo mirando alrededor.

—¿Están bien mis ojos, profesor? ¿Ya no bizqueo?

—Sí, August, están bien. Y tú has sido muy valiente.

Dieffenbach metió la mano en su frac verde y sacó una moneda del bolsillo, dorada y brillante como sus botones. La sujetó a cierta distancia, en alto.

—¿Qué tengo aquí, en la mano?

—Es mi águila dorada —dijo el chico.

El doctor Dieffenbach le tapó el ojo sano.

—Y ahora, ¿qué ves?

—Aún mi tálero de oro.

Dieffenbach dio vueltas al tálero en la mano.

—¿Cara o cruz? —quiso saber.

—¡Cara! —gritó alegre August.

El alivio en la sala de operaciones casi se pudo palpar. Hubo aplausos en las gradas, pero Dieffenbach no estaba allí para que lo celebrasen. Pidió que llevasen al muchacho cuanto antes a uno de los dormitorios en el sotabanco, en

el que solo había una ventanita con una cortina que se podía correr con facilidad. Recomendó encarecidamente a Elisabeth que el niño se acostase a oscuras y que no saliese de la cama hasta estar seguros de que no había gangrena en el ojo.

—Solo puede comer sopa clara y, cada dos horas, hay que ponerle una compresa fría sobre el ojo operado. Debemos prestar atención a que la sal de las lágrimas no produzca inflamación.

Elisabeth asintió. Junto con Martha, llevó a August al dormitorio. Y le recordó una vez más que era importante que siguiese todas las indicaciones del médico, antes de dejarlo a solas con su madre.

La fiesta

El año 1839 ya se acercaba a su fin cuando entregaron una tarjeta de invitación de bordes dorados para el doctor Dieffenbach.

—¿La abro? —preguntó Emilie cuando él se sentó a comer el estofado.

—¿No puede esperar a que termine de comer? —protestó él.

Conocía aquella clase de invitaciones. Cenas y salones que las anfitrionas querían engalanar con la presencia del médico del que todo Berlín hablaba, pero Emilie no quería esperar. Abrió el sobre y sacó la tarjeta.

—De la condesa de Bredow —dijo apagada. De pronto, su sonrisa parecía atormentada. Le tendió la invitación a su marido—. Para ti.

Dieffenbach ojeó el texto.

—Estamos los dos invitados —le contestó—. A una cena el próximo viernes. ¿Te gustaría ir?

Emilie pasó por alto la pregunta.

—Aceptarás en cualquier caso —supuso, pero su esposo negó con la cabeza.

—Nos han invitado a los dos, así que o vamos juntos o no va ninguno. Es decisión tuya, cariño.

Emilie giró la tarjeta entre las manos. Dieffenbach creyó ver el conflicto que se ocultaba tras su frente. Por un lado, era una invitación lisonjera, sería una suntuosa velada con invitados selectos. Por otro lado, suponía él, Emilie

rechazaba a la condesa por razones sencillísimas de entender. Sumidos en sus pensamientos, vaciaron sus platos y luego ella lo miró.

—Iremos —dijo—. Pero necesito un vestido nuevo. Habrá personas importantes y perjudicaría a tu reputación que tu esposa apareciese con un vestido gastado y anticuado.

Dieffenbach se rio con ganas.

—Creo que «gastado» no está ninguno de tus vestidos, pero sí, estupendo, haz que te confeccionen uno a tu gusto. Sorpréndeme.

Emilie se levantó, dio la vuelta a la mesa y lo besó.

—Esa libertad de acción es peligrosa —dijo en tono de broma—. ¿No lo sabes? Podría arruinarte.

—¿Con un vestido? Lo dudo mucho —la contradijo él—. Aunque si se trata de ser derrochador, he visto un isabelo maravilloso que me encantaría tener...

Emilie iba a llevar un magnífico vestido de tafetán de color cobre que resaltaba en especial su cabello, y su doncella se esforzó durante horas para que el peinado no lo desmereciese. Por fin, la señora de la casa se dio por satisfecha y se dejó ayudar a subir al coche con una sonrisa benevolente.

El palacio de Bredow estaba muy iluminado y había ya algunos invitados en el salón cuando el matrimonio Dieffenbach fue anunciado.

La condesa estaba deslumbrante. La luz de la araña de cristal arrancaba un resplandor rojizo de sus rizos rubios, que llameaban como el fuego. Había pasado el estricto año de luto y se había puesto un vestido de seda de color malva pródigamente ornamentado. Saludó a los recién llegados con una sonrisa luminosa y los presentó a las pocas personas que no conocían aún al profesor Dieffenbach.

La niñera bajó la escalera para dar a Amalie Friedericke la oportunidad de

saludar a todos los ilustres. La chiquilla estaba tan emperejilada como la madre, y muy guapa con su delicada piel y los rizos rubios. Educada, tendió la mano a cada invitado y murmuró su nombre.

Dieffenbach observó cavilando a la niña. Tenía ocho años. Una chiquilla guapa, de rasgos finos. Nadie habría puesto en duda su origen condal y, sin embargo, era hija de una pobre mujer del canal y un simple soldado muerto. Pensó brevemente en el derecho del rey y los nobles, cuya posición derivaba de la gracia de Dios y del privilegio de su alto nacimiento. ¿Era su sangre de verdad más pura? ¿Qué importaba eso en una persona?

Cuando la niña hubo terminado la ronda de saludos, siguió sin protestar a la niñera de vuelta escaleras arriba. Dieffenbach y su esposa pasaron al salón azul, donde había más invitados.

Ante la chimenea charlaban de pie dos hombres. Uno era Heinrich Heine, el viejo amigo de Dieffenbach, que había venido de visita a Berlín desde París. Los dos se abrazaron calurosamente después de que Heine se hubiese inclinado ante Emilie en un besamanos.

—Qué agradable encontrarnos aquí. He llegado hoy mismo y tenía pensado haceros una visita en los próximos días.

—¡Eres siempre bienvenido!

El otro hombre saludó al matrimonio con una sonrisa igual de amable. Conocía a Dieffenbach porque, hasta la muerte de su hermano Wilhelm, el profesor había sido el médico de la familia. Contento, Dieffenbach dio la mano al famoso trotamundos Alexander von Humboldt.

Emilie miró entusiasmada a su esposo. ¡Menuda sorpresa! Habían hablado varias veces de él en casa, y ahora estaba encantada de conocer al gran explorador. Como su esposo sabía, cuando era pequeña había soñado incluso con vagar por las selvas sudamericanas y explorar los volcanes de los Andes o la lejana Siberia.

—Vamos a sentarnos —invitó Alexander von Humboldt a los Dieffenbach—. He oído hablar mucho de usted, profesor.

—Estábamos hablando de Weimar —dijo Heine.

—Fue una época interesante. Pasé muchos días y noches con Goethe, y no nos cansábamos nunca de hablar de volcanes, zoología, química o galvanismo —comentó Von Humboldt entusiasmado—. Hicimos experimentos de electricidad animal. En ancas de rana... —se interrumpió un poco abochornado—. Disculpe, estimada señora Dieffenbach, no es un tema apetitoso.

Emilie lo tranquilizó con un gesto.

—Provengo de un hogar de médicos, no me sobresalto con facilidad. Continúe hablando, señor Von Humboldt.

—También experimenté en mí mismo con todo tipo de metales y sustancias químicas posibles para medir y comparar la potencia de la electricidad. Por desgracia, muchas de las heridas se infectaron y algunos días, con mis ampollas llenas de sangre, parecía uno de esos vagabundos que hay a las puertas de la ciudad. Aun cuando era a menudo doloroso, aquellos experimentos me parecieron extraordinarios y muy ilustrativos. Me permitieron distinguir las materias orgánicas de las inorgánicas —aseguró el investigador, inspirado.

Dieffenbach tuvo que disimular una sonrisa cuando vio que Emilie sacudía la cabeza atónita. Aquello era demasiado incluso para la hija de un médico.

—Cuéntenos cosas de Sudamérica, señor Von Humboldt —optó por pedirle ella—. He leído todos sus impresionantes informes.

Alexander von Humboldt estaba dispuestísimo a hacerlo. Aquellos viajes habían sido los momentos estelares de su vida y nada le gustaría más que partir de inmediato a una nueva expedición, como les dijo. Su vida en Berlín, al servicio del rey, le resultaba limitada y aburrida.

—¡El Chimborazo! —exclamó—. Ese volcán me iluminó. Por fin entendí las conexiones inherentes a la naturaleza en todo el mundo. Todo está conectado con todo por un millar de hilos invisibles. ¿Conoce usted mi paisaje del Chimborazo? —preguntó.

Emilie asintió emocionada.

—La naturaleza es global. Las zonas climáticas de los diversos países o en las mayores alturas son todas iguales.

En ese momento, la condesa anunció la cena y tuvieron que interrumpir la interesante conversación. Para pesar de Emilie, el naturalista se sentó al otro extremo de la mesa. Solo cuando hubieron servido el último plato y los invitados volvieron a reunirse en el salón, tuvo una segunda oportunidad de acercarse a él. Estaba hablando de la política colonial española y juzgaba duramente la esclavitud. A Emilie le impresionaron aún más las conexiones entre la política de los españoles en el Nuevo Mundo y la destrucción del medio ambiente que describía Alexander.

—En Cuba casi lo único que se cultiva ya es caña de azúcar para exportar a España. En consecuencia, los nativos pasan hambre. Además, la tala de los bosques provoca la ruina de todo el sistema natural. Las fuertes precipitaciones arrastran la tierra, que ya no tiene raíces que la sostengan. Las corrientes cenagosas cavan profundos surcos en los campos, las orillas de los ríos se desmoronan, el suelo estará agotado en pocos años y no dará fruto. Quedará un paisaje volcánico rojo, en el que ya no crecerá nada.

Dieffenbach estaba con Ludovica un poco alejado del grupo y escuchaba las inteligentes preguntas que hacía Emilie, y que el trotamundos contestaba.

—Tiene usted suerte, querido mío. Es una compañera maravillosa —dijo en voz baja la condesa.

Él asintió.

—Sí, una estrella brillante en mi firmamento.

Ludovica intentó ocultar su tristeza, pero él notó lo que le sucedía y hubiese querido acariciarla.

—No deseo hacerle daño —dijo Ludovica tras un momento—. Y, sin embargo, ni quiero ni puedo prescindir por completo de usted. Sin usted, mi vida sería demasiado simple y vacía.

—Tiene a Amalie Friedericke —le recordó Dieffenbach.

—Sí, es una niña adorable y, aun así, de vez en cuando añoro tener un hombre a mi lado. Lo añoro a usted, querido amigo.

Dieffenbach se limitó a asentir en silencio y se unió de nuevo al grupo en torno al explorador.

Para el gusto de Emilie, la velada había terminado demasiado pronto. En el camino de vuelta a casa, repetía todas las cosas interesantes que había dicho Alexander von Humboldt aquella noche.

—¿Nos vemos luego? —susurró Alexander a Elisabeth cuando esta entró con una gran bandeja en las manos, llena de escudillas y vasos, a la gran crujía de mujeres del área de lesiones externas.

—Ya nos estamos viendo ahora —respondió ella con una cara de no haber roto un plato que él no fue capaz de interpretar.

—Ya sabes a qué me refiero —replicó él un poco impaciente—. ¡Nunca tienes tiempo! Tus pacientes son siempre más importantes.

—La vida es injusta —dijo ella con gesto aún más serio.

—¿Qué quieres? ¿Que te lo suplique? ¿Que te pida de rodillas que me abras tu puerta?

Intimidada, Elisabeth miró al corredor por el que se acercaban dos de los oficiales médicos, enfrascados en una animada conversación.

—No, lo de ponerte de rodillas deberías dejarlo de momento. Pero puedes

abrirme la puerta para que reparta la cena.

Alexander abrió la puerta. Miró cómo repartía la cerveza tibia, la infusión de hierbas y el espeso consomé a las pacientes. De los hombres se encargaba el enfermero Martin, que era uno de los primeros que había terminado los estudios de la Escuela de Cuidados de Enfermería del doctor Dieffenbach y trabajaba desde entonces en el área de cirugía. Al contrario que muchos de los antiguos cuidadores, en él se podía confiar. Un hombre fuerte que no se asustaba ante ningún trabajo y que se esforzaba siempre por ser cortés.

—Elisabeth —insistió Alexander cuando ella pasó por delante de él para salir—. Te quiero y echo de menos nuestros ratos juntos.

Ella se detuvo. Con la mano, acarició como por descuido la de él.

—También yo te echo de menos. Ven esta noche, pero procura que nadie te vea. Tengo la sensación de que la hermana Theresa me espía. Estoy segura de que le encantaría denunciarme a la superiora.

Se miraron a los ojos. Bastaba la mirada de ella para que el corazón le diese un vuelco. Notó el calor en el vientre, el deseo que surgía en él como una ola. Rápidamente desvió la mirada para no perder la calma y allí mismo atraer hacia sí el cuerpo de Elisabeth, cuya tibieza y olor lo envolvían como una promesa.

—Así pues, hasta luego, doctor Heydecker —dijo con una última sonrisa antes de apresurarse a volver a la cocina para recoger la siguiente tanda de alimentos.

Cuando volvió con la bandeja llena, se encontró con la hermana Katharina.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Elisabeth, justo antes de verle la mano, envuelta con un paño ensangrentado.

Elisabeth dejó la bandeja. Con cuidado le quitó el paño y vio el corte, que aún sangraba.

—¿Cómo te lo has hecho, Katharina? —le preguntó preocupada.

Katharina arrugó el entrecejo.

—Una de mis pacientes ha tirado la escudilla al suelo y he sido un poco torpe al recoger los añicos.

—Tendría que vértelo un médico antes de que lo vende —dijo Elisabeth—. Espera, reparto rápido estas comidas y te acompaño. El doctor Heydecker debe de estar aún en la crujía de los hombres.

Juntas buscaron a Alexander, que examinó el corte. Sacó las esquirlas de loza que aún había en la herida y la lavó con una infusión de hierbas. Elisabeth puso a Katharina una venda apretada.

—Los próximos días no puedes fregar el suelo ni las escaleras, bajo ningún concepto —dijo con firmeza.

Katharina suspiró.

—Díselo a la superiora. ¿Cómo voy a negarme si es parte de mi trabajo?

Elisabeth se mantuvo inflexible.

—Pues tendrá que encargárselo a otra.

—Es verdad, debería cuidarse la mano —se entrometió Heydecker—. Hablaré con su superiora. Después de todo, no queremos arriesgarnos a que se gangrene.

Katharina se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Y, aun cuando a la superiora Walburga no le hizo ilusión, prometió que cuidaría de Katharina hasta que la mano se le hubiese curado del todo.

El adiós y un nuevo comienzo

La condesa Ida Habn-Hahn ha venido a verme —informó Dieffenbach a su esposa una noche de abril de 1840, y le sorprendió ver que se le sonrojaban las mejillas sensiblemente—. ¿La conoces? —preguntó un poco maravillado.

—¿Quién no la conoce? —exclamó Emilie—. Quiero decir que no nos han presentado, pero todo Berlín habla sobre la indómita condesa rica que se ha divorciado de su marido y ha viajado sola por Arabia. ¡Ha dormido en tiendas beduinas! Tiene a todos los hombres a sus pies.

Dieffenbach negó con la cabeza.

—A todos no, cariño mío, aunque me consta que el ministro Von Humboldt le tenía mucho afecto.

—No me extraña. Incluso el príncipe Pückler revolotea a su alrededor como una polilla en torno a la luz —continuó Emilie—. Pero ¿por qué ha ido a verte?... si puedes hablar de ello.

—Sí, creo que sí —dijo Dieffenbach—. La condesa Von Hahn tiene desde hace años, digamos... un mirar extraviado, aunque ahora el bizqueo empeora cada vez más, por lo que se ha decidido a operarse. La intervendré el lunes que viene en el palacio del conde Von Stolberg, en el que se aloja por el momento.

Como era de esperar, la intervención se llevó a cabo sin incidentes. Desde la operación del ojo de August Vogelsang, Dieffenbach había ayudado a muchos bisojos a tener una visión clara. También el ojo operado de la condesa

se colocó en su ubicación correcta tras seccionar el músculo. Y, como siempre, Dieffenbach también recomendó encarecidamente a esta paciente que guardase cama en un cuarto a oscuras, se aplicara compresas frías en el ojo y siguiese una dieta ligera. Sin embargo, a la mañana siguiente, un criado del conde Von Stolberg lo arrancó de su sueño. El médico fue al palacio condal y encontró a la condesa con los ojos rojos e hinchados. El ojo operado mostraba los primeros síntomas de enconamiento.

Dieffenbach reprimió un suspiro.

—¿Qué ha sucedido?

—Anoche estaba muy preocupada —comenzó a explicar la condesa entrecortadamente—. Así que, en camisa de noche, me senté frente a mi secreter para escribir una carta. Fue solo un momento, apenas unos minutos.

Dieffenbach miró el secreter. Dos velas casi consumidas en sus candeleros y numerosas cuartillas arrugadas en el cesto de los papeles desmentían a todas luces el «fue solo un momento».

—¿Qué era tan importante que tenía que ponerlo por escrito justo la noche de la operación? —preguntó esforzándose por contener su ira.

—Eso no es asunto suyo, la verdad —replicó la condesa, indignada.

Entonces, el barón Von Bystram, que posiblemente no era solo su compañero de viaje, irrumpió en la estancia.

—¿Cómo ha podido llevar a cabo una operación tan irresponsable? —gritó al médico—. ¡Quería hacerse notar! ¡Hacerse un nombre a costa de la condesa Von Hahn!

Dieffenbach tuvo que contenerse para responder tan tranquilo y frío como pudo:

—Si no me hubiese encomendado al Altísimo, le exigiría un desagravio. ¡Salga de esta habitación! Debo ver cómo puedo salvar la vista de la condesa.

Aplicó durante todo el día sanguijuelas y sales purgantes, pero en el rabillo

del ojo se acumuló un líquido pegajoso. Luchó en vano. Una erisipela se extendió por el párpado y la sien. Cuando la inflamación remitió por fin, pudo ver que la córnea comenzaba a enturbiarse.

Por supuesto, este fracaso se extendió por todo Berlín con rapidez; no en vano estaba la aventurera condesa Von Hahn en boca de todos.

El sarcasmo de Von Graefe, que disfrazó en forma de falsa compasión, golpeó a Dieffenbach en lo más hondo. Ni las palabras de ánimo de Emilie ni la ira de Ludovica le sirvieron de ayuda.

Habían pasado casi dos años desde la muerte del profesor Bartels. Junto con su puesto como subdirector de cirugía de la Charité, la consulta privada y las clases de cirugía práctica como profesor extraordinario, Dieffenbach era — con su colega Wolff— responsable provisional de la dirección de la Clínica Latina, aún vacante.

En mayo de 1840, por fin llegó el sucesor a Berlín, y la decisión recayó, de hecho, en el candidato favorito de Dieffenbach. El profesor Johann Lukas Schönlein se convirtió en director de la Clínica Universitaria de Medicina Interna en la Charité, y con él llegó el esperado aire fresco a las viejas salas. Dieffenbach se alegró mucho de volver a ver a su maestro y visitó a menudo el área de medicina interna, para estudiar admirado los nuevos métodos de Schönlein.

—La fiebre es un síntoma, no una enfermedad en sí —aclaró este—. Debemos llegar a comprender las distintas caras de una dolencia y distinguir unas enfermedades de otras. Para eso hay, según mi experiencia, varios métodos.

Los dos apreciaban estos intercambios en igual medida. Dieffenbach no era

ya alumno, sino también profesor, de modo que la conversación se desarrollaba a un mismo nivel.

—Mire usted, por ejemplo, estimado colega, la percusión: los martillazos en el pecho y la espalda del paciente. El sonido nos puede decir mucho sobre el estado de los pulmones. —Schönlein le enseñó a Dieffenbach su percusor —. E igualmente importante es la auscultación. He comprobado que aquí, en la Charité, no es usual auscultar al paciente con un estetoscopio.

Dieffenbach tomó los instrumentos, desconocidos para él, y los observó mientras reflexionaba. ¿Por qué no iban a ser los dos de gran ayuda también en cirugía?

El aula de cirugía de la Charité estaba repleta aunque no había ningún paciente en la mesa. Sin embargo, habían asistido todos los estudiantes. Se había corrido la voz de que el catedrático Rust se había decidido por fin a renunciar a su puesto. Junto con sus alumnos, estaban presentes también algunos médicos, y todos esperaban lo mismo: que nombrase a su sucesor como director de la clínica quirúrgica. También había ido Ludovica, que se había sentado en la última fila de bancos. Desde que los médicos sabían que era sostén económico de la Charité y de la escuela de enfermería, admitían su presencia.

Rust llegó arrastrando los pies hasta el centro de la sala y paseó su turbia mirada por las gradas. Lo que distinguía en ellas, nadie podía decirlo. Verboso, repitió algunas de sus máximas preferidas, de las que siempre había provisto a sus estudiantes. Parecía como si intentase retardar tanto como fuese posible lo inevitable. En algún momento, el público se puso nervioso y comenzó a hacer ruido con los pies, pero Rust continuó sin dar ningún nombre.

No dijo lo que sucedería después, solo que deseaba que uno de sus alumnos pudiese seguir sus huellas.

Entonces sonó por primera vez el nombre: «¡Dieffenbach!».

Varios estudiantes se unieron al grito:

—¡Dieffenbach! ¡Dieffenbach! —corearon.

Sin una palabra más, el catedrático Rust abandonó por primera vez la arena en la que año tras año había hablado y operado ante tantos estudiantes.

Ludovica se inclinó un poco hacia delante. Podía notar la ira de Dieffenbach y no le sorprendió cuando se levantó y desapareció también sin mediar palabra, tan rápido que no tuvo oportunidad de hablar con él. Decepcionada, se fue a casa.

Un par de días más tarde, la condesa leyó en el *Stadtanzeiger* que el profesor extraordinario Dieffenbach se haría cargo provisionalmente de todas las clases del catedrático Rust hasta que se nombrara a su sucesor. Lo hizo llamar con una excusa. Amalie Friedericke tenía un poco de fiebre y tosía de vez en cuando.

—Perdone la preocupación de una madre, querido amigo —lo saludó—. En todas partes mueren niños de difteria. Por favor, tranquilíceme y dígame que se trata de un catarro inofensivo.

Dieffenbach examinó a Amalie, que con ocho años y medio se había convertido en una niña bonita y despierta.

—No es nada grave —confirmó, y extendió a Ludovica una receta para el boticario—. Solo un poco de gripe. De todas formas, debería reposar un poco y no salir con este tiempo lluvioso —aconsejó.

Ludovica pidió café y pastas, e invitó al médico a pasar al salón.

—¿Cómo se siente? —le preguntó cuando el criado volvió a cerrar la puerta—. He leído el artículo del *Stadtanzeiger* —confesó.

En el semblante de Dieffenbach se dibujó una expresión furibunda.

—Me siento desconcertado. Tantos alumnos y colegas... incluso la gente de Berlín me quiere ver en ese puesto, pero Rust lo evitará mientras viva y aún ejerce influencia en el rey. Justo ahora que nuestro monarca está siempre postrado por la fiebre y la astenia, y desea ver a su médico de cámara, no va a tomar ninguna decisión contra la voluntad del consejero privado.

Ludovica meneó triste la cabeza.

—Querido amigo, lo siento por usted. Tengo la impresión de que es víctima de esos dos ancianos que se han conjurado en su contra.

—La cirugía debe avanzar. He investigado mucho, perfeccionado técnicas y llegado al fondo de muchas enfermedades. ¿Cuántos días y cuántas noches he pasado en el Instituto Veterinario investigando las posibilidades y los riesgos de las transfusiones? Y ahora me apartan como si no fuese nada más que un matasanos hábil con el escalpelo.

Ludovica se levantó y le puso un brazo alrededor de los hombros.

—Entiendo su frustración. No es justo, pero aún no han nombrado a un sucesor. Yo podría hablar con la princesa Isabel. No ha olvidado lo agradecida que le está, querido mío.

No obstante, eso no parecía ser de su gusto. Se levantó con rigidez y repuso:

—Le agradezco su aliento, querida Ludovica, pero no debería ser problema suyo.

Se volvió para irse. Ella lo sujetó y lo obligó a mirarla.

—Por favor, no lo dude: llegará el día en que hasta el último ciego reconocerá sus méritos.

Se inclinó y lo besó en los labios. Los encontró duros y fríos, pero no abandonó hasta que el fuego lo asaltó y la tomó entre sus brazos. Se besaron cada vez con más pasión, la respiración entrecortada. Ambos exigían más, pero fue Dieffenbach el primero en recuperar el juicio. Se separó de ella.

—Tengo que irme antes de que hagamos algo de lo que nos arrepentiríamos

amargamente.

Hizo una reverencia y sopló sobre sus dedos para enviarle un beso. Acto seguido, se apresuró a abandonar el palacio.

Era obvio que Alexander no tenía ese día la cabeza para ternuras. Su rostro estaba congestionado cuando llegó casi una hora tarde a su encuentro con Elisabeth. Ella intentó no sentirse enfadada, aunque su tiempo juntos se había visto bastante reducido.

Alexander no vaciló en informarla detalladamente de lo que lo había retenido, y la ira de Elisabeth se desvaneció al ver su entusiasmo. Juntos pasearon hacia la puerta principal y abandonaron el terreno de la Charité.

—El profesor Schönlein es fantástico —dijo ilusionado—. Uno tiene la impresión de que ya nada puede detener a la ciencia. Dentro de un par de años, podremos reconocer y curar todas las enfermedades —afirmó Alexander convencido hasta la médula—. Hemos desterrado definitivamente a los rancios griegos. Ahora lo examinaremos todo con atención: la orina, la sangre, las heces. Se tratarán con medios químicos para diferenciarlas, compararlas y protocolarlas. En el Instituto de Müller, ya sabes, el profesor de anatomía... se ha reunido un grupo de estudiantes y jóvenes científicos que han hecho descubrimientos asombrosos. Deberías conocerlos: Robert Remark, Emil du Bois-Reymond, Rudolf Virchow. Justo Virchow, aun siendo estudiante, tiene una cabeza excelente. El grupo es como una brisa fresca que recorre la ciencia.

Elisabeth sonrió divertida.

—No, lo digo en serio —exclamó Alexander—. Investigan tejidos sanos y enfermos bajo el microscopio. Virchow está convencido de que la célula es la piedra angular de todos los seres vivos. Decide la enfermedad y la salud. Si la

célula se torna enfermiza, todo el cuerpo enferma. Se habla de «patología de las células». He estado mirando las diversas células de la sangre bajo el microscopio. Todo el cuerpo está formado por células, desde el pelo hasta un cachito de uña. ¡Es increíble! Ah, desearía poder llevarte a esas tardes de investigación.

Elisabeth observó su rostro transfigurado. Por un momento, se imaginó cómo sería si una mujer pudiese ir sin problemas a la universidad o al Instituto de Anatomía del profesor Müller para investigar junto a los estudiantes y científicos varones.

Qué sueño más hermoso. Puede que llegase un día en el que algo así se hiciese realidad. En el que las mujeres pudiesen estudiar también medicina, ser médicos y habilitarse como doctoras. ¿Cuántas décadas o siglos tendrían que pasar aún para eso? Elisabeth no lo sabía. Pero sospechaba que no viviría para verlo.

—Por cierto, Remark investiga con Dieffenbach y el director de maternidad con embriones que fueron abortados antes de poder vivir —continuó Alexander.

Elisabeth se estremeció, pero intentó que no se notase su malestar. «Vida no nacida.» ¿Se podía trocear y estudiar simplemente en nombre de la ciencia? ¿Era distinto que diseccionar un cuerpo después de muerto? No estaba del todo segura.

En silencio giraron a la izquierda y caminaron a lo largo de la Luisenstrasse hacia la puerta Nueva. Pronto llegaron al cementerio en el que encontraban el eterno descanso muchos muertos de la Charité. Fuera, ante el muro de tarafana, donde antes solo había campos y prados, se elevaba ahora la fundición real. Día y noche debía arder fuego en los hornos en los que los obreros colaban el acero solicitado, entre otras cosas, para los ferrocarriles que proliferaban por todas partes.

Desde el otro lado del cementerio resonaba, pese a lo tardío de la hora, el martillero de las gigantescas máquinas de vapor de los talleres de Borsig en la Chausseestrasse. La demanda de hierro era tal que se trabajaba casi sin descanso en dos turnos. Allí encontraba ocupación toda una legión de obreros que seguían llegando a Berlín sin freno desde las zonas rurales de Prusia. En la periferia, había estaciones y vías nuevas que unían la capital prusiana, en todas las direcciones, con la provincia y los estados vecinos.

Alexander siguió hablando emocionado de los jóvenes investigadores y de las nuevas posibilidades de la medicina, mientras Elisabeth pensaba en los muertos del cementerio de la Charité, a los que ningún médico había podido salvar.

El rey ha muerto, larga vida al rey

Era un hermoso y soleado domingo a comienzos de junio de 1840 cuando Dieffenbach se encontró con Ludovica ante la puerta de Brandeburgo. Estaba sentado en la silla de su yegua blanca, comprada hacía poco, y ella montaba un semental negro, cuyo pelaje brillaba al sol. Piafaba y mostraba su temperamento, probablemente difícil de refrenar, pero la condesa permanecía sentada de manera impecable en la silla. La amazona le quedaba tan perfecta que parecía que el sastre la había cosido a su portadora. Encandilado, Dieffenbach dejó vagar su mirada desde su pimpante sombrerito con pluma hasta sus lustradas botas de montar.

Emilie no era, por desgracia, buena jinete y temía los caballos impetuosos, pero él apreciaba el galope tendido.

Montaron a un ritmo sosegado a lo largo de un tramo de la avenida que conducía a Charlottenburg y doblaron después hacia el sur. En un estrecho camino por el bosque pudieron emprender el primer galope, hasta que llegaron al puente que cruzaba el canal Flossgraben. A continuación terminaba el bosque y se extendían las praderas del lago Hopfenbruch hasta el horizonte. En las depresiones, las sendas estaban húmedas y a menudo anegadas, pero algunas invitaban a un rápido galope. Dieffenbach aflojó las riendas y su yegua echó a correr. Galopaba a buen ritmo, pero si él había pensado que podía dejar atrás a Ludovica, se equivocaba. Su semental le pisaba los talones y ella

aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para adelantar a la yegua blanca.

¿No era espléndido? Ludovica lanzaba gritos de alegría y a Dieffenbach tampoco le cabía el corazón en el pecho. ¡Le habría encantado montar así todo el día! Por desgracia, el trabajo lo esperaba en casa. Tenía que abordar el siguiente capítulo de su segundo tomo de *Cirugía práctica* y responder algunas cartas.

Cuando los caballos disminuyeron la velocidad espontáneamente, los frenaron, dejaron que tomaran aliento un momento cabalgando al paso y luego regresaron trotando hacia el parque zoológico.

Ya a lo lejos oían las campanadas. Primero solo contenidas, pero cuanto más se acercaban a la puerta de Brandeburgo, más alto era el sonido. Parecía como si repicasen todas las campanas de Berlín.

Dieffenbach y Ludovica se miraron.

—¿Qué significa? —preguntó sorprendida Ludovica, y a continuación vieron que algunos guardias izaban banderas negras.

—El rey ha muerto —constató Dieffenbach—. La fiebre lo ha derrotado definitivamente.

—El rey ha muerto, larga vida al rey —completó Ludovica la frase—. Ha llegado el momento de Federico Guillermo IV. ¿Seguirá los pasos de su padre? ¿O colmará las esperanzas que los liberales tienen puestas en él? ¿Qué opina, querido?

—¿Concederle a Prusia una Constitución y un Parlamento que pueda entrometerse en su gobierno? No, jamás. De tal palo, tal astilla. Tal vez libere a unos cuantos disidentes y quite algunos periódicos de la lista negra, pero no reinará para el pueblo, no se atenderá a los deseos de la gente. Está tan convencido de reinar por la gracia de Dios como su padre. No estamos en Francia.

—Y es muy creyente —dijo Ludovica—. Supongo que la Iglesia volverá a ganar influencia con él.

Dieffenbach asintió.

—Yo también lo creo. Todos esos aduladores mojigatos que lo rondan desde hace años verán ahora el cielo abierto.

Con desaliento, cabalgaron por la ciudad, que ya estaba alborotada. Por lo visto, todavía había muchas esperanzas puestas en el nuevo rey.

Elisabeth entró corriendo en el retrete y cerró deprisa la puerta. Se subió la falda y miró el paño, que seguía immaculado. Dejó caer la falda temblando. Contó los días con los dedos, pero la esperanza de haberse equivocado en el cálculo no se sostuvo.

¿Era posible? Sin embargo, habían tenido cuidado. Por lo menos Alexander le había jurado que no sucedería nada. Y además ella utilizaba la bolsita con las hierbas que Martha le había dado. De modo que no podía pasar nada... ¿o sí?

Lo mirase como lo mirase, su menstruación se había retrasado ya cuatro días.

Cuando Alexander le preguntó si le permitía visitarla esa noche, ella rehusó rotundamente.

—No estoy bien —se excusó, y en cierto modo era cierto, aun cuando no en el sentido en que él lo interpretó.

—Ah, sí, es cierto —dijo Alexander, y le prometió una tintura que disminuyese los calambres.

Elisabeth no añadió nada. Tal vez tendría que habérselo contado en ese momento, pero apareció corriendo uno de los enfermeros y llamó al doctor Heydecker a la sala de operaciones. Habían ingresado a un hombre con quemaduras graves y una pierna destrozada.

—Uno de los trabajadores de la Tierra del Fuego de ahí enfrente —informó el enfermero.

«Tierra del Fuego», así llamaba la gente a la fundición real que estaba tras el muro de tarafana, al otro lado de la calle, cuyo resplandor era visible desde muy lejos, sobre todo por la noche.

—Intento encontrar al doctor Grossheim. El doctor Dieffenbach todavía no está en el hospital —exclamó el enfermero apresurándose.

También Alexander salió corriendo.

Elisabeth volvió a dedicarse a sus tareas. Lavó con agua fría a una paciente que se revolvía en su cama debido a sus sueños febriles. Charlotte se había caído en la calle y un caballo la había atropellado. El animal se había desbocado y casi había derribado al jinete. No obstante, este logró mantenerse en la silla. Charlotte, por el contrario, quedó tendida en la sucia calzada con el tobillo destrozado. Sin embargo, en vez de desmontar y ayudar a la joven, el noble jinete aún le dio un golpe con la fusta antes de seguir cabalgando despreocupado; así lo había contado el cochero, que lo había visto todo y había llevado a Charlotte a la Charité.

A Elisabeth aún le daba rabia pensar en aquel repugnante impertinente que había huido sin más. Era bueno estar furiosa. La ayudaba a no pensar en su propio problema durante un rato y también a alejar las preocupaciones que el estado de la paciente le causaba.

El doctor Grossheim había recompuesto el pie, pero una parte y algunos de los huesecillos más pequeños estaban tan destrozados que no se podía hacer nada más. Y ahora las marcas que había dejado la herradura habían pasado de lila a negro. Elisabeth ya había visto semejantes fenómenos con demasiada frecuencia durante su etapa en el área de cirugía como para crearse falsas esperanzas. Era el comienzo de una gangrena húmeda. La fiebre era un síntoma de que ya se estaba extendiendo. Se inclinó sobre la pierna para buscar las

delatoras líneas rojizas u oscuras que se dirigían al tronco para causar la muerte en cuanto llegasen al corazón. Solo una rápida amputación podía salvar la vida de la paciente. Probablemente la llevasen ese mismo día a la sala de operaciones.

Elisabeth esperaba no tener que estar presente. Se había acostumbrado a muchas operaciones, ya no se arredraba ante los gritos y la sangre, pero las amputaciones eran siempre un acto de una violencia tan brutal que a menudo la perseguía en sus sueños.

Cuando regresaba a su habitación por la noche, se encontró con Katharina.

La diaconisa la miró con atención.

—¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien —respondió Elisabeth.

—Sí que estás pálida. —Katharina le puso la mano en la frente—. No, no creo que tengas fiebre.

Elisabeth retrocedió un paso.

—No es nada grave. Las mujeres no tenemos más remedio que pasarlo.

—Ah —dijo Katharina—. A mí también me suele doler mucho y el primer día no sé cómo tenerme en pie, pero después mejora. Así es el castigo de Dios, y tenemos que soportarlo.

—¿Castigo de Dios? ¿Castigo por qué? ¿Acaso por la falta de Eva con la manzana? —Resopló despectiva—. ¿Qué Dios es ese que nos atormenta a las mujeres con dolores recurrentes?

Katharina sacudió la cabeza.

—Elisabeth, ni se te ocurra decir eso tan abiertamente delante de las demás diaconisas. La superiora Walburga te echaría un buen sermón. Y piensa en Gertrud, que siempre encuentra un pasaje en la Biblia que apoya sus argumentos.

Cansada, Elisabeth hizo un gesto con la mano.

Entonces Katharina dio un paso hacia ella y la abrazó.

—Pobrecita, espero que te mejores.

Elisabeth tuvo que contenerse para no romper a llorar.

—Eres tan amable, Katharina —dijo con voz ahogada.

Ya en su cuarto se dejó caer en la cama. Ni rastro de sangre ni dolores de tripa. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Volver a pedirle ayuda a Martha? No la había mirado con buena cara la última vez que le pidió las hierbas, que por lo visto tampoco habían funcionado. Insistente, Martha la había advertido una y otra vez que quien se entregaba al placer podía quedarse encinta sin quererlo.

«Ay, Martha —pensaba Elisabeth—, qué fácil es para ti. Amo a Alexander. Y amo mi trabajo. ¿Por qué no puedo tener ambas cosas?»

¿Y cómo reaccionaría Alexander?

Lo cierto era que no importaba lo que dijese, no podía salvarla de su situación. No podía haber una diaconisa encinta. Sin duda desaparecería tras los gruesos muros de la casa madre hasta que nadie se acordase de ella ni de su escandaloso comportamiento. En su mente aparecieron los muros de un convento medieval con oscuras mazmorras.

Se estremeció. ¡No podía ser, tenía que hacer algo! Sin vacilar, se echó una capa sobre los hombros y se encaminó al área de maternidad. Allí había un aula en la que se enseñaba a las alumnas parteras. Y una estantería con libros.

Efectivamente, Elisabeth encontró un tratado sobre hierbas y sus efectos en el feto. Pasó el dedo por una lista de plantas y sus aceites, que devolverían el ritmo natural tras la ausencia de menstruación. Leyó que el árnica podía provocar un aborto rápido. No obstante, era tan venenosa que con frecuencia suponía la muerte de la embarazada. También la angélica provocaba un envenenamiento si se tomaba en altas dosis...

A Elisabeth le bastó. Apagó la luz. Sumida en profundos pensamientos

regresó a su habitación y se acostó. Ya era más de medianoche cuando por fin se quedó dormida.

Por la mañana, un dolor agudo la sacó de su duermevela. Se sobresaltó y se apretó el vientre con las manos cuando la torturó el siguiente retortijón. Deprisa, apartó la frazada y clavó la vista en la mancha de sangre fresca que empapaba el camisón.

Nunca había celebrado con tanta alegría el dolor menstrual. Saltó de la cama y se quitó la prenda. Como pudo, intentó limpiar la sangre de la cama y el camisón con el agua de su jofaina, pero fue en vano. Cambiaría la cama y tendría que llevarlo todo a la lavandería. El dolor volvió. Esta vez fue tan fuerte que soltó un gemido. Y, sin embargo, lo consideró una bendición. Todo iba bien.

¿Debía agradecer a Dios que dejara impune su pecado? Decidió que no y, en su lugar, se puso el calzón menstrual y lo reforzó en condiciones. Sangraba más de lo normal. ¿Acaso había estado encinta y por el mero deseo de expulsar el feto había conseguido abortar?

Elisabeth intentó reprimir esos pensamientos. Se puso el vestido, se ató la cofia y el delantal, y se encaminó hacia el área de cirugía.

Delante de la sala de vigilancia se encontró con Martha. Por la noche, un joven había sucumbido a la fiebre traumática y Martha había acudido para llevarlo al depósito de cadáveres. Alexander, de quien el hombre había sido paciente, le iba a hacer la autopsia junto con ella y el doctor Froriep.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Martha cuando vio a Elisabeth.

—¿Por qué?

—Estás blanca como la pared.

—Ay, es el mes, esta vez es muy doloroso.

—¿Quieres que te dé algo para que te calme los calambres? —ofreció Martha.

Elisabeth apretó los dientes.

—No, gracias —contestó mientras pensaba: «Me los he ganado y los soportaré con humildad».

Martha la estudió con la mirada. Cuantísimas veces le parecía a Elisabeth que la embalsamadora era capaz de leer los pensamientos.

—¿Qué te pasa? —insistió.

Elisabeth levantó los hombros y bajó la mirada. Martha la agarró por el brazo.

—Tu mala conciencia salta a la vista. ¿Qué has tomado?

—¡Nada!

—¡Dímelo! Hay muchos remedios para provocar las hemorragias, pero casi todos son muy peligrosos. Te pueden matar.

—¡No he tomado nada! —se obstinó Elisabeth—. Solo lo pensé al ver que mi menstruación se retrasaba y leí algo al respecto.

Martha la soltó.

—Entonces es un aborto natural. Pero también lo tenemos que vigilar. Ve al despacho del director Kluge y que te examinen. No debes perder demasiada sangre.

—Sí, tal vez después, si tengo tiempo —dijo Elisabeth.

Había dos nuevos ingresos: una mujer con úlceras ponzoñosas en la pierna y una joven que se había roto el fémur. Elisabeth agradeció tener una distracción y atendió a los enfermos con más ahínco aún que de costumbre.

Apenas un mes después hubo en Berlín otra muerte con la que, desde luego, nadie contaba.

Fue Alexander quien trajo la nueva a la Charité.

—¡Von Graefe ha muerto! —exclamó cuando encontró a Elisabeth en los

escalones ante el portón de entrada, absorta en sus pensamientos.

—¿Quién? —preguntó ella.

—El catedrático Karl von Graefe, el director de la Clínica Universitaria de Cirugía de la Ziegelstrasse.

—¿Tan mayor era?

Alexander sacudió la cabeza.

—No precisamente. Acababa de cumplir los cincuenta y tenía aún muchísimo por delante. Tal vez su hijo Albrecht siga sus pasos algún día. Estudia medicina aquí, en Berlín. Lo encontré con el profesor Müller en el Instituto de Anatomía. Al contrario que su padre, es un ferviente admirador de nuestro doctor Dieffenbach.

—¿Quién será su sucesor, pues? ¿Ya has oído algo al respecto?

Alexander puso cara de estar contrariado.

—Esa es exactamente la pregunta que todos se hacen. Tenemos aquí, en la Charité, a un cirujano brillante que no solo destaca en la cirugía plástica y con las secciones subcutáneas, sino que también es conocido por sus exitosas secciones de fístula.

—¿Te refieres al profesor Dieffenbach? —preguntó Elisabeth—. ¿Te parecería bien que ocupase el puesto?

Alexander movió la cabeza de un lado a otro.

—Por un lado, me alegraría de corazón por él. Sería el hombre adecuado para la Clínica Universitaria de Cirugía. Por otro, sería una dura pérdida para la Charité. Y para mí —añadió—. Lo admiro y siempre aprendo algo nuevo cuando me llama a la sala de operaciones. Además, es una persona exquisita.

Elisabeth asintió.

—Te entiendo, Alexander. Sin duda, yo también lo echaría de menos.

Emilie saludó a su marido con una radiante sonrisa cuando él llegó a casa.

—¡Ahora el rey tiene que darte un puesto de director!

—Ya veo, te mueres de pena por el fallecimiento inesperado de Von Graefe —respondió Dieffenbach, divertido.

Emilie frunció los labios.

—No hablaba bien de ti, por eso no me gustaba. Era un fanfarrón.

—Pero buen cirujano —le recordó Dieffenbach.

—No te aguantaba y, aún peor, quería arruinar tu reputación en Berlín.

Su marido asintió.

—Sí, le daba muchas vueltas a cada mínimo fallo.

—Ay, me alegro tanto por ti —exclamó Emilie abrazándolo efusivamente—.

Dentro de poco celebraremos tu ascenso.

Dieffenbach moderó su euforia.

—Esperemos. Por supuesto, sería fantástico, si bien preferiría ver que la cirugía de la universidad se instaure también bajo el techo de la Charité.

—Ahora no te pongas sentimental, amor mío. Tienes que pensar en tu carrera.

—No diré que no si la junta directiva me ofrece el puesto —le prometió riendo.

Pero no fue tan rápido. Pasaron dos meses. Se habló mucho y pusieron a Dieffenbach también al frente de la Clínica Universitaria de Cirugía de manera provisional. Para el nombramiento de un sucesor, por el contrario, los responsables se dieron tiempo.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —se quejaba Dieffenbach—. Soy responsable de cirugía de la Clínica Universitaria y de la Charité, pero sin mayores

consecuencias. No obtengo la correspondiente reputación, ni la retribución ni tampoco un puesto fijo. No soy más que un suplefaltas.

Emilie sufría con él, como siempre. Le dio un fuerte abrazo.

—Entiendo tu decepción y tu ira.

Dieffenbach se desprendió de su mujer y retrocedió. Carraspeó.

—Bueno, he decidido hacer algo. Daré un poco de tiempo al rey y a la junta directiva para pensar. Nos vamos de viaje.

Emilie se lo quedó mirando con los ojos fuera de las órbitas.

—¿De viaje? ¿Cuándo? ¿Adónde? ¿Cuánto tiempo?

Dieffenbach rio.

—¿Tantas preguntas? Viajaremos a Viena. Tú y las niñas me acompañaréis. Me han invitado para curar la tortícolis del hijo de un fabricante. Después disfrutaremos de la hermosa Viena. Podría presentarme para enseñar y trabajar en otra universidad que aprecie mis conocimientos y mi experiencia.

Emilie lo miró asustada.

—¿Piensas en abandonar Berlín para siempre?

—Solo si no me quieren aquí.

Emilie tomó sus manos.

—Piénsate bien este paso. Por supuesto que te acompañaré dondequiera que vayas, aunque admito que no me resultaría fácil abandonar Berlín para siempre.

—Ya lo pensaremos a su debido tiempo. Primero alegrémonos de nuestro viaje a Viena.

Emilie lo miró con ojos radiantes.

—Quiero ver el palacio imperial e ir contigo a la ópera ¡y al parque Prater!

Dieffenbach la besó cariñosamente.

—Ya veo que apenas me quedará tiempo para operaciones, si te dejo la planificación de nuestro viaje.

Elisabeth no habría pensado nunca que también ella sería consciente en todo momento de que el profesor Dieffenbach no estaba allí. Todos los médicos hacían sus turnos y también Alexander estaba siempre presente, y ahora le daban la oportunidad de demostrar sus habilidades en alguna que otra operación complicada, lo que luego le contaba por la noche muy orgulloso o profundamente abatido si algo no había salido bien. Pero Alexander también comentaba una y otra vez lo mucho que echaba de menos el consejo de Dieffenbach respecto a las cuestiones delicadas. El profesor Jüngken, del área de enfermedades oculares vecina, ayudó varias veces en cirugía cuando se necesitaba a otro buen cirujano. Tal vez él ocuparía al final el puesto vacante, supuso Alexander.

Hacía ya unos días que no la visitaba. ¿Lo necesitaba más ella que él?

Elisabeth estaba triste y al mismo tiempo le sentaba bien dormir sin que la despertase. Su turno era agotador y largo, y las noches con Alexander, por muy maravillosas que fueran, la dejaban exhausta.

Durante aquellos días además murió su padre, al que veneraba. Alexander se tomó unos días libres para organizar el funeral, sobre todo porque su hermana, Emilie, se hallaba en Viena. Elisabeth lo habría apoyado gustosa en aquellos momentos difíciles, pero ¿cómo podría haber asistido precisamente al entierro?

Una noche, delante de la ventana de su cuarto, miró afuera, más allá del terreno. Su mirada vagó por los jardines hasta el antiguo edificio de la Charité. Todavía rondaban algunas figuras. Reconoció los vestidos de rayas grises y azules de las enfermeras y a un hombre de traje oscuro. Una fresca brisa nocturna penetró por el diminuto vano de la ventana y se mezcló con el aire caliente que se acumulaba durante el verano en el sotabanco.

Pensó en los años que ella había pasado allí. Le vinieron a la memoria su difunta hermana y su sobrina, a la que no podía llamar así. Qué rápido pasaba el tiempo. Los días estaban colmados de trabajo y decisiones. Subía las escaleras, bajaba las escaleras, llevaba la comida de un lado a otro, cargaba con el agua, cambiaba los vendajes y lavaba a los pacientes. Ayudaba en las operaciones y velaba a los moribundos, presenciaba el dolor y el luto, la desesperación, pero también la felicidad y el alivio. Ningún día era como el anterior y, a pesar de todo, los recuerdos de algunos rostros y destinos sueltos se desvanecían.

¿De verdad era eso lo que deseó en aquel entonces? ¿Esa era su idea de una vida plena? Su decisión había sido consciente, quiso ser enfermera y después diaconisa.

¿De dónde venía entonces ese desasosiego, como si le faltase algo?

¿A qué aspiraba todavía en su vida?

La nostalgia la invadió. Nostalgia de Alexander, de su amor y su deseo. También eso formaba parte de ella. Y, sin embargo, ¿cuánto tiempo podían seguir así? ¿Cuántas veces quería tener miedo a quedarse embarazada sin desearlo? ¿Cuánto tiempo quería llevar esa vida prohibida en secreto? ¿Y Alexander? ¿No añoraba a una mujer que pudiese exhibir con orgullo? ¿Con la que casarse y que fuera la madre de sus hijos? ¿No resultaba asombroso que se aferrase a ella tanto tiempo?

Las imágenes de sus sueños nocturnos se adentraron en su mente y no se dejaron ahuyentar. Elisabeth suspiró. Debía plantearse en serio esas preguntas.

¿Y no tenía también que hablarlo con él?

¿Aclararlo de una vez por todas?

En septiembre, Dieffenbach escribió al profesor Stromeyer desde Viena.

Querido amigo:

Hace tres semanas ya que estoy aquí con mi familia y hoy por primera vez he tenido tiempo para admirar la hermosa Viena. Entretanto, he llevado a cabo un buen número de operaciones. Sabe de primera mano cómo está la cirugía en Viena. Y me permito decir que soy la comidilla del día, lo que me hace feliz. Sin asomo de vanidad. Este viaje es el más alto triunfo, tanto mayor en cuanto que los prusianos son la nación más odiada del mundo entre los vieneses.

De Berlín no tengo noticias sobre cómo está la plaza de Von Graefe, pero me han contado que el Senado lo ha propuesto a usted. Yo mismo he rechazado dirigir la clínica como interino. Escribí al Ministerio que solo me haría cargo de ella si también me la quedaba. No ha debido de gustar mucho; en todo caso, la ausencia de respuesta me sigue dejando en la incertidumbre. Pero le diré lo siguiente, amigo mío: si no me dan ninguna de las dos clínicas de Berlín, para la Pascua del año que viene me mudaré definitivamente a Viena. La esplendorosa capital imperial es fascinante y podría satisfacerme si mi patria me sigue tratando de manera tan ingrata.

Ludovica se sentó frente a su tocador y sacó su diario. Cuántos sueños, deseos, pensamientos había ya recogido en esas hojas en blanco: con sinceridad y crudeza, como no podía formularlo en voz alta ante nadie. Con cariño acarició la encuadernación de cuero, después desenroscó la tapa del tintero y mojó la pluma.

Me ha escrito desde Viena. No es una persona vanidosa, pero leo entre líneas que su estancia se asemeja a una marcha triunfal. Lo adoran e intentarán retenerlo. Los vieneses no son tan simples ni tontos como el ministro de Prusia y los miembros de la universidad, que prefieren dejarlo marchar en vez de tomar una decisión.

Ay, lo echo tanto de menos. Lo añoro todos los días y, por la noche, el vacío de mi cama me resulta un suplicio. Sí, lo sé, no puede ser. ¡Pero no puedo olvidarlo sin más! La mera idea me aflige demasiado. Ojalá pudiese volver a ver pronto su amado rostro y tocar sus manos. Abrazarlo tal vez algún día. Apenas me atrevo a soñar con un beso.

La ruleta del director

Ha vuelto, profesor. ¡Qué gran alegría!

A Elisabeth se le escapó una exclamación espontánea cuando a mediados de octubre casi se dio de bruces con el profesor Dieffenbach ante la sala de operaciones.

—¡Qué bien! Todos nos alegramos muchísimo de volver a tenerlo aquí.

Él sonrió ante el entusiasta recibimiento de la diaconisa.

—¿Acaso se ha decidido por fin el Ministerio? —preguntó Elisabeth, y se disculpó rápidamente por su curiosidad—. Lo siento, pero en el hospital apenas se habla de otra cosa. Sabrá usted que el catedrático Rust falleció la semana pasada.

Dieffenbach asintió.

—Se tiene que tomar ya la decisión, está en lo cierto, hermana Elisabeth.

—Entonces rezaré para que se convierta en nuestro director. ¡Aquí no podríamos desear nada mejor!

Parecía casi un poco avergonzado cuando dio las gracias y después desapareció por la puerta hacia la sala de operaciones.

Dos semanas más tarde empezó el primer semestre.

—Está decidido —informó Dieffenbach a Emilie cuando llegó a casa—. El colega Jüngken se hace cargo de toda la cirugía de la Charité en su Clínica de

Enfermedades Oculares. Es una buena elección para la clínica y para los pacientes —añadió, con la esperanza de que Emilie no notase su enorme decepción.

Sin embargo, su mujer sabía de sobra lo mucho que había deseado ese puesto. Lo miró atentamente y se levantó de pronto.

—Ha llegado una carta del Ministerio para ti —anunció, y salió corriendo para coger el sobre de importante apariencia con el sello del ministro.

Curiosa, se puso de puntillas para poder leer a la vez. Cuando comprendió lo que el escrito significaba, dio un grito de alegría.

—¡Profesor y director Dieffenbach! —exclamó alborozada—. Jefe de la Clínica Universitaria de la Ziegelstrasse. ¡Es fantástico! ¡Venga a mis brazos, señor director, y deje que lo bese!

La dejó hacer. Otras dos veces leyó el escrito del ministro hasta que pudo, por fin, creerlo. Había sido designado sucesor de Von Graefe. Ahora era catedrático de la Universidad Federico Guillermo de Berlín y ¡dirigía su propio hospital quirúrgico!

—¡Von Graefe se revolverá en su tumba! —dijo Emilie riéndose entre dientes.

Dieffenbach la miró con severidad fingida.

—¡Con eso no se bromea!

Y a continuación soltó una carcajada.

El catedrático Dieffenbach mandó llamar a todos a su despacho. No solo a los médicos y subcirujanos con los que había colaborado, sino también a las hermanas, enfermeras y enfermeros que se habían preocupado por el bienestar de los pacientes bajo sus órdenes.

Elisabeth estaba al fondo, contra la pared, mirando de frente al médico que,

desde que ella había empezado en la Charité, pertenecía a aquel lugar. Ahí estaba con su frac verde de botones dorados una última vez antes de atender a sus pacientes de la Ziegelstrasse. Llegó el silencio cuando levantó la cabeza y dejó vagar la vista. Todos querían escuchar lo que tenía que decir como despedida.

—Con gran alegría he obedecido a este nombramiento superior —empezó su discurso—, pero con mucho dolor me despido de este sanatorio en el que he aprendido tanto. De corazón les doy las gracias a mis colegas y superiores, y a ustedes, señores, médicos internos y subcirujanos, así como a todos aquellos que día tras día me han apoyado en el trabajo con tanta amabilidad. Sin duda me causa un disgusto enorme separarme de todos ustedes y espero que el profesor Jüngken obtenga del mismo modo su valioso respaldo. Por el bien de todos los pacientes.

Cuando los médicos y los enfermeros se dispersaron, Alexander se situó al lado de Elisabeth.

—Este hospital ya no será el mismo —dijo con profunda tristeza en la voz—. Me gustaría irme con él.

Elisabeth lo miró perpleja.

—¿Irte de la Charité? ¿De veras?

Se rio un poco inseguro.

—La Ziegelstrasse no está en tan lejos, ¿no?

Elisabeth se apresuró a asentir.

—Sí, por supuesto, no hay problema.

Entonces no volverían a trabajar juntos. Se verían aún menos. Él tendría que buscarse una vivienda al otro lado del muro. ¿Qué sería entonces de ellos? ¿O debía consolarse pensando que él quería quedarse en Berlín a toda costa y no dejaba que le trasladaran de nuevo a cualquier guarnición lejana?

Sin embargo, Elisabeth no notó una gran sensación de alivio. Se aferró a la

esperanza de que en la Clínica Universitaria no había sitio para médicos militares. Seguro que Dieffenbach daría prioridad a los cirujanos civiles, y Alexander se quedaría en la Charité con ella.

Por supuesto que Dieffenbach conocía la Clínica Universitaria de la Ziegelstrasse. El edificio recordaba todavía a la fábrica sobre la que se había construido. Ya desde fuera no causaba especialmente buena impresión. El revoque de la fachada se desconchaba, el lavadero y el edificio de las autopsias eran más bien como unas ruinas que se elevaban junto a la cerca caída, entre algunos montículos de escombros, en el jardín abandonado. Dieffenbach contuvo un suspiro. Rodeó los edificios, que casi llegaban a la orilla del Spree, y después entró por la puerta principal.

—No pareces lo que se dice feliz —observó Emilie por la noche cuando le llevó un plato de asado de cerdo con albóndigas y repollo.

Su marido se lamentó.

—Ni te lo imaginas. El edificio se parece más a una fábrica que a un hospital. Los pasillos y la escalera son lúgubres, las viejas chimeneas están tiznadas. Los escalones están tan gastados que temo que mis pacientes se caigan. Solo el área de enfermedades oculares está en buen estado. Allí se tendrían que renovar únicamente los suelos. El menaje, la ropa de cama, los colchones: todo está desgastado y deslucido. Habría que cambiarlo todo.

—¿Cuántas camas hay?

—Veintiocho. Siete para pacientes de primera, nueve para los de segunda y doce para aquellos que reciben tratamiento gratis.

Dieffenbach comió en silencio y al rato volvió a estallar.

—No hay derecho a una sala de operaciones así, Emilie. ¡No te lo puedes imaginar! No hay bancos ni mesas para los estudiantes que presencian las

demostraciones. Únicamente se pueden poner de pie en los empinados escalones que rodean la mesa de operaciones.

Ella lo abrazó.

—¡Lo conseguirás, convertirás tu clínica en un hospital emblemático! Tengo toda la confianza del mundo en tu imaginación y en tus recursos para imponerte.

—«Recursos» es la palabra clave. Se precisa una gran inversión para convertirla en una verdadera clínica. En cualquier caso, instalaré un sistema de ventilación para evacuar los malos vapores, pues presumiblemente tienen la culpa del contagio de la gangrena. Y necesitamos nuevos excusados y baños.

Emilie volvió a sentarse en su sitio y asintió enérgica.

—Bien, pues empieza por ahí.

Dieffenbach la miró con ternura.

—Realmente jamás dudas de mí, ¿verdad? A tus ojos puedo conseguirlo todo.

Ella le sonrió con malicia.

—Pues claro, director Dieffenbach.

Al calor del coñac y el café habló de sus ideas, de cómo quería estructurar la enseñanza para sus alumnos de medicina.

—En cualquier caso, impartiré clases de práctica clínica. Es muy importante. Además, tengo prevista una clase magistral sobre cirugía general y otra sobre cirugía especializada. Y, por supuesto, continuar con las lecciones de cirugía. Los estudiantes tienen que recibir pronto el bagaje para las intervenciones quirúrgicas.

—Y aparte operarás, llevarás tu consultorio y seguirás escribiendo tu libro —añadió Emilie.

—¡Por supuesto! Lo he hecho también hasta ahora. Nada cambiará. Bien es

cierto que tengo colegas y ayudantes a mi disposición, pero aspiro a realizar yo mismo la mayoría de las operaciones.

—Sin duda, lo conseguirás. Solo espero que también te veamos. Y que Frieda y Sophie no me pregunten un día quién es el hombre de frac verde que de vez en cuando nos visita.

—Lo siento si os descuido, Emilie, pero ahora tengo que demostrar mi eficacia como director de la Clínica Universitaria, después de haber apremiado al ministro para que me concediera el puesto.

—Eso ya lo sé, pero a veces me gustaría que fueras con nosotras al bosque o a bañarte, solo eso.

Prometió mejorar, aunque por dentro sabía que nada iba a cambiar. Sin embargo, al menos ese día por la noche hizo una excepción. Permaneció junto a Emilie y disfrutó de la íntima velada ante el crepitante fuego de la chimenea.

Como Elisabeth había supuesto, Alexander no tenía posibilidades de seguir al catedrático Dieffenbach a la Clínica Universitaria, pero por lo visto tampoco quería continuar como cirujano de la Charité. Ella no sabía a qué se debía su descontento. ¿Era por el director Jüngken? El ambiente de cirugía se había vuelto más formal e impersonal. ¿Era eso lo que traía de cabeza a Alexander?

Siempre que ella se lo mencionaba, él se salía por la tangente y afirmaba incluso que, allí donde estaba, era completamente feliz. Al final Elisabeth se dio por vencida y se concentró en su propio trabajo.

También este había cambiado con la marcha del catedrático Dieffenbach. Solo entonces Elisabeth se dio cuenta de la cantidad de tareas que le había encomendado, tareas que a las demás hermanas y enfermeras no se les permitía hacer. De repente, su trabajo se limitó a las actividades normales de una diaconisa: la limpieza, la higiene corporal de las pacientes, la comida y la

bebida, cargar con el agua y fregar. Cierto que de vez en cuando cambiaba los vendajes, pero ya no se le permitía ayudar a poner férulas ni manejar el complicado conjunto de aparatos tras la operación de pie equinovaro. En cuanto a las operaciones, ni hablar. Ya no se le permitía acompañar a las pacientes para sujetarles la mano durante la intervención y darles apoyo moral.

Con el profesor Dieffenbach siempre había tenido la sensación ser partícipe e importante. Ahora volvía a sentirse como al principio, como una enfermera cualquiera, una persona de clase inferior que está muy por debajo de los médicos y los subcirujanos. Así de melancólicos eran sus pensamientos cuando, tras diez horas de trabajo, fregaba el suelo.

Oyó unos pasos que se acercaban, pero estaba demasiado cansada para mirar. No alzó la vista hasta que las botas del médico militar se detuvieron junto a ella. Era Alexander, que la contemplaba con el ceño fruncido.

—¿De verdad es necesario? —Su voz sonaba molesta.

—¿Limpiar el suelo? Creo que sí —respondió con sequedad Elisabeth.

—Me refiero a que precisamente lo hagas tú. Eres una enfermera con una buena formación. ¿No puede hacerlo alguna de las nuevas?

Con un suspiro, Elisabeth se dejó caer en el primer escalón. Le dolían la espalda y las piernas.

—Ya no hay diferencias entre las enfermeras y las hermanas. El trabajo se reparte equitativamente, dice el director Jüngken.

—Esto no es equitativo, esto es un despilfarro —replicó Alexander sentándose a su lado.

Agotada, Elisabeth apoyó la cabeza en su hombro. Él le cogió las manos.

—¡Ja, lo sabía! —exclamó tras ellos una voz que ambos conocían—. ¡Esta es la prueba! ¡Ahora ya no te libras!

Elisabeth se levantó y se volvió hacia la mujer que llevaba el mismo

vestido negro que ella.

—¡Tú no sabes nada de nada! —refunfuñó.

—Ah, claro que sí, y se lo comunicaré a la superiora. Después podrás recoger tus cosas y marcharte a la casa madre. O te echarán en el acto con cajas destempladas.

—¿Ah, sí? —se inmiscuyó Alexander—. ¿Por qué motivo debería hacer eso la superiora? No importa lo que imagine haber visto, aquí no ha pasado nada reprochable, ¡excepto que una hermana cualificada tenga que fregar el suelo a altas horas y esté agotada!

—Sé lo que he visto —afirmó la hermana Theresa.

—Bien, pues será mejor que vayamos de inmediato todos juntos a ver a su superiora. ¿Qué cree usted que hará si le aseguro que no hay nada que ver excepto a una hermana cansada y a un médico preocupado? Por supuesto, también podría informar a su superiora de que usted desatiende a las pacientes desagradables, no les lleva agua para que se laven o no vacía los cubos de los excusados. ¿Cree que esto alegraría a la superiora Walburga?

—No tiene pruebas de sus acusaciones —repuso Theresa con voz estridente.

—¿Quiere ponerlo en manos de la suerte? —replicó Alexander con una voz tan fría que sonó un poco como la del profesor Jüngken.

Elisabeth se preguntó si las pacientes se habían quejado o si él solo confiaba en su palabra. En todo caso, había conseguido desconcertar a Theresa.

—¡No pienso perderte de vista, Elisabeth! —amenazó Theresa pataleando—. Y si cometes un acto impúdico, te pescaré y me ocuparé de que te echen.

La temporada de baile había terminado, la primavera estaba cerca. Ludovica

logró persuadir a Dieffenbach para ir una tarde al teatro. Emilie aseguró que no tenía nada en contra de que él acompañase a la condesa, pero notó que la ofendía.

Dieffenbach se ofreció a recoger a la condesa, pero ella rehusó.

—Después se sentará en el pescante y se preocupará de sus dos zainos en lugar de mí. No, no, querido amigo. Iremos en mi carruaje. Me hará compañía y mi cochero nos llevará al teatro.

Cuando se dejó caer junto a ella en el asiento, todavía parecía descontento con el arreglo.

Ludovica se burló de él.

—Quién sabe a qué velocidad infernal me llevaría en coche por Berlín.

Él rebatió sus sospechas, pero ella se rio de él.

—Ahora no me diga que usted nunca conduciría demasiado rápido. Hay una normativa. ¿Por eso tuvo problemas con la policía, según he oído?

Dieffenbach resopló.

—Un domingo, hace tres semanas, me llamaron a casa de un paciente. Era urgente, tenía que darme prisa.

—Y por eso pasó al trote por delante de la Catedral Alemana durante el culto —añadió Ludovica en un tono de fingido reproche. Apenas pudo contener la risa.

—Un guardia intentó detenerme —se quejó Dieffenbach—. Se me puso delante con expresión altanera bajo su casco de punta y afirmó: «¡La tranquilidad del culto es más importante que una vida humana!».

—No debería haberlo amenazado con la fusta, querido amigo. Nuestros guardianes del orden no perdonan algo así.

—¡El rey me ha condenado a cuatro semanas de prisión!

—Seguro que no tiene intención de encerrar a su más reputado médico por

una nimiedad semejante —objetó Ludovica—. Lo único que quiere es una disculpa.

—Si el rey piensa que voy a hincarme de rodillas y a pedirle clemencia, se equivoca. ¡Antes voy a la cárcel y cumplo condena! Y abandono Berlín y me voy a Estocolmo. He recibido una oferta muy halagüeña.

Ludovica intentó disimular el susto.

—¿Lo haría de veras? ¿Después de todo lo que ha logrado en Berlín?

Dieffenbach asintió.

—Sí. No tengo por qué pasarme la vida aquí.

—Entonces espero que el rey opte por la clemencia. Pero tenga cuidado, querido, el rey no es como su padre. Se toma muy a pecho estas ofensas y es de naturaleza rencorosa.

—¡Yo no me deajo amedrentar, mi querida amiga!

Tras el teatro, regresaron al palacio de Bredow.

Ludovica estaba muy animada.

—Ay, venga conmigo a tomar un café o un coñac —rogó—. La noche aún es joven.

—Es tarde —objetó Dieffenbach—. Y mañana me esperan mis pacientes y mi clínica.

—No sea tan aguafiestas. De todas formas, probablemente no se iría todavía a la cama, sino al estudio, y se lanzaría sobre el manuscrito de su libro.

Dieffenbach no la contradijo y la siguió al salón. Ludovica echó al criado, sirvió coñac al médico y también llenó su copa. Brindaron y bebieron sorbo a sorbo. El licor les calentó el estómago y el alma. Ludovica sabía que no estaba bien, pero volvió a llenar las copas. Además, ya habían vaciado una botella de champán en el teatro.

Le entró la risa y no la pudo reprimir.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Siempre está tan serio, querido amigo. ¿Nunca ríe? Busque el lado bueno de la vida y disfrútelo.

—Ahora sí que debería irme.

—¡No! —protestó ella, y dejó el vaso con tanta fuerza que tintineó—. No puede abandonarme. Las noches son largas y oscuras. Tan horriblemente oscuras y frías...

Sus pies la llevaron hacia él, hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Dieffenbach olía a coñac mezclado con un acre aroma masculino que la perseguía hasta en sueños. Ludovica se recostó contra su pecho y lo abrazó.

—Ámeme, querido, solo esta vez. Ya no soporto más esta vida.

—Está ebria, Ludovica —la reprendió.

Sin embargo, correspondió al abrazo y empezó a besarla: la frente, las mejillas y por último la boca. Ella abría los labios y apretaba apasionadamente su cuerpo contra el suyo. Podía notar que la deseaba tanto como ella a él.

En un arranque, se separó, tomó su mano y lo llevó al dormitorio.

—¡Ámeme! Sin ternura, mi cuerpo se marchita.

Dieffenbach la miró con semblante serio y acto seguido empezó a desatar las cintas y los corchetes. Le quitó el vestido, ligeramente reluciente, soltó las enaguas y después las cintas de la aparatosa crinolina. Con dedos hábiles abrió el corsé, que constreñía su cuerpo de niña dotándolo de formas aún más gráciles. Estaba ante él, vestida tan solo con una fina camisa y un calzón que le bajaba hasta la rodilla.

Él le acarició la espalda bajando las manos hasta sus nalgas. Después empezó a besarla de nuevo, cada zona de piel que la ropa interior le dejaba al descubierto. Juntos fueron tambaleando hacia la enorme cama con dosel, en la

que sola se sentía tan perdida. Ludovica se hundió en las almohadas y dejó que él la liberara de las últimas capas de tela. Se estiró y cerró los ojos. Percibía con todos los sentidos las yemas de sus dedos, que se deslizaban con suavidad por su cuerpo. Después él se inclinó sobre ella y sus labios siguieron la senda de sus manos. Unos agradables escalofríos recorrieron el cuerpo de Ludovica. Un sollozo escapó de su garganta, fruto de la alegría por sentir ese placer y de la pena por haber carecido de semejante ternura toda su vida. Era una fruta prohibida, robada en secreto, pero era demasiado deliciosa para renunciar a ella o anteponer su conciencia.

Sus besos rodearon sus pechos y se detuvieron un instante a succionar los pequeños y redondos pezones. Ludovica levantó su rostro y le desabotonó el cuello y la camisa. Por fin notaba su piel caliente contra la de ella. ¡Nunca en su vida había ansiado tanto la unión de los cuerpos!

—No, no podemos hacerlo —exclamó él.

—¡Lo amo! —insistió Ludovica—. Y sé que también usted siente algo por mí. Por favor, aunque sea solo esta vez. Me contendré el resto de mi vida.

Sin embargo, Dieffenbach salió de la cama y cogió su ropa. Se abotonó la camisa, se medio ató el corbatín al cuello y se dio la vuelta.

—Sí, la quiero y la deseo —dijo, y besó su boca una última vez—. Siempre la amaré, Ludovica, pero lo que anhelamos está mal y nos perjudicaría a todos. A usted, a mí y a Emilie, a la que prometí amor y fidelidad ante el altar. Tal vez deberíamos dejar de vernos un tiempo, hasta que la agitación de nuestros corazones haya amainado.

Dicho esto, se fue. Simplemente dio media vuelta y la abandonó. La puerta se cerró tras él, sus pasos se perdieron por la escalera.

Ludovica no quería llorar. Odiaba ser débil, pero en algún momento su fuerza la abandonó y la rigidez que se había apoderado de ella se descompuso

en un temblor que recorrió todo su cuerpo. Unas lágrimas le cayeron por las mejillas.

Lo había estropeado todo. Debería haberlo sabido. Dieffenbach era un hombre de honor y no estaría dispuesto a embarcarse en una relación semejante. Ella tenía la culpa de haberlo perdido para siempre.

Desanimado, Dieffenbach regresó a casa. Por un momento se llamó necio por haberse dejado llevar hasta aquel punto, y al rato se reprendió por haberla rechazado y abandonado en esas condiciones. ¿No había soñado una y otra vez con aquello? ¿No lo habían ansiado ambos? El conde estaba muerto: ella ya no podía engañarlo y él ya no podía golpearla por celos.

Pero estaba Emilie. Era una mujer tan maravillosa y sincera. No soportaba más hacerla sufrir, no se lo merecía. Él y Ludovica habían ido demasiado lejos. Su posterior retirada no mejoró la situación.

Se alegró de que en su piso ya no hubiese encendida ninguna luz. Se quitó los zapatos y fue de puntillas al dormitorio. En la oscuridad, se desvistió y se puso la camisa de noche. Emilie murmuró dormida cuando él se acercó bajo la manta. Buscó su mano y la agarró.

—Te quiero —dijo acurrucándose junto a él.

Y Dieffenbach sintió que debía ahogarse en su culpa.

Cambios

Y acía en los brazos de él. Satisfecha, pegó su delgado cuerpo desnudo al suyo. Alexander emitió un sonido ligero y sordo, como el de un lactante saciado. A Elisabeth se le escapó la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexander, soñoliento.

Ella se tapó la boca con las manos para evitar reírse. No fuera que Theresa rondara por ahí espiando...

—Deberías irte —dijo ella, ya más tranquila.

Él refunfuñó, pero no se movió.

—Ahora tengo que dormir —insistió Elisabeth—. Si no, por la mañana estaré tan cansada que podría cometer un error. Y también tú deberías estar espabilado para las operaciones. No sé a quién le toca mañana.

Alexander bostezó.

—Tienes razón, pero odio cuando me echas de la cama. ¿No puedo quedarme a dormir contigo e irme mañana temprano?

Elisabeth se incorporó y lo miró severa.

—Ya lo hemos hecho demasiadas veces. ¿Y qué pasaría si no nos despertamos a tiempo y una de las hermanas o incluso la superiora te pesca aquí, en esta ala? Me tocaría recoger mis cosas de inmediato.

—Es una cruz que te hayas decantado por esta historia de las diaconisas — se quejó Alexander—. Si tú ni siquiera crees en esas tonterías. Como enfermera, no le deberías dar explicaciones a ninguna superiora.

—Pero compartiría el cuarto con otras tres ¡y no podrías venir a verme!

Alexander se rindió, apartó la manta y cogió su ropa. Un poco molesto, empezó a vestirse. Elisabeth, por el contrario, se subió la frazada hasta la barbilla.

—Nos vemos dentro de unas horas —dijo, pero para su sorpresa él sacudió la cabeza.

—No en el área de cirugía —repuso él.

Elisabeth se incorporó de golpe.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No te irás con el profesor Dieffenbach a la Ziegelstrasse? No me lo puedo creer.

Alexander hizo una mueca.

—No, ya sabes que allí no me aceptarían como médico militar. He hablado con el director Kluge. Necesita otro médico para la unidad de maternidad. Empezaré hoy al mediodía, pero primero tengo que hacerle la autopsia al muerto de ayer.

Elisabeth se lo quedó mirando.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días —se defendió Alexander.

—¿Y cuándo pediste el puesto?

Buscó pretextos.

—Poco después de que el profesor Dieffenbach nos dejase —reconoció reticente.

—¿Y cuándo ibas a decirme que no trabajaríamos más juntos? ¿O querías que yo misma lo descubriese cuando no te encontrase en cirugía o por boca de otros? —La decepción la hirió como un dolor ardiente.

—Pero si te lo he dicho —se defendió Alexander, aunque parecía un poco consciente de su culpa—. Podrías preguntarle al director Kluge si puedes cambiarte allí también —propuso entusiasta—. Así volveríamos a estar juntos.

Sería bonito, ¿no? Traer vidas al mundo, en lugar de serrar piernas gangrenosas.

—Primero tengo que pensarlo.

—Sí, por favor, considéralo. —Se puso la chaqueta y volvió a acercarse a la cama.

—¿De verdad es lo que quieres? —preguntó Elisabeth.

—¡Por supuesto! —La miró sorprendido—. De todas formas, apenas tenemos tiempo para nosotros. Estaría bien si pudiésemos vernos también trabajando.

Se inclinó y la besó en los labios. Entonces se fue, y pareció que se hubiese llevado consigo todo el calor de la habitación.

Tiritando, Elisabeth se llevó las rodillas al pecho bajo la manta y se rodeó las piernas con los brazos. El inesperado anuncio trastocó sus pensamientos. ¿Por qué no lo había hablado desde el principio con ella? ¿Por qué no la había incluido en sus planes? Si de verdad era tan importante para él trabajar con ella... ¿Y no era exactamente esa actitud masculina el motivo por el cual había elegido el camino de diaconisa? ¿Justo para no depender de un hombre que decidiese por ella sobre su vida?

Pensativa, Elisabeth se mordió el labio. ¿Había algún modo de ser libre de verdad?

No, por lo visto no. En todo caso, no dejaría que Alexander la empujara a hacer nada. Y prestaría atención para que la superiora no tuviese motivos para echarla contra su voluntad.

Todavía era de madrugada. El sol apenas se había levantado y proyectaba largas sombras sobre los jardines que separaban los edificios de la Charité. Martha le había preparado a August las gachas del desayuno y lo había

mandado a la escuela. Él mejoraba y ella se sentía profundamente agradecida cada día.

El catedrático Dieffenbach no solo había proporcionado una nueva vida a August con la operación. Como caído de las nubes, había prometido ocuparse de que su primer paciente estrábico también recibiese una buena formación escolar. Él mismo había inscrito a August en una de las escuelas de Friedrichstadt, en la que se enseñaba a muchos hijos de burgueses pudientes. Ahora se le permitía a su August aprender con ellos. Martha no daba crédito. La escuela le ofrecía la increíble oportunidad de una vida que ella jamás habría podido darle. De un tiempo a esta parte se interesaba por la óptica y hablaba de fabricar algún día unas gafas totalmente nuevas con las que quería ayudar a aquellas personas con una vista limitada que la cirugía no pudiese curar.

Martha lo dejaba soñar. Tal vez lo consiguiese. Al fin y al cabo, habían sucedido muchas cosas que ella nunca había creído posibles. Así que ¿por qué no iba a convertirse su hijo en óptico algún día? Era un mozalbete listo y traía a casa unas calificaciones brillantes.

Abrió el depósito de cadáveres y empujó la mesa con el muerto hasta la sala de autopsias. Acababa de apartar la sábana cuando la puerta se abrió y el doctor Heydecker entró.

—Mi última autopsia en cirugía —dijo a modo de saludo.

Martha, que ese día ya se había encontrado por el camino con Elisabeth y había escuchado sus quejas, asintió sabedora.

—Trabaja ahora para el director Kluge en la unidad de maternidad, según me comentan.

Alexander cogió uno de los escalpelos que estaban preparados en la bandeja. Miró de nuevo al difunto a la cara, abrió el vientre con tres enérgicos

cortes y apartó el colgajo de piel, cubierto en la región abdominal por una grasa blanquecina.

Se puso a buscar en el abdomen la infección purulenta que le había costado la vida al joven de apenas veinte años. Casi todo el peritoneo estaba cubierto de pus y también presentaba un color amarillo entre las inflamadas asas intestinales. Encontró rápidamente el causante: el apéndice vermiforme estaba tan timpanizado que al final había reventado y evacuado los líquidos mortales en el abdomen.

—No tenía la menor posibilidad —dijo Martha mientras tendía al doctor Heydecker los instrumentos que iba necesitando.

El médico asintió.

—Sí, lo trajeron demasiado tarde a la Charité. El apéndice ya debía de estar roto, de modo que solo le quedaban unas horas de vida. Ya estaba muerto cuando el profesor Jüngken vino ayer a mediodía a la Charité.

—Pero incluso si hubiese venido antes, las posibilidades no habrían aumentado —constató Martha.

La puerta se abrió y el doctor Froriep entró para seguir con la autopsia. Sin demasiado entusiasmo, se volvió hacia los otros órganos, que, como se esperaba, no mostraban ningún cambio insólito. Últimamente solía aparecer demasiado tarde y algunos días ni siquiera iba a las autopsias. Martha tenía la impresión de que había perdido todo interés por su trabajo y que buscaba un motivo para delegar la tarea en un sucesor. Tal vez tuviesen la culpa las disputas entre la universidad y la academia, que ponían una y otra vez en entredicho la autoridad del doctor Froriep. ¡Quería decidir él mismo sobre los cadáveres!

—Pueden volver a coserlo y autorizar el entierro —dijo Froriep a Martha. Se limpió las manos con el delantal y después lo colgó de un gancho.

El doctor Heydecker también se quitó el delantal.

—Debo darme prisa. No quiero hacer esperar al director Kluge. Desea enseñarme el área de maternidad e iniciarme en unos interesantes casos que pueden presentar complicaciones.

Martha resopló malhumorada ante el entusiasmo que expresaba la voz del médico.

—Lo que para usted y los demás médicos son casos «interesantes», para cualquier mujer encinta significa miedo por su vida o la de su hijo y, por lo general, un parto largo y sumamente doloroso con un desenlace incierto.

Alexander se detuvo y miró a Martha con semblante compungido.

—Tiene razón, señora Vogelsang. Solo he pensado en el aspecto médico y he olvidado a las pacientes. Por supuesto, les deseo a todas ellas un parto sencillo e hijos sanos. Deben abandonar la Charité felices. Con frecuencia, los médicos apenas podemos hacer nada en cirugía.

Apuntó al muerto, al que Martha volvió a cerrar el vientre con un hilo grueso.

—No podemos hacer nada ante las enfermedades y úlceras de la cavidad abdominal. Seccionar el peritoneo equivale casi siempre a una sentencia de muerte. Solo sé de un puñado de operaciones de intestino ciego en las que el paciente haya sobrevivido. El profesor Dieffenbach lo ha intentado unas cuantas veces. Y piense en los muchos brazos y piernas que seguimos teniendo que amputar, o en las innumerables personas que mueren después de una fractura y las heridas abiertas con gangrena o similares. En muchas ocasiones es difícil de soportar.

Martha miró al joven médico con atención.

—Lo sé, doctor Heydecker. Y le deseo que encuentre en el área del director Kluge lo que busca.

No viene. No da señales de vida y no me atrevo a hacerlo venir a mi casa. Ha tomado una decisión. Me eché a sus pies y me apartó con una patada.

¡Porque es un hombre de honor!

Porque no me ama o ama a su mujer más que a mí.

Por supuesto, lo aprecio porque es un hombre con elevados principios. Sin embargo, desearía de todo corazón que por una vez los hubiese tirado por la borda. No debo pensar en ello, si no, vuelvo a sentir sus manos sobre mi famélica piel, sus labios sobre mi cuerpo. Ay, muero de nostalgia, pero no habrá nadie más que me ame así y me regale semejante ternura.

Tendría que haberme contenido. No debería haberlo acosado. Yo misma he arruinado lo que más apreciaba. Podría haber continuado como antes. Habríamos paseado a caballo o ido al teatro. Nos habríamos regalado algún que otro beso prohibido y cogido de la mano.

No me bastaba.

¿Y ahora? Ahora he arruinado todas mis esperanzas. Siento que las lágrimas me arden bajo los párpados, pero no puedo derramarlas. Estoy demasiado desesperada para querer desahogarme.

Me gustaría enviarle un billete. Una llamada de socorro, un llamamiento urgente para que acudiese a mi lecho. Vendría. Lo sé. Jamás me dejaría abandonada. Pero ¿qué diría si me encontrase tan poco enferma como G. con todos sus gritos de ayuda?

¿Sentiría decepción o incluso desprecio?

Ah, no, yo no podría soportarlo. ¡Jamás! No caeré tan bajo. Esperaré y conservaré en mi corazón un rayito de esperanza. Tal vez algún día sea capaz de volver a cruzar este umbral. Lo esperaré mientras viva.

La fiebre puerperal

Vuelve a haber un caso —informó Alexander cuando visitó a Elisabeth en su habitación después del trabajo.

—¿Fiebre puerperal? —preguntó para cerciorarse, aunque intuía la respuesta.

Él asintió. Tenía el semblante taciturno.

—Es como un hechizo. La mujer de los gemelos fue la primera que enfermó. Tres días después del parto ha muerto.

—Fue la primera mujer que examinaste en tu nueva área, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella se encogió de hombros.

—Nada. No le echo la culpa a nadie. Solo constato que durante un tiempo ha habido pocos casos y ahora vuelven a aumentar. Todas las clínicas de maternidad temen estas epidemias; aparecen una y otra vez y fulminan a la mitad de los recién nacidos en un período muy corto.

—Y nadie puede explicarse de dónde viene esta insidiosa inflamación —agregó Alexander, desconcertado—. Pero no me rendiré. Mañana de madrugada haré la autopsia a las dos muertas de hoy.

—Entonces tendrás que informarme de todo al detalle —insistió ella.

La miró sorprendido.

—Ahora también son mis casos —explicó Elisabeth—. He hablado con el director Kluge. Ha preguntado al profesor Jüngken y este no tiene inconveniente en que me traslade a la unidad de maternidad.

Alexander la abrazó y la besó.

—Elisabeth, qué buena noticia. ¡Al final volveremos a pasar más tiempo juntos! Y, quién sabe, tal vez descubramos algún día el misterio de la insidiosa inflamación.

Alexander se encontró con Martha en el depósito de cadáveres. La embalsamadora ya había lavado a las dos mujeres que habían muerto el día anterior en la unidad de maternidad y las había preparado para la autopsia.

—¿Qué pasa con los niños? —quiso saber ella.

Alexander señaló a la mujer rubia con una cicatriz en la cara. Su nariz estaba torcida. Tal vez se la había roto durante una disputa en la calle. Alexander supuso que se trataba de una prostituta.

—Su hijo vino al mundo muerto. Sospechamos que intentó abortar tomando alguna hierba venenosa. La ingresaron en la Charité con fuertes espasmos. Si la hubiesen condenado a una pena de cárcel, probablemente no habría muerto. La otra mujer se llamaba Katherina y era la esposa de un tejedor.

La muerta parecía mucho mayor de lo que era. Su cuerpo daba la impresión de estar extenuado, como si apenas hubiese comido durante años. Su piel estaba flácida y arrugada, el rostro hundido, y tenía unas ojeras oscuras.

—Tuvo una niña, que está bien. Es ya su duodécimo hijo. Siete siguen vivos en casa de su padre, al que no le entusiasmaba la idea de tener otra boca que alimentar.

Martha lo miró inquisitiva y, cuando Alexander asintió, seccionó el vientre de la prostituta y dejó al descubierto el abdomen y el útero. Alexander se inclinó sobre la muerta.

—Igual que las demás. El útero tiene un aspecto totalmente normal. Ya va en camino de contraerse. Pero se ha acumulado pus en todo el abdomen. —Metió

las manos en la tripa abierta y apartó los intestinos—. Observe el mesenterio, señora Vogelsang: ¡no hay más que grumos de pus!

En la otra mujer encontraron la misma estampa. Alexander se lamentó.

El doctor Froriep entró en la sala de autopsias y examinó los dos cadáveres abiertos.

—Fiebre puerperal —dictaminó, y sonó a suspiro contenido—. No serán las últimas.

Alexander asintió angustiado.

—Es para desesperarse, pero tengo que volver a mi área. ¿Podrían, por favor, terminar la autopsia?

El doctor Froriep asintió y pidió a Martha que prosiguiese. Ella se puso a trabajar de inmediato mientras el prosector la miraba.

Lo primero que hizo Dieffenbach esa mañana fue examinar los trabajos casi artesanales para instalar el sistema de ventilación. Por desgracia, todo avanzaba muy despacio. Los fondos que se le habían concedido no alcanzaban para todos sus grandes proyectos, se mirase por donde se mirase. Soñaba con que su clínica se convirtiese en la primera en la que la gangrena ya no fuera una preocupación. Los vapores patogénicos se canalizarían y se proporcionaría a las habitaciones aire fresco y puro. La sala de operaciones fue la primera en contar con la novedosa instalación. Aunque faltasen otras cosas, en esta cuestión se equiparía con un estilo revolucionariamente moderno.

En la segunda ronda Dieffenbach visitó a sus pacientes. Unos estudiantes habían acudido y lo seguían por las crujías de primera clase. Los jóvenes se acercaban tanto a la cama que no se les escapaba nada de lo que el catedrático comentaba y demostraba.

Por las noches Dieffenbach se quedaba hasta tarde en su estudio trabajando en su tratado *Sobre la sección de los tendones y músculos*. Era infatigable. Había operado entretanto docenas de ojos estrábicos, pies equinovaros y tortícolis. Sobre todo desde que era director de la Clínica Universitaria, si era posible efectuaba todas las operaciones él mismo. Durante su trabajo estaba siempre concentrado en lo que hacía. Por la noche, sin embargo, brotaba una y otra vez en él una nostalgia insatisfecha, que lo acompañaba como una enfermedad. En su mente veía a Ludovica yaciendo desnuda ante él, y le resultaba complicado ahuyentar esa imagen y concentrarse en los tendones seccionados.

Acababa de terminar una página cuando creyó sentir una mirada en la nuca. Se volvió de golpe. Emilie estaba en la puerta. Iba en camisón y se había echado un chal de lana sobre los hombros. Lo miró sin mediar palabra.

Nunca lo había atosigado ni se había inmiscuido en su horario de trabajo, y ahora solo lo miraba. Sin embargo, él podía oír la pregunta tácita.

Apartó las hojas escritas, cerró el tintero y se levantó.

—Tienes razón, cariño, es tarde. Deberíamos irnos a la cama. Mañana me esperan algunas operaciones para las que debería estar espabilado y necesitare una mano firme.

Fue hacia la puerta, pero Emilie, en vez de apartarse para dejarlo pasar, extendió los brazos hacia él y apoyó la mejilla en su pecho.

—¿Qué es lo que te aflige tanto? —preguntó al cabo.

Dieffenbach se resistió y se desprendió de su abrazo.

Ahora sí, Emilie se apartó y lo siguió al dormitorio. Miró cómo se desvestía y se metía bajo la manta en su lado de la cama. Ella se acomodó en el suyo, pero permaneció sentada.

—Siempre hemos hablado de todo —dijo sin mirarlo—. De los problemas con los pacientes, los médicos de la Charité, los envidiosos que hablaban o

escribían mal de ti, las dificultades con el Ministerio, el rey o la escasez de dinero que impedía las reformas necesarias. Pero ahora no puedes o no quieres hablar conmigo.

Dieffenbach murmuró algo.

—No, no digas nada, ¡no importa! Veo y siento que te afliges. Me imagino que, si no puedes hablarlo conmigo, se trata de ella, ¿verdad?

No tuvo que preguntar a quién se refería Emilie. Ambos lo sabían. Era como si el espíritu de Ludovica vagase por su piso.

—¿No has ido allí desde hace tiempo o simplemente no me lo has dicho?

—No, y tampoco la veré en un futuro próximo.

Emilie apagó la luz y se metió también bajo la manta.

—¿Me lo dirás algún día?

Dieffenbach guardó silencio. No sabía la respuesta, pero su mano buscó a tientas bajo la manta la de ella.

—Te amo, Emilie, esa es la verdad, y siempre estaré a vuestro lado, tuyo y de las niñas.

Ambos tenían claro que eso era solo una verdad a medias, pero tal vez era mejor dejar el tema, al menos por el momento, y fingir que estaban demasiado cansados para conversar.

Debía ser en sí misma el área más hermosa de la Charité. Allí se regalaba vida. Allí debería haber madres felices con sus hijos.

Ahora bien, entre ellas también había algunas mujeres que no se alegraban del hijo, ya fuese porque la preñez era consecuencia de su trabajo en la calle o porque, por otros motivos, no había ni padre ni nadie que les proporcionara el sustento. O porque en casa ya había demasiadas bocas que alimentar. No

obstante, también había muchas madres que, por suerte, estaban radiantes de alegría cuando se les ponía a su recién nacido en brazos.

Sin embargo, la suerte desapareció de la noche a la mañana. El miedo avanzaba furtivamente por la unidad de maternidad de la Charité y las mujeres estaban ansiosas por abandonar el lugar cuanto antes.

Elisabeth hizo la ronda, ayudó a las madres agotadas a comer algo y lavarse, y puso a los lactantes sobre su pecho. Examinaba con atención a cada una de las mujeres, posaba la mano en su frente o preguntaba por los dolores si veía algo inusual.

—Ha empezado hace unas horas —dijo Anne, la mujer de un panadero, que había tenido su primer hijo hacía cuatro días.

Alexander la había explorado dos veces y le pareció que todo estaba en orden, pero ahora la aquejaban unos dolores. Empezaban en la pelvis y ascendían hasta las costillas. Al día siguiente el vientre estaba hinchado, los dolores se habían vuelto insoportables y la fiebre parecía consumirla.

Todos sabían que, en ese estado, las mujeres ya tenían un pie en la tumba. Gimoteando, las madres volvían a dar el pecho a sus hijos antes de estar demasiado débiles para seguir alimentándolos. Solían pasar uno o dos días hasta que el siguiente cadáver cubierto con una sábana blanca salía de la unidad de maternidad hacia el depósito, donde Martha recibía a las difuntas.

Los niños sobrevivían muy raras veces. Solo si su familia los recogía y les procuraba una nodriza tenían una oportunidad. Los pequeños que Elisabeth llevaba a la clínica pediátrica del doctor Barez morían casi siempre pocos días después de cólicos y diarrea. Solo unos pocos toleraban la leche que las enfermeras les daban.

—No imaginaba la cantidad de muertes que se producen aquí —confesó Elisabeth—. Pensaba que perdíamos a la mayoría de los pacientes en cirugía.

Pero durante esas semanas la unidad de maternidad alcanzó un triste récord.

Cada noche, Elisabeth regresaba frustrada a su habitación.

Martha ayudó al doctor Heydecker con el trabajo. Apretando los dientes, él seccionó a una de las mujeres que había muerto el día anterior de fiebre puerperal. Otra vez la misma estampa. Extirpó los nódulos de pus y reunió muestras para que los auxiliares de laboratorio del profesor Jüngken las analizaran, examinó en el microscopio la orina, la sangre y otras muestras, y realizó otros experimentos para detectar alteraciones patológicas y poder compararlas.

Hacía ya décadas que un químico había analizado la papilla verde amarillenta del hipogastrio de una fallecida de fiebre puerperal y, al parecer, lo había identificado sin lugar a dudas como «leche materna alcalina». Pero Alexander desconfiaba de aquella tesis.

Terminó la autopsia con obstinación y después se volvió hacia la siguiente muerta. Desde que había entrado, no había intercambiado con Martha ni una palabra, excepto un escueto saludo, y menos aún sonreído. Martha notaba cuánto le pesaban las numerosas muertes de su área.

—Amalie, ¿estás lista? —exclamó Ludovica al pie de la escalera.

—Sí, mamá —resonó su voz.

La niña bajó la escalera como un torbellino, arregazándose las faldas y haciendo oídos sordos a las advertencias de su niñera, que le recriminaba como siempre que ese comportamiento no era propio de una damita de diez años.

Madre e hija abandonaron la casa para hacer unas compras. Cornelia las

seguía a cierta distancia para no inmiscuirse en sus conversaciones y después llevar a casa los paquetes.

Cruzaron la calzada para carruajes y se sumaron a los demás paseantes entre las filas de árboles. El aroma de los tilos las envolvió. De repente, Ludovica tuvo la sensación de que la estaban observando.

«Dieffenbach», pensó, y se volvió con el corazón desbocado. Su mirada se deslizó rápidamente alrededor, pero no distinguió a su amado entre los transeúntes, que disfrutaban del hermoso tiempo veraniego. En cambio, vio a otra persona que mantenía su mirada clavada en ella y Amalie.

Ludovica conocía a aquella mujer. Delataban su condición el vestido negro y la anticuada cofia, que en absoluto encajaban con una mujer joven.

Rebuscó en su memoria el nombre. ¿Elisabeth? Sí, así se llamaba. Pero ¿por qué estaba ahí y observaba el palacio del conde o, mejor dicho, a sus moradoras?

«Veamos qué excusa me toca escuchar», pensó Ludovica antes de acercarse a la diaconisa con determinación y hablarle. Vio que Elisabeth se sobresaltaba y retrocedía.

—¿Puedo ayudarla en algo, hermana Elisabeth? —preguntó la condesa en ese tono que la nobleza empleaba para parar los pies al pueblo llano y que dominaba a la perfección.

Elisabeth insinuó una reverencia.

—Oh, no, disculpe, no pretendía mirarla tan fijamente, condesa de Bredow. He visto a su hija y estaba pensando que se ha convertido en una preciosa dama.

Ludovica siguió su mirada hacia Amalie, que se había quedado junto a Cornelia.

—¿Amalie? Sí, pero ¿cómo lo sabe? ¿Conoce a mi hija?

Elisabeth sacudió la cabeza.

—No, de hecho no. Por casualidad intercambié hace años unas palabras con ella, pero hace tiempo que soy amiga de la señora Vogelsang, que en su día trajo al mundo a su hija. Sé que fue un parto muy complicado. Y el último de la señora Vogelsang como partera antes de empezar en el depósito de cadáveres de la Charité.

La condesa frunció el ceño.

—¿También sabe eso?

—Me he acordado al verla salir de la casa —se apresuró a contestar la diaconisa.

«Hay algo raro», pensó Ludovica, pero Elisabeth siguió hablando.

—Además, le tengo mucho respeto a usted, condesa.

—¿A mí? ¿Y por qué? No será porque haya criado a mi hija sin padre estos últimos años. En nuestros círculos no es un mérito que sea digno de mención. Admire mejor a la señora Vogelsang. Su muchacho sí parece que vaya bien.

—¿Conoce a August? —Ahora era Elisabeth a quien se le salían los ojos de las órbitas.

—De vista —precisó Ludovica—. Conozco su historia clínica. El profesor Dieffenbach me ha hablado de muchas de sus operaciones importantes. Y el joven August ha dado lugar al reconocimiento de las estrabotomías.

—Ve, a eso me refería —dijo la hermana Elisabeth, sorprendida ante la facilidad con que le salieron las palabras—. Es usted una mujer excepcional. Toda la Charité zumbó como una colmena cuando se atrevió por primera vez a presenciar una operación del profesor Rust.

A Ludovica le sorprendió que aquella visita hubiese tenido tanta repercusión. Antes incluso de que pudiese agradecer a la joven diaconisa el cumplido, esta añadió:

—Estimada condesa, no tome a mal mi franqueza. Admiro desde hace tiempo su interés por la medicina. Y también sé que sufraga la Escuela de

Cuidados de Enfermería, que ha proporcionado a la Charité algunos cuidadores valiosos.

—Es cierto. Estoy muy contenta de poder promover, gracias a mi posición, el progreso médico y la formación. Pero sepa, hermana Elisabeth, que mi interés va mucho más allá. Leo los últimos libros y revistas de medicina, y asisto a alguna que otra lección. De hecho, me habría encantado estudiar Medicina en la universidad. O al menos ofrecer la posibilidad a otras mujeres, sin importar su ascendencia. Pero en ese caso también estoy maniatada.

—¡Es tan injusto! —soltó la hermana Elisabeth—. Hace muchos años que trabajo en la Charité, al principio como enfermera, después como diaconisa. Y, sin embargo, jamás podré ser más que una cuidadora a las órdenes de un médico, por muy joven e inexperto que sea.

Ludovica asintió instintivamente. Venían de mundos muy diferentes y seguro que nunca se habrían hablado si la medicina no fuese un punto de unión entre ellas. Miró con atención a Elisabeth, cuyas mejillas estaban enrojecidas de entusiasmo, y de repente sintió la necesidad de conocerla más a fondo para intercambiar impresiones sobre la Charité y su trabajo allí.

—¿Le apetece que charlemos un rato en un lugar más acogedor? —propuso—. Vayamos a ese café de allí enfrente. Dicen que los pasteles de chocolate son deliciosos.

Elisabeth miró fijamente a la condesa y al cabo asintió.

—Se lo agradezco, condesa. Tengo permiso hasta la cena —dijo, y siguió a Ludovica al café, mientras Amalie se marchaba con la doncella para comprar cintas y plumas a su sombrerera preferida.

La condesa Ludovica había pedido una segunda taza de café y miraba a Elisabeth de una manera extraña.

A la enfermera le sorprendía la intimidad con que podía hablar con una persona que estaba tan por encima de ella. Algunas de sus frases parecían resumir incluso sus propios anhelos.

—Nada me gustaría más que estudiar Medicina —acababa de decir Elisabeth—. ¿Por qué las mujeres no tienen la posibilidad de estudiar y convertirse en médicos?

La condesa Ludovica sacudió triste la cabeza. Después se irguió un poco.

—Todavía no la tienen, pero confío en que las mujeres alcen la voz también aquí, en Prusia. Sé que en Estados Unidos hay una universidad en la que las mujeres pueden matricularse. Algún día el Viejo Mundo también estará dispuesto a dar una oportunidad al sexo femenino.

—¿Quiere decir que nosotras lo veremos?

—¡Solo si alguien toma la iniciativa! —aseguró combativa la condesa—. Debemos tener coraje y actuar.

—Pero ¿cómo? —preguntó Elisabeth—. No podemos asaltar las aulas sin más. Los bedeles simplemente nos echarían. Las parteras son las únicas mujeres a las que admiten en las lecciones de anatomía o en las operaciones.

Ludovica meneó la cabeza.

—No, es probable que el asalto no funcione. He reflexionado mucho sobre este tema. Mire, en la actualidad, las mujeres ya tienen un conocimiento médico amplio, y creo que muchas pacientes preferirían que las explorase alguien del mismo sexo cuando se trata de problemas delicados. Se tendría que abrir una clínica exclusiva para mujeres y niños, dirigida por sanadoras y parteras. Solo se requiere un par de mujeres que se atrevan a empezar. ¡Y llegará un día en que entre nosotras habrá también médicos mujeres!, lo creo firmemente.

—¡A mí también me gustaría creerlo, condesa! —exclamó Elisabeth—. Y en lo que respecta a la clínica especial de la que ha hablado, tal vez se pueda

fundar mucho antes. Pero, por supuesto, se precisa dinero para las habitaciones y el equipo médico —señaló.

—Esa tarea correspondería a una benefactora que se ocupase de la organización. ¡De una mujer como yo! —dijo Ludovica.

Elisabeth suspiró.

—¡Qué idea tan hermosa! Lo que daría por poder formar parte de algo así.

La pedida

De camino al comedor, Martha se llevó a un lado a Elisabeth para hablar con ella.

—No me gusta tu aspecto —dijo—. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió Elisabeth.

Martha estudió a su amiga.

—Algo ha cambiado en ti. ¿Cuándo tuviste por última vez el mes?

—¿Qué? —Elisabeth frunció el ceño. Se disponía a contestarle que eso no le concernía cuando cayó en la cuenta de que se le había retrasado dos días.

—¿Dos días? —Martha negó con la cabeza—. ¿Y cómo fue el último menstuo? ¿Más o menos como siempre?

—¿A qué viene eso, Martha?

—¿Como siempre? —repitió insistente.

—No —espetó Elisabeth—. Por suerte no fue tan doloroso y apenas sangré.

Martha se acercó y miró fijamente a Elisabeth a la cara. De repente le tocó los pechos.

—¿Eh! ¿Qué haces? —Elisabeth retrocedió horrorizada ante la embalsamadora.

—Te duelen los pechos, ¿verdad?

—Noto los pezones un poco tensos, pero sin duda son los primeros signos de que me va a llegar el mes. —Vio gravedad en el rostro de Martha y el

miedo la asaltó. Se le encogió el estómago, e intuyó que no era el presagio de un menstuo habitual.

—¿No querrás decir que estoy encinta? —preguntó jadeando.

Martha le rodeó la cintura con un brazo y le puso la mano sobre el vientre.

—Sí, precisamente eso quiero decir. No te puedo explicar cómo lo sé tan pronto, pero cuando conozco bien a las mujeres, veo los cambios e interpreto los signos, muchas veces incluso antes de que ellas mismas lo sepan.

—Seguro que te equivocas —repuso Elisabeth, cuyos pensamientos se arremolinaban impetuosos—. ¡No es posible!

—¿Ah, no?

Elisabeth cerró los ojos y se lamentó angustiada.

—Ay, Martha, ¡quiero decir que no puede ser! Soy diaconisa. Hice una promesa.

—Sí, que llevarías una vida casta —insistió Martha—. Pero hace ya mucho que la rompiste. Tu preñez lo pone de manifiesto ante todo el mundo.

Elisabeth se tapó los oídos con las manos.

—No quiero oírlo. Lo amo a pesar de todo y él me ama. No puedo alejarlo de mí y hacernos infelices a los dos.

Martha no se dejó persuadir.

—Entonces debes asumir las consecuencias, Elisabeth. Las que sean.

—¿Quieres decir que debo tenerlo y punto? ¿Qué dirá la superiora Walburga? ¿Qué hará el pastor Fliedner si se entera? ¿Me lo quitarán? ¿O me desterrarán a Kaiserswerth?

Martha se encogió de hombros.

—No lo sé, no conozco bien las reglas de esta orden. Pero sé que ahora estás en una encrucijada y debes tomar una decisión respecto a tu vida.

—No puedo —exclamó Elisabeth agarrando las manos de Martha—. Tienes que darme algo. Sabes cómo funciona y la cantidad que hay que tomar de

determinadas hierbas para abortar. Por favor, no puedes quedarte de brazos cruzados viendo cómo mi vida se arruina.

Martha se liberó de sus manos.

—Elisabeth, ¿arruinará de verdad tu vida? Está en tus manos. De todos modos, no permitiré que tomes semejante decisión ahora y sin reflexionar. Y antes que nada, ¿no prefieres informar al doctor Heydecker y escuchar su opinión?

—¡Cielos, no, no puedo hacerlo!

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, es parte implicada y hace muchos meses que comparte cama contigo. También él debe afrontar su responsabilidad.

—No, no puedo agobiarlo con eso. —Elisabeth se encogió de hombros, a punto de echarse a llorar a lágrima viva.

—¿Por qué no? ¿Temes que te deje en la estacada? ¿Pondría fin a vuestra relación y se buscaría otra cama?

—¡No! ¿Qué opinión tienes de él? —Elisabeth estaba indignada—. Es un hombre de honor.

Martha ladeó la cabeza.

—¿Ah, sí? Entonces ¿de qué tienes miedo? ¿De que te quiera a ti y al niño?

—Martha, sabes muy bien que eso sería imposible. He tomado una decisión de por vida.

—Eso no es del todo cierto —la contradujo Martha—. ¿No es verdad que las diaconisas tenéis que renovar vuestra promesa ante el pastor Fliedner cada cierto tiempo? O sea, que podrías decidir otra cosa y poner fin a tu trayectoria como diaconisa. ¡Nadie puede obligarte, Elisabeth!

Ella sacudió la cabeza. Ahora las lágrimas le caían por las mejillas y goteaban sobre el vestido negro.

—¡Por favor, ayúdame, Martha!

—Ahora vete y piensa con tranquilidad en todas las posibilidades —

contestó la embalsamadora—. Después vienes a hablar conmigo y ya veremos qué se puede hacer.

Elisabeth se volvió y se marchó. Había perdido por completo el apetito.

Cuando al día siguiente Martha practicaba la autopsia a otra muerta con los doctores Froriep y Heydecker, advirtió que el joven médico estaba más callado y desconcentrado de lo habitual. Esa no era en absoluto su forma de ser. ¿Tendría algo que ver con Elisabeth? A Martha le habría gustado ayudar, pero ¿cómo podía abordar el delicado tema sin ofenderlo? Al fin y al cabo, él y Elisabeth habían hecho todo lo posible para mantener en secreto su amor prohibido. Aun así, quería intentarlo. Cuando acabaron la autopsia y el doctor Froriep se marchó, hizo de tripas corazón.

—Hoy le veo inusualmente abatido —comenzó a decir con tiento—. Tengo la impresión de que no se debe solo a los casos de fiebre puerperal.

Heydecker arqueó las cejas y le lanzó una mirada admonitoria. Su mensaje era claro: no quería comentar ningún asunto privado con la mujer del depósito de cadáveres, pero Martha no se dejó intimidar.

—Sé que cree que no debo inmiscuirme, pero soy amiga de Elisabeth y, en fin, gozo de su confianza. Y a usted lo aprecio mucho, doctor Heydecker, y solo le deseo lo mejor. Lo que otros dictaminen para coartar los sentimientos de las personas me es indiferente.

—¿Ah, sí? —respondió él—. Hasta ahora yo también pensaba que a Elisabeth no le importaba, pero por lo visto ha cambiado de parecer.

Martha estaba ahora irritada.

—¿Qué le ha dicho, pues?

—¡Eso no le concierne, señora Vogelsang! En todo caso, le puedo asegurar

que todo está en su debido orden y que la diaconisa no podrá escandalizar con su comportamiento.

—¿Quiere decir que Elisabeth ha puesto fin a la relación con usted?

—¡Pensaba que era su amiga y estaba usted muy bien informada! —replicó con un tono mordaz.

—Sí, yo también lo pensaba —contestó Martha, desconcertada—. Pero... pero ¿qué motivo le ha dado para dar ese paso?

—¡Señora Vogelsang, está yendo de veras demasiado lejos!

Martha se puso roja y se mordió los labios. Tenía razón, para qué se inmiscuía. Y entonces le escuchó decir en voz baja:

—¡Tan solo quiere serle fiel al pastor y a su voto! Y sin duda yo tengo otros problemas de los que ocuparme. —Dicho esto, se dio la vuelta y abandonó el depósito de cadáveres.

Martha se propuso pedirle cuentas a Elisabeth en cuanto hubiese terminado con su trabajo.

Elisabeth pasó un mal día. Además, la simpática jovencita de la cama que estaba junto a la pared, al fondo de la sala, que había dado a luz con grandes dolores a gemelos, mostraba ahora los primeros signos de aquella inquietante epidemia materna. La diaconisa había cogido cariño a la joven desde un principio y había ayudado a Alexander con el sufrido parto. Toda la noche habían luchado por la vida de la joven madre y sus hijos, ¡y ahora eso! Se disponía a dar por terminada la jornada cuando el padre la alcanzó en la puerta. ¿Qué debía decirle? ¿Que era probable que su mujer muriese miserablemente en los próximos días?

No tuvo el coraje y habló solo de los dos pequeñines, que se habían recuperado bien de la fatiga del parto. Al final, el hombre se despidió y

emprendió el camino de regreso a casa con inocente alegría. La mala conciencia abrumó a Elisabeth, aunque tal vez él necesitaba unas pocas horas felices. A la tristeza le sobraría tiempo para alcanzarlo.

Elisabeth dio media vuelta y enfiló el camino de la nueva Charité cuando Martha se le plantó delante y la miró con aire sombrío.

—¿No le has dicho que estás encinta!

—¿Eso no te concierne!

—Eso ya lo he escuchado hoy —se quejó Martha—. Aun así, no pienso ver cómo te hundes en la miseria. ¡Lo has mandado a paseo con una mentira barata, Elisabeth! Tal vez le has hecho creer además que no lo amas, en lugar de decirle que llevas en tu seno a su hijo. Y tenéis que buscar juntos una solución.

—¿Ah, sí? ¿Y qué debería hacer él en tu opinión? ¿Ponerse de rodillas y pedirme la mano?

—Podrías arriesgarte al menos. Porque lo amas, ¿no es así?

Elisabeth ya tenía una réplica contundente en la punta de la lengua, pero notó que se le arrasaban los ojos en lágrimas.

—¿Sí, lo amo! Y acabo de darme cuenta de hasta qué punto lo he alejado de mí. Me había acostumbrado tanto a que formara parte de mi vida... No puedo imaginarme cómo será ahora. En todo caso, fría y solitaria, pero yo me lo he buscado. Lo destruyo todo. No solo nuestro amor, también al niño que llevo dentro.

—Conque sigues teniendo la intención de abortar.

Elisabeth pestañeó y le cayeron las lágrimas.

—Sí, y te pido de todo corazón que me ayudes. Si no lo haces, encontraré otro camino.

Martha puso una mano sobre el vientre de Elisabeth.

—Ahí dentro crece un niño. ¡Vuestro hijo, un hijo fruto del amor! ¿Y quieres

matarlo? ¿Estás totalmente segura? ¿Podrás llegar a perdonártelo? Piénsalo bien, porque luego ya no habrá vuelta atrás.

Elisabeth se echó a llorar.

—Martha, claro que preferiría quedarme con el niño. ¡Su niño! Pero ¿cómo podría hacerlo? No solo perdería mi trabajo. Sería repudiada o algo peor.

—Si lo deseas, encontraremos el camino. ¡Mírame, Elisabeth! Yo también he conseguido criar a August y que hacer de él un muchacho magnífico. Ahora incluso va a una buena escuela y después podrá empezar de aprendiz. Llevará una vida mejor que yo o que su padre.

—Sí, tuviste suerte —dijo Elisabeth.

Martha la zarandeó.

—No, no solo suerte. Luché, y jamás me rendí, y tú tampoco deberías hacerlo.

—Entonces ¿no quieres ayudarme?

—Ahora mismo, no. No quiero que huyas de la primera dificultad que la vida te depara.

—¡Ja! —exclamó Elisabeth—. No es justo. Yo también he luchado. ¡Y lo sabes, Martha!

—Bien, entonces sigue luchando para que después puedas tratarte a ti misma con respeto. Sé clara sobre lo que de verdad quieres. ¿Cuál es tu camino, Elisabeth?

—Ay, déjame en paz —espetó Elisabeth a la embalsamadora.

La diaconisa se dio la vuelta y salió disparada recogándose la falda. Corrió escaleras arriba y por el pasillo, entró en su cuarto y cerró la puerta tras ella. Llorando, se dejó caer en la cama. ¿Qué debía hacer ahora?

La misteriosa epidemia de fiebre puerperal volvió a erradicarse, aunque

habían llamado al doctor Heydecker y a dos médicos auxiliares para ayudar durante un tiempo en otra área debido a varios casos de enfermedad entre sus colegas. Entretanto, las parturientas quedaron al cuidado de las parteras.

Martha se preguntó si en esta ocasión se trataba de una casualidad o si tal vez ese era exactamente el motivo. Durante los muchos años que había trabajado como partera, no se había tenido que enfrentar solo con casos aislados de fiebre puerperal, y sobre todo entre familias pobres que vivían hacinadas. A menudo otro miembro de la familia se había adolecido de enfermedades febriles o heridas purulentas en la época del parto.

Meditabunda, agachó la cabeza hacia la mujer cuyo cuerpo, al que ya había hecho la autopsia, acababa de coser. Seguía teniendo las manos manchadas con el líquido del cadáver. Martha fue al lavamanos y se las frotó a conciencia mientras sus pensamientos daban vueltas al curso de la enfermedad.

El doctor Heydecker entró y cerró la puerta. El doctor Froriep todavía no se había dejado ver por allí, cosa que le venía muy bien a Martha, pues notaba que Heydecker seguía sufriendo. Así que Elisabeth aún no había hablado con él. ¿O le había dicho que estaba encinta y él había eludido su responsabilidad?

Martha entornó los párpados. ¿Podía ser eso? Entonces estaba muy confundida con respecto a él. Por otra parte, Elisabeth procedía de una familia sencilla y la hermana de Heydecker estaba casada con el famoso catedrático Dieffenbach.

—¿Por qué me mira así? —quiso saber él—. ¡Oh, no, pretende volver a inmiscuirse en mi vida privada!

—¡Solo quiero ayudar!

—Sí, eso dice siempre que quiere satisfacer su curiosidad —se quejó Heydecker.

—¿Eso piensa de mí? ¿Que soy entrometida o que me dejo llevar por las sensaciones?

El médico cambió de stratagema.

—No, no lo pienso. Pero no quiero hablarlo con usted. Elisabeth ha tomado una decisión y debo respetarlo. No puedo obligarla a amarme si se ha hartado de mí, ¿no?

—Mire, ese es exactamente el problema. Usted no conoce la verdad. Elisabeth lo ama, pero ha tomado una decisión equivocada, y ahora ya no encuentra escapatoria.

—Señora Vogelsang, ¿de qué está hablando?

—De que Elisabeth está encinta, aunque probablemente es demasiado orgullosa para decírselo porque teme que la rechace. Por eso prefiere deshacerse del niño. Y de usted, doctor Heydecker. Porque mientras continúe su relación prohibida con usted, puede volver a suceder en cualquier momento. Por eso le ha dejado.

Heydecker se quedó mirando a Martha. Después retrocedió y se dejó caer en el taburete.

—Encinta —susurró. Su rostro reflejó los más diversos sentimientos.

Martha guardó silencio para dejarlo pensar con tranquilidad.

—Sabía que sucedería en cualquier momento. Me lo temía desde hace tiempo —dijo al rato.

—¿Y? —quiso saber Martha—. ¿Se ha planteado qué quería hacer después? Un poco avergonzado, se encogió de hombros.

—Depende también de la decisión de Elisabeth, ¿no?

Martha se acercó y lo miró a los ojos.

—Claro, pero me gustaría saber qué va a decidir usted.

—Si de mí dependiese, se quitaría ese horrible atuendo de diaconisa y se casaría conmigo. Pues claro que me alegraría tener un hijo. ¡Nuestro hijo!

Martha notó que se le dilataba el ánimo.

—¡Entonces vaya a buscarla y dígaselo antes de que una acción irreversible

le arruine la vida!

Alexander estaba esperándola la noche siguiente cuando llegó cansada y derrotada de su trabajo. Por lo menos ese día no había muerto nadie. En este sentido, había sido un buen día.

Elisabeth se asustó cuando, al atardecer, él salió repentinamente de detrás de un arbusto y se interpuso en su camino.

La diaconisa se detuvo y cruzó los brazos a la espalda. Ni se ablandaría ni cedería al impulso de aferrarse a su pecho y abrazarlo con fuerza.

—¿Qué quieres? —preguntó lo más reticente posible—. Te he expuesto mis motivos. Ya no hay nada entre nosotros.

La miró. ¡Esos malditos ojos azules! Elisabeth pestañeó para no llorar. Le costaba Dios y ayuda, pero era la única escapatoria.

Alexander no se acercó, pero mantenía la mirada fija en su rostro.

—Creo que hay algo que nos une, ¿no es cierto?

La mirada de él descendió hasta su vientre, en el que todavía no se apreciaba nada.

—¿Por qué no me lo has dicho, Elisabeth? ¿Por qué crees que tienes que resolverlo todo sola, sin consultar a nadie más?

La diaconisa no preguntó cómo se había enterado.

—¡Martha! —refunfuñó en su lugar.

—Sí, Martha. Hubiese preferido que me lo dijeras tú. ¿Acaso no me concierne?

—No puedes hacer nada —contestó ella—. Es mi vida y he tomado una decisión. Lo arreglaré, pero no me arriesgaré a pasar otra vez por una situación semejante.

Él sacudió la cabeza.

—No arreglarás nada de esa manera. Así arruinarás todo aquello que es hermoso y adorable.

—¡Basta! —gritó ella—. ¿Y qué quieres que haga entonces? —Las lágrimas brotaron de sus ojos y cayeron por sus mejillas.

—¡Cásate conmigo! —exclamó Alexander. De repente, estaba justo delante de ella. La rodeó con sus brazos y la atrajo con fuerza—. Por favor, cástate conmigo y deja que nuestro hijo viva. Tú no crees en lo que dice ese pastor. Solo quieres ser una buena cuidadora, y también lo eres. Pero ¿no puedes serlo si seguimos juntos? ¿Si somos una familia?

«¡Ojalá no mostrase tanta confianza!» Elisabeth se vio obligada a liberarse de su abrazo. Retrocedió dos pasos.

—Eso no es posible y tú lo sabes. Llevaría precisamente la vida a la que me opuse hace años. No sería distinta de mi hermana. Sería una esposa dependiente, cuyo lugar está en la cocina y con los niños. ¡Pero me encanta mi trabajo! Quiero ayudar a las personas y curarlas: al igual que tú, Alexander.

—¡Elisabeth, yo sería mejor marido! No dispondría de ti, no bebería ni te pegaría. ¡Ya lo sabes! Y sí, puedes seguir trabajando y ayudando si lo deseas. Sé que te habría encantado ser médico, pero eso no es posible. No en Prusia, y probablemente tampoco en otros lugares. Este mes me ascenderán a médico de regimiento y a partir de ahora me permitirán ejercer fuera de la Charité. Lo he estado meditando toda la noche. —Respiró hondo y añadió—: Tú y yo podríamos abrir un consultorio. Ya sabes muchísimo y lo que todavía no dominas te lo puedo enseñar. Dirigiremos juntos el consultorio. Tú atenderás a las mujeres. Me figuro que muchas preferirán confiar en ti y querrán que seas tú quien las explore y asista, sobre todo si se trata de problemas íntimos.

A pesar del suelo fangoso, Alexander se arrodilló. Se quitó del dedo el anillo que había heredado de su padre y se lo ofreció a Elisabeth.

—Te lo ruego, Elisabeth, no me dejes en la estacada. ¡Te amo y me gustaría

tenerte a mi lado en el trabajo y no en la cocina!

—¿Y el niño? Me obligará a estar en casa.

Él arqueó las cejas y alzó el mentón.

—Nuestro consultorio irá bien y ganaremos mucho dinero. Podrás permitirte una criada y una niñera. Al fin y al cabo, tendrás más que suficiente trabajo en el consultorio. ¿Te lo imaginas? Ya nos veo a ambos: el señor y la señora Heydecker. Tal vez el profesor Dieffenbach y mi hermana Emilie puedan utilizar su influencia para darnos a conocer.

Elisabeth aún vacilaba.

—Por favor, coge el anillo y di que sí. Mi pantalón ya está totalmente calado y con mucho gusto me pondría de pie y te besaría.

¿Qué más podía hacer ella salvo liberarlo de esa desagradable situación y abrazarlo?

—No me lo pones fácil —refunfuñó Alexander entre beso y beso.

—Sí, ve acostumbrándote —le advirtió.

El amor y la muerte

Amalie estaba en la escuela y no volvería a casa hasta última hora de la tarde. Había sido una decisión insólita, pero Ludovica había resuelto enviar a Amalie a cursar el resto de su escolaridad en una escuela para niñas bien, en lugar de recibir clases particulares en casa con distintos profesores. Era un instituto en el que a la muchacha no solo la instruían en el gobierno doméstico, el dibujo y la música. También el francés y latín, así como las ciencias naturales, figuraban en el programa. Ludovica se dio cuenta enseguida de que a su hija le interesaba la biología y la geografía, de modo que indagó en los libros todo lo que pudo, sobre todo en las publicaciones de Dieffenbach y los informes de viaje de Alexander von Humboldt. Tal vez los detalles médicos eran todavía un poco complicados para la niña, pero ya leía con entusiasmo las descripciones de los viajes por la salvaje Sudamérica.

Ludovica había tenido una viva disputa con su suegra a causa de Amalie, pero al final se había impuesto y la condesa madre se había marchado indignada y había vuelto a su domicilio de viuda.

Aquella mañana, cuando Amalie estaba todavía en la escuela, Ludovica decidió salir a pasear a caballo. Un palafrenero la seguía en silencio a cierta distancia.

Qué aburrido era, pensó, y recordó los paseos a caballo con Dieffenbach, al que tanto echaba de menos. Ay, si al menos volvieran a dirigirse la palabra y pudieran intercambiar impresiones sobre sus investigaciones... Refrenó a la

yegua cuando el animal de repente trastabilló y empezó a renquear. Ludovica se detuvo y bajó de la silla.

—Creo que se le ha metido una piedra —dijo, y levantó el casco trasero del caballo antes de que el criado pudiese desmontar y ayudarla—. ¡Uy, sí! —exclamó, y se disponía a quitar la piedra cuando en alguna parte sonó un disparo.

La joven yegua se asustó y retiró el casco de la mano de Ludovica, de modo que la condesa perdió el equilibrio. El animal tan solo pensaba en huir. Se encabritó y reculó. Ludovica, ocupada en recobrar la estabilidad, no se apartó a tiempo de la zona de peligro. Un casco la golpeó justo encima de la rodilla y la tiró de espaldas. El criado corrió a su lado, pero la desgracia ya había sucedido.

—Estoy bien —gruñó con los dientes apretados cuando se arrodilló para ayudarla—. Usted procure atrapar a mi yegua.

El hombre hizo lo que se le mandó y al rato trajo de vuelta al animal. Ayudó a Ludovica a subir a la silla y, al paso, regresaron al palacio.

—Santo cielo —exclamó la doncella cuando ayudó a la condesa a quitarse la amazona. La parte de encima de la rodilla estaba muy hinchada e inyectada en sangre con la marca del casco. Donde se había hincado el canto del casco había una herida alargada de la que salía sangre, que chorreaba por la pantorrilla.

—Debemos llamar al profesor Dieffenbach —sugirió Cornelia, pero Ludovica se negó.

—No es para tanto —espetó Ludovica a su doncella con una brusquedad inusual—. ¿Cree que no me he lesionado nunca al montar? En nuestra casa, el mozo de cuadra se ocupaba de las heridas y no hacía tanto teatro. La herida no es profunda. Póngame un vendaje y ya se curará.

Cornelia insistió, pero la condesa se mantuvo firme. Así que bajó a la

cocina a por la misteriosa pomada de la cocinera y la untó sobre la herida. Era un ungüento verde grisáceo y sumamente espeso que apestaba, pero al día siguiente la herida se había cerrado. Por supuesto, la contusión dolía y Ludovica evitó salir de casa. No obstante, parecía mejorar. La condesa se instaló en su pequeño salón y mandó que sirvieran allí las comidas, tanto a ella como a Amalie, para no tener que subir las escaleras.

—Así que te ha pedido la mano —supuso Martha, después de echar un vistazo a Elisabeth.

Estaba radiante como no la había visto Martha desde hacía tiempo. Parecía haberse quitado un peso de encima.

—Y has dicho que sí —añadió.

—Entonces no necesito contarte nada más. —Elisabeth hizo un mohín con la boca—. Pensaba que querías saberlo y te alegrabas por mí.

Martha la abrazó afectuosamente.

—Me alegro, mucho incluso, por ti y por el niño, y por tu doctor. —Río entre dientes—. Todavía no sabe que se le avecinan tiempos difíciles.

Elisabeth se apartó y la miró indignada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se dará cuenta de que no ha pescado a una humilde ama de casa. Y supongo que tú tampoco tienes intención de convertirte en una.

—¡Por supuesto que no, y Alexander también lo sabe!

—¿Seguro? —Martha no aflojó—. A los hombres les gusta prometer la luna y las estrellas...

—¡Ya está bien, Martha! Tú querías que aceptase su propuesta.

—Sí, porque creo que es un buen hombre y te hará feliz. Tal vez no sea posible todo aquello con lo que sueñas, pero juntos encontraréis una solución.

—Amén —dijo la diaconisa.

Elisabeth aún sonreía cuando entró a la unidad de maternidad. En los escalones de la vieja Charité, Alexander fue a su encuentro. Rodeó su cintura y la besó.

—¡Ja!

Una voz furiosa los hizo volverse. Detrás de ellos estaba la hermana Theresa y señalaba a los dos amantes. Su rostro estaba rojo de indignación.

—Ahora sí. ¡Acompáñame inmediatamente a ver a la superiora! Eres una deshonra para la hermandad.

Alexander tomó aire para responder algo, pero Elisabeth se puso delante de él y le pidió que se fuese.

—¡Déjame a mí! —susurró. Con una sonrisa falsa, se volvió hacia Theresa —. Sí, vayamos a ver a la superiora. Ya es hora de que se aclaren de una vez por todas algunas cosas.

La diaconisa la miró perpleja. Elisabeth la había desconcertado un poco, pero enseguida recuperó la compostura. La cogió del brazo con la intención de arrastrarla hasta la habitación de la superiora como si fuese una pecadora, pero Elisabeth se soltó.

—No es necesario. Voy voluntariamente.

—Te expulsará de la hermandad y te despedirá.

Elisabeth asintió sin dejar de sonreír.

—Sí, es probable.

Theresa se encolerizó aún más.

—Para ti es muy fácil. Abusas de la bondad del pastor Fliedner cuando te conviene y te lanzas a los brazos de un hombre cuando te apetece. Pero créeme, ¡lo lamentarás! ¿Te crees que un médico de regimiento se casaría con alguien como tú? Yo sé de qué clase de cuchitril procedes, y él seguro que también.

Elisabeth se detuvo.

—¿El pastor Fliedner no nos enseña el amor al prójimo y la misericordia? Si te guías por eso, estás igual de equivocada que yo en la hermandad.

Theresa se limitó a resoplar y, pasando delante de Elisabeth, se encaminó con paso firme hacia la habitación de la superiora. Se la encontraron en el pasillo cuando ambas llegaron.

—¿Qué pasa ahora? —inquisitiva, miró a una diaconisa y a otra.

—Siempre lo he sabido —dijo Theresa—. Esta persona es una deshonra para nosotras y pisotea nuestras reglas. La he pillado...

La superiora Walburga la interrumpió.

—¿No querría contarme usted misma lo que ha sucedido, hermana Elisabeth?

Indignada, Theresa entrecruzó los brazos, pero no se atrevió a seguir hablando.

Elisabeth hizo una reverencia.

—Le ruego a usted, y también al pastor Fliedner, que me eximan de mis deberes. No renovaré mi promesa ante la hermandad. El doctor Heydecker me ha pedido la mano y he accedido.

Sorprendida, la superiora miró fijamente a Elisabeth.

—Nos hizo una promesa —dijo—. Me decepciona usted.

—He servido a la hermandad durante casi cinco años —contestó Elisabeth—. Solo quedan unos meses para renovar mi juramento. No lo renovaré, aunque le estoy agradecida por el período en que se me ha permitido formar parte de la hermandad.

La superiora suspiró.

—Veo que está decidida. Y no la retendremos. Escribiré al pastor Fliedner. —De repente, el feroz semblante de la superiora se suavizó. Dio un paso adelante y besó a Elisabeth en la frente—. Entonces no me queda más remedio

que desearle lo mejor, hermana Elisabeth. Los pacientes y las demás hermanas la extrañarán.

—Gracias. He trabajado muy a gusto como hermana en la Charité y también yo lo echaré de menos.

—¿Algo más? —preguntó la superiora con las cejas arqueadas mirando a Theresa.

—No, me vuelvo a mi trabajo —contestó fríamente. Se dio la vuelta y emprendió el regreso.

—No todas nosotras somos misericordiosas —explicó la superiora—. ¡Al mismo tiempo, el rigor es necesario para mantener la disciplina!

Elisabeth sonrió.

—Así debe ser. No es sencillo gobernar a la vez con justicia y benevolencia.

—No, no lo es. Pero ahora vaya a trabajar, ¿o quiere abandonarnos ya hoy?

Elisabeth sacudió la cabeza.

—No, por supuesto que no. ¡Ya estoy en camino!

La noticia corrió como la pólvora. Cuando Elisabeth fue a almorzar, Katharina se abalanzó sobre ella y la abrazó.

—Te felicito de todo corazón y me alegro muchísimo por ti, aunque me da una pena enorme perderte como hermana. Te voy a echar mucho de menos.

Elisabeth correspondió al abrazo.

—¡Yo también, Katharina! Pero no me marchó de Berlín. Seguro que nos volveremos a ver.

También Gertrud y Josepha felicitaron a Elisabeth, así como algunas enfermeras. Margret se unió a la enhorabuena e incluso la enfermera Christina se acercó a darle un fuerte apretón de manos.

Ludovica sufría. Había echado a Amalie: la muchacha no debía ver a su madre en ese estado indigno. Sin embargo, la condesa sabía que su hija bajaba casi cada hora y preguntaba por su salud a Cornelia.

—Tiene que llamar de una vez a un médico —insistía la doncella mientras enjugaba la frente de la condesa con un paño mojado en agua fría.

Hacía dos días que tenía fiebre, y por la noche le había subido la temperatura de un modo inquietante. Ludovica tenía la sensación de abrasarse. Y a continuación volvía a temblar de frío. La pierna palpitaba sin cesar y un dolor ardiente le subía hasta la ingle. Cada vez le costaba más respirar.

—¡Pero al profesor Dieffenbach no! —insistió.

No debía verla en ese estado. Ludovica no quería su compasión, quería su amor, y él no estaba dispuesto a dárselo.

—Pero es el mejor, y usted lo sabe —se lamentó Cornelia.

—¡Al profesor Dieffenbach no! —repitió Ludovica.

La doncella abandonó el aposento para ir a buscar agua limpia y hablar otra vez con Amalie sobre el médico.

Ludovica notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. El dolor era generalizado. El cuerpo era puro tormento, calor y frío. Cuánto le gustaría volver a ver a Dieffenbach una última vez. Sujetar su mano y decirle lo que significaba para ella. Pero no, no podía verla en ese estado. Debía recordarla como una mujer imponente, hermosa e inteligente. No como esa piltrafa, con la melena grasienta y desparramada, con el cuerpo apestando a sudor y la herida a putrefacción.

Ludovica lloró. Las lágrimas le caían por las febriles mejillas y sollozaba tanto que su cuerpo temblaba.

Cuando Cornelia regresó, la condesa la llamó a su lado.

—¿Cree que moriré?

La doncella vaciló un momento demasiado largo antes de asegurar a su

señora que todo iría bien.

—Me gustaría que enviase un mensajero a la condesa Sophia. Amalie no debería estar sola si... —Vaciló—. Si sucede lo peor.

La idea de tener que abandonar a Amalie al cuidado de su suegra la afligía más que los dolores de la pierna.

Cornelia le cogió la mano. La doncella nunca se había tomado tales confianzas. Ese gesto reveló con claridad a Ludovica lo mal que estaba.

—Por favor, ayúdeme a incorporarme y tráigame papel, pluma y tinta. ¡Debo poner por escrito mis últimas voluntades!

Cornelia no protestó. Puso a la condesa una gruesa almohada en la espalda, le colocó una bandeja en el regazo y trajo lo que le pidió.

—Eres una novia espléndida —aseguró Martha—, y el doctor puede dar gracias de que una mujer de tu inteligencia haya aceptado su petición.

—La inteligencia no se puede convertir en dinero —la contradijo Elisabeth—. Creo que su familia preferiría ver a su lado a una mujer con dote.

—¡Pamplinas! —soltó Martha—. Su madre está muerta desde hace tiempo y su padre hace un año que también está bajo tierra y ya no puede decir nada. Y sé que su hermana Emilie está encantada contigo.

—Sí, eso dice —admitió Elisabeth no muy convencida.

—¡Y también lo piensa! Es un detalle por su parte y la del profesor que podáis celebrar vuestra boda en el piso de Dieffenbach.

Elisabeth asintió, pero la mirada que le devolvía el espejo seguía siendo escéptica.

—Ni siquiera tenía suficiente dinero para que me confeccionasen un vestido de novia adecuado. Quiero decir, adecuado para su familia. Mi hermana se casó con un vestido viejo al que únicamente habíamos cosido otro cuello

blanco. Solo había un puñado de invitados en la iglesia y, a última hora de la tarde, el novio ya se había retirado con sus compañeros de juergas a la taberna y después se presentó en la casa, borracho como una cuba, para dar a mi hermana una horrible noche de bodas. ¡Fue una suerte que estuviese demasiado borracho para cumplir con sus deberes maritales!

Elisabeth estaba a punto de llorar. Martha la abrazó.

—¿Tienes miedo? Es la mar de normal. Todas las novias están un poco asustadas antes de dar el gran paso. Pero te aseguro una cosa: tu Alexander es un hombre bueno. Serás una novia feliz, si te lo permites. ¡Y estás fantástica!

Elisabeth acarició con suavidad su vientre, que por suerte quedaba escondido bajo el ropaje. Martha se estiró y prendió la corona con el velo en el cabello.

El catedrático Dieffenbach en persona se detuvo con su tiro de zaínos a las puertas de la Charité para recoger a Elisabeth. Martha se había hecho de rogar mucho, pero al final había accedido a ser la madrina de Elisabeth. Llevaba su único vestido bueno y también su August estaba aceptable con el uniforme.

Fueron a la iglesia de la Guarnición y, puesto que Elisabeth no tenía padre que la llevase al altar, el catedrático Dieffenbach le ofreció el brazo y la acompañó a la nave, donde fueron recibidos con una animada música de órgano.

Alexander se encontraba ante el altar. Estaba magnífico con su uniforme de gala. Los botones emitían reflejos dorados a la luz de los candeleros. Elisabeth se estremeció de felicidad cuando él alzó la vista y le sonrió. Sí, le iría mejor que a las demás mujeres de su familia. Había elegido bien, y ya el día siguiente mismo visitarían juntos los primeros consultorios. Estaba a las puertas de una nueva vida. Solo faltaban unos pocos instantes.

Al compás de la música, caminó solemnemente del brazo de Dieffenbach a lo largo de la nave central. A ambos lados los asistentes se levantaron de los

bancos. Por un momento, Elisabeth temió tropezar o que pasara algo horrible que impidiera su felicidad en el último instante, pero cuando estuvo junto a Alexander, él le tendió la mano y dijo:

—Sí, quiero, con la ayuda de Dios.

Elisabeth repitió las palabras y dejó que le pusiera el anillo en el dedo. Como en un sueño, oyó el ininteligible sermón del sacerdote, y se encaminaron al piso de la calle del Arsenal. Se tuvo que improvisar un poco para hacer sitio en la mesa a todos los invitados, pero la comida estaba exquisita y todos parecían divertirse. Además de algunos médicos que Alexander había invitado, Elisabeth había pedido que viniese la hermana Katharina, aparte de Martha y August.

Emilie elogió a Elisabeth, y Alexander pronunció un discurso sobre las virtudes de su novia, a la que le sacó los colores con sus halagos. Elisabeth se alegró de que destacase menos su belleza y sus virtudes femeninas en favor de su juicio médico, su curiosidad intelectual y su trabajo con los pacientes.

—Queridos amigos —prosiguió Alexander—. Los dos estamos muy unidos a la Charité y hemos pasado muchos años de nuestra vida allí, años maravillosos. Pero ahora queremos atrevernos con algo nuevo. Un experimento que precisa que los prestigiosos ciudadanos de Berlín hablen de nosotros y nos recomienden, pues vamos a abrir juntos un consultorio en el que las pacientes también podrán ser atendidas por Elisabeth. La condesa Ludovica de Bredow nos ha escrito y prometido su apoyo. Estamos exultantes y agradecidos de poder abrir pronto nuestro propio consultorio.

La mayoría de los invitados aplaudió, algunos cuchichearon y susurraron, pero los semblantes que Elisabeth veía alrededor de la mesa eran francos y amables. Parecía que su sueño por fin se cumpliría, aun cuando no se le permitiera llamarse a sí misma médico.

¿Más invitados a tan altas horas? Dieffenbach miró a la sirvienta sin comprender. Lo que más le hubiese gustado era retirarse a su estudio y cerrar la puerta, pero Emilie, precavida, se lo había prohibido terminantemente. Era la boda de su hermano y tenía que comportarse como el perfecto anfitrión... hasta el triste final.

—Una muchacha desea hablar con usted. No ha querido mencionar su nombre, pero ha dicho que era muy urgente —informó la sirvienta—. Para ser exacta, sus palabras fueron: «Es cuestión de vida o muerte».

Sorprendido, Dieffenbach sacudió la cabeza. No parecía un invitado tardío a la boda. ¿Se trataría de una paciente? Había colocado un letrero a propósito en la puerta para que, en caso de urgencia, todos acudiesen a su colega de la Kupfergraben o directamente a la Charité. Se sintió un poco molesto. ¡«Vida o muerte»! La mayoría de sus adinerados pacientes poseían un gran talento para la exageración. Por otra parte, también le picaba la curiosidad y, de todas formas, quería retirarse un poco del barullo de los juerguistas. Así pues, bajó las escaleras.

Reconoció a la joven de inmediato.

—Amalie —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha lastimado usted?

Amalie negó con la cabeza.

—Mi madre está mal. ¡Muy mal! Tiene que venir de inmediato, si no morirá.

—Rompió a llorar.

Dieffenbach la miró horrorizado. ¿La condesa Ludovica en el lecho de muerte? Era lo peor que podía imaginar. No, no podía imaginarlo. Aquella mujer imponente y rebosante de vida no podía morir. No ahora. No tan joven.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hace dos semanas, durante un paseo a caballo, su yegua la pisó. Tenía una contusión y una herida encima de la rodilla, pero ella decía que estaba

bien. Cornelia untó la herida con una pomada que prepara nuestra cocinera y vendó la pierna.

Dieffenbach resopló. Tenía experiencia con esas pomadas y tinturas caseras que, en lugar de ayudar, casi siempre causaban más daños.

—¿Tu madre tiene fiebre? ¿Fiebre alta?

—Eso creo —dijo Amalie—. Hace días que no me deja entrar en su dormitorio. No debo verla en ese estado.

El miedo se apoderó del corazón del médico.

—No hay tiempo que perder. Vuelva al carruaje. Voy a por mi maletín.

Cornelia ya los esperaba y siguió a Dieffenbach escaleras arriba recogiendo la falda. Llamó al aposento de la condesa, pero no obtuvo respuesta. Sin decir nada, le abrió la puerta.

Dieffenbach entró un poco vacilante. Esperaba una protesta, pues se había presentado contra la voluntad de la condesa, pero ella solo lo miró con ojos vidriosos.

—Llega demasiado pronto, mi querido amigo —dijo—. Estoy segura de que el baile no es hasta mañana. Déjeme dormir. Estoy muy cansada.

No sabía lo que iba a encontrarse, pero tuvo claro enseguida que Ludovica estaba muy mal. Fue corriendo hasta la cama y le puso las manos en las mejillas y la frente. Ardía, pero la piel estaba seca. La fiebre seguía aumentando.

—Tiene las manos muy frías —comentó ella—. ¿Nieva fuera?

—Es verano, Ludovica —le recordó el médico—. Y usted está muy enferma.

La condesa abrió de golpe los ojos y se lo quedó mirando.

—¿Me ha traído lilas? ¡Me encantan las lilas! Las huelo.

—No, he venido para examinar su pierna.

Se dejó caer en la almohada mientras él apartaba la frazada y deshacía el

vendaje. El hedor que lo asaltó le resultaba más que conocido. La herida estaba abotagada, con los bordes azulados. Había un poco de pus entre las costras, pero la prominencia fofa que se había formado en torno a la contusión le reveló que el pus se había acumulado bajo la piel. Una gangrena que la consumía desde dentro. Probablemente la ponzoña ya había contagiado otros órganos.

Le puso los dedos en el cuello. Su corazón latía a toda velocidad y le costaba respirar. Dieffenbach presintió que el choque mortal que tan a menudo había presenciado en sus pacientes de la Charité era inminente. No podía hacer nada más por ella.

Le puso las manos en la parte superior de los brazos.

—Ludovica, ¿puede oírme?

La mirada velada se aclaró.

—Ha venido, querido amigo —dijo, y sonrió incluso—. No quería que me viese en este estado, pero así por lo menos puedo despedirme de usted.

Le habría gustado contradecirla, pero solo un milagro podía salvarla, y ya hacía mucho que Dieffenbach había perdido la fe en los milagros. Hizo llamar a Amalie para que también ella pudiera despedirse de su madre.

Cuando Cornelia se llevó a la muchacha, que no dejaba de llorar, él se inclinó sobre la moribunda.

—Debo confesarle algo que hace muchos años que aflige mi conciencia.

La condesa parecía todavía lúcida.

—¿Y bien? Sáquese la espina mientras todavía esté con usted.

El médico se armó de valor.

—Ocurrió aquella noche, cuando usted dio a luz. ¿Lo recuerda? Le dije que su pelvis era demasiado estrecha para un parto normal.

Ludovica sonrió entre dolores.

—Sí, lo recuerdo. Gracias al Señor, se equivocó usted, por una vez en su

vida.

Dieffenbach sacudió la cabeza.

—No estaba equivocado.

Ella abrió de golpe los ojos.

—¡No puede ser! Amalie vive, eso lo sabe bien.

—Amalie Friedericke no es hija suya, querida. Su hijo murió aquella noche.

En su lugar, la señora Vogelsang le puso en los brazos a una niña que nació esa misma noche, cuya madre falleció durante el parto.

Ludovica lo fulminó con la mirada.

—¡Eso es completamente imposible! ¿Amalie no es hija mía?

—Fue un acto de misericordia, que Martha Vogelsang decidió llevar a cabo.

Y yo fui incapaz de decirle la verdad y arruinar su felicidad.

—¿De quién es hija? —quiso saber Ludovica.

—Su madre se llamaba Maria y era la hermana de Elisabeth Heydecker.

Ella y Alexander se han casado hoy.

Ludovica negó con la cabeza. De repente agarró la mano de él y la estrechó con tanta fuerza que le dolió.

—¡No permita que ella lo descubra! Escúcheme. Amalie es mi hija, da igual quién la haya traído al mundo, y recibirá mi herencia y la de su padre. Jamás permita que se cuestione su legitimidad, ¡júremelo!

—Lo juro, Ludovica, y también le prometo que siempre me ocuparé de ella.

Ludovica cogió una hoja escrita, que había dejado junto a su almohada, y se la tendió.

—He apuntado mis últimas voluntades. Vaya al despacho de mi abogado y procure que se cumplan. Tenga cuidado con mi suegra, aunque el abogado lo ayudará.

Dieffenbach apretó su mano.

—¡No la decepcionaré! Esta vez no.

—No lo ha hecho. Es usted un hombre de honor y por eso lo amo tanto.

Él se inclinó y la besó suavemente en la boca.

—Yo también la amo, ya lo sabe.

—Sí, lo sé, pero no solo a mí.

Dieffenbach sintió una mirada a su espalda. Por un momento, temió que Amalie Friedericke hubiese vuelto y lo hubiese escuchado todo. Se giró, pero para su sorpresa Emilie estaba en la puerta. Él formuló la pregunta en silencio, pero ella movió la cabeza de un lado a otro y se acercó sin hacer ruido. Se sentó al otro lado de la cama y agarró la mano de la moribunda, que también buscó la suya.

Así que se quedaron allí sentados y custodiaron la última hora de la condesa Ludovica. Su mirada se nubló y su mente recayó en la noche. Tan solo dijo unas frases confusas. Entonces su corazón se volvió a rebelar contra la ponzoña y palpité hasta estallar, pues falló bajo tanta presión y dejó de latir. Su última mirada fue para su querido amigo, que le cerró los ojos para siempre.

Permanecieron sentados allí mucho tiempo, velando a la difunta en silencio. Ya amanecía cuando la doncella se atrevió a entrar en el aposento.

—Debo informar a la condesa Sophia y a Amalie cuando se despierte — dijo Cornelia entre lágrimas.

Dieffenbach se levantó. Emilie siguió sus pasos y salió al lado de su marido.

—Si puedo ayudar con los preparativos del funeral, avísame, Cornelia — dijo él con la voz tomada.

—Se lo agradezco —respondió la doncella—. Ha hecho mucho por mi señora, pero ahora váyase. Vuelva a casa.

Emilie buscó la mano de su marido. Cálida y consoladora, se la apretó. Lo

condujo escalera abajo. El criado se ofreció a sacar el carruaje, pero Dieffenbach rehusó. Juntos salieron a la avenida.

—Te amo, Emilie —dijo—. Eres la mejor esposa que podía tener. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Emilie se detuvo y le besó la mano.

—No hay nada que perdonar. Era rica y, a pesar de todo, una mujer pobre. Obraste bien para dejarle por lo menos a la niña. Y ahora vayamos a casa, con nuestra familia.

De la mano caminaron por el Berlín nocturno, bajo un cielo que clareaba lentamente. La oscuridad cedió por el este ante un resplandor cristalino que se tiñó de rosa pálido.

Epílogo

La victoria sobre el dolor

El afán por combatir el dolor es tan antiguo como la historia de la humanidad. El avance decisivo para una operación indolora se debió a una coincidencia. En Estados Unidos, por aquel entonces, en las ferias anuales se celebraban unas fiestas en las que se inhalaba gas de la risa, un gas con el nombre científico de óxido nitroso, que inducía a las personas a un estado de euforia en el que hacían el tonto y se tambaleaban, se caían y se volvían a levantar, y pese a los graves golpes no parecían sentir dolor.

Fue el dentista Horace Wells quien, en 1844, comprendió el efecto analgésico durante una de aquellas veladas y probó con éxito el gas en sí mismo al día siguiente: hizo que un colega le sacase un diente y no sintió dolor de ningún tipo.

El éter, que producía un efecto similar al gas de la risa, tardó un tiempo en llegar a Europa, donde se empleó por primera vez en 1847 para realizar operaciones indoloras. En ese momento, la noticia sobre este gas maravilloso se difundió en las revistas médicas.

También Dieffenbach leyó los partes de las primeras operaciones en Inglaterra y Francia, pero seguía vacilando. Primero tuvo que asegurarse de que al aplicarlo no causaba ningún daño a sus pacientes. Aunque en otros países se desencadenó una euforia por el éter, él se mantuvo objetivo y prudente.

Así pues, fue su ayudante de entonces, Wolf Berend, quien en 1847 realizó

la primera anestesia con éter en Berlín, y acto seguido informó a Dieffenbach de sus experiencias. Dieffenbach se atrevió entonces a salir de su enroque y operó por primera vez a un paciente que había inhalado el gas a través de un conjunto de aparatos desarrollado recientemente. ¡El paciente cayó en un sueño profundo! Por primera vez en su vida, el cirujano no necesitaba a unos hombres recios para sujetar al enfermo sobre la mesa de operaciones, a fin de poder efectuar un corte limpio. Ya no tenía que taparse los oídos ante los estridentes gritos de dolor ni ir con prisas para realizar las intervenciones quirúrgicas como se hacía desde tiempos inmemoriales. Ahora, uno se podía concentrar mejor en cada paso, dirigir el escalpelo con más tranquilidad y seccionar una capa tras otra. Se podía ocupar de la hemostasia durante la operación y coser los vasos seccionados. Se podía ver mucho mejor lo que se seccionaba con el escalpelo.

El éter revolucionó el trabajo del cirujano, cuyos requisitos principales habían sido hasta el momento la valentía y la rapidez.

Por el momento, Dieffenbach dejó de lado su segundo tomo de *Cirugía práctica* y fue el primer médico de los países de habla germana que escribió un tratado sobre la nueva técnica: *El éter contra el dolor*.

«El hermoso sueño de alejar de nosotros el dolor se ha hecho realidad», escribió, pero se mantuvo crítico y condenó a los médicos que realizaban con anestesia todas las intervenciones, por pequeñas que fuesen, pues se comprobó con rapidez que el éter también conllevaba riesgos. Por eso Dieffenbach se pronunció decididamente en contra de su uso imprudente.

Escribió aquel domingo durante varias horas, pero al anochecer soltó la pluma y sacó su carruaje. Condujo a sus dos zaínos hacia el cementerio y se dirigió al mausoleo del conde de Bredow, junto al que descansaba Ludovica. Una vez más, puso un ramo de rosas bajo su nombre. No se arrodilló, pero la

informó mentalmente de sus experiencias con el éter y de cada uno de los casos nuevos e interesantes de su clínica.

En primavera le habló de las revueltas del hambre en Prusia, tras un año de pésimas cosechas en todas partes. «La revolución de las patatas», escribían los periodistas cuando los berlineses saqueaban los puestos de patatas en el mercado por la exorbitante subida de precios. Al este y al norte de Prusia, la gente pasaba hambre.

Le contaba lo que lo conmovía, pero aquella a la que dirigía sus palabras permanecía callada. Ya no lo interrumpía, no lo provocaba, no aportaba comentarios inteligentes. Tal vez allí debajo tan solo estaba su cuerpo, antaño tan hermoso y resplandeciente, que ahora se descomponía en su ataúd. Tal vez su mente y su alma se habían perdido con él. No lo sabía. Solo sentía lo siguiente:

«La echo de menos, querida —pensó, y volvió a sentir el dolor agudo en el corazón—. Nuestras conversaciones, su risa, nuestro tiempo robado. Lo tratamos con demasiada indolencia. No supimos preservar lo valioso que nos unía».

Suspiró profundamente e intentó dirigir sus pensamientos hacia otras sendas.

«Querida amiga, lo que todavía puede interesarle es que medio Berlín habla de su protegida. La llaman la misericordiosa hermana Elisabeth, aunque ha dado la espalda a la orden. Al principio solo trataba a las mujeres que los funcionarios de la Brigada de Costumbres habían capturado por la noche. Su pericia y bondad son conocidas y ahora no solo las damas fáciles se agolpan ante la consulta. Gracias a su ayuda generosa, condesa, su protegida no tiene que pedir dinero a las mujeres pobres, y he oído que las primeras mujeres burguesas ya acuden a ella y a Martha Vogelsang.

»Sí, la señora Vogelsang se ha dejado convencer para abandonar también la

Charité y echar una mano a Elisabeth como ayudante. Ahora vive con su hijo, August, en dos cuartos encima del consultorio. Entretanto, August ha encontrado un puesto de aprendiz con un maestro óptico y ya destaca innovando en la fabricación de lentes. Lo he hecho venir más de una vez a mi clínica. Puede ayudar a mejorar mis instrumentos ópticos.»

Guardó silencio un rato y volvió a la medicina.

«Pero también hay malas noticias. La gangrena continúa causando estragos en los hospitales y no descubrimos su causa.»

Miró a su alrededor, escuchó el canto de los pájaros, inhaló el fresco aire nocturno y respiró hondo. El luto por la difunta lo abrumó de nuevo.

«¡Ludovica, por qué no vino antes a verme! Al principio era solo una simple herida. Se habría curado. Estaría aún aquí, querida. ¡Estaría viva!»

Suspiró hondo antes de continuar.

«¿Qué más le podría interesar? En Viena, el doctor Semmelweis ha establecido una relación entre la fiebre puerperal tan frecuente y los estudiantes, que deben de haber transmitido alguna ponzoña de los difuntos a los que practican autopsias a las futuras madres. Se aboga por que todos los médicos y estudiantes se limpien las manos con cal clorada antes de cada exploración. Muchos médicos se burlan de su teoría, pero he oído que en su área la mortalidad de las mujeres ha disminuido. ¿Y si tiene razón? ¿Podríamos también desterrar la gangrena de la cirugía con unos medios tan sencillos? Todavía hay que investigar mucho, pero presiento que estamos a las puertas de grandes e importantes descubrimientos que cambiarán por entero la medicina.

»Para usted, querida mía, estos hallazgos llegan demasiado tarde. Nada ni nadie podrá sacarla de la tumba. Me siento culpable por no haber podido salvarla.»

Dieffenbach guardó silencio y bajó la mirada a las letras doradas con su

nombre y las rosas recién abiertas.

«El tiempo pasa, querida, tengo que volver. Me esperan, pero vendré pronto para seguir informándola.»

Se volvió y regresó junto a los vivos, que lo estaban esperando: Emilie y las niñas, Elisabeth, Alexander y la joven condesa Amalie Friedericke, que había encontrado en casa de Dieffenbach un segundo hogar.

La ficción y la verdad

El catedrático Dieffenbach fue un famoso médico, primero en la Charité y después como director de la Clínica Universitaria de Cirugía de la Ziegelstrasse, que dirigió hasta su muerte prematura en noviembre de 1847. Solo tenía cincuenta y cinco años.

La mayoría de la información sobre su vida procede de la biografía de Wolfgang Genschorek: *Wegbereiter der Chirurgie* («Pionero de la cirugía»). Respecto a las descripciones de la Charité, sus distintas áreas con sus médicos y sus singularidades, me he ceñido a las fuentes que existen sobre la Charité, como el libro *Die Charité, ein Krankenhaus in Berlin 1710 bis heute* («La Charité, un hospital de Berlín desde 1710 hasta hoy») de Ernst Peter Fischer, o *Die Charité, Geschichte(n) eines Krankenhauses* («La Charité, historia[s] de un hospital») de Johanna Blecker.

Se describe en ellos a la mayoría de los médicos que se presentan en la novela —el director Kluge, los profesores Rust, Wolff, Bartels, Von Graefe, Schönlein, Jüngken, Horn, Ideler, Barez y Müller—, con sus puestos y sus singularidades. Y, por supuesto, también al prosector Froriep y a su famoso sucesor, Rudolf Virchow, que sentó las bases del Museo de Historia de la Medicina de la Charité con su amplia colección de preparaciones en seco y en húmedo. Hoy en día se pueden ver todavía allí muchas de estas piezas.

Para poder imaginarme mejor las operaciones y las autopsias, he utilizado el libro *Die Sektionstechnik im Leichenhaus der Charité* («La técnica de disección en el depósito de cadáveres de la Charité») de Rudolf Virchow, y

también *Die Operative Chirurgie* («Cirugía práctica») de Johann Friedrich Dieffenbach.

Otras fuentes proceden del Museo de Historia de la Medicina: *Charité, Who cares – Geschichte und Alltag der Krankenpflege* («Charité, Who Cares — Historia y día a día de los cuidados de enfermería») y, sobre todo, el extenso catálogo de la exposición permanente *Dem Leben auf der Spur* («Sobre la pista de la vida»).

También es recomendable *Das medizinische Berlin* («El Berlín médico») de Eva Brinkschulte y Thomas Knuth. En él se incluye, por ejemplo, un capítulo sobre las mujeres en la medicina. Se habla sobre las diaconisas, que en realidad no fueron a la Charité hasta 1843, y sobre la primera policlínica para mujeres en Berlín, que Emilie Lehmus y Franziska Tiburtius abrieron en 1877. Habían estudiado Medicina en Zúrich, pero no se les permitía llamarse médicas en Prusia.

El libro *Die Charité* («La Charité») de Gerhard Jaeckel es una fuente de innumerables anécdotas, entre otras la historia de la muchacha de la máscara dorada, el curso de la gran epidemia de cólera de 1831, las estrabotomías a August Vogelsang y a la condesa Ida Hahn-Hahn. Jaeckel también presenta a Martha Vogelsang como la señora del depósito de cadáveres, narra los percances del catedrático Rust y la salvación de la princesa heredera Isabel Luisa, que padecía una hernia abdominal, gracias a la intervención de Dieffenbach.

Por desgracia, el autor ya no vive. Me hubiese encantado conversar con él sobre muchos de estos episodios. Así que solo me queda darle las gracias por sus trepidantes relatos, que llenan de vida la historia de la Charité.

No se describe a Elisabeth como diaconisa; a ella y a la condesa Ludovica las he inventado. Dieffenbach se casó el mismo año de divorciarse de Johanna con Emilie Heydecker y tuvo un matrimonio feliz, del que nacieron tres niños.

En las fuentes se mencionan dos fechas distintas para el año de la segunda boda: 1831 y 1833.

Alexander Heydecker, el hermano de Emilie, tampoco existió. Es un ejemplo de los jóvenes médicos que empezaron su carrera en la Academia Medicoquirúrgica militar. Por eso también hice desaparecer a la madre de Emilie, que más tarde vivió en casa de los Dieffenbach y acompañó también a la familia en su viaje a Viena.

ULRIKE SCHWEIKERT

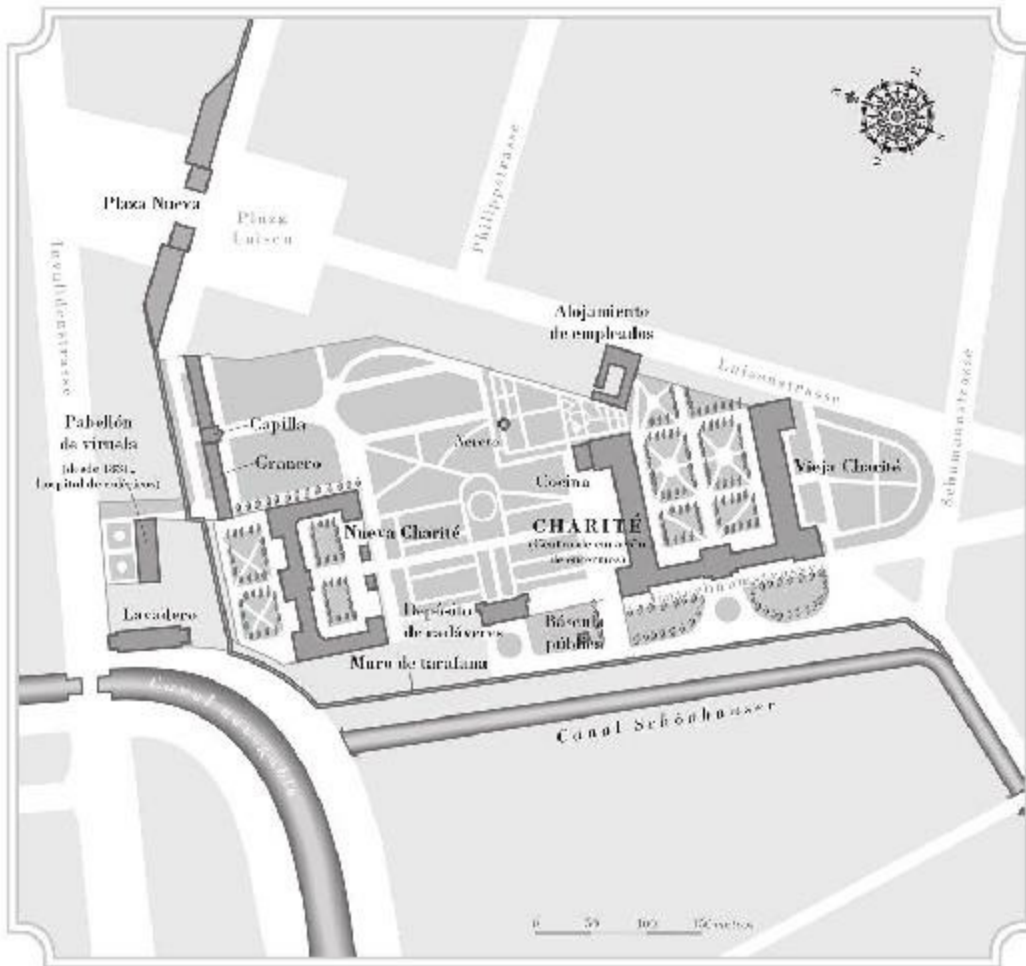
Agradecimientos

Son muchos los que han ayudado a crear esta novela. Durante la investigación, me entrevisté en Berlín con el catedrático Hans-Peter Schmiedebach, especializado en la Charité como lugar histórico. Me guio por el recinto, me mostró una de las aulas históricas y contestó pacientemente a mis innumerables preguntas. ¡Gracias de corazón!

Gracias al catedrático Thomas Schnalke, director del Museo de Historia de la Medicina de la Charité, en el que también se puede ver una parte de la colección de Rudolf Virchow. Él y la doctora Petra Lennig me proporcionaron, asimismo, algunas respuestas importantes.

Muchas gracias también a Grusche Juncker, que como gestora de contenidos de la editorial Rowohlt puso en marcha el proyecto, y a su sucesora, Katharina Dornhöfer. A mi editora Heike Brillmann-Ede, gracias de corazón por su labor y esfuerzo.

Me gustaría dar las gracias a mi agente, Thomas Montasser, que me ha sido fiel desde hace muchísimos años y ha dedicado un gran esfuerzo para que esta novela se materialice. Y muchas gracias de todo corazón a mi marido, Peter Speemann, al que no siempre se lo he puesto fácil durante la gestación de un libro como este.



Berlín, 1831. El cólera ha llegado a la ciudad. Los destinos de tres mujeres se cruzarán en la Charité, el hospital más antiguo de Berlín.



El pánico se apodera de Berlín cuando se descubre el cadáver de un marinero víctima del cólera. Mientras el doctor Dieffenbach y sus colegas de la Charité luchan sin tregua para frenar la epidemia, tres mujeres muy distintas verán sus destinos unidos por el hospital más avanzado de Europa en la época.

Mientras los médicos de la Charité intentan descubrir el origen y la forma de transmisión del cólera, luchan contra las infecciones, la gangrena, la tiña o la sífilis, tres mujeres valientes y luchadoras viven inmersas en sus propias batallas personales. La condesa Ludovica, atrapada en un matrimonio sin amor con un hipocondríaco. Martha, una comadrona que se esfuerza por conseguir un futuro mejor para su hijo y Elizabeth, una enfermera apasionada por la medicina y enamorada de un joven doctor.

Reseña:

«Soy admiradora de Ulrike Schweikert desde hace tiempo y os recomiendo *La casa de la caridad*, una espléndida novela histórica sobre tres mujeres valientes, luchadoras y apasionadas cuyos destinos se cruzan en el hospital de la Charité a principios del siglo XIX.»

Anne Jacobs, autora de *La villa de las telas*

«La novela me ha enganchado desde la primera página; los antecedentes históricos, no solo los médicos, sino también los sociales y políticos, están

perfectamente integrados. La autora ha logrado ensamblar la historia de la medicina y la ficción en una novela emocionante.»

histo-couch.de

Ulrike Schweikert trabajó en la Bolsa y posteriormente estudió Geología y Periodismo. La investigación sobre el pasado de su ciudad natal fue la base de su primera novela, de género histórico, por la que obtuvo un gran éxito. En 2004 inició una saga de fantasía muy popular entre los lectores. Su habilidad para crear heroínas fascinantes y reales es uno de sus rasgos característicos. Actualmente vive y trabaja cerca de la ciudad de Stuttgart.

Título original: *Die Charité*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2018, Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek, Hamburgo

© Peter Palm, por el mapa

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Mateo Pierre Avit Ferrero e Itziar Hernández Rodilla, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: The figure 5 in gold, de Charles Demuth. Alfred Stieglitz Collection.

© 1996 The Metropolitan Museum of Art

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5787-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La casa de la caridad

Prólogo

Libro primero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Libro segundo

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Libro tercero

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

La ficción y la verdad

Agradecimientos

Mapa

Sobre este libro

Sobre Ulrike Schweikert

Créditos